



En torno a Lafinur

Juan W. Gez - Delfina Varela Domínguez de Ghioldi



D. Juan José Lafinur





COMISIÓN DEL BICENTENARIO

La Provincia de San Luis, con motivo de conmemorarse el Bicentenario de la Revolución de Mayo, se concentra en celebrar tan importante acontecimiento a fin de reafirmar los lazos de comunicación, respeto e integración entre todos los habitantes de esta tierra.

El Cabildo de San Luis fue el primero en reconocer la Revolución de Mayo mostrando así su vocación libertaria.

Consolidado el movimiento revolucionario, el pueblo puntano se destacó por su generosa y heroica contribución a la gesta de la independencia nacional, y entre otros hechos, respondió al llamado Sanmartiniano.

En este Bicentenario la Provincia de San Luis continuará con sus políticas de progreso y desarrollo, en la esperanza que nuestras generaciones venideras se encuentren unidas en el respeto y reconocimiento a la participación histórica colectiva de los hijos de esta tierra, a quienes en este Bicentenario rendimos tributo y homenaje.

El Gobierno de la Provincia de San Luis ha constituido la **Comisión Honoraria del Bicentenario de la Revolución de Mayo 1810-2010**, presidida por el Gobernador Alberto Rodríguez Saá, e integrada por Legisladores Nacionales por San Luis, autoridades Legislativas Provinciales, autoridades del Poder Judicial, Intendentes Municipales e Intendentes Comisionados, representantes de Instituciones Religiosas, Autoridades Universitarias, Autoridades Militares, ONGs, Fundaciones, Juntas de Historia, Comunidades Originarias de la Tierra, Colectividades, Asociaciones, entidades intermedias y por todos aquellos habitantes que quieran adherir voluntariamente.

Esta Comisión será coordinada por el Ministerio de Gobierno, Justicia y Culto, todos los Ministerios del Poder Ejecutivo Provincial referidos a esta conmemoración y por el Programa San Luis Libro, dependiente de la Secretaría General, Legal y Técnica de la Gobernación.

(Extraído y sintetizado del Decreto N° 3316 - MGJyC-2009)

Gez, Juan Wenceslao
En torno a Lafinur / Juan Wenceslao Gez y Delfina Varela Domínguez de Ghioldi. - 1a ed. -
San Luis : SLL - San Luis Libro, 2011.
232 p. : il. ; 26x19 cm.

ISBN 978-987-1787-09-8

1. Historia Regional. I. Varela Domínguez de Ghioldi, Delfina II. Título
CDD 982.62

Fecha de catalogación: 16/06/2011

Es una publicación del Programa San Luis Libro, dependiente del Ministerio de Turismo,
de las Culturas y Deporte de la Provincia de San Luis.

1ª Edición: 2011

1000 ejemplares

© 2011 San Luis Libro

San Luis Libro

25 de Mayo y San Martín - San Luis

e-mail: sanluislibro@sanluis.gov.ar

Ilustración de tapa: "Juan Crisóstomo Lafinur" Acuarela de Jean Philippe Goulu, de 1820.

ISBN: 978-987-1787-09-8

Fecha de publicación: Septiembre de 2011

Diseño y diagramación: Elisabet Sudack

Impreso en Payne S.A., Av. Lafinur 924, Tel. 02652-422037, San Luis.

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Libro de Edición Argentina

Queda prohibida la reproducción parcial, o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros medios, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446



El Gobierno de la Provincia de San Luis cumple y seguirá cumpliendo con los preceptos constitucionales y las normativas vigentes respecto a asegurar el desarrollo humano y social de sus habitantes.

El derecho a la cultura, a la información, a la publicación y a la difusión de las ideas es un derecho humano fundamental, con el que este proyecto político ha desarrollado fuertes lazos y claras acciones en su defensa. Invertir en cultura es fortalecer los cimientos republicanos y consolidar la convivencia democrática armónica, en un marco de pluralismo, tolerancia y respeto por el otro. Invertir en cultura es también propender a difundir la obra y engrandecer el patrimonio cultural provincial, potenciando así la libertad de pensamiento y el universo de las ideas, la literatura y la palabra escrita en general.

Por la defensa y ratificación de este derecho el Programa San Luis Libro suscribe y se sustenta en la Ley Provincial N° I-0002-2004 (5548) que dice en su art. 1º: El Estado Provincial garantiza el derecho fundamental a la libertad de pensamiento, religiosa y de culto reconocido en la Constitución de la Provincia de San Luis.





EN TORNO A LAFINUR

JUAN W. GEZ

DELFINA VARELA DOMÍNGUEZ DE GHIOLDI



PRÓLOGO

Desde el alba de nuestra república hasta nuestros contemporáneos tiempos, la historia de la cultura de la provincia de San Luis ha contado con destacados representantes. En este contexto, el “Programa San Luis Libro” ha venido realizando la recuperación y reedición de obras de autores puntanos que han trascendido su época y pueden, en alguna medida, ser considerados clásicos, en el más puro sentido del término. Entre ellos debemos señalar a Juan Crisóstomo Lafinur, de singular significado en los comienzos de las letras argentinas, Juan W. Gez, destacado investigador de las ciencias sociales, y Delfina Varela Domínguez de Ghioldi, reconocida docente de filosofía del siglo XX. Los dos últimos convergen en el estudio y difusión de la vida y obra de Lafinur cuyos escritos, en particular sus poemas, exaltaron, en una marcada orientación patriótica, los primeros tiempos de la lucha por la independencia.

Las páginas escritas por estos ilustres puntanos dan cabida a otros protagonistas y conceden refugio a dispares y complejas ideas.

Hace muy poco tiempo el escritor peruano Mario Vargas Llosa sostuvo en su aceptación del Premio Nobel: *La literatura es una representación falaz de la vida que, sin embargo, nos ayuda a entenderla mejor, a orientarnos por el laberinto en que nacimos, transcurrimos y morimos*. Siguiendo este concepto, creemos que la obra de nuestros escritores adquiere otra dimensión al ser hoy, evocados.

Al aproximarnos a su pensamiento, podemos, además, en esta recopilación, recorrer nuestra historia, desde fines del siglo XVIII hasta el presente. Formando, en conjunto, un invaluable material de colección y consulta para comprender la evolución de la historia de la cultura de San Luis, y, en un marco más amplio, la de nuestro país.

En rigor, a través de los escritos de Lafinur, Gez y Varela Domínguez contemplamos dos siglos de historia y comprendemos la gravitación de sus ideas, al generarse una fraternidad literaria que nos permite preservar la memoria individual y colectiva.

En fin, nuestros tres autores confluyen en un idéntico sentir: el amor y entrega a la docencia. Común característica que los identifica, por otra parte, con su tierra natal, cuna de maestros.

Prácticamente, la obra de estas tres personalidades de las letras puntanas nos conduce al reconocimiento de su trascendencia y nos permite darle entidad a las nociones sobre libertad de pensamiento y lealtad en la construcción de las ideas.

En verdad, la personalidad de Juan Crisóstomo Lafinur, emerge tanto de sus propios escritos como de los estudios historiográficos y filosóficos concretados por sus comprovincianos Juan Wenceslao Gez y Delfina Varela Domínguez de Ghioldi.

Juan Crisóstomo Lafinur¹ reconocida personalidad de las letras argentinas, periodista, filósofo, docente, y poeta. Su versátil pluma le permitió abarcar temas políticos y filosóficos, desde la prensa o la cátedra.

En verdad su vida fue breve, pero la vitalidad de su pensamiento, que trascendió su propio tiempo, es extensa y se explica por múltiples factores que hemos procurado analizar, sin perder de vista la influencia de las “circunstancias”, de su entorno.

La tradición reconoce a La Carolina, San Luis, como su lugar de nacimiento, cuya traza antigua todavía se conserva, constituyendo uno de los más interesantes ejemplos de arquitectura en piedra que existe en la provincia. Ubicada en las cercanías del cerro Tomolasta se originó en la explotación de yacimientos auríferos. Tal como Sobremonte lo mencionó en sus *Memorias de Gobierno: Descubierto el nuevo mineral de oro en la jurisdicción de San Luis, a distancia de 70 leguas de Córdoba, formó una población nombrada La Carolina, que ya tenía 64 casas, principiada la iglesia y repartidos los solares, y establecida la policía; para formalizarla con el título de villa.*

En este paisaje, Juan Crisóstomo Lafinur vivió parte de su infancia, y es sabido que los primeros años en la vida de un ser humano ejercen una marcada influencia en la edad adulta. Por esta razón pensamos que, en el instante final de su vida, debió recordar su infancia en los Cerros Ricos.

Así, desde este punto de partida, recreamos el transcurrir del pensador, sin olvidar los escenarios en los que actuó.

Ya en los primeros años de nuestra independencia, dedicó su existencia a una lucha ardorosa, legítima y, finalmente, circunscripta al plano de las ideas.

En este combate él transitó diferentes etapas, coincidentes con su crecimiento espiritual. En Córdoba completó una formación que veríamos, luego, traspuesta a otros escenarios: el Ejército del Norte, la ciudad de Buenos Aires, Mendoza y, finalmente, Santiago de Chile. La voz poética tuvo que encargarse de la transmisión del mensaje. El filósofo enfrentar una oposición conservadora, el periodista testificar, como formador de la opinión pública, y el docente transmitir ideas que pretendían inculcar la libertad de pensamiento a sus discípulos.

Aquí, en la medida de lo posible, podemos recuperar vivencias pasadas. Contando, para esto, y como en una representación teatral, con diferentes actos:

En la Córdoba de comienzos del siglo XIX, entre la dominación española y los inicios del proceso revolucionario, cursó estudios en el colegio Montserrat. Ingresó en la universidad, pero no pudo terminar el doctorado en Teología, por cuanto fue expulsado por indisciplina en 1814. En este momento se manifestó su alma rebelde y conoció, también, el valor de la amistad, particularmente en Agustín Delgado y Juan Cruz Varela.

¹ Con relación a la vida y obra de Juan Crisóstomo Lafinur, seguiremos, en lo concerniente a aspectos filosóficos y obra poética, el ensayo *Lafinur: Un filósofo sin tiempo y un espacio sin fronteras* de Teresa Fernández Bengoechea, autora, también, de este prólogo.

Durante su permanencia en el Ejército del Norte, al que se incorporó en 1814, y en la Academia de Matemáticas, fundada por Belgrano en Tucumán, se habría aproximado a las ideas enciclopedistas. Al respecto, estimamos que el ingeniero Dauxión Lavaysse, allegado a él, lo podría haber acercado a pensadores ilustrados, particularmente, de Francia, Inglaterra y España. Así mismo, destacamos la preocupación de don Manuel por la enseñanza y la transmisión de las “nuevas ideas” en América del Sur.

Abandonó Lafinur, más tarde, la carrera militar y se dirigió hacia Buenos Aires.

En la “Gran Aldea” se dedicó a la docencia y a las letras. Destacándose como profesor de filosofía, aunque también fue poeta, periodista, actor y cultivó la música, en el piano y en la guitarra. Ricardo Rojas, resume con claridad esta época: *Él laicizó la cátedra, desde el traje de maestro que antes fue clerical hasta las ideas que también lo fueron. La incipiente doctrina de Lafinur, que pareció más subversiva por ser nueva, se inicia como una simple reacción contra el escolasticismo, y concluye en la enseñanza del sensualismo de Condillac y el ideologismo de Destutt de Tracy.*²

En fin, ocupó la cátedra entre 1819 y 1820, periodo de intensa polémica por el contenido y tono de sus enseñanzas, por lo que tuvo que abandonar la docencia. Destacamos, paralelamente, en esta época, su pertenencia a la logia Valeper y a la *Sociedad de Amigos del Teatro*, puesto que advertimos la influencia de las representaciones dramáticas como formadoras de opinión pública. Fue, también, un destacado exponente de la prensa rioplatense, en la explícita renovación de la vida social e intelectual.

Hacia 1821 debió viajar a Mendoza, donde enseñó en el Colegio de la Santísima Trinidad. De esta época señalamos su actividad multifacética: fue docente, promotor del sistema de enseñanza lancasteriano, compositor, actor, periodista y escritor. Se preocupó, además, por la preservación del acervo bibliográfico. Pero, con el cambio de gobierno en la provincia, se reiteró la persecución ideológica, por lo que emigró a Chile.

En Santiago continuó con su labor periodística, publicando una parte significativa de su obra poética. Contrajo enlace con Eulogia Nieto. Y, murió en Santiago de Chile un 13 de agosto de 1824, debido a las heridas recibidas por una caída de un caballo; tenía sólo 27 años.

Cerrado el último episodio de su vida, estimamos necesario recoger, de su obra, un pequeño poema, que refleja, como en un cristal, sus sentimientos, y quizás, aquí encontremos la razón por la que Juan María Gutiérrez lo llamara *el poeta romántico de nuestra época clásica*, puesto que además de sus odas y cantos patrióticos, escribió expresivos poemas de amor. Tal el caso de *A una rosa*, donde dijo: (...)/ *Recógeme estas lágrimas que lloro/ En tu nevado seno, y si te toca/ A los labios llegar de la que adoro/ También mi llanto hacia tu dulce boca/Correrá, probarálo y dirá luego/ Esta rosa está abierta a puro fuego.*

² En Ricardo Rojas, *Historia de la Literatura Argentina*, T. 1. Buenos Aires, Kraft, 1924.

Ciertamente, Lafinur ha sido considerado, por Juan María Gutiérrez (y otros estudiosos) como un prerromántico, sobre todo por sus trabajos más intimistas. Tal el caso del fragmento anterior y del siguiente: *A una señorita: / Leyendo dulces novelas/ Que están respirando amores, / Aprended a hacer favores/ Puesto que tan hábil sois/ (...)/ Tuvierais en Grecia altares/ Como en mi pecho señora, / Demostrando al que os adora/ Dulce sensibilidad*³.

Sin embargo, en lo que respecta a sus composiciones patrióticas, se lo ubica dentro del neoclasicismo. En este contexto escribió: *Canto Elegiaco a la muerte del General Belgrano, Oda a la Oración Fúnebre pronunciada en la Iglesia Catedral de Buenos Aires por su prebendado doctor don Valentín Gómez, en las exequias del General Belgrano, Oda a la Libertad de Lima y el Himno Patriótico, y el Canto Fúnebre a la muerte del General Belgrano.*

Por lo demás, en la *Lira Argentina* (1824), obra de Ramón Díaz, se recopiló, parte de sus trabajos poéticos que respondían al neoclasicismo, Y, aun cuando los motivos guerreros predominaban, observamos en sus versos un sentido social y una genuina preocupación por la educación popular.

La poesía neoclásica es hermana gemela de la independencia, dijo Florencio Varela, y Cayetano Rodríguez amplió esta idea: *la patria es una nueva musa que influye divinamente.*

Pero, y como ya lo dijimos, a pesar de la prevalencia de lo militar y patriótico, en su obra encontramos, igualmente, inspiración en las cuestiones mundanas y en la crítica social, como en su poema *El Fanatismo: (...)/ ¿Cuál es la causa fatal/ De la falta de instrucción, / De haber tanto motilón/ Y de propagarse el mal?/ ¿Quién el de que un animal/ Nos elogie el servilismo?/ El fanatismo.*

En fin, la obra poética de Lafinur, que se conserva, estaría compuesta por unas 25 piezas, de variada temática, sentimentales y vivaces.

Asimismo, debemos subrayar que el poeta más importante del neoclasicismo fue Juan Cruz Varela, amigo de nuestro pensador, a quien dedicó estos versos, que resumen el universo creativo de Lafinur: *(...)/ Después cuando enseñaba/ Vi la filosofía,/ Como en la culta Europa/ Aquí en la Patria mía/ Tributar me propuse/ La alabanza debida/ A Lafinur, el joven/ A quien con rabia impía/ El genio furibundo/ Del fanatismo mira,/ Y a quien desde muy tierno,/ Tierna amistad me liga./En el laudable empeño/ Mi mente se fatiga/ Por encontrar palabras/ De su alabanza dignas:/ Pero rebelde el canto, / Ni a la amistad se brinda/ Que la invoqué anhelante/Y sonó Amor la lira*⁴.

Este tributo de Varela, a su amigo de la juventud, tiene, además, otra connotación: la del exilio político y cultural, puesto que él murió en Montevideo mientras corregía sus traducciones latinas; y a Juan Crisóstomo le sobrevendría la muerte en su refugio en Chile, siendo aún muy joven. A los dos les correspondió el destierro como común destino.

3 Son también de su autoría: *La amistad, el amor (sonetos), A ella, Las violetas, Lenguaje de ciertos patriotas del día, Los pelucones, El fanatismo, Fábula*, y la traducción *La caída de las hojas. Elegía de Merville*, entre otros.

4 Juan Cruz Varela, En el *Correo del Domingo*, Buenos Aires, junio de 1866.

Por último, durante un largo tiempo el pensador puntano no tuvo el reconocimiento que su obra merecía. Hasta que Juan María Gutiérrez llevó a cabo una intensa indagación con el propósito de recuperar los años primeros de nuestra historia de la cultura, logrando reconstruir la vida de Lafinur y difundir sus ideas.

Pero, fue otro hombre, natural de San Luis, Juan Wenceslao Gez, quien concretó un completo estudio (el más importante realizado hasta la actualidad) sobre su vida y su obra.

Juan Wenceslao Gez: fue un maestro de generaciones, cuyo universo de conocimientos respondía, además de una formación erudita, a una fuente inagotable de profundas vivencias. Nació, en la ciudad de San Luis, el 28 de septiembre de 1865. Sus padres fueron Juan María Gez, francés, y Damiana Pérez y Muñoz, puntana. Se casó con María Dolores Sabarot con quien tuvo seis hijos.

Fue alumno del Colegio Nacional donde se interesó por los autores franceses. El traslado del grupo familiar a Mendoza, determinó que continuara sus estudios en el Colegio Sayanca. Regresando luego a San Luis, donde prosiguió su formación en la Escuela Normal anexa al Colegio Nacional. Por ese entonces ya se había aproximado al periodismo, que le dio una pluma ágil y vivaz, e incorporado al centro Unión y Progreso.

En Buenos Aires asistió a la Escuela Normal, graduándose como profesor en 1888.

Y, ya en su vida adulta, realizó una intensa actividad política, ejerciendo los siguientes cargos: Defensor General de la Provincia (1892), Diputado provincial por el Departamento de Pedernera (1893), Elector de gobernador (1893), Diputado provincial del Departamento de Belgrano (1894), y Convencional para la Reforma de la Constitución de la Provincia de San Luis, entre otros.

Como intelectual y hombre de acción contribuyó al desarrollo del estudio de la historia y de la geografía de San Luis. Por ejemplo, todavía se lo recuerda recorriendo la provincia, en soledad, acompañado por su inseparable teodolito.

Tampoco podemos omitir su trabajo como educador, desde donde procuró la profesionalización de la historia, ejerciendo la docencia en diferentes cargos y lugares del país, como por ejemplo en la Escuela Normal de Maestras de Niñas de San Luis y en la Escuela Normal de Profesores de la Ciudad de Buenos Aires. Fue, así mismo, director de la Escuela Normal de Dolores (Provincia de Buenos Aires) y de la Escuela Normal de Corrientes, donde se jubiló en 1918.

Manteniendo, por lo demás, con el museógrafo e historiador Carranza (fundador del Museo Histórico Nacional) una nutrida correspondencia, que le facilitó singular y confiable documentación. Por otra parte, en 1903, fue miembro correspondiente a la Junta de Historia y Numismática (hoy Academia Nacional de la Historia) de la que era presidente Bartolomé Mitre.

Falleció el 17 de mayo de 1932, en Buenos Aires. En 1937 sus restos fueron trasladados a San Luis, ciudad que atesora su legado.

Entre su obra histórica⁵ (más representativa) destacamos: *Apoteosis de Pringles* (1896); *Historia de la Provincia de San Luis (desde los orígenes hasta el año 1900)*; *Sarmiento, en recuerdo de la inauguración de su estatua* (1900); *Boceto Biográfico del General Juan Esteban Pedernera*; *Coronel José Cecilio Lucio Lucero*; *En la Ínsula Puntana*, Jacinto Roque Pérez; *El doctor Francisco Javier Muñiz*; *La Tradición Puntana* y *La biografía del General Belgrano* (1920).

En 1907 publicó, *Dr. Juan Crisóstomo Lafinur. Estudio Biográfico y recopilación de sus poesías*.

Y, en lo que respecta a esta última obra, en el prólogo de la primera edición, explicaba Gez objetivos y fines que lo habían llevado a escribir este ensayo. Primero: prolongar la tarea del aula y hacer conocido a nuestro filósofo y poeta entre los alumnos de distintas generaciones. Segundo: rescatar el interés por el estudio de nuestro pasado, *la lenta evolución de nuestra sociabilidad y las causas remotas de muchos fenómenos*. Y, tercero: hacer visible una figura casi desconocida, por ese entonces, no sólo por su obra poética, que recopila, sino también por *sus ideas, sus grandes aspiraciones, su acción eficiente para realizar en este suelo los ideales del progreso y de la vida moderna*.

Por su parte Delfina Varela Domínguez de Ghioldi, una generación más tarde, pareció interpretar los sueños de Gez, otorgando importancia singular al pensamiento filosófico de Lafinur al que consagró su tesis doctoral.

Delfina Varela Domínguez de Ghioldi: Oriunda de San Pablo (San Luis), nació el 29 de enero de 1895. Fue nieta, por línea paterna, del catamarqueño Francisco Varela y de Melchora Benegas, mendocina, y de Bernardo Domínguez, por parte de madre. E hija de Ramón Segundo Varela y Ramona Domínguez Moyano.

Delfina realizó sus primeros estudios en San Francisco y los secundarios en la Escuela Normal de Mercedes (San Luis), donde egresó como maestra. Luego completó su formación docente en la Escuela Normal de Profesores N° 1, Presidente Roque Sáenz Peña y la universitaria en la Facultad de Filosofía y Letras, ambas en la ciudad de Buenos Aires. En esta última institución fue discípula de Coriolano Alberini, Ricardo Rojas y Alejandro Korn, entre otros.

Ejerció la docencia desde 1917 hasta 1949, año en el que perdió su trabajo por razones políticas. En este periodo fue profesora del Colegio Nacional Bernardino Rivadavia y, en la universidad, ganó por concurso la cátedra de Historia del Pensamiento y la Cultura Argentinos.

⁵ Publicó, también, obras vinculadas a la educación como: *Algunas consideraciones sobre la enseñanza práctica y regional*; *Educación y Régimen Municipal*, *Educación Científica*, *Bases para la Reforma de la Enseñanza secundaria y normal* y *La escuela profesional*, entre otras. Así mismo, destacamos (en el orden geográfico): *Geografía de San Luis*, *Las Salinas del Bebedero* y *Toponimia puntana*.

Tuvo, además, una sobresaliente participación en los centros y congresos estudiantiles.

En 1926, se casó con Américo Ghioldi, político y educador de reconocida trayectoria dentro del socialismo argentino.

Entre sus obras más representativas (editas e inéditas), eruditas y de estilo sobrio, destacamos: *El momento pedagógico actual*; *Filosofía Argentina: Los ideólogos*; *El Canónigo doctor Juan Ignacio Gorriti*; *Vico en los escritos de Sarmiento*; *Las Ideas de Progreso y Libertad en la Filosofía de Alejandro Korn*; *El filosofar de Sarmiento*; *La Enciclopedia en el pensamiento del siglo XVIII*; *La generación argentina del 37*; *Un filósofo argentino en el siglo XIX: Juan Bautista Alberdi*; y *Ricardo Rojas en la Historia del pensamiento y la cultura argentina*.

Alejandro Korn tomó sus ensayos filosóficos sobre la Ideología (en general) y su tesis: *Juan Crisóstomo Lafinur: Una cátedra de filosofía*, en particular, para la construcción de su obra: *Influencias filosóficas en la evolución nacional* (1936), en lo correspondiente a los primeros años de nuestra vida independiente.

Para el Río de la Plata, Delfina Varela Domínguez reconocía las siguientes etapas evolutivas en las primeras décadas de su historia intelectual: primero, un momento de claro dominio religioso (vinculado a la escolástica), en el que destacaba la influencia de jesuitas y franciscanos. Segundo: la difusión del pensamiento de “enciclopedistas” e “ideólogos” franceses y sus discípulos españoles. Y, tercero: el establecimiento de la Ideología y el Sensualismo, que vinculaba al hombre con la naturaleza, alejándolo de la esfera divina.

Al respecto Delfina sostenía, en referencia a los primeros ideólogos del Río de la Plata, que *se trataba de una pléyade de hombres cultísimos –con el exquisito logismo de los franceses– humanistas los más, y ligados todos por un común esfuerzo de sacar a la ciencia de su estado metafísico*.

En efecto, una de estas corrientes filosóficas fue la Ideología que, promocionada escolarmente por Juan Crisóstomo Lafinur, fue continuada, más tarde, en la cátedra de la naciente universidad por Fernández de Agüero y Diego Alcorta.

Al respecto, Fernández Agüero, desde el aula, reflexionaba junto a sus discípulos sobre este pensamiento filosófico, nacido en Francia, en el que se destacaban Destutt de Tracy y La Romiguier. Y señalaba los fundamentos de esta corriente, efectuando, al mismo tiempo, la crítica correspondiente: *No se puede negar a Tracy el mérito de haber desenvuelto copiosamente el sistema ideológico ensayado por Locke y llevado hasta cierto punto por Condillac*⁶.

En resumen, se refería a la teoría del Sensualismo de Condillac y Destutt de Tracy. El primero en su *Tratado de las Sensaciones* exponía una teoría sensualista pura, en la que Dios y el alma se mostraban como una simple unidad de conciencia. Y el ser humano aparecía como una estatua, a la que se le iban incorporando los sentidos hasta llegar a la conciencia completa, es decir: el conocimiento. Este concepto fue continuado por Destutt de Tracy y otros filósofos llamados *ideólogos*.

6 Juan Manuel Fernández de Agüero, fragmentos de *Principios de Ideología*, 1824. En BIBLIOTECA DEL PENSAMIENTO ARGENTINO. José Carlos Chiaramonte, Ciudades, Provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846). P. 218.

Pero, aún cuando hemos transcripto algunas líneas de las lecciones magistrales de Fernández Agüero para acercarnos a la Ideología, quien desde la cátedra, en primer lugar, se consagró a difundir estas ideas fue Lafinur cuyo *Curso filosófico* fue reconstruido gracias a unos apuntes de clase de Ruperto Godoy, siendo, además, preservado por Juan María Gutiérrez, quien obtuvo estos documentos de Luis Domínguez, quien, a su vez, era el depositario del archivo de Florencio Varela, que los había conservado por fidelidad a su hermano Juan Cruz (amigo y condiscípulo de Juan Crisóstomo).

Las lecciones fueron impartidas en el recién fundado Colegio de la Unión del Sur, que tenía como objetivo principal procurar la cohesión social, por medio de la educación, en la capital de las Provincias Unidas de Sudamérica. Y en esta institución, Lafinur se presentó a concurso de oposición para la cátedra de Filosofía, compitiendo con los doctores Luis José de la Peña y Vélez Gutiérrez. Cátedra que obtuvo.

En efecto, el canónigo Domingo Achega, en un gesto imprevisto en un católico conservador, le otorgó el cargo disputado.

Y, desde esta posición (y por ese entonces), protagonizó un cambio significativo: secularizó el aula, propugnó el uso del castellano -en lugar del latín- en la enseñanza diaria y procuró desplazar la escolástica por una nueva tendencia: la *ideología*. La vertiente que él siguió fue la de Destutt de Tracy a través de *Los elementos de Ideología*, obra que influyó notoriamente en su *Curso filosófico*, que sólo se extendió por dos años. Breve tiempo en el que conmocionó la opinión pública.

Según Juan María Gutiérrez: “Lafinur no se proponía en su curso formar filósofos meditativos que pasasen la vida leyendo, como faquires de la ciencia, los fenómenos íntimos del yo; quería formar ciudadanos de acción, preparar obreros para la reconstrucción que exigía la colonia emancipada.”⁷

En efecto, él fue un intelectual y un hombre de acción, actor de una agitada vida política, que desde sus escritos o desde el aula, expuso su pensamiento independiente, tendiente a fijar las bases de un gobierno autónomo en lo político y, también, en lo económico.

De suerte que Juan Crisóstomo, a pesar de su juventud y lejos de huir de retos académicos, aceptó el desafío: se quitó la toga, al iniciar el dictado de sus clases, y continuó sus lecciones en traje de calle. Con ello materializó su interés de secularizar la filosofía, independizándola del escolasticismo, e incorporarla a los nuevos espacios libertarios. *La religión debía ocuparse de los asuntos confesionales y dejar al hombre y a su ciencia el desciframiento de la vida y sus misterios*. Tal como lo expresó en su escrito *Las ciencias no han corrompido las costumbres ni empeorado al hombre*.

Y, probablemente, la popularidad de sus clases, entre sus discípulos, por un lado, y las ideas de la Ideología, por el otro, determinantes fueron de su exilio.

En efecto debió abandonar Buenos Aires y buscar refugio en Mendoza, donde seguiría, impenitente, luchando por las mismas ideas.

⁷ Ver Juan María Gutiérrez, *Origen y desarrollo de la enseñanza pública superior en Buenos Aires*, Buenos Aires, 1915. P.p. 88 y 89.

En fin, un siglo después, Delfina Varela Domínguez recuperaba las ideas de Lafinur, como instrumento de un pensamiento filosófico que se difundió por el Río de la Plata en las primeras décadas del siglo XIX. Sosteniendo, también, que el *Contrato Social* de Rousseau debió influir notablemente en la concepción de “justicia” del joven puntano, quien llegó a edificar una escala de bienes y valores (materiales y espirituales) tendientes al máximo bien humano: la libertad. Del mismo modo, adhirió al “psicologismo” de los ideólogos, en cuanto se aceptaba la existencia del alma humana, que consideraba inmortal, en lo que se reconocía la influencia de Descartes.

Ella, además, igual que Alejandro Korn, sostenía el eclecticismo filosófico de Lafinur y el giro metafísico que dio a la Ideología nacional. Y, sostenía: *La vida puramente animal queda en los bajos fondos de la escala que recorre el hombre. Es en este capítulo donde más nítido aparece el empeño de Lafinur por conducir la mente argentina hacia una vida nacional de perfección y destino ético.* Pero, sobre todo, destacaba su interés por establecer las bases de una moral laica.

Por último, Varela Domínguez concluía que, al ser un precursor, Lafinur fue un protagonista *agitado y desafortunado* que debió soportar la persecución y el exilio.

Aquí, sería oportuno preguntarnos: ¿Es posible recobrar el drama de una vida corta como la de Lafinur y reconstruir el lenguaje del conocimiento y las sensaciones de la época en la que él vivió?

Creemos que sí. Y por esto se hace esencial releer los escritos del joven docente de rebelde traje seglar, que desafiaba las normas establecidas y los de quienes bien lo interpretaron como hombre de acción, poeta y filósofo, tal el caso de Juan W. Gez y Delfina Varela Domínguez, siendo sus obras esenciales para obtener una imagen más detallada de uno de los más destacados precursores en el desarrollo del pensamiento argentino.

Finalmente, Lafinur, Gez y Varela Domínguez nos invitan a comprender la historia de la cultura argentina, en cuanto es posible establecer el vínculo entre el productor intelectual y su obra, y conceder significado a la creación (racional o estética) partiendo de la libertad individual.

Teresa Fernández Bengoechea⁸
San Luis, Febrero de 2011

⁸ Teresa Fernández Bengoechea, nacida en Mercedes (San Luis), es doctora en Historia y, actualmente, se desempeña como profesora de posgrado del doctorado en Historia de la Universidad del Salvador.



EL DOCTOR JUAN
CRISÓSTOMO LAFINUR

(ESTUDIO BIOGRÁFICO Y RECOPIACIÓN
DE SUS POESÍAS)

(AÑO 1907)

JUAN W. GEZ



Dedicatoria

A la memoria de mi padre, el Profesor Juan Wenceslao Gez, dedico estas sinceras y emocionadas palabras al reeditarse, en su segunda edición, el libro: “El Doctor Juan Crisóstomo Lafinur”, editado en 1907.

Es de destacar su primera publicación, como escritor histórico, literario y científico “Apoteosis de Pringles”, escrita en 1896; siguiendo con otras en la misma época: “Sarmiento en Recuerdo de la Inauguración de su Estatua” en 1900. “Bocetos Biográficos del General Juan Esteban Pedernera”. “Coronel José Cecilio Lucio Lucero”. “Jacinto Roque Pérez”. “El Doctor Francisco Javier Muñoz”, etc. “Algunas consideraciones sobre la enseñanza práctica y regional”, 1902. “En la ínsula puntana”, (25 años de oligarquía), 1903. “El Arbol”, conferencia, 1904. “Vindicación Constitucional”, 1905. “Educación y Régimen Municipal”, 1905. “Educación Científica”, Bases para la reforma de la enseñanza secundaria y normal, 1906. “La Escuela Profesional”, Premio Sarmiento, Medalla de Oro de la Dirección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires, 1906, etc.

La trayectoria docente de Gez, ha sido muy vasta no sólo como historiador y educador, sino también como geólogo e investigador de temas no desarrollados hasta entonces.

Nació en San Luis en 1865, su padre era francés (Juan María Gez) y su madre Doña Damiana Pérez, puntana.

Falleció en Buenos Aires en 1932.

Ocupó cargos docentes en la Escuela Normal de Maestras de Niñas de San Luis, en la Escuela Normal de Profesores de la Capital Federal, donde se recibió de profesor, Director de la Escuela Normal de Dolores (Prov. de Bs. As.), Director de la Escuela Normal de Maestros de Corrientes, donde se jubiló en 1918.

Siguió su carrera intelectual, culminando con su monumental obra: “Geografía de San Luis”; pilar que sostuvo toda su obra, conjuntamente con la “Historia de San Luis”, publicada en 1916, y terminada en Corrientes, cuna, con San Luis y Buenos Aires, de todas sus inquietudes intelectuales y plataformas de sus futuras producciones.

A continuación se detallan otras de sus obras, por orden de especialidades:

HISTORIA

Biografía del Doctor Juan Crisóstomo Lafinur

La Tradición Puntana

El Escudo de San Luis

Biografía del General Belgrano

El Libertador San Martín. Inauguración de su Escuela en San Luis.

Historia de la Minería en la Provincia de San Luis

El Patriota Pedro Castelli

Noticia Biográfica del Doctor Angel Justiniano Carranza

Biografía del Doctor Juan M. Garro
La Contribución Patriótica de San Luis al Ejército de los Andes
El Patriotismo de la Mujer Puntana
El Solar de Sarmiento en Asunción
Reseña Histórica y Estadística de la Provincia de San Luis, publicada en “La Nación”
en el número del Centenario de la Revolución de Mayo.

EDUCACIÓN

Algunas Palabras sobre Educación
La Propaganda. Revista mensual de educación
Patronato de Menores
Debe Nacionalizarse la Enseñanza Primaria
La Fiesta Nacional del Arbol
Homenaje al ex Ministro Doctor Juan Ramón Fernández, fundador
de la Escuela Normal Regional de Corrientes.

GEOGRAFÍA

Las Salinas del Bebedero
Descubrimiento Arqueológico del Chorrillo
Toponimia Puntana
Obras de Riego en San Luis, presentado a la Primera Reunión
Nacional de Geografía.

PALEONTOLOGÍA

Generalidades sobre Paleontología Argentina. 1915
El Yacimiento Fósilífero del Río Santa Lucía, de Corrientes. 1919

DIVERSAS

Biografía de Juan T. Zabala Ameghino
Disquisiciones Filológicas sobre la Lengua Guaraní
El Geógrafo Martín de Moussy
El Arbol
Numerosas colaboraciones en diarios y revistas.

Con esta breve síntesis y con un profundo amor por las cosas de San Luis, amor que supo inculcarme mi padre, doy por terminada mi participación, lo demás queda a disposición del Gobierno de San Luis, que honrándose, recuerda al prócer que fue y será recordado por siempre, Doctor Juan Crisóstomo Lafinur.

Enrique Franklin Gez, Marzo de 1995

NOTA: El presente texto fue escrito por su autor en oportunidad de reeditarse esta biografía de Juan Crisóstomo Lafinur. La segunda edición correspondió al Fondo Editorial Sanluiseño, del Gobierno de la Provincia de San Luis y se dio a conocer en 1996.

PRÓLOGO¹

DE LA PRIMERA EDICIÓN

Cuando las tareas de la enseñanza me lo permiten dedico algún tiempo al estudio de nuestra historia, procurando informarme de cuanto pueda servir a mis discípulos como elemento educativo y de saludable enseñanza a las nuevas generaciones.

Así, pues, estos ensayos son una prolongación del aula, en el empeño de mantener viva nuestra honrosa tradición y el conocimiento de los hombres que han servido al país, difundiendo doctrinas saludables o fomentando sus progresos en todas las actividades de la labor humana.

Este propósito se justifica también si tenemos en cuenta que somos un país de inmigración, eminentemente cosmopolita y donde la población genuinamente criolla va desapareciendo, refundida en los nuevos elementos étnicos con los que se está elaborando el pueblo argentino del porvenir. A esta circunstancia, muy digna de tenerse en cuenta, debe agregarse la general indiferencia por el estudio de nuestro pasado, como si el hombre y el ciudadano culto, el político y el sociólogo, no necesitaran conocer nuestros orígenes, la lenta evolución de nuestra sociabilidad y las causas remotas de muchos fenómenos, cuyas manifestaciones actuales sólo pueden apreciarse debidamente teniendo en cuenta la herencia como factor principal.

Fuera de las obras fundamentales de nuestros historiadores y eruditos, que no están al alcance de los más, necesitamos trabajos de propaganda, reducidos y suficientemente completos, como para difundir en el pueblo este conocimiento indispensable y útil de la vida nacional.

La monografía llena en parte esta exigencia de nuestra cultura y del patriotismo bien entendido. En estos últimos tiempos son recomendables al respecto las publicaciones de Biedma, José J., Carranza, A. P., Quesada, E., Reynal O'Connor, A., General Garmendia, Fray P. Otero, Urien y algún otro estudioso que sustrae parte de su tiempo a los halagos de la vida social.

Tal es el móvil del presente trabajo. Lafinur es casi desconocido en su provincia natal, y los eruditos sólo lo recuerdan de vez en cuando en la antología nacional por su Canto Elegiaco a la Muerte del General Belgrano, una de sus producciones que por la oportunidad y cierta feliz inspiración le dio alguna nombradla en nuestro mundo literario. Pero no es su estro poético la característica más interesante de su privilegiada inteligencia: son sus ideas, sus grandes aspiraciones, su acción eficiente para realizar en este suelo los ideales del progreso y de la vida moderna.

Lafinur pertenece a esos espíritus selectos y nobles caracteres que aparecen de tarde en tarde para dar impulso y tomar la iniciativa de alguna empresa social.

¹ El distinguido educacionista y amigo, doctor J. Alfredo Ferreyra, debió escribir este prólogo; pero su poca salud se lo ha impedido. A última hora y ya impreso el libro escribo en su lugar estas breves líneas. Los lectores se verán privados de una buena pieza literaria y de un juicio ilustrado y sereno sobre el positivo valer de Lafinur.

A él le tocó una época difícil en que debía hacerse todo, en que todo debía improvisarse en los anhelos de acelerar la marcha hacia un alto fin, vislumbrado allá en lo íntimo de una vasta concepción mental. No aminora sus méritos el que haya sucumbido en el laudable propósito, porque no estaba al alcance de un hombre vencer los obstáculos que oponían a su propaganda poderosos aliados.

Llenó a su manera la misión deliberadamente impuesta, abriendo los primeros surcos y arrojando a puñados las semillas de la regeneración moral y mental de su pueblo.

En este bosquejo de su vida están reunidos los elementos de juicio sobre su acción y las proyecciones de su obra desinteresada.

Ha llegado el momento de analizarla y considerarla en conjunto, para hacer el cómputo de los títulos que tiene al respeto y a la gratitud de sus compatriotas.

Sin pretensiones de ningún género entrego estas páginas al espíritu imparcial y justiciero del lector.

Dolores, mayo de 1907.

J. W. Gez

I

Empezamos la grata tarea de bosquejar la biografía de Juan Crisóstomo Lafinur, de brillante figuración en el periodo que se siguió a la independencia nacional. Existencia breve, destácase principalmente en el terreno pacífico de la idea, por más que tuviera desde la cátedra y desde la prensa que atacar y defenderse con vehemencia cuando propiciaba el advenimiento de las nuevas ideas para emancipar el espíritu de su generación. Sin embargo, los ecos de su propaganda fervorosa pronto se extinguieron y rodeó su nombre la indiferencia y el olvido, en una época poco adecuada a las tranquilas especulaciones mentales, entregado como estaba el país a los desórdenes de la guerra civil. Por otra parte las masas sólo se interesan por lo extraordinario y romancesco, máxime cuando el heroísmo del soldado se consideraba como la más excelsa virtud pública. A ello han contribuido también nuestros historiadores y poetas cuando han elegido como tema de su predilección la vida de los guerreros y la epopeya de la cruzada libertadora en que fueron actores. Y tan es así que nuestra historia es casi la historia militar de la revolución, resistiéndose, por consiguiente, de su influencia nuestra justicia póstuma.

Véase si no resulta superabundante, por no decir otra cosa, lo militar en la nomenclatura geográfica moderna en todos los estados argentinos, comenzando por la provincia de Buenos Aires, donde sólo por excepción se ha puesto el de un civil a los partidos y los pueblos, como si el brazo que esgrimiera el sable en los trascendentales sucesos de la vida nacional no lo hubiera armado la causa auspiciada y enaltecida primero por el pensador.

La Revolución de Mayo, como todas las revoluciones, es una idea deliberada cuyo

triunfo debe acelerar el soldado porque en situaciones determinadas su evolución se retardaría demasiado. Fuera de esa acción consciente al servicio de un alto pensamiento el militarismo ha sido casi siempre funesto a la democracia, como es hasta ahora un factor negativo del progreso en muchos países que se arruinan con su paz armada.

En la historia no encuentro sino tres militares afortunados que no han abusado de la fuerza: Washington, San Martín, y Mitre. Los dos primeros al abandonar la escena pública exaltan los beneficios de la paz y del orden, señalando los peligros a la libertad republicana que resultarían de la necesidad de dar frecuente participación a los militares en los asuntos del Estado; y al último, tan desinteresado y patriota como aquellos, cuando la victoria lo hizo tantas veces árbitro de los destinos de su pueblo, jamás se le hubiera ocurrido poner al servicio de sus afecciones partidistas o personales, el prestigio y el poder que los acontecimientos pusieron en sus manos.

Amplio y fecundo campo para explotar tienen los cultivadores de las letras entre nosotros si se ocuparan de hacer seguir los hombres de pensamiento, los hombres de bien y los ciudadanos realmente útiles, antes de distraer energías narrando los motines y las correrías de los caudillos y de esos famosos bandidos como los que han retardado la organización definitiva del país. Este propósito es tanto más censurable cuando, so pretexto de la verdad histórica, se echa mano de los recursos del hábil abogado, del retórico sutil y de la pluma galana del escritor para transformar un bárbaro en hombre de gobierno con altos y patrióticos ideales.

La moral y la cultura ganarían más refiriendo la tarea silenciosa y perseverante del sabio y del escritor en su gabinete de estudio; la obra desinteresada del educacionista y del filántropo y la labor fecunda del industrial y del hombre de empresa, que son los verdaderos patriotas, porque han consolidado, con la idea y la acción, las instituciones y encaminado al país por la vía de su prosperidad creciente.

La patria no es sólo del que nace en ella sino del que la merece y la conquista con su ciencia, su virtud y sus esfuerzos en el campo siempre fértil de la labor humana.

Es hora ya de reaccionar contra el estrecho concepto señalado, comenzando por modificar las inconvenientes direcciones que se da al estudio de la historia a fin de que al lado de los hechos y de las glorias conquistadas en las lides sangrientas, figure la gloria sin estrépitos y sin lágrimas de los que han servido al país con la idea que regenera o con el trabajo que ha abierto hondos surcos a la actividad nacional.

Tales reflexiones se me ocurren a propósito de Lafinur, y el sano anhelo de reparar un olvido y una injusticia es lo que más me alienta en una tarea acometida de prisa y con escasos materiales. Además, su existencia y su figuración han sido muy breves, circunstancias que me obligan a abarcar los lineamientos generales del escenario donde se destacó su interesante personalidad. Haré, pues un trabajo sintético.

Vivimos muy de prisa, se produce mucho y bueno y es prudente ir contra ese prurito de algunos escritores que, por hacer gala de erudición o de pesquisantes sagaces, dan unas proporciones inconvenientes a sus libros sobre temas o sucesos de una relativa o secundaria importancia.

Todos los que escriben deberían tener presente la crítica de Macaulay a la obra del Doctor Narés sobre Burleigh, cuyo título y cuyo contenido le ha producido a aquel pensador la misma sorpresa que al capitán Samuel Gulliver al desembarcar en Brobdingnae, quien

encontraba todo abultado gigantesco, abrumador.

Como el cuento que cita del criminal italiano a quien dieron la elección de su castigo poniéndole en la alternativa de leer a Guicciardini o de ir a galeras y, en presencia de escritor tan fecundo, prefirió, pues, ir a galera.

Con frecuencia se producen libros bien escritos y mejor informados y que a la postre, por su exceso de material, no les lee sino el autor.

Con tales ideas acometo mi empresa y estoy seguro que si algún mérito encuentra la benevolencia de los lectores a este trabajo, no ha de ser ajeno a ello su reducida extensión.



II

La naturaleza y el estudio habían dado a Lafinur las dotes para figurar siempre entre los hombres de primera fila cuando se proponen realizar una misión social. A la edad en que generalmente se comienza a aprender por sí solo, él debía improvisarse maestro, acometer desde luego la reforma de la enseñanza de la filosofía, para ser más tarde apóstol de la causa democrático-liberal de la revolución.

Poseedor de una imaginación vivaz, de un juicio claro y recto y de una palabra fácil, cruzó sin embargo, muy rápidamente el escenario de la vida pública así como un mensajero de la nueva época que no bien llega y expone su credo cuando se aleja, confiado en la bondad de su doctrina.

Discreto discípulo de los enciclopedistas quiso propagar sus ideas, con más entusiasmo que prudencia, encontrándose frente al pasado, encastillado en la rutina secular. El fanatismo le lanzó sus flechas envenenadas y los anatemas efectistas de materialista y ateo, cosas en verdad tan contrarias a su modo de ser y al espíritu de su enseñanza. En efecto Lafinur no atacó ningún dogma religioso y sólo se propuso, como su maestro el abate Condillac, difundir las ideas y principios de Locke, Bacon y Descartes, de Galileo y Newton contra la filosofía hueca de sentido práctico de las escuelas, que pretendían aún mantener la mente humana en los viejos moldes del estéril escolasticismo. Filosofía de enigmas indescifrables que se aparta de los hechos reales para perderse en las divagaciones de la pura metafísica.

Por este noble empeño Lafinur fue acusado como Sócrates de corromper la juventud y a pesar de todo siguió impertérrito su camino alentado por los pocos que estaban con el pensamiento moderno y que deseaban ver resplandecer la luz en medio de las tinieblas de aquella época de atraso colonial. Pero el fanatismo en cualquiera de sus manifestaciones, ni escucha ni analiza: ataca y si puede aniquila. Otro no menos formidable enemigo

encontró el joven reformador en la anarquía que consumía en estériles sacrificios las fuerzas vivas de la nación. Así, pues, el fanatismo y la anarquía se habían coligado para oponer obstáculos a su propaganda emancipadora y saludable; pero por sobre los gritos destemplados de ambos se alzó por un tiempo aun la voz del maestro en la cátedra, en las funciones literarias y en la prensa, desafiando el error y haciendo resaltar el mérito de las virtudes republicanas. Daba tregua a su ingrata misión cultivando la música y las bellas letras, a las que lo que inclinaba su exquisita sensibilidad. Por entonces improvisó su Canto Elegíaco a la Muerte del General Belgrano, cuyos méritos había podido apreciar de cerca en las filas del ejército del Alto Perú.

Lafinur pudo entregarse a sus trabajos pensando, como los antiguos caballeros, que sólo había que temer el golpe velado y traidor. Solamente ante ellos pudo rendirse. Hostilizado y sin medios para continuar su misión civilizadora en Buenos Aires, se decidió a abandonar el campo, peregrinando con su cátedra a Mendoza, donde en unión del virtuoso sacerdote Güiraldes dirigió un colegio y dictó un curso lucido de Filosofía y Literatura, que despertó grandísimo interés en la juventud estudiosa. Sin embargo hasta allí fue a interrumpir su labor patriótica el elemento retrógrado, quien no cesó en su campaña hostil hasta conseguir su destierro, por no poder ya obligarlo a beber la cicuta.

Así se alejaba para siempre de la patria a la que había dedicado su pensamiento y su corazón, permitiendo la cobardía de sus contemporáneos su inmerecido ostracismo. Tomó entonces el camino de la cordillera para ir a ocultarse con sus ideales tras las altas cumbres.

La hospitalaria Chile le tendió sus brazos; dio nuevos alientos a su espíritu; le brindó los consoladores halagos del hogar y cuando el porvenir le sonreía se hundió en la tumba a los 27 años de edad, en momentos en que la aureola de la fama ya acariciaba sus sienes de pensador.

¡Cuánto apena el alma meditar en el destino de existencia tan breve y azarosa! Parece que él mismo presentía su cercano fin cuando poco antes traducía y recitaba la tierna elegía de Merville.

*“Adiós bosque querido
Yo muero: lo conozco:
Vuestro luto es mi luto.
Que en cada hoja que al soplo
Del viento cae, yo miro
El presagio horroroso
De mi temprana muerte...”*

*Tu juventud bien pronto Va
disiparse aun antes Que
del prado orgulloso La flor
expire...”*

En su mente privilegiada bullían todas las grandes y nobles ideas que agitan la vida moderna, y aunque su obra es de vastas proporciones, debía resentirse necesariamente de la improvisación, siendo inferior a su talento, según el testimonio de sus contemporáneos.

El distinguido escritor argentino Arturo Reynal O' Connor, en su ensayo de crítica literaria dice: "Luca aplica su ciencia al arte de la guerra para proveer al ejército de herraduras, cañones y armas; Lafinur entrevé su destino social y válese de la fuerza colosal de la palabra para emancipar la razón de su generación. Aquél trabaja en el silencio y le basta la fe en sí mismo; éste lucha contra las ideas y las pasiones de su tiempo y tiene que habérselas con hombres tan inconstante como sus obras. El uno es político más práctico porque es obrero; el otro cae vencido contra todo sus esfuerzos porque es apóstol, pero dejando hasta en la atmósfera de la cátedra los ecos repetidos de su voz apagada y moribunda! Ambos se encontrarán siempre porque iban a la patria!".



III

Lafinur nació en el valle de la Carolina, provincia de San Luis de Loyola, el día 27 de enero de 1797. Fueron sus padres el ayudante mayor español don Luis de Lafinur y la distinguida dama doña Bibiana Pinedo y Montenegro, natural de Córdoba del Tucumán.

Don Luis era oriundo de Pamplona, nacido en 1753, y descendía de una antigua y noble familia de aquella villa.

Del colegio egresó a los 17 años para sentar plaza de cadete en el Regimiento de Lusitania y en 1777 vino a América en la famosa expedición de don Pedro de Ceballos, encontrándose en la toma de Santa Catalina y en los demás hechos de armas hasta la terminación de la campaña. Posteriormente quedó incorporado a la guarnición de Montevideo hasta 1781, época en que marchó al Perú con las fuerzas que debían sofocar el levantamiento de Tupac Amará. De regreso desempeñó distintas comisiones en la Banda Oriental, encargándosele, en 1788 la persecución de contrabandistas y bandoleros.

Pasó después a Córdoba y en 1794 acompañó al Marqués de Sobremonte a las visitas que hizo a las minas de la Carolina, descubiertas en 1785 por el lusitano Fray Gerónimo. Los cerros de la Carolina forman el macizo más septentrional de la sierra puntana, constituyendo una agrupación majestuosa de escarpados cerros cuyas alturas pasan de 1500 metros, llegando a más de 2000 el pico Tomolasta, cúpula gigantesca y dominante de todo ese pintoresco sistema orográfico. Entre ese laberinto de montañas se extienden hermosísimas hondonadas y valles cruzados por cristalinos arroyos de arenas auríferas.

La riqueza de metales preciosos dieron a aquel sitio el prestigio de “El Dorado” que la imaginación y la codicia de los conquistadores buscaban con tanto afán. La noticia de ese descubrimiento despertó interés en todas partes entre las gentes de negocios que creían tener ante su vista la halagüeña perspectiva de una fácil fortuna.

Afluyeron mineros y especuladores hasta de Chile y Potosí, formándose una población de cierta importancia² aunque sin arraigo, a que por otra parte dificultaban los absurdos preceptos de la legislación de indias. En primer lugar estaba prohibida la permanencia del extranjero y en segundo término eran grandes las dificultades para adquirir la propiedad de las tierras fiscales. La legua costaba de 2 a 20 pesos; pero las tramitaciones duraban años y las costas del escribano llegaban a varios cientos de pesos. Por ese medio se facilitó el acaparamiento de tierras, verdaderos latifundios, contrario al interés de las poblaciones, beneficios que, por otra parte, adquirirían en forma de mercedes reales los validos de la corona, como la que allí obtuvo en 1691 el General Luis Lucio Lucero, de los campos de Tomolasta, Pancanta, Huascara, Corral de Gasparillo e Invernadas, es decir, todo un vasto condado.

España y sus representantes no se preocupaban sino de extraer la mayor cantidad de plata y oro para extirpar herejes y enriquecer a sus favoritos.

No bien regresó Sobremonte a Córdoba, acordó permiso al oficial Lafinur para formar una empresa y trasladarse a la Carolina. En esas circunstancias empezó a explotar las minas del cerro Rico, habiendo cambiado su vistoso uniforme y holgazanerías de cuartel por el traje y la vida laboriosa del obrero.

Entregado estaba a sus faenas cuando vino a hacerle compañía su esposa y por entonces nació allí su primogénito Juan Crisóstomo,³

En las minas permaneció don Luis hasta las invasiones inglesas, incorporándose a las milicias de Córdoba, que llevaron un tardío auxilio a Buenos Aires y a Montevideo, encontrándose en esta última ciudad en las jornadas del 19 y 20 de enero de 1807.

La Revolución de Mayo lo tomó en Córdoba y figuró como secretario en la junta de Militares reunida el 25 y 26 de julio por el gobernador intendente Gutiérrez de la Concha, para arbitrar los medios de hacer fracasar la expedición de Ortiz de Ocampo que marchaba a sofocar el movimiento reaccionario allí iniciado. Después de la rápida campaña que terminó con la tragedia de Cabeza del Tigre, pidió y obtuvo su carta de retiro con fecha 30 de agosto de 1810.

Vinculado al país por los lazos de la familia y del afecto después de 33 años de permanencia, no ocultó su simpatía por la causa de la independencia, pero entendía que su deber como militar español le aconsejaba retirarse y permanecer neutral, como lo hizo, reanudando sus tareas comerciales. Por su honradez y por su distinción personal se granjeó las simpatías de la culta sociedad cordobesa en cuyo seno vivió tranquilo y respetado hasta 1818, época de su fallecimiento.

Volviendo a la riqueza de los minerales de La Carolina, diremos que ello no era una mera fantasía, pues aunque los trabajos se suspendieron después del retiro de Lafinur, encontramos datos interesantes en una memoria escrita en 1824 por el gobernador de

² En 1797 había ya 50 casas en regular orden y se construía la iglesia frente a la plaza, la población era gobernada por un Juez Veedor, entonces D. Fermín Galán. Memoria del Marqués de Sobremonte.

³ ¡Que interesante coincidencia! Crisóstomo, del griego *Crisos* y *Stoma*, boca de oro. Nacido en los yacimientos de oro más ricos de su país debía ser más tarde, por su elocuencia y la facilidad de su palabra, un “pico de oro”. Sus demás hermanos Juana, Carmen; Eduardo, y florezca nacieron en Córdoba. La primera se casó con un señor Amézaga. Carmen fue madre del bravo coronel Francisco Borges, muerto gloriosamente en La Verde en 1874; Eduardo murió sin sucesión y Florencia es madre del distinguido literato uruguayo Dr. Luis Melian Lafinur, actual diplomático en Washington.

San Luis, Dr. José Santos Ortiz y elevada a Rivadavia en contestación a su circular sobre la riqueza minera de Cuyo. Dice que el año 97 trabajaron algunos mineros con bastante eficacia y de 18 quilates de metal sacaron varias veces hasta 24 libras de oro.

En la corrida de cerro Rico como en los *lavaderos*, se encontraban *pepas* de 6 onzas de oro macizo y muchas de 1 a 3 onzas. En el solo referido año consta, por las guías que dio la aduana para la extracción de oro, que salieron más de 150 libras. El metal se encontraba en todas las faldas del cerro y en sus inmediaciones hasta en la superficie.

El ingeniero Avé-Lallemant dice que en el plan de socavón, entre el pique de San Fermín y el Hondo, el metal daba 45 g de oro, igual a 30 pesos fuertes por tonelada, encontrándose con mayor rendimiento y de pequeños lotes de metal se han sacado de 2 a 3 kilos de oro por tonelada o sea un valor de 1.400 a 2.000 pesos.

Últimamente en 1897, es decir, un siglo después de las primeras explotaciones, el ingeniero Gualterio Jeldham, al remitir varias muestras de oro en polvo y pepitas sacadas del arroyo La Carpa (que se desprende del cerro del Valle al lado naciente y corre hacia los cerros Largos), así como en el río Cañada Honda, dice que acaba de encontrarse una *pepaza* de 18 onzas y de un valor de 850 pesos. Supone se haya desprendido de algún filón riquísimo todavía oculto a la codiciosa mirada del minero. Quizás estudios detenidos y exploraciones mejor guiadas harán que en días no lejanos volvamos a encontrarnos otra vez con “El Dorado” de la tradición colonial.



IV

En aquellos hermosos valles de la Carolina pasó sus primeros años Juan Crisóstomo, recibiendo las impresiones imborrables de una naturaleza agreste con su esplendor de elevadas montañas, con la soledad y misterio de los campos que penetra el alma sensible de una indefinible poesía. Quizás aquel medio contribuyó también a dar sello propio a su carácter reconcentrado, tierno y soñador.

Trasladado a Córdoba para recibir educación, muy pronto reveló sus cualidades artísticas, manifestando mucho gusto por la música y aprendiendo con facilidad el canto y el piano, así como la declamación, cuyas aptitudes luciera desde luego en las reuniones de familia de aquella culta sociedad. Todavía cursaba estudios en el colegio de Monserrat cuando comenzó por dar forma a su pensamiento, que estimulaba su padre, hombre de bastante instrucción y aficionado a la buena lectura. En la universidad se vinculó íntimamente a Juan de la Cruz Varela, el cual ya traducía a Virgilio y revelaba sus dotes de imaginación componiendo sus primeros ensayos literarios.

Fácil es suponer el estímulo que recibiría Lafinur, dueño de un amor propio exagerado, por no ser menos que ninguno de sus discípulos.

El mismo Varela recuerda las discusiones en verso que sostenían con Lafinur y los recíprocos epigramas y sátiras como aquella en que Varela le llamaba grotescamente “espejo de cuerpo entero” aludiendo a la lustrosa sotana que vestía, siendo a la sazón sochantre de la catedral de Córdoba, cargo que desempeñaba debido a sus conocimientos y aptitudes musicales.

Allí tuvieron por maestro de filosofía al sacerdote Dr. Pedro Ignacio de Castro Barros, quién estaba muy lejos de aceptar las avanzadas ideas del Deán Funes en cuanto a la enseñanza de la asignatura; pero ellas se agitaban en el ambiente de las aulas y estimulaban el afán de leer los escasos libros que se conocían contra la escolástica y el

sistema del *peripato*.

Por entonces ya circulaban las obras de los enciclopedistas, las de Condillac en la edición castellana de 1784, introducidas primero furtivamente y luego aceptadas como texto en varias partes de América, principalmente la lógica. Quizás entonces comenzó a rebelarse el joven estudiante de filosofía, resumiendo su propia personalidad para independizarse del maestro.

Sin duda alguna el doctor Castro Barros era un sacerdote celoso de su ministerio; pero a la vez un espíritu retrógrado, aferrado al pasado que nada quería saber con las ideas que agitaban el espíritu moderno.

En su cátedra fue el antemural de esas tendencias y luego en la Asamblea del año XIII, en el Congreso de Tucumán y dondequiera que actuó llevaba consigo su intransigencia y como dice Mitre, su doble fanatismo: político y religioso. Si de él hubiera dependido mantendría en perpetuidad en el índice las obras de los pensadores más avanzados, ¡hasta de Fenelón! Que también estuvo prohibido durante el período colonial. A su influencia y a la de los curas de aldea del interior siguieron prohibidas las obras de Voltaire y Raynal; fueron contrarios a la libertad de culto⁴, a la de imprenta y de toda institución liberal.

En política sostenía que la soberanía emanaba de Dios y no del pueblo, y cuando se trató en el congreso de la forma de gobierno, se expresó en los siguientes términos: “Que ninguna forma más a propósito que la monarquía, porque fue la que dio el Señor a su antiguo pueblo de Israel, la que Jesucristo había dado a su iglesia, la que más se acomodaba a la religión católica, la que mejor podría propender a la prosperidad de la sociedad”.

¿Cómo conciliaban los ilustres sacerdotes Maciel, Alberti, Funes, Gorriti, Seguróla, Gómez y tantos otros miembros del clero nacional, los deberes de su investidura con los ideales de la revolución argentina?

Grave error era pretender, con el espíritu del pasado, modelar el alma del ciudadano y guiar la nación emancipada hacia sus grandes destinos.

Razón tiene Sarmiento al juzgarlo así: “El doctor en aquella jurisprudencia civil y eclesiástica, sabe que no sabe nada, su filosofía de sacerdote católico y español, porque esto último es otra cosa, es la filosofía de las *escuelas*, filosofía vacía de ciencia y de verdad; la filosofía hija de la libre especulación del espíritu, la filosofía tal como la indicó Bacón... no la conoce él!”

La filosofía que enseñaba fue, pues, aquél estéril y sutil ergotismo, arte de divagar y no de raciocinar.

Con ese saber y esas ideas debió Lafinur abandonar la universidad como Bacón, penetrado de profundo desprecio hacia sus programas de estudios y esa insustancial controversia en que se aniquilaban los porfiados sectarios del *peripato*.

⁴ Por primera vez en Sudamérica se reconoció la libertad de cultos en la célebre carta de mayo, dictada en San Juan, bajo los auspicios del progresista gobierno del doctor Salvador María del Carril.

V

Por ese tiempo ya el espíritu selecto del Deán Funes hacía sentir la saludable influencia de las ideas liberales de que venía saturado de España en la época de Carlos III⁵, habiendo tenido en la Universidad de Alcalá maestros como el eminentísimo Jovellanos, destinado a dar tanto lustre a su patria en aquel corto período del resurgimiento español. Y yo atribuyo a ellas una influencia decisiva en las ideas de Lafinur y de toda esa juventud que como los Várela J. C. y Florencio, los Paz, Fragueiro, Pinedo y tantos otros de aquella generación brillante, educada entonces en la reformada Universidad de Córdoba.

Sabido es que tan benéfica institución se debe al virtuoso obispo de Tucumán, Fray Fernando de Trejo y Sanabria, quien en 1613 indicó la conveniencia de fundarla tomando como base el colegio de San Francisco Javier, dirigido por los jesuitas. A esas circunstancias debe el carácter teológico que conservó durante dos siglos, limitada como estaba su enseñanza al latín, a la filosofía aristotélica y a la teología.

Recién en 1791 se fundó la cátedra de *Instituía* con gran resistencia de los religiosos y con el fin de explicar las instituciones de Justiniano por el comentario de Arnold de Vinnio, advirtiendo de paso las concordancias o discordancias con el derecho real según los términos del virrey Arredondo al establecerla.

Fue su primer catedrático el abogado de la real audiencia doctor Victoriano Rodríguez, fusilado en 1810 con los jefes conjurados de Córdoba. Pero en la secularización de la Universidad quedó recién sellada en 1808 al elegir su primer rector al doctor Gregorio

⁵ Supo rodearse de hombres eminentes como Campomanes, quien comprendiendo las causas del atraso de España, inició importantes reformas, así como Floridablanca fue el gran benefactor de su patria. Estos dos españoles eminentes, con el conde de Aranda, el marqués de la Ensenada y Jovellanos representan el renacimiento y la verdadera restauración de España. Desgraciadamente sus ideas avanzadas y su obra de progreso material y moral debían durar poco.

Funes. “El Deán Funes fue su genio benéfico. Versado en las ciencias sagradas y profanas; amante de las bellas letras; concededor de los adelantos modernos, que sabía expresar en su justo valor e imbuido en el espíritu del siglo, comprendió, desde luego, que la enseñanza que en ella se daba no satisfacía a las aspiraciones y tendencias de la época que era necesaria sacarla del dominio de lo puramente ideal para hacerla entrar en lo práctico y positivo a fin de que en ella tuviera también su puesto de honor los conocimientos que reposan sobre el cálculo y la observación de la naturaleza. Con este designio fundó una cátedra de Aritmética, Álgebra y Geometría”.⁶

Acometió, en 1813, la reforma del plan de estudio que elevó al Supremo Director del Estado para su aprobación. Merece conocerse y divulgarse, aunque extractando los puntos fundamentales, pues sus ideas señalan el tránsito entre los métodos rutinarios del pasado y los anhelos de los tiempos modernos.

El autor considera profundamente la marcha de los estudios, las distintas escuelas, los métodos antiguos y modernos y los autores de la mayor celebridad, así como las necesidades actuales a fin de que la institución universitaria llene una misión digna de nuestra civilización.

En el aprendizaje de la filosofía introduce las matemáticas para poder estudiar la física teórica, práctica y experimental, haciendo resaltar la conveniencia de adquirir un gabinete completo.

En cuanto al método que debe seguirse comienza por plantearlo así: “¿Debemos abjurar para siempre todas las opiniones de nuestros mayores y su método escolástico, sustituyendo en su lugar las invenciones y conocimientos de la moderna escuela?”.⁷

El Deán Funes, después de enumerar los cargos y acusaciones fulminantes contra los escolásticos, conviene con sus enemigos en que la lógica o arte de raciocinar, era entre ellos bastante defectuoso por cuanto oscurecían las ideas de Aristóteles con los comentarios bárbaros de los árabes, pues no se procuraba de averiguar el origen y el progreso en nuestros conocimientos, ni menos observar y analizar las operaciones del entendimiento, reflexionando cómo nacen unas de otras y cómo se combinan; en que la física, la química y la anatomía han recibido de los siglos modernos un esplendor y adelantamiento ignorado de los antiguos, y finalmente que los microscopios, la maquinaria neumática, la eléctrica, los barómetros y termómetros son, desde luego, instrumentos más a propósito que los silogismos para descubrir la verdad.⁸

6 Garro, J. M. Bosquejo histórico de la Universidad de Córdoba.

7 El sabio y virtuoso sacerdote argentino Doctor Maciel, ya en 1771 decía en el informe elevado a Vertiz para el establecimiento de la Universidad de Buenos Aires: “No tendrán obligación (los maestros) de seguir sistema alguno determinado, especialmente en la física, en que podrán apartarse de Aristóteles, o enseñar por los principios de Cartesio o de Gassendi o de Newton o alguno de los otros sistemáticos, o arrojando todos los sistemas para la explicación de los efectos naturales, seguir solo la luz de la experiencia por las observaciones y experimentos en que tan útilmente trabajan las academias modernas”. El doctor don Juan María Gutiérrez refiere también que deseando la progresista administración de Carlos III reformar los estudios, la de Salamanca se expresaba en los términos siguientes: “Que no podía apartarse del sistema *del peripato*, que los de Newton, Gassendi, y Cartesio no simbolizan tanto las verdades reveladas como las de Aristóteles”. ¡Cuánta diferencia entre el alto y claro concepto de los sacerdotes argentinos Maciel y Funes, con el espíritu retrógrado y la ignorancia supina de los frailes salmantinos y peninsulares en general!

8 Garro J. M. Obra citada.

En cuanto a la teología escolástica, dice que fue una necesidad de los tiempos; pero de su uso prudente se había pasado al más deplorable abuso y convirtiéndose en interminables cuestiones *frívolas, curiosas e impertinentes*.

Reconoce noblemente que la Universidad de Córdoba había sido contagiada con los vicios que desfiguraron la teología dogmática y trajeron su corrupción y decadencia.

Esta admirable concepción de las tendencias y necesidades de la vida y del espíritu moderno, es uno de los elogios más grandes que puede hacerse de la mentalidad y del carácter del ilustre patricio, ideales que todavía constituyen una aspiración, pues si el doctor Garro se lamentaba que por mucho tiempo se había resentido la enseñanza en aquella Universidad de la influencia de la escolástica medieval, nosotros estamos convencidos que ella se ha continuado hasta hace poco, pues el P. Ríos en la biografía de Castro Barros se expresa así: “Hoy día no es necesario ser filósofo, basta poseer una mediana instrucción en la filosofía de la historia para verse obligado a confesar el escaso mérito filosófico de Bacón, la nulidad de Locke y la insensatez de Rousseau. ¿Y qué otra cosa es el más vigoroso movimiento en nuestro siglo, sino una magnífica restauración de la escolástica? La rehabilitación de ésta alcanza también a su método llegándose a reconocer que la forma silogística es el método de enseñanza más propio y eficaz para comunicar a la inteligencia penetración, vigor y agudeza. Es el mayor título de la Universidad de Córdoba por haber conservado esa tradición”.

Esto no necesita comentarios porque pinta de cuerpo entero el espíritu del pasado que personificó Castro Barros y que ha perpetuado su digno biógrafo el P. Ríos y tantos otros que aún pretenden dirigir la sociedad con la filosofía de Aristóteles y de Santo Tomás.

Sarmiento y Avellaneda realizaron en la Universidad de Córdoba los grandes anhelos del Deán Funes, introduciendo el estudio de las ciencias físicas naturales, de las matemáticas y del observatorio astronómico (lo que lamentaba el P. Ríos porque los profesores no eran católicos militantes y que, por consiguiente, su enseñanza debía ser contraria a la religión). Ignoramos si aquellos educadores, convertían sus cátedras en propaganda contraria a las creencias dominantes, lo cual sería motivo legítimo para censurarlas; pero sí nos consta que visitando el Viejo Luchador la famosa casa de estudios, se detuvo delante del aula de teología y exclamó: *¡Esto ha perdido a Córdoba y señalando la de ciencias agregó, y aquella la salvará!*

Esto es una verdadera profecía.



VI

Aquellas grandes aspiraciones de la clarividencia de los precursores y fundadores de nuestra nacionalidad debían quedar por mucho tiempo aún con un anhelo de los espíritus más avanzados. Toda la tensión se contrajo en torno de los sucesos que se iniciaban con la Revolución de Mayo. La noticia del movimiento del 25 llegó a Córdoba el día 30 por intermedio de cartas particulares y comunicaciones de la Junta así como de Cisneros a sus partidarios que aconsejaban la resistencia a la nueva autoridad.

Sin pérdida de tiempo el gobernador Gutiérrez de la Concha, de acuerdo con Liniers, reunió un consejo de once personas notables entre los que figuraban el obispo Orellana, el coronel Allende, el asesor Rodríguez, el tesorero Moreno, el Deán Funes y otras autoridades de la Audiencia y del Cabildo cordobés. Discutido tan grave asunto todos votaron el exterminio de los revolucionarios, si se exceptúa el Deán Funes, quien se inclinaba a otro temperamento, en vista de los propósitos conciliatorios de la Junta.

El ex virrey Liniers fue aclamado jefe de la reacción entregándose con empeño a organizar la resistencia armada de acuerdo con un vasto plan en que debían cooperar Abascal, de Lima; Goyeneche, presidente del Cuzco; Paula Sanz y Nieto, de Potosí y Chuquisaca por una parte y por otra Velazco, del Paraguay; Elío, de Montevideo, Salazar, jefe del Apostadero Nacional del Plata, así como esperaban auxilio de Cuyo y Chile.

Los revolucionarios y Buenos Aires, cuna del movimiento, estaban rodeados por un círculo que debía serles necesariamente fatal si no hubiera sido las previsiones, la actividad y la energía de la Junta que despachó sin demora una columna volante al mando de Ortiz de Ocampo para desbaratar ese plan en su núcleo principal. Ante esta actitud tan rápida como resuelta, los revolucionarios perdieron la cabeza y en vista de la gravedad de los hechos se volvían a reunir para tomar en cuenta las medidas que las circunstancias imponían.

El brigadier De la Concha entonces dijo: “Que una persona que merecía confianza se le había ofrecido entre las tropas que venían de Buenos Aires, y que dándole 8.000 pesos en oro de pronto y hasta 50.000 si cumplía su empresa, prometía ganar mucha parte de los oficiales y tropas y hecho cargo dichos señores de la ventaja del proyecto, unánimes convinieron en que se le franquearan los 8.000 pesos en oro y se le prometiesen y entregasen los 50.000, siempre que verificase la tal destrucción e imposibilitación de operar ofensivamente las citadas tropas por cualquier medio que lo lograrse”.⁹

Fuera de la débil organización de las milicias era todo cuanto se les ocurría a los veteranos generales Liniers y Concha, coronel Allende y Díaz y mayores Gorordo y Luis Lafinur.

Está de más decir que el cohecho no dio resultado cuando los jefes españoles se escaparon extraviando caminos, incluso el obispo, para caer poco después, sin haber hecho la menor resistencia, en poder de las fuerzas patriotas. Lo demás es muy conocido, hasta que la tragedia de Cabeza del Tigre fue el escarmiento merecido, aunque doloroso, de un propósito tan insensato contra las tendencias de la Junta de Buenos Aires dispuesta a agotar todas las medidas pacíficas para conseguir la evolución política de estos países, hacia los grandes anhelos de la libertad.

Interesa a la posteridad conocer los graves motivos que dictaron resolución tan extrema, hartamente lamentable; pero también justificada como fue el fusilamiento de Liniers y demás compañeros de infortunio.

Sabido es que Liniers se había sacrificado a su lealtad para demostrar su adhesión al rey y a la metrópolis, pues era acusado por el partido español de servir los intereses de Napoleón y de estimular las pretensiones de los criollos. En vano decía *que su corazón era español* en víspera de entregar el Virreinato del Río de la Plata al representante de la Junta Central; los españoles lo rechazaban y lo derribaban del poder porque *su corazón era francés*, mientras que el elemento nativo sólo se ocupaba de sostenerlo en una posición que había conquistado con tan gloriosos esfuerzos.

Los españoles seguían enconados prometiendo colgarlo de una horca en premio de sus servicios, mientras que los patriotas se afanaban por levantar su espíritu y apartarlo del camino de la perdición y del sacrificio estéril, mientras él los señalaba como peligrosos a la causa española, cometiendo por una mala entendida lealtad, una falta reprochable en un caballero de sus antecedentes a quien ya sólo preocupaba probar una fidelidad ciega a sus soberanos.

En tales circunstancias y en tal estado de ánimo entregaba el mando a Cisneros. El partido español exigió su alejamiento por creerlo peligroso a su causa, y aunque prometió irse a Mendoza para pasar a Chile y regresar a España por el mar del Sur a responder de injustas acusaciones que le habían formulado sus irreconciliables enemigos, cambió de rumbo y tomó el camino de Córdoba donde gobernaba su amigo Gutiérrez de la Concha. Establecióse en la hermosa hacienda de Alta Gracia, gozando de una renta de 100.000 reales y de las más altas consideraciones debidas a sus méritos personales y a su inmerecido destierro. Allí pudo vivir tranquilo, alejado de los sucesos, lo menos que podía hacer en homenaje a los antiguos vínculos que lo unían a los hombres de Buenos Aires y a la sacrosanta causa de la libertad; pero seguía obstinado en demostrar su lealtad

⁹ Acta del 26 de julio publicada por el señor Groussac entre los documentos sobre Liniers.

al rey y no perdía ocasión de advertir a Cisneros el peligro que lo rodeaba, señalando los conspiradores y aconsejándole un castigo ejemplar.

Núñez y el doctor Ángel J. Carranza han publicado documentos que comprueban ese hecho. De una de esas cartas dirigidas a Cisneros tomamos este párrafo: “Dime ¿si tenemos noticias desgraciadas de la Península y se verifica una conmoción popular apoyada en nuestros ambiciosos vecinos, de dónde puedes esperar auxilios? Sin duda del Perú. Y en este caso ¿Qué jefe tienes en actitud de podértelo mandar? Nieto con sus achaques no es capaz de soportar las fatigas de la guerra: sólo veo á Goyeneche; pero cuya influencia no sería tal vez igual a la *mía* para reunir defensores del derecho de nuestro amado Fernando contra el partido de la independencia y la anarquía...”.

Cuando esta carta llegaba a su destino, dicen los autores citados, se habían producido los sucesos del 22 y 25 de mayo y ya Cisneros confinado en su casa no perdió la esperanza de sofocar el estallido formulando el plan de la contrarrevolución de que debía ser el alma Liniers. Al efecto confióle amplios poderes y despachó emisarios a todas partes, distinguiéndose en esta comisión un hijo del mismo Liniers.

Conocida la actitud de Liniers sus viejos camaradas y los buenos patriotas se empeñaban para apartarlos del abismo, exigiéndole sólo su neutralidad desde que había sido inicuaamente despojado de todo mal, desconociendo sus títulos y servicios; pero él seguía obstinado como lo prueba una vez más una comunicación que lleva la fecha del 14 de junio dirigida a su suegro Sarratea: “no puedo ponderarle a Vd el sentimiento que me ha causado el verle alucinado por los falsos principios de unos hombres que olvidando los principios más sagrados del honor, de la Religión y de la Lealtad se han levantado contra el Trono, contra la Justicia y los Altares”.¹⁰

Hace un largo proceso a los patriotas, expone a sus vistas y los elementos con que cuenta para someterlos y pidiéndole haga conocer a todo el mundo su modo de pensar. Era un obcecado, contra el cual no había nada que tentar para salvarlo.

Prisionero ya, constituía un serio peligro para la revolución por su prestigio y antiguas vinculaciones con las tropas, en las que se sentían ciertos trabajos para libertarlo.

Pensamos como un distinguido escritor argentino que no se puede hacer la apología del terror y que un partido no tiene el derecho de hacerse justicia por sus propias manos; pero el hecho cambia cuando se juega, como se jugaba entonces los futuros destinos de América. Ese sacrificio, lo repetimos, doloroso y lamentable, fue necesario e inevitable ante el aras de la libertad.

¹⁰ Groussac, documentos sobre Liniers.



VII

Después de estos sucesos ya no quedó la menor duda sobre los propósitos de Mayo, apasionando la lucha todos los ánimos y exigiendo a los patriotas su contingente en las filas de los ejércitos revolucionarios.

La juventud universitaria de Córdoba respondió noblemente a este llamado del deber cívico y los hijos de las familias más distinguidas como los Paz y otros, abandonaron las aulas para vestir el honroso uniforme del soldado. Entre ellos figuró dignamente el joven Juan Crisóstomo Lafinur quien luego abandona las aulas en noviembre de 1814, después de dar con Juan de la Cruz Varela un brillante examen de tercer año de teología. Poco después asistía a la escuela de matemáticas fundada por Belgrano para instrucción de los cadetes y oficiales de su ejército.

En octubre de 1816 era ya teniente primero, figurando en la plana mayor del ejército auxiliar del Perú con asiento en Tucumán. En abril de 1817 revista como teniente de infantería; pero habiéndose resuelto el 13 de junio que todos los oficiales pasasen a los regimientos, donde debían resignarse a la inactividad a que obligadamente estaba condenado el ejército del Norte. Seis años de lucha; las victorias de Suipacha, Tucumán y Salta y los reveses de Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe habían aniquilado sus energías y ya asomaba los síntomas de la indisciplina. Para un joven de las condiciones de Lafinur, sin los estímulos del peligro ni las perspectivas de la gloria, aquella situación era intolerable y entonces solicitó su baja y la obtuvo en los siguientes términos: “*Cédula de retiro*. El Director Supremo de las Provincias Unidas de Sud América: por cuanto a solicitud del teniente de ejército doctor Juan Crisóstomo Lafinur, he venido en concederle su licencia y absoluta separación del ejército sin goce de fuero ni uso del uniforme; por tanto le hace expedir la presente firmada de mi mano, sellada con el sello de las armas del Estado y refrendada por mi Secretaría de la Guerra, en la cual se tomará razón en el Tribunal de Cuentas y Cajas Generales.

Dada en la Fortaleza de Buenos Aires a 14 de septiembre de 1817. *Juan de Pueyrredón. Martín de Irigoyen*".

Su actuación en las filas del ejército sólo se cita como un rasgo de su carácter patriótico y viril en una época en que se luchaba por altos ideales. Sin embargo, su destino no estaba en las filas del ejército, por más que la carrera de las armas fuera tradición de familia, y cediendo a las inclinaciones de su espíritu cultivado vino a establecerse en Buenos Aires, centro de propaganda activa de las nuevas ideas que conmovían la América. Aquí se encontró con su condiscípulo Juan Cruz Várela y vinculóse estrechamente a esa pléyade de argentinos que, como Luca, López, Rojas y otros estaban a la cabeza del movimiento político y literario de ese tiempo.

Su vasta ilustración, su don de gentes y sus cualidades artísticas, que lucía como inspirado poeta y músico, muy pronto le abrieron el camino de la buena sociedad y le designaron un puesto distinguido en la asociación del Buen Gusto del Teatro, donde se hicieron los primeros ensayos de la musa dramática argentina.

Lafinur llegó hasta escribir unos bellos trozos de música, para acompañar las composiciones del famoso actor Morante.

Este centro reunió en su seno a los primeros ingenios de la época y según su reglamento debía ser "El muro donde vinieran a estrellarse el fanatismo, la anarquía, la corrupción y el despotismo".¹¹

Una comisión debía seleccionar las piezas y promover la mejora de la música y del canto en relación con los espectáculos dramáticos, en cuya tarea colaboró decididamente el "Hijo de la Carolina", como se llamaba en la intimidad.

Las primeras representaciones causaron furor en el público y en la juventud.

Morante representó el drama trágico *Cornelia Bororquia* escrito por una compatriota, cuyo nombre no se da, siendo su argumento las bárbaras e infames escenas del Tribunal de la Inquisición. Esta pieza produjo escándalo en la gente de sotana; hasta decidir al Obispado a dirigirse al gobierno para que se estableciera la censura previa de la autoridad eclesiástica sobre las piezas dramáticas, lo que por cierto no se obtuvo, continuando su representación con el aplauso del público liberal de Buenos Aires.

Se dieron otras piezas de la misma índole y la prensa insertó en sus columnas algunas de ellas como la *Jornada de Maratón* traducida del francés por el doctor Bernardo Vélez; la *Camila o la Patriota de Sud América*, comedia original del sacerdote liberal Camilo Henríquez. El ya famoso autor y actor Ambrosio Morante escribió la *Revolución de Tupac Amará*, Santiago Wilde tradujo una sátira del inglés, y Luca el *Felipe Segundo* de Alfieri y, como la obra más notable de aquella época de iniciación de nuestra poesía dramática, se escribió la tragedia *Dido*, de Juan Cruz Varela, que hizo descollar su personalidad literaria

11 Este programa sintetiza la obra de los pensadores de mayo. La democracia solo podrá fundarse en la cultura colectiva. Sin tradiciones educadoras para los nuevos destinos, había que hacerlo todo, comenzando por la instrucción primaria. Hasta 1812 la ciudad de Buenos Aires no tenía más de cuatro escuelas por el Estado, y Santiago de Chile, con 50.000 habitantes, sólo 7 y limitada su enseñanza a poquísimas nociones de lectura, escritura, aritmética y catecismo. Con estas nociones se ingresaba en los colegios y seminarios, más propios para formar frailes que ciudadanos. Para reparar esta falta se fundaron escuelas primarias, establecimientos de segunda enseñanza como el Colegio de la Unión del Sud, se reformaron los estudios universitarios, se difundieron las obras de los pensadores cuyas ideas podían servir mejor el ideal democrático-liberal de la revolución y se estableció el teatro, al cual se le atribuyó gran importancia educativa.

y sus dotes de artista y de pensador.¹²

Con estos trabajos se realizaban lecturas y disertaciones en las que se recomendaba como modelo de las obras de Corneille, Racine, Molière y las comedias de Moratín.

Por entonces Lafinur vino a encontrar una orientación más definida a las tendencias de su espíritu.

El Colegio de la Unión del Sud, fundado poco después por el Director del Estado, Pueyrredón, abrió un concurso público para proveer la cátedra de filosofía. Lafinur se presentó a disputársela a los doctores Luis J. de la Peña y Bernardo Vélez, ya conocidos por su intelectualidad.

Lafinur hizo una brillante disertación sobre la historia de la filosofía, demostró conocer las modernas tendencias y expuso el método más racional para su enseñanza. La cátedra le fue adjudicada en marzo de 1819 con el aplauso de los que sabían apreciar sus altas dotes mentales y morales. La enseñanza de la filosofía había conservado hasta entonces su carácter de escolástico y apenas si se atrevían algunos maestros a mencionar el nombre de Descartes o de Locke, por no herir las ideas de la época imbuidas en el espíritu del falso Aristóteles.

¹² Gutiérrez, J. M. estudio sobre la vida y escritos de Várela.



VIII

“El espíritu innovador que en toda época tuvo partidarios en Buenos Aires, penetró en el estudio escolar de la filosofía, en el año 1819, por medio del doctor Juan Crisóstomo Lafinur... Tenemos a la vista una mala copia de las lecciones que pronunció este argentino de talento y de imaginación, y en nuestro concepto ella señalan el tránsito del escolasticismo rutinero a las doctrinas modernas en que Lafinur se había iniciado.

Antes de él los profesores de filosofía vestían sotana: él con el traje de simple particular y de hombre de mundo, secularizó el aula primero y enseguida los fundamentos de la enseñanza”.¹³

Lafinur sigue la escuela sensualista (de sensación, llamada también de los ideólogos), tan en boga entonces principalmente en Inglaterra debido a Locke y en Francia a Condillac. Éste popularizó esa escuela filosófica aunque en algunos puntos disiente con el maestro, para exponer ideas propias. La cuestión fundamental está en el origen de las ideas, pues mientras Locke las atribuye a la *sensación* y a la *reflexión*, entendiendo por esto el conocimiento que el alma adquiere de sus propias operaciones, Condillac las atribuye exclusivamente a las *sensaciones*, de suerte que las ideas todas no son más que sensaciones transformadas.

El primero dice: Las ideas de las cosas *distintas del sujeto capaz de pensar* proviene de la sensación; todas las operaciones de este mismo sujeto como la percepción, pensamiento, raciocinio, voluntad, nacen de la reflexión. Se tiene entonces: sensación y reflexión o *sentido interno*. En resumen, en el sistema de Locke se combaten las ideas innatas; su idea dominante es la de libre de examen y su método el de la experiencia.

¹³ Doctor J. M. Gutiérrez. Origen y desarrollo de la enseñanza pública en Buenos Aires.

Condillac, refiriendo todas las observaciones del alma a la sensación, no establece sino una sola facultad -la atención- porque es una sensación primera que predomina sobre las demás y por consiguiente es el único origen de las ideas.

Aunque reconoce las bondades del método de la observación y de la experiencia, se vale a menudo de la hipótesis para explicar el origen de muchos conocimientos.

Tal sucede con su “hombre estatua” que comienza a animarse por la influencia del mundo exterior y que instruido por la experiencia, aprende a deliberar, antes de determinarse. Se ocupa mucho del lenguaje, de su influencia en la formación de las ideas, del método y en particular del análisis.

En rigor Condillac es discípulo de Bacon y de Locke. Unido a pensadores como Rousseau y Diderot su influencia fue muy grande hasta la aparición de la nueva escuela espiritualista fundada por Cousin con el nombre de “eclectica”. Sin embargo el sensualismo de Condillac se sostuvo mejorado por sus discípulos, entre los que debo citar a Destutt de Tracy, por ser a quien más sigue Lafinur en su curso de ideología.

Este filósofo establece que “el pensamiento es un hecho común a todos los hombres; pero cualquiera sea el modo de que se da cuenta o que se piense de una manera instintiva, el pensamiento se reduce a *sentir*. Se puede llamar indiferentemente estos pensamientos, sensaciones o sentimientos. Se siente, por consiguiente, de cuatro maneras distintas; hay sensaciones actuales, otra que no son más que recuerdos, sentimientos que resultan de la comparación de una idea con otra y, en fin, deseos. Estos cuatro géneros de sensaciones se relacionan con cuatro facultades: la sensibilidad, la memoria, el juicio y la voluntad.

El hombre no posee más que estas cuatro facultades para constatar su propia existencia y la de los seres que lo rodean”.

Su gramática general y su curso de lógica se limitan a exponer una teoría propia sobre el lenguaje. El rigor del análisis, la exactitud de los razonamientos, y el gran número de observaciones que encierran estos libros, dieron mucho prestigio a las ideas filosóficas de Destutt, con excepción de su moral.

Guido Villa dice que el “sensualismo” opuesto al “cartecianismo” tiene, sin embargo, con él, algunos puntos de contacto. Descartes había negado a los animales la conciencia haciendo de ellos unos autómatas; el materialismo francés, apoyándose en los datos de la experiencia que había reunido la filosofía inglesa llegó, por el rigor lógico, a establecer que si los actos de los animales que creemos indicios del sentir, pensar y querer, son únicamente resultado de un mecanismo concatenado ¿por qué no había de suceder con los actos del hombre? Tal mecanismo es, naturalmente, el del cerebro y del sistema nervioso periférico mediante el cual recibimos las impresiones del mundo exterior y formamos poco a poco con ellos no sólo las sensaciones y representaciones, sino la conciencia misma.

Estas ideas sirvieron de base al sistema de Condillac y se extendieron por Europa y América merced a la propaganda de sus continuadores que a la vez exponían ideas propias. Así tenemos a Helvecio que aplica el sensualismo a la ética; a Holbach autor del “sistema de la naturaleza”, quien atribuye la facultad de sentir a las sensaciones a objetos físicos, pues la idea de los seres espirituales es una quimera; a La Mettrie que escribe el *hombre máquina* y que es el verdadero fundador del materialismo francés; a Cabanis, precursor de la psicología moderna porque hace jugar un rol muy importante a la fisiología para

explicar los fenómenos mentales; a Destutt de Tracy su continuador; a Volney el moralista del sensualismo a Broussais uno de sus más ardientes defensores en la época en que ya se abría paso la escuela psicológica.



IX

Los enemigos de la escuela “sensualista” dieron a este término, con toda malicia, el significado de epicurista, materialista y licencioso, cosas tan contrarias a su espíritu como a la conducta del virtuoso abate Condillac.

Lafinur, que seguía con prudencia y criterio propio esta escuela, no obstante inclinarse a menudo al espiritualismo, fue injustamente combatido por el clero, quien fulminaba su enseñanza sin comprenderla. Uno de esos paladines le salió al encuentro, el fraile franciscano Castañeda, carácter original e interesante. Dotado de una inteligencia perspicaz, bien disciplinada en la escolástica sutil, era a la vez un escritor fecundo e incisivo. Forjado para la actuación de primera fila por su independencia y energía, había errado completamente su vocación, pues en lugar del hábito humilde de su orden debió ceñir el vistoso uniforme de granaderos a caballo, a llevar con desenfado la toga del tribuno popular. Por su patriotismo y celo sacerdotal puede colocarse a la par de fray Cayetano Rodríguez, de Grela y de Funes, pues como a ellos le cupo el honor de celebrar los triunfos de la reconquista de Buenos Aires como más tarde haría la apología de la Revolución de Mayo, no obstante la encíclica papal, condenatoria del movimiento libertador.

Con más temperancia de carácter e ideas menos intransigentes hubiera sido uno de los factores más eficientes de la organización y cultura nacional. Es digno de elogios el plan de estudios que bosquejó en ocasión del discurso pronunciado en 1815 al inaugurar la Escuela de Dibujo. Hace algunas consideraciones sobre la decadencia de España “porque se han envilecido las artes y ennoblecido la ociosidad”, ejemplo que nos debe servir de escarmiento para que los niños aprendan algo más que la lectura, escritura y aritmética, sino también la ciencias, las artes y sus aplicaciones. Para realizar este propósito se propone fundar una sociedad y consagrarse por completo al noble y pacífico ministerio de la enseñanza. Pero

su paternidad no tenía temperamento para estas tareas, pues su genio inquieto, impulsivo, lo arrastraba a la lucha, a la controversia, a la figuración. Pronto encontró la oportunidad de lo que buscaba con motivo de las tendencias liberales que acentuaban los pensadores de la revolución que desde la cátedra propagaba el joven profesor Lafinur. Esgrimió entonces la pluma, en sus manos más temibles que la espada, redactando periódicos, hojas sueltas, amonestaciones y manifiestos; acometió valientemente a todos y todo lo que se oponía a su credo religioso, político y filosófico.

Lafinur fue tratado del peor modo y acusado de corromper la juventud con sus ideas materialistas. El profesor se vindicó de tan inmerecidos cargos y en su defensa salieron sus discípulos, el sabio y virtuoso médico doctor Argerich y Juan Cruz Varela.¹⁴

Fray Castañeda hizo funcionar entonces sus piezas de grueso calibre arrojándole bala rasa y se forjó una lira especial publicando cinco sonetos a la vez refiriéndose a Varela, a Cavia, Lafinur y el último a don José Valdez, redactor del *ensor de 1815*.

Es de Lafinur el soneto dirigido a Castañeda que comienza:

O vos gran monitor! por quien la fama

Y que termina:

Sigue los teoridículos sainetes
Desde la Recoleta ¹⁵ do no cabes
Hasta la residencia do te esperan

A estos ataques contesta el vehemente franciscano con el manifiesto de Carancho (Castañeda) contra el uno y otro abogado del Americano (Agüero y Lafinur) y refiriéndose a Lafinur dice:

Lafinura del siglo diez y nueve
Es lafinura del mejor quibebe
Diga yo novedades,
Aunque profiera mil barbaridades;
Que se pierda el colegio
Perdido quedará sin sacrilegio.
Dale que dale
La pura novedad es lo que vale.

14 Entre todos los cuerdos despreciado;
entre todos los locos conocido;
por su hiél entre víboras querido;
y entre predicadores sonrojado.
De la discordia el hijo enamorado;
del fanatismo el héroe distinguido;
alguna vez, por malo, perseguido

y si quiso ser bueno se ha cansado
¡Caramba! ¿Y quién es ese caballero
cuyo nombre feroz no se publica
y se nos va quedando en el tintero?
No se queda, señores, no se queda:
Ese santo que a todos perjudica
Se llama *Fr. Francisco Castañeda*.

El Americano N° 41

15 Alude al convento de los recoletos

Sin embargo, estas polémicas, fuera del terreno científico circunspecto en que debían mantenerse, debían terminar pronto mediante la intervención del doctor Argerich que dio lugar a Lafinur para exponer su doctrina filosófica, como ya lo había hecho en una función literaria contestando al doctor Villegas, aventajado discípulo de Cousin.

Son, pues, interesantes los documentos que insertaremos a continuación y con los cuales bien puede darse por terminado el análisis crítico de las ideas y de la enseñanza filosófica de Lafinur.

En su tiempo eran las ideas más avanzadas y no podíamos juzgarlas con el criterio de las conquistas y de las investigaciones actuales.



X

Señor director de *El Americano*. He tenido el mayor disgusto en presenciar la desagradable escena del 20, en el acto literario que se dio en el Colegio de la Unión, y mucho más cuando observaba que por no haberse explicado el señor Lafinur con toda claridad y debida extensión en una materia nueva para nuestras escuelas, fuertemente aferradas en sus antiguos sistemas, se daban por proporciones que inducían al materialismo unas verdades recibidas en el día con mayor aplauso por los sabios más religiosos. Como siempre he deseado con entusiasmo la ilustración de mi país y como desde mi juventud he procurado cooperar con mis débiles esfuerzos a la introducción del buen gusto en todos los ramos que han estado a mi alcance, y en que me ha empleado el gobierno, no puedo menos que poner bajo del verdadero punto de vista la cuestión controvertida; con lo que pienso quedarán tranquilizados los ánimos de los que temían que se imbuyeren en los dogmas del materialismo a la inocente juventud, a cuyo efecto le suplico se designe concederle un lugar en su erudito periódico.

El señor doctor Magendie, catedrático de anatomía y fisiología en la escuela de París, acaba de dar una obra elemental de esta ciencia, la más correcta que hasta ahora ha visto la luz pública, y en la página 151 del tomo I dice lo siguiente: “La inteligencia del hombre se compone de fenómenos tan distintos de todo cuanto presenta la naturaleza, que es indispensable referirlos a un Ser particular que reconocemos como emanación de la Divinidad. Es la cosa de mayor consuelo el creer que hay este ser inmortal e inmaterial que llamamos alma, y por lo tanto no es imaginable que ningún fisiólogo se atreva a negar su existencia”. Añade después: “Es verdad que la severidad de la lógica que actualmente domina en la fisiología exige que se trate de la inteligencia humana como si fuese el resultado de la acción de un órgano, pues así se evitan graves errores en que han caído sujetos, por otra parte, del mayor mérito”. Quizá ésta ha sido la razón que ha movido al

señor Lafinur para presentar sus opiniones de un modo tan sencillo y poco complicado. Pero si debemos hablar con justicia, la materia no es tan sencilla ni de tan poca utilidad, que nos hemos de contentar con sólo manifestar una parte del fenómeno, sin acabarlo y darle el grado de perfección de que es susceptible.

Bacón, Locke y Condillac afirman positivamente, que ellos tratan esta materia únicamente como filósofos y que todos sus raciocinios sólo proceden de la brillante luz que le suministra la filosofía. ¿Pero quién ignora cuán limitada es ésta en la indagación de objetos tan oscuros como impenetrables a la razón humana? No nos olvidemos un solo momento que el Supremo autor de la Naturaleza puso a la razón humana, del mismo modo que a la mar, límites circunscriptos que nunca podrá traspasar. Y ciertamente, la filosofía sólo puede tratar de aquellas cosas que entran por los sentidos, como ya lo advirtió *Aristóteles* de esto se sigue que jamás la filosofía podrá demostrar *a priori*, como dicen, la espiritualidad de las ideas, la existencia de los espíritus y, por consiguiente, la del alma racional. Esta doctrina es tan cierta y evidente, que el concilio Luteranense en el pontificado de León X, exhorta vivamente a los catedráticos de la filosofía a que trabajen con todas sus fuerzas en demostrar la inmortalidad del alma racional. Es cierto que tenemos ya infinitas pruebas *a posteriori*, como se dice en las escuelas; pero hasta ahora ninguna demostración es rigurosa.

Si me propusiese amontonar textos graves y religiosos autores que afirman esto mismo, caería, ciertamente, en un fastidioso pedantismo. Ningún filósofo se ha atrevido hasta ahora a proponer tal demostración, sino el entusiasta doctor Gall, que actualmente estoy leyendo y merece ser proscrito en todo país que respete la religión. Si la ideología trata únicamente de la formación de las ideas y éstas, para reputarse por tales, deben ser percibidas, es indispensable que haya un ser que las perciba; y este ser en quien existe la perceptibilidad, de ningún modo puede ser material. Así es que dice el doctor Magendie, arriba citado: “Que el cerebro es sólo del órgano material del pensamiento y que todos los fenómenos que constituyen el pensamiento están evidentemente bajo la dependencia del alma”.

Una multitud de hechos y experiencias prueban esto mismo: Nadie ignora que un sujeto que por sus brillantes talentos forma la gloria de su siglo, pierde repentinamente la inteligencia por resultas de un golpe de cabeza, de un ataque de apoplejía, de una vehemente concusión eléctrica o precisamente por el progreso de la edad; del mismo modo una pasión en el más alto grado de excitación y originada precisamente de causas morales, produce diariamente la imperceptibilidad, aunque se irriten los sentidos por los agentes materiales más enérgicos. Esto prueba hasta la evidencia, que en la formación de las ideas, o en la inteligencia humana, concurren dos principios de naturaleza diametralmente opuestos; el material, u órgano cerebral que da principio a la idea, y el inmaterial o alma que la concluye y acaba. Por esta razón observamos en todos los siglos tan generalmente admitida la idea del mutuo consorcio entre estos dos principios, aunque por otra parte debemos confesar que nuestra filosofía de ningún modo puede aclarar nuestras dudas, o por mejor decir, nuestra absoluta ignorancia del cómo se espiritualizan las ideas o se completa la inteligencia humana. Pues si la filosofía no es capaz de por sí de ilustrarnos en materia tan interesante, si las luces que nos comunican son tan limitadas, ¿adonde acudiremos? ¡Ah! Aunque rebelde la razón la resista; aunque clame el filosofismo entero, debemos ocurrir

a la ciencia sagrada, a la palabra de Dios que nos dice: “no queráis ser como el caballo y el mulo que no tienen inteligencia” y con David, hablando del hombre: “lo hiciste un poco menor que los ángeles, lo coronaste de gloria y honor y lo hiciste presidir a las obras de tus manos”. Si para probar esta verdad hubiese de acumular sentencias del uno y otro testamento, podría formarse un volumen más que regular.

Estoy bien persuadido que los sentimientos y principios del señor catedrático Lafinur, a quien aprecia infinito por su literatura y buen gusto, son los mismos que yo sigo, y que nada de lo que llevo insinuado le puede tocar ni remotamente; pero si es permitido a un hombre de honor y de alguna edad proponerse a sí mismo por modelo, podría hacerle presente que, enseñando a mis discípulos la fisiología, ya a once años, en la discusión del análisis del entendimiento les expliqué estas mismas opiniones perfeccionadas con la continua lectura de Cabanis y Destutt de Tracy, pero profiriéndolas siempre con el correctivo insinuado de prescribir exactamente los límites hasta donde pueda llegar la filosofía, debiendo esperar de la ciencia sagrada los restantes conocimientos. Creí que debía obrar con esta precaución en la introducción de un sistema tan delicado y desconocido en el país hasta estos últimos tiempos. Una comportación semejante habría sido el Iris que habría renovado la tempestad y hubiera evitado a sus amigos y a los amantes de la literatura tamaño disgusto.

Buenos Aires, 26 de septiembre de 1819

Doctor Cosme Argerich

Buenos Aires, octubre 4 de 1819

Señor editor de *El Americano*. Muy señor mío: En el último número de su estimable periódico he leído un remitido del doctor C. Argerich, en que hablando de la función literaria que di con mis discípulos en el 20 del pasado, manifiesta sus sentimientos sobre las notas de impiedad, como la ignorancia ha querido calificar nuestras opiniones. Tanto como agradezco a este señor el honor con que distingue mis principios y sentimientos, me duele de que por no haber presenciado, según creo, la función, haya sido mal informado de lo que en ella acaeció; su opinión es para mí la más respetable y seguramente lo será para todos la de un hombre de vastos conocimientos y de piedad acendrada. Hablaré, no para satisfacer a los que estuvieron presentes, sobre la *claridad* y *extensión* que dice faltan a mis doctrinas (pues es público que hablé más de lo que es regular para satisfacer un argumento). Lo hago porque quiero que el doctor Argerich quede persuadido, y los que no hayan asistido, de que no dejó de aparecer el Iris que se deseaba. Reproduciré, en pocas palabras, lo que allí dije, si Vd. se digna hacerme un lugar entre sus bellas páginas. La cuestión se puso bajo el mismo punto de vista que nos la pone el señor Argerich, en el argumento del doctor Villegas, que fue el único que tocó el *origen de las ideas*.

Dije que si la filosofía no puede demostrar *a priori* la existencia de un alma inmaterial, no podemos usar de mejor argumentos, para probarla, que sostener como sosteníamos en la última de las tesis de la pneumática, que *la materia no puede producir la inteligencia*: creemos que acertando a demostrar este aserto, habremos dado al fenómeno esa perfección que él echa de menos, al menos en la única manera que es permitido a un filósofo.

La inmortalidad del alma, tratada por todos los filósofos, no puede demostrarse de un mejor modo, que haciéndola partir de la existencia de un Dios, de sus atributos, de la libertad del hombre y de la necesidad de una Justicia distributiva; así la hemos tocado: al

menos, ella está envuelta en nuestro acentos, de este modo se han tratado por su orden las materias y se ha dado a este asunto toda la luz de que es susceptible.

Sobre la sensibilidad dijimos al doctor Villegas, que puesto que habíamos asegurado que no podía ella ser la obra de la materia, era para nosotros el resultado de la presencia de un ser inmaterial a un cuerpo organizado y que no pudiendo de modo alguno considerar a este ser independiente de un medio, partíamos nosotros a explicar los fenómenos del hombre moral, de la sensibilidad, dada como parte el newtoniano a explicar los fenómenos del mundo físico, supuesta la atracción de las masas.

Añadimos en prueba de la existencia de este ser inmaterial y por ilustrar más nuestros principios, que la *sensibilidad exterior*, la química de que hablábamos no podía extenderse por un principio aislado de afectibilidad o de relación con la naturaleza, cual se llama *orgánica* entre los fisiólogos, pues que esto, en un compuesto cualquiera, apenas podrá hacer aparecer un principio de vida o de reacción; pero que la percepción y la inteligencia es para nosotros un fenómeno que siempre será independiente de la inercia y de sus leyes.

Esta sensibilidad es aquélla por la cual el ser remitivo se apercibe de su existencia cuando es afectado de sensaciones, aplica o aparta de sí cuanto lo rodea, según sus necesidades, que son sus deseos y no conoce que existe distintamente de otro, más por las resistencias que pruebas.

Llegamos al análisis de las operaciones del alma y examinando aquéllos que ejecutan más su energía como la comparación, reflexión, atención, etc. casi nos faltaron los pulmones probando que aunque el ser remitivo no puede menos de sentir cuando es afectado, él por la energía de su carácter y de su acción puede, a virtud de operaciones espirituales, y a las que no ha procedido una sensación directa, variar, modificar y aun aniquilar las impresiones. Tal es la fuerza del espíritu y el poder que obtienen sobre sus medios. Confirmamos este principio demostrando hasta la evidencia con señalados ejemplos, que la atención del alma modifica directamente el estado local de los órganos, pues que sin ella las lesiones más graves no producen frecuentemente ni el dolor, ni la inflamación que le son propias; y que al contrario, una observación proteja de impresionar las más fugitivas, puede hacerse de por sí de un carácter importante u ocasionar alguna vez verdaderas impresiones sin causa real exterior, o un objeto que los determine. Esto es tan cierto que nadie ignora que las impresiones agradables, pueden, por su duración o intensidad, producir el dolor o el malestar, y que las impresiones dolorosas determinando un aflujo más considerado de liquidar en las partes que ellas ocupan, producen frecuentemente efectos, por decirlo así, mecánicos y locales de placer. Por esta razón distinguimos en todos los sentidos dos impresiones: una primitiva que pertenece al órgano y otra consecutiva que afecta al sensorio, la cual puede variar mientras la primera subsista la misma. Ciertos olores hacen huir algunas personas de un sitio y atraen a otras; esto no es porque la afección de la pituitaria sea diferente, sino porque el alma une diversos sentimientos a una impresión ideótica: lo que prueba que ella es de una naturaleza energética y activa, por consiguiente inmaterial.

Dijimos esto y mucho más. Lo que exponemos creo será suficiente para satisfacer a mis amigos, y persuadirles que no ha faltado el correctivo insinuado; que si hubiésemos pretendido demostrarlo todo, pasando los límites que tiene prefijados nuestra humilde

razón, que si no hubiéramos considerado la necesidad de esperar de la ciencia sagrada la perfección en nuestras doctrinas ¿a qué examinar, como lo hacemos, el mérito de nuestras virtudes, la libertad de nuestras acciones y el fundamento de nuestras esperanzas en la idea de un Dios y de sus inefables atributos? ¿Podría tenerse por sospechoso y porque induce desconfianza en nuestro país un sistema que reposa sobre la base de que *la materia no puede producir la inteligencia?*

Basta por ahora. Los que quieran ideas claras y extensas, las tendrán en una memoria que pienso dar en mi próxima función: mientras tanto quiero que, asegurado el señor doctor Argerich de que no tuvo motivo para disgustarse en la escena a que se refiere, se asegure igualmente de mi gratitud al honor que se digna hacerme; y que si alguna vez he sentido una elación desconocida a mi espíritu, es aquella en que bondadosamente ha querido publicar sus preciosos sentimientos en conformidad con los míos. Es de Vd. con la mayor consideración, S. S. S. que B. S. M.

Juan Crisóstomo Lafinur

Fue necesario esta declaración para desarmar a los espíritus prevenidos contra su enseñanza en general y sobre el *origen de las ideas*, causa de tanto escándalo para quienes no estaban iniciados en el funcionamiento del sistema nervioso y del cerebro, en la labor mental, cuyo mecanismo explicó Cabanis¹⁶ en su obra *Rapports du physique et du moral de l'homme*; que tuvieron gran aceptación entre los partidarios del sensualismo.

Condillac había explicado los hechos del alma por las sensaciones. Cabanis acepta este sistema; pero tuvo el pensamiento de completarlo, reconociendo la naturaleza y el origen de las sensaciones.

También Bonnet establece que para entender bien las relaciones y la formación de las ideas, no había otro medio que el de estudiar la conexión de las fibras nerviosas.

Así pues, Cabanis, Bonnet y Gall son los ilustres percursores de la psicología moderna.

¹⁶ Literato, fisiólogo y filósofo. Médico y amigo de Mirabeau, dióle todos los elementos para tratar las cuestiones relacionadas con la instrucción pública.



XI

FUNCIONES LITERARIAS. “Sujétanse a un examen público los elementos de la *primera parte* del curso filosófico de los estudios de esta capital que comprende la ciencia del hombre físico y moral de sus medios de sentir y conocer.

Puestos sobre la escena los alumnos don Manuel Belgrano, don Diego Alcorta, don Lorenzo Torres y don Ezequiel Real de Azúa, presididos del catedrático de esta facultad don *Juan Crisóstomo Lafinur*, sostendrán en el idioma del país los aceptos que se enumeran, recorriendo las observaciones ideológicas, fisiológicas, lógicas y político-económicas en que se fundan.

The proper study of manckind, is man. Pope. A las cuatro de la tarde del día 20 de septiembre de 1819 en el templo de San Ignacio en Buenos Aires.

Luego se exponen en párrafos separados y sintéticamente la materia a tratar y las doctrinas en que se fundan.

Los exámenes de la *segunda parte* tuvieron lugar en el año siguiente, comprendiendo el arte oratorio con aplicación a la elocuencia del púlpito, de la barra y del foro.

“Los alumnos don Luis Belgrano, don Ignacio Martínez y don Manuel Belgrano pronunciarán un discurso cuyo manuscrito será entregado al señor Cancelario y replicantes para hacerles el examen debido acerca de su estructura, figuras cometidas, etc.

Los señores replicantes pueden, además, presentar un trozo cualquiera de escrito ya antiguo o moderno y pedir un análisis de sus bellezas.

El desarrollo del programa, material del examen, comprende: lugares comunes de la elocuencia, el estilo oratorio, trozos de sentencias y figura de sentencia según Capmani. Después se pasará a tratar la estructura y conducta de un discurso y la poesía en general de acuerdo con Blair.

Asuntos de los discursos. El primero demostrará, con razones filosóficas, la divinidad de la religión cristiana.

El segundo hará una buena historia del hombre físico y moral.

El tercero hará otra de la elocuencia.

Se *concluirá la función* con un discurso que pronunciará el profesor en impugnación al de Juan Jacobo Rousseau, premiado por la Academia de Dijon, que pretende que las ciencias han corrompido las costumbres y empeorado al hombre.

En el templo San Ignacio, a las cuatro de la tarde del día 31. Dado en el aula de filosofía a 16 de agosto de 1820. Lafinur”.

Este programa despertó el más vivo interés en el elemento estudioso, y lo reconcilió con el padre Castañeda, en primer término, que era un hombre erudito e inteligente y que a pesar de todo, apreciaba al joven profesor Lafinur. No sucedió lo mismo con los fanáticos que siguieron obstinadamente su guerra de zapa para aniquilar la saludable acción de su enseñanza.

Aquella misma tarde circulaba entre la concurrencia al interesante acto público una hoja suelta, editada por la imprenta de Niños Expósitos, con el título: *Ejemplo de reconciliación entre dos americanos disidentes*, conteniendo las comunicaciones siguientes:

Al R. P. Fray Francisco Castañeda

Mi estimado señor:

Si V. P. ha de formar por ésta Ca verdadera idea de mi carácter, no me atormentaré más de hablarle escrito la otra que era bien diferente¹⁷; pero ya no vacilaré más tiempo sin ofender a su corazón con el temor de que V. P. aún se acuerde de esa bobería. Por el programa que tengo el honor de incluir a V. P. se hará cargo del empeño que he contraído con el público. Cuento con su concurrencia y la de algunos religiosos amigos. Asimismo V. P. me daría una prueba de corresponder a mi sinceridad si mi hiciera algunas observaciones que no serán inútiles a un joven que empieza una carrera que V. P. ya ha concluido. Respeto sus luces y confío en su corazón.

Con estos sentimientos, dignese V. P. contar entre sus amigos a éste su affmo. S.S.Q.B.S.M.

Juan Crisóstomo Lafinur

P.S. Las ocupaciones de que V. P. se hará en un cargo, me privan del gusto de acercarme a S.P. personalmente.

Contestación:

Señor profesor de humanidades, Dr. D. Crisóstomo Lafinur Mi señor

De nada me acuerdo, y puedo asegurar a Vd. que los pasados debates no me han hecho la más mínima impresión, porque creí siempre que en el principio de las hostilidades son del todo inevitables y totalmente involuntarias las equivocaciones; por consiguiente, la disculpa debe ser recíproca para

¹⁷ Se refiere a la refutación que hacía a sus “amonestaciones” y en la que lo invitaba a una discusión pública para demostrarle sus errores y justificar su propaganda.

que nuestra fraternidad y unión sean eternas. Desde luego iría yo a hacer mis reparos a algún punto del exquisito, religioso y bien meditado programa, si nunc foret illa juventa; pero ya los años y otras ocupaciones más serias han borrado de mí las impresiones juveniles y olvidado las reglas especulativas, apenas me ha quedado la sustancia; soy, pues, merita milita, y ya no me siento capaz de entraren lid con los hijos de Minerva, que bebiendo las luces rayo a rayo, son águilas generosas que sólo pueden lidiar con otras águilas. Deseo con impaciencia, que amanezca el día 31 para tener en placer de oír el discurso de Vd. contra el extravagante Juan Santiago, de quien el sabio Laharpe dice que su arrogancia es el non plus ultra del orgullo humano: Jean Jacques Rousseau cest le non plus ultra de Torgueilhmain.

Dios me lo conserve a Vd. muchos años para que imprimiendo en el corazón de los discípulos tan cristianos máximas, pueda yo decir, como ya lo digo: Beati viri tui qui audiente sapintiam tuam, et estant coram te semper: dichosos tus candidatos que oyen los dictámenes de tu sabiduría y están siempre en tu aula.

Dios guarde a Vd. muchos años. Su seguro servidor, fiel amigo y agradecido capellán.

Fray Francisco Castañeda.

P.S. Me hago cargo de sus ocupaciones, y yo celebro de que hoy mismo se me ofrezca la bella oportunidad de pasar por su casa para hacerle mi primera visita.



XII

Del curso filosófico de Lafinur se han salvado algunos fragmentos publicados en la obra “Enseñanza Pública Superior en Buenos Aires” por el erudito y virtuoso patriota argentino don Juan María Gutiérrez, cuya labor meritoria y cuya acción proficua y vasta para la cultura nacional reclama aún el testimonio de la gratitud postuma.

Refiere al doctor Gutiérrez, que obtuvo esos manuscritos de mano de don Luis L. Domínguez, depositario de los papeles de Florencio Várela, quien los conservaba como un recuerdo de su hermano Juan de la Cruz, condiscípulo e íntimo amigo del malogrado Lafinur. Eran unos apuntes de clase tomados por el joven sanjuanino Ruperto Godoy, más tarde de importante figuración en su provincia y fuera de ella, teniendo más que todo el mérito de señalar la iniciación entre nosotros de la enseñanza moderna. Por lo demás, Lafinur sigue en su curso a Condillac y Destutt principalmente cuyas ideas campean en sus cuestionarios, conclusiones, objeciones y respuesta sobre las facultades de sentir y el origen de las ideas. En su ideología de una importancia esencial a la lógica y al lenguaje apartándose del estéril ergotismo. Establece con Locke y Cabanis que no existen las ideas innatas, pues ellas fueron adquiridas por impresión externas e internas o de movimientos obrados en el sistema nervioso o centro cerebral.

En moral sigue las doctrinas del abate Mably, y al hablar de Dios exclama con Voltaire: “Si Dios no existiera sería necesario inventarlo”, y termina con Rousseau agregando, que hay dos cosas que la filosofía debe respetar: *Dios y la inmortalidad del alma*.

Como se ve, Lafinur estaba más inclinado al idealismo del religioso Bonnet, quien no acepta la derivación de los fenómenos de conciencia de una sensibilidad puramente pasiva, porque el hombre no es un ser exclusivamente físico ni psíquico, sino psicofísico,

y que si bien es cierto que el pensamiento no puede producirse sin la acción de las fuerzas nerviosas, no se identifica con el pensamiento mismo, cuya producción es un misterio.¹⁸

Lafinur sostiene que la materia sola no puede producir la inteligencia y que dado los límites prefijados a nuestra razón habría que esperar de la ciencia sagrada la perfección de nuestras doctrinas.¹⁹

Razón tiene el erudito crítico señor Groussac cuando incidentalmente juzga a Lafinur y dice: “Dentro del empirismo de Condillac y la rígida ideología de Destutt de Tracy, no cabe metafísica propiamente dicha, mucho menos la teodicea a lo Fenelón y Leibniz que allí campa por su respeto coronado el origen materialista de las ideas con la prueba de la inmortalidad del alma, con las promesas de la revelación”.²⁰

Indudablemente la obra de Lafinur, como ya hemos dicho, se resiente de la improvisación, pues la lucha en que estuvo empeñado y las múltiples ocupaciones de su espíritu peregrino le impidieron madurar sus ideas para seguir una orientación bien determinada a que, por otra parte, se oponían las preocupaciones de la época y la necesidad de la conciliación para poder ir avanzando y conquistando el espíritu colectivo.

Hay que tener presente también que Lafinur contaba entonces 22 años de edad. Para nosotros su mérito está:

1º Es el primero que entre nosotros seculariza el aula de filosofía y reforma su método de filosofía.

2º Porque su enseñanza tiene tendencias prácticas, pues se propone como Bacon, rehacer el espíritu y desde luego emancipar la mente de la juventud argentina de la escolástica para prepararla a la vida práctica, democrática y liberal.

3º Por sus ideales morales y cívicos.

4º Por haber abierto el camino a sus continuadores en la cátedra de filosofía, como el doctor Agüero, convertido a las nuevas ideas por su propaganda, así como a su aventajado discípulo el doctor Diego Alcorta que fue más lejos que su joven maestro.

5º Por haber contribuido a formar ciudadanos como el doctor Manuel Belgrano (sobrino del general), poeta, profesor de lenguas vivas, habiendo llegado a dominar el inglés al extremo de traducir a primera vista “Tinieblas” de Byron; como el doctor Lorenzo Torres, gobernador delegado de Buenos Aires en 1853, como el doctor Ruperto Godoy, colaborador distinguido en San Juan de las ideas del doctor Del Carril y más tarde miembros del Congreso Constituyente del 53 y tantos otros que figuraron y se distinguieron en altos destinos sociales.

Si Lafinur no hubiera sido obligado a expatriarse, hubiera llegado con el tiempo a ser el pensador más original y fecundo de su época.

18 Guido Villa. Psicología contemporánea.

19 Contestación al doctor Argerich.

20 Anales de la biblioteca. Noticia del doctor don Diego Alcorta.

XIII

Lafinur reveló desde muy joven sus dotes de imaginación y su facilidad asombrosa para el verso. Juan Cruz Várela hace referencias a esas cualidades y cuenta que pasaban los ocios escolares improvisando, como aquella discusión en octosílabos asonantados sobre el mérito de una guitarra. Pero Lafinur dio otra dirección a su espíritu que lo separó del amable trato de las musas y la poesía fue para él un mero pasatiempo, como lo era la música, pues sus ensayos más felices quedaron inéditos y pasaron fugaces dejando apenas en el oído la vaga reminiscencia de una armonía.

Preocupado más de cultivar su mente con la lectura de los clásicos, recién la muerte del general Belgrano, a quien tanto amaba, arrancó a su inspiración y más que todo a las exquisiteces de su sentimiento el “Canto elegiaco” y la Oda a la oración fúnebre que ha sido favorablemente juzgada por la crítica literaria.

El erudito doctor Juan María Gutiérrez, a quien nos vemos obligados a citar con frecuencia, refiriéndose a los poetas que figuraron con su homenaje al esclarecido patricio, se expresa así: “Un genio desconocido hasta entonces en la alta región de la poesía, se mostró por primera vez a esa luz misteriosa que circunda los muertos ilustres y dominó todos los ecos con su pasión, por su abundancia y por su ternura casi filial. Era éste el aventajado profesor de filosofía y humanidades Juan Crisóstomo Lafinur”.

“Lafinur fue el poeta romántico de nuestra época clásica. Sus composiciones son frutos espontáneos caídos de un árbol fecundo agitado hasta las raíces por un huracán: Son más bien la imagen de su propia existencia, la cual pudiera comprarse a la curva sinuosa y fugaz que traza el fuego de un relámpago”.

No necesitamos hacer el análisis de sus composiciones, especie de guía para los forasteros del arte, porque escribimos para la gente capaz de juzgar el mérito de ellas, sino con la fría erudición de aquellos críticos sutiles a lo menos con el calor del sentimiento espontáneo que produce la lectura de sus arranques poéticos, realmente inspirados y vibrantes.

El que es capaz de leer y el que sabe sentir notará que siempre el poeta se deja arrebatar todo entero por el vuelo de su alma impresionable y soñadora cuando así interroga:

¿Por qué tiembla el sepulcro y desquiciadas
Sus sempiternas lozas de repente
Al pálido brillar de las antorchas
Las justas y la tierra se conmueven?
.....
“Murió Belgrano” ¡Oh Dios! ¡Así sucede
La tumba al carro, el ay doliente al viva,
La pálida azucena a los laureles!
¡Hoja efímera cae! Tal resististe
Al noto embravecido y sus vaivenes.

Y cuando el poeta contempla la acción demoledora de la anarquía, apesadumbrado exclama:

Y ¿ora faltas Belgrano? ¡Así la muerte,
Y el crimen, y el destino de consuno
Deshacen la obra santa, que torrentes
Vale de sangre, y siglo mil de gloria...

Luego desalentado ante ese espectáculo se detiene para pedir una tregua al dolor y evoca entonces la figura inmortal de Belgrano, en plena actividad y en plena gloria, espigando el lauro de Tucumán y Salta para volver otra vez la vista hacia la triste realidad del momento que arranca a su lira esta estrofa delicada:

.....Mas vosotras
Vírgenes tiernas, que otra vez sus sienas
Coronasteis de flores, id a la urna
Y deponed con ansia reverente
El apenado lirio: émulo hacedle
De mármoles, bronces y cipreses.

Es igualmente feliz y tierna la escena que pinta durante los funerales que se tributaron al glorioso portaestandarte de la revolución:

Era la hora: el coro majestuoso
Dio a la endecha una tregua, y el silencio,

Antiguo amigo de la tumba triste,
Sucedió a la armonía amarga y dulce...

Pocos podrán igualarle en esta manera de expresar lo tan íntimamente sentido en presencia de un acontecimiento como el de la muerte del virtuoso ciudadano.

Por lo demás la musa de Lafinur exalta siempre el amor patrio y mantiene viva la tradición de sus héroes. Jamás la pulsa para llorar sus infortunios, ni reflejar las positivas decepciones de su alma como hacen esos noveles poetas, por aquello de que nada seduce tanto a los que no han sufrido como entregarse a una dulce melancolía.

La poesía es para él instrumento de enseñanza, de propaganda y de lucha y por eso quizá se cuida más de la idea, del fondo, que de esa sonora y rítmica periodicidad de la forma: su musa predilecta, como la de Alfieri, es la libertad.

En su alma había, pues, energía creadora y la improvisación fue la característica. Cuéntense al respecto interesantes anécdotas como ésta:

Estaba entregado a sus estudios, como profesor de filosofía, cuando se le entregó una carta y una flor de su prometida y haciendo detener un momento a su portador para contestarla, escribió al correr de la pluma este hermoso soneto:

A UNA ROSA

Señora de la selva, augusta rosa,
Orgullo de septiembre, honor del prado;
Que no te despedece el cierzo osado
Ni marchite la helada vigorosa.

Goza más; a las manos de mi hermosa
Posa tu trono; y luego el agraciado
Cabello adorna, y el color rosado
Al ver su rostro aumenta avergonzado.

Recógeme estas lágrimas que lloro
En tu nevado seno, y si te toca
A los labios llegar de la que adoro,

También mi llanto hacia su dulce boca
Correrá, probarálo, y dirá luego
Esta rosa está abierta a puro fuego.

Cultivó con éxito todos los géneros poéticos como pueden verlo los amantes de las bellas letras en el apéndice que insertamos al final de este trabajo.



XIV

Lafinur por esa época también se daba lugar para escribir periódicos, fundando *El Curioso*, con el eminente sacerdote liberal Camilo Henríquez.

Este interesante personaje merece unas líneas en este modesto trabajo. Había nacido en Valdivia en 1769 y educado en Lima profesó en la comunidad denominada: “Padre de la Buena Muerte”.

Desde muy joven se destacó por su brillante inteligencia, dedicándose con igual provecho al estudio de los clásicos, de las lenguas vivas y de las ciencias, principalmente medicina. A fines de 1810 había regresado a Chile, abrasando con ardor la causa de la emancipación americana, escribiendo panfletos contra el régimen colonial y haciendo circular una proclama subversiva. La revolución comenzaba ya a operarse en las ideas. Fue de los que contribuyeron a sofocar el movimiento reaccionario encabezado por el coronel Figueroa, circunstancia que escandalizó a los timoratos y a la católica sociedad chilena, pues el clero tenía la consigna de combatir las tendencias liberales y revolucionarias.

Desde entonces no descansó en su campaña libertaria, poniendo al servicio de su causa sus brillantes dotes y su prestigio como sacerdote, orador y periodista. Dominaba todos los temas de actualidad; audaz y resuelto se convirtió en el personaje más influyente del partido americano. Fundó *La Aurora de Chile* y desde sus columnas inició un fuego mortífero y certero contra la dominación española. Y fue también el primero que en Chile se atrevió a proclamar la independencia: no quería sujeción ni a España ni a Roma, ni al Rey ni al Papa. ¡La autonomía la quería completa!

Curiosa psicología la de esos hombres que por su ministerio sacerdotal se ven obligados a contenerse, a dominarse para simular una mansedumbre tan contraria a sus

ímpetus nativos y que cuando arrojan la máscara se convierten en paladines esforzados de las causas que abrazan con decisión.

Sólo el desastre de Rancagua vino a interrumpir su ardiente propaganda. Entonces se dirigió a Buenos Aires, donde se vinculó a toda esa pléyade de literatos de la época, entrando a redactar la *Gaceta* en 1815. A pedido del Director Alvear escribió una memoria sobre las causas de los sucesos de Chile. Su actividad intelectual fue extraordinaria durante su permanencia en Buenos Aires, pues se recibió de médico en su universidad, tradujo del inglés el *Bosquejo de la Democracia*, de Bisset, redactó el *Censor*, escribió varias piezas para el teatro de que hemos hecho mención, atribuyendo una gran importancia educativa a las representaciones públicas de obras adecuadas para propagar las nuevas ideas. En aquella época se vinculó muy estrechamente a Lafinur y más tarde los veremos actuar juntos otra vez en Chile, siempre a la vanguardia del credo democrático-liberal.

Para dar una idea de su espíritu, no obstante su carácter sacerdotal, en cuya investidura fue modelo de pastor de almas y de hombres libres, he aquí lo que publicó en *El Mercurio de Chile*:

“Voltaire, Rosseau, Montesquieu, son los tres apóstoles de la razón. Ellos son los que han roto los brazos al despotismo; los que han elevado barreras indestructibles contra el poder invasor; los que rasgando esas cartas dictadas a la debilidad por la fuerza entre los horrores de las armas, han borrado los nombres de señor y esclavo; los que han restituido a la tiara su mal perdida humildad; y los que han lanzado al averno la intolerancia y el fanatismo”.

Esta declaración produjo un escándalo mayúsculo en el clero, saliéndole al encuentro fray Tadeo Silva, en un folleto titulado *Apóstoles del Diablo*, en el que después de atacar con vehemencia las ideas de Henríquez, pone en dudas hasta sus creencias religiosas. Este se defendió moderadamente diciendo que lo que admiraba en esos hombres superiores, no era sus opiniones teológicas, sino los servicios que habían prestado a la causa de la libertad, de la civilización y de la tolerancia.

Tal era el compañero de Lafinur en la redacción del *Curioso*, periódico científico, literario y económico. Henríquez se hizo cargo de la sección científica y son suyos los artículos sobre historia natural y medicina; los demás materiales literarios fueron escritos por Lafinur, quien anunció su aparición el 6 de julio de 1821 al dar a luz su prospecto. Allí expone sus altos propósitos y la verdadera misión de la prensa, reconociendo que hablar al público en aquellas circunstancias equivale a ofrecer a la patria todo cuanto posee un ciudadano que la ama sobre su vida. Sabe por una infausta experiencia que predicar la verdad es despertar las pasiones que engendran el error y el vicio. Sin embargo, a pesar de todo, el periódico cumpliría su programa y trataría todos los temas que interesasen al país, ocupándose preferentemente de la educación del pueblo.

Hace una invocación a los genios ilustres de la patria para estimularse con su ejemplo y termina su programa con este arranque de su musa fecunda e inspirada:

Y desprendido del Castalio coro,
Hijos de Apolo, bajaréis el vuelo
Desde el alcázar sacro y sempiterno.

Ora alzaréis al cielo
Los héroes grandes que la patria canta;
Y ora con llanto tierno
Su pérdida diréis a las naciones
De estro celestial los corazones,
Inflamados y ardiendo
En triunfo llevarán a las posiciones
De la virtud guiadas. La belleza
Retratada veráse en los cristales
De las sagradas fuentes: la dureza
De una ingrata templada al dulce grito
De nuestra lira hermosa;
Y el mortal por vosotras en el suelo
Seguro hará su gozo y su consuelo.

De *El Curioso* se publicaron cuatro números, el 14, 19, y 26 de julio y el último el 2 de agosto de 1821.

Después pasó Lafinur a la redacción del *Boletín de la Industria* que apareció el 22 de agosto de ese mismo año, terminando con el número 11 en octubre y colaboró igualmente en *El Patriota*.

NOTA: Henríquez también era poeta y cultivaba con predilección a Virgilio y Homero. Había celebrado los triunfos de Belgrano y de San Martín y dedicó a nuestro país vibrante e inspiradas notas como ésta:

¡Salve, gloria del mundo, República naciente,
Vuelta a ser el imperio más grande de Occidente,
Oh patria de hombres libres! suelo de libertad!

Que tus hijos entonces de vides a la sombra,
O entre risueñas fuentes sobre florida alfombra;
Oh patria de los libres! suelo de libertad!

Que canten tus hijuelos con balbucientes labios
Y enseñen a los pueblos en la vejez tus sabios
Oh patria de hombres libres! suelo de libertad!

Tus ángeles custodios te cubren con sus alas;
Unidas las naciones en fe y amistad pura;
Te saluden con lágrimas, lágrimas de ternura,
Oh patria de hombres libres! suelo de libertad!

XV

A fines de 1821 Lafinur renunció a su cátedra y se alejó para Mendoza en busca de un poco de reposo para su espíritu y su trabajada naturaleza, algo resentida por el excesivo estudio y la ingrata lucha que había tenido que sostener contra las intrigas de los representantes del oscurantismo y la acción disolvente de la demagogia ensoberbecida.

Al cruzar la provincia natal y al enfrentarse con su sierra gigantesca que va a terminar en el hermoso valle donde viera la luz, cuántos recuerdos y cuántas emociones agitarían su alma impresionable y enferma!

Sus íntimos han transmitido que Lafinur recordaba con frecuencia aquellos sitios, debido a lo cual le llamaban el “Hijo de la Carolina”. Sin embargo no tenía en aquella provincia amistades ni más vínculos que la tradición de su cuna.

En Mendoza lo había precedido la fama de sus múltiples talentos y su llegada fue motivo para que se reunieran en torno de su persona los elementos más representativos de aquella sociedad por su cultura e ilustración. Fue entonces invitado a reanudar su misión educativa, decidiéndose a compartir con el virtuoso P. José Lorenzo Guiraldes las tareas de dirigir el colegio de la Santísima Trinidad, encargándose de las cátedras de filosofía, literatura, música y francés. El origen de tan importante institución se remonta a 1814 y la iniciativa de su establecimiento corresponde al P. Guiraldes, quien confeccionó un vasto y adecuado plan de estudios e hizo cuanto empeño pudo para que cuanto antes se abrieran sus puertas a la juventud estudiosa.

Vecinos acaudalados y progresistas²¹ dieron importantes sumas de dinero y el doctor Cabral donó una manzana de terreno para fundar el colegio. Se reunieron *16.000 pesos fuertes*, iniciándose enseguida la construcción de un edificio amplio e higiénico con

²¹ Figuran como donantes don José Ferrari, don Fernando Giralde, don José y don Clemente Godoy, don José Albino Gutiérrez, don José Ramón Varas y otros (Hudson).

grandes aulas de clase, habitaciones para los alumnos internos y el rector; comedor, baños, sala de pelota y billar, y un hermoso jardín para recreo de los alumnos.

A fin de octubre de 1817 estaba terminada la casa, y contando con cien alumnos internos y otros tantos externos y su personal docente elegido, se procedió a inaugurar las clases con una fiesta que hizo época en los anales de la sociabilidad mendocina. El gobernador intendente de la provincia coronel Luzuriaga y el Cabildo publicaron manifiestos reconociendo las grandes ventajas que tenía ese colegio para el porvenir de la juventud estudiosa.

El colegio de la Santísima Trinidad obtuvo, por su excelente organización, el privilegio del congreso de las Provincias Unidas para que sus certificados de estudios fueran suficientes para ingresar en todas las universidades de la República y luego se conseguía lo mismo para las de Chile.

Fuera de las materias de la enseñanza secundaria se agregó después un curso de derecho que dictó el distinguido jurisconsulto mendocino doctor Juan Agustín Maza. Para fomentarlo se fundó una *Junta Protectora* de la que formaron parte los vecinos más ilustrados y respetables de Mendoza. Este colegio, con la Escuela de la Patria dirigida en San Juan por el virtuoso Ignacio Fermín Rodríguez, fueron los mejores establecimientos de su índole que tuvo el interior del país. Fuera del rector Guiraldes, hombre de vasto saber, el colegio contó con las luces del sabio matemático doctor Lozier, quien enseñó fuera de ese ramo, física y astronomía, dotando al establecimiento de un excelente telescopio y otros instrumentos científicos.

Con la llegada de Lafinur se comenzaron a introducir importantes reformas y a sacar la enseñanza del aula para hacer sentir su influencia en la sociedad.

A su cátedra de filosofía se propuso desarrollar el hermoso programa que siguió en el colegio de Buenos Aires, despertando mucho interés sus avanzadas ideas, su elocuencia y sus convicciones. Luego la población se dividía en dos bandos: liberales y oscurantistas o pelucones, predominando éstos en el Cabildo que vigilaba la educación y atrayéndose el odio de todos estos elementos retardatorios. Ya hemos dicho que Lafinur no atacaba ningún dogma religioso; pero su reforma de la enseñanza de la filosofía la creían funesta para sus creencias, los fanáticos que la combatían sin oírlo y sin comprenderlo. A pesar de todo, el joven reformador se sostenía con el apoyo del elemento más progresista de Mendoza y pudo, por algún tiempo, desenvolver su acción benéfica.

Alternó las tareas de la enseñanza con la de la prensa. Estableció una imprenta fundando *El Verdadero Amigo del País*²² y redactó la *Gaceta Ministerial*, con cuyos recursos se sostenía la sociedad "Lancasteriana" de la que más adelante me ocuparé con la debida extensión. Prestábale su apoyo moral el progresista gobernador de Mendoza don Pedro Molina y su ilustrado ministro doctor Nolasco Videla.

22 *El Verdadero Amigo del País* por oposición al *Amigo del País*, redactado por don José Borjas Correa y el P. Torres que defendía a los retrógrados. Empezó a publicarse aquél el 23 de marzo de 1822 y cesó el 14 de enero de 1824 y su colección consta, según Zinny, de 64 números. En el primero se registra la proclama de gobernador intendente Molina y sus decretos sobre el Registro Municipal. Los documentos sobre la campaña del Perú que publica el Argos de Buenos Aires, son tomados de ese periódico. Tuvo un gran éxito y su colección sería un interesante archivo si se hubiese conservado.

Compartió las tareas de la redacción de su interesante periódico con los distinguidos caballeros señores Agustín Delgado, Nicolás Videla y José María Salinas.

He aquí en qué términos da cuenta el *Argos* de Buenos Aires del 22 de junio de 1822, de estos impresos:

Tenemos un papel publicado en Mendoza, imprenta de los “Educados por Lancáster”, cuyo texto es “como el hombre es la imagen de Dios, la palabra es la imagen del hombre”. Este papel se da como un prospecto a la *Gaceta Ministerial* y a un nuevo periódico que da la sociedad comisionada de la imprenta pública, y su forma es la del *Argos*, pero en columna tirada. El autor dedica la expresión de sus sentimientos a la libertad, al orden y a la civilización. Rinde todo el homenaje debido al arte tipográfico y anuncia que aquel gobierno se ha provisto de lo necesario para que este arte se ejercite en su provincia. Invita a la autoridad a la creación de una junta tutelar de imprenta que *vele sobre la libertad de los escritores y sobre la honestidad de sus escritos*, en lo cual nosotros nos tomamos la confianza de recomendarles la ley española a este respecto, que está refundida sobre las bases de nuestra famosa ley de imprenta. Pasa después a dar idea de los papeles que han de publicarse y de las materias que debe contener. El primero que se llamará *Gaceta o Registro Ministerial* que abrazará la marcha de los poderes ejecutivos y de representación; noticias extranjeras, lo más notable de los periódicos de Buenos Aires, Chile, Lima, a los cuales la Sociedad se suscribe y por último este papel contendrá: notas estadísticas sobre las instituciones primeras del país. El segundo periódico tendrá el título de *El Verdadero Amigo del País*, éste abrazará la ciencia económica, la geografía, la población, las leyes, la industria, comercio, agricultura, educación, policía, historia y la poesía. El autor concluye con este párrafo a los habitantes de Mendoza: “Ciudadanos: el socio encargado de estos trabajos no tiene el orgullo de esperar todo de sus fuerzas; cuenta con vuestras luces, con vuestras virtudes y con vuestra indulgencia. Cree haber llegado el tiempo en que este país, hijo predilecto de la naturaleza y de la virtud, empieza a serlo de la sabiduría. El se creará justamente recompensado, desde que los efectos le convenzan de que no se engañó en sus esperanzas. Juan Crisóstomo Lafinur”.



XVI

El sistema lancasteriano consiste en emplear un solo maestro para dirigir una escuela, por numerosos que sean los alumnos. Ese director se vale de ayudantes o *monitores* elegidos entre los más aventajados discípulos, los prepara en horas especiales y les confía grupos de niños para que a su vez los instruyan. Además, hay otros empleados encargados de la disciplina, de los registros y demás tareas inherentes al buen gobierno escolar. Las clases funcionan en un amplio salón, donde el director se limita a presidir e inspeccionar la tarea de sus auxiliares. Este sistema se difundió rápidamente en toda Inglaterra en oposición al de Bell, sacerdote inglés, que es casi análogo, cuya práctica la había encontrado establecida en la India, presentando todo el sistema en su obra: “Ensayo de enseñanza hecho en el colegio de Madrás, por medio del cual una escuela entera o una familia puede instruirse por sí misma bajo el cuidado de un solo maestro, 1797”.

Por el mismo tiempo el cuáquero Lancáster abría en Londres varias escuelas por ese sistema, suscitando las rivalidades del clero anglicano, quien le obligó a expatriarse de América en 1820, poniéndose bajo la protección de Bolívar para fundar numerosas escuelas en Colombia. Sin embargo su tarea debía interrumpirse, pues todos los recursos de los Estados del Norte los consumía la guerra de la independencia.

A sus reiterados pedidos obtuvo sólo la contestación siguiente:

Lima, 7 de abril 1826

Muy distinguido señor: Al llegar a esta capital tuve la satisfacción de recibir dos cartas de Vd., de los meses de junio y agosto próximos pasados. En ellas me ha sido muy lisonjero observar que el interés que Vd. toma en la educación de la juventud colombiana se aumenta cada día más; y he visto con infinito interés las proposiciones que Vd. me hace

con el laudable objeto de acrecentar los establecimientos de enseñanza mutua que corren de su cargo, y que tanto honran al genio que los ha inventado.

Desde luego yo me apresuraría a pasar a manos de Vd. una suma proporcionada a los beneficios mejores que Vd. propone; pero el estado actual del erario del Perú, en momentos en que está premiando a los que lo han libertado, no le permite cumplir con la generosa dádiva de un millón de pesos que señaló el Congreso Constituyente para que se emplearan en obras de pública beneficencia.

Bolívar

Lancáster, sin los elementos para continuar su obra según sus ideas, se alejó para los Estados Unidos, donde encontró la más decidida cooperación, fundándose miles de escuelas por sus sistemas. Después de una vida laboriosa y noblemente desinteresada falleció en Nueva York en 1838.

No escapará a la penetración de ninguna persona medianamente experimentada en la enseñanza, los inconvenientes del sistema de enseñanza mutua, por más que se tenga que emplear a veces en la escuela rural, donde un solo maestro tiene que enseñar a varias secciones de niños de tan distinta preparación.

El sistema de Lancáster se difundió rápidamente por todo el mundo y entre nosotros desde 1819 comenzó su propaganda y en año siguiente llegó a Buenos Aires Mr. Diego Thompson, delegado de la Sociedad Lancasteriana de Londres. Se formó una sociedad para el fomento de las escuelas y Mr. Thompson se puso al frente de la obra con un celo verdaderamente apostólico, el que fue reconocido por el Cabildo, quien quiso premiar sus nobles afanes por nuestra cultura, en la forma que va a leerse en los documentos siguientes:

Departamento de Gobierno. Excrno. Señor: El interés con que don Diego Thompson a su arribo a estas playas se propuso establecer en el país el sistema de Lancáster para la enseñanza de la juventud, su asidua dedicación a tan importante establecimiento, los progresos que en él se notan, debidos a su influjo y dirección, el desprendimiento con que por sostenerlo cedió una gran parte de su sueldo para dotar un ayudante y un maestro, la generosidad con que se ha prestado a generalizar el sistema, comunicando sus luces y conocimientos a los preceptores de primeras letras y aun a algunas señoras, para que los jóvenes de ambos sexos disfrutaran del beneficio como ya lo disfrutarán, son servicios muy distinguidos de que no ha podido desentenderse el Ayuntamiento y han excitado su gratitud hacia este benemérito extranjero y aunque en medio de la escasez a que están reducidos los fondos municipales, ha dispuesto el Cabildo reintegrar a Thompson de las cantidades que desembolsó para la dotación del maestro y ayudante de la primera escuela, es demostración ésta muy pequeña con respecto a los ahorros que se han proporcionado y a lo que ha ganado el país con la introducción y entable de este gran sistema. Los servicios de Thompson deben considerarse en la clase extraordinaria y debe ser proporcionada la recompensa. No halla otra el Cabildo capaz de llenar sus deseos, que la de adscribir a Thompson en el número de los ciudadanos del país, y para ello ocurre a V. E. en la súplica de que se digne expedir a favor de aquél, título de ciudadanía y mandarlo pasar al Cabildo para que pueda ponerlo en manos de Thompson, manifestarle de este modo su gratitud y hacer entender así que Buenos Aires sabe apreciar el mérito y los servicios que se

le prestan. Dios guarde a V. E. muchos años. Buenos Aires, mayo 22 de 1821.

D. Mariano Andrade. Joaquín Belgrano. Manuel Zamudio. Manuel de Arrotea. Leandro Muñoz. José María Rojas. Joaquín Achával. Manuel José de Haedo. Excmo. Señor gobernador sustituto.

DECRETO DEL GOBIERNO

Buenos Aires, mayo 29 de 1821

Reconocido el gobernador al interés y empeño que ha demostrado don D. Thompson en el establecimiento del célebre sistema Lancáster para la enseñanza de las primeras letras en esta ciudad y deseando dar un testimonio auténtico del aprecio con que mira a los extranjeros ilustrados y amantes del adelantamiento y prosperidad del país, expídesele carta de naturalización según lo solicita el Excmo. Cabildo, a quien se le transcribirá este decreto con remisión de aquélla, para que transmitiéndola a manos del interesado, le signifique los sentimientos y consideraciones que por tal motivo merecía de esta superioridad.

Poco después se alejaba Mr. Thompson para el interior, recorriendo las provincias de Mendoza y San Juan donde se formaron asociaciones para fundar escuelas por su sistema. De aquí pasó a Chile, en 1821, siendo auspiciada su obra en aquel país por el director O'Higgins, y poco después San Martín lo llamaba al Perú para implantar allí su sistema.

Entre nosotros el desorden social del año 20 detuvo los progresos del sistema, pero 1822 la Legislatura de Buenos Aires se ocupó de instrucciones primarias, publicándose por la imprenta de Niños Expósitos el plan de enseñanza según los métodos combinados de Bell y Lancáster. Desde entonces comenzó a generalizarse en todo el país. En Salta y Tucumán se encargó de su propaganda el coronel Felipe Bertres, ingeniero de Belgrano; en Santa Fe, el doctor Guillermo Lacour; en Montevideo, el P. Larrañaga y José Catalá; en San Juan, el doctor Salvador María del Carril y Aman Rawson; en Patagones, el coronel Oyuelas y en Mendoza formaron parte de la Sociedad Lancasteriana el sabio doctor Juan Guillez,^{22'} doctor Juan Crisóstomo Lafinur, doctor Tomás Godoy Cruz, doctor José Lorenzo Guiraldes, el poeta y publicista mendocino don Juan Gualberto Godoy, doctor Nolasco Videla, el periodista José María Salinas y otros distinguidos caballeros de lo más representativo de aquella sociedad.

Esta misma asociación fomentó la Biblioteca a base de las donaciones de libros del general San Martín y estableció un teatro con cuyo producto se creaban escuelas y se mejoraban las existentes.

Por entonces llegaba a Mendoza el célebre actor dramático Ambrosio Morante, quien de acuerdo con Lafinur dio una serie de representaciones por aficionados, en las que no desdeñaban tomar parte como actores el mismo sabio doctor Guillez, quien en la primera representación de *Eduardo, duque de Biseo* desempeñó el papel de *soldado de Oran*.

22' Según Hudson el doctor Guillez fue uno de los fervorosos y activos promovedores de las mejoras y adelantos del pueblo mendocino. Introdujo el gusano de seda, estudió la botánica de Cuyo, descubrió una planta medicinal que la Real Sociedad de Londres, denominó *Guillessia*, midió el Tupungato y los más elevados picos de la cordillera andina, analizó químicamente los metales de esa región y sus aguas termales, fomentó la biblioteca y las escuelas y como médico asistió con generoso desprendimiento al menesteroso. Ignoramos si Mendoza ha honrado su memoria.

Como un dato interesante que las generaciones actuales deben conocer, recordaremos que tomaron parte como actores los señores Juan de Rosas, sargento mayor; Manuel Moreno, teniente granadero de los Andes; Carlos María Pizarra, oficial de aduana; Pedro León Zuloaga, regidor, juez de policía; Juan Bautista Chenaut, sargento mayor; José María Salinas, farmacéutico y bibliotecario; Francisco Cuervo, administrador de correos; Domingo Correa, fiel ejecutor; doctor Fabián Gonzáles, catedrático de leyes; Agustín Delgado, periodista, y muchos otros.

La actuación de estos caballeros es una de las páginas más honrosas que el pueblo mendocino no debía olvidar en la prosecución de los más altos anhelos de su cultura.

Finalmente debemos hacer presente que Mr. Thompson, a su regreso de Londres, en 1826, elevó un informe a la Sociedad Lancasteriana en el que dice que al alejarse de Buenos Aires en mayo de 1821 dejaba instaladas 8 escuelas en la ciudad y 8 en las aldeas vecinas cuya tarea lo ayudó eficazmente el Deán Diego Zavaleta y su sobrino Román Anchoris. Hace especial mención del señor Rivadavia por haber contribuido a elevar su patria al primer lugar entre los nuevos estados americanos y al anunciar que ha sido elegido presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata, pide a la asociación lo felicite, pues mucho hay que esperar de él en favor de la civilización.

Agrega que por carta recibida de Mr. Armstrong, sabe que en estos países funcionan ya más de 100 escuelas de ese sistema, frecuentadas por 5.000 jóvenes.

Por último consagra un recuerdo a su amigo el señor Guillez y a los gobiernos de Mendoza y San Juan por haberse interesado tanto y haberle facilitado los medios de realizar su misión civilizadora.

El nombre de Mr. Thompson queda pues, inscrito entre los benefactores de la educación nacional.

XVII

La lucha en que estaba empeñado el *Mentor* Lafinur despertó gran interés en el elemento más ilustrado, no sólo en Mendoza, sino también en Buenos Aires, donde tan gratos recuerdos había dejado como caballero, como educador y como propagandista. Viéndose acosado, concluyó por desafiar a sus más encarnizados enemigos a dar conclusiones públicas en la iglesia matriz para ser ampliamente discutidas; pero no fue aceptada su gentil invitación. Era más fácil, sin duda, aquella guerra innoble de intrigas para desprestigiar su enseñanza, procurar que las familias retiraran sus hijos del establecimiento y que el Cabildo interviniera el colegio, que lo arrojara de él con su rector el señor Guiraldes, el más decidido admirador de su talento y de sus ideas.

Lafinur continuaba su misión con una entereza digna de su carácter y despreciando las maldades, reconcentró todo su espíritu en la tarea de formar discípulos, comprendiendo que toda reforma es la obra paciente de la escuela y del tiempo. Por entonces organizó, para celebrar el aniversario patrio, una de las fiestas más brillantes que tuvieron lugar allí dada por alumnos del colegio y otros inteligentes aficionados.

Con el concurso de Morante puso en escena el “Abate L’Epée”, desempeñando Lafinur este rol con una propiedad irreprochable. El público le hizo una verdadera ovación. Enseguida los colegiales cantaron el himno patriótico, letra y música suya, y en los intermedios cantó también algunas arias acompañándose del piano. Aquella noche obtuvo el triunfo más estruendoso y merecido, pues los concurrentes pudieron apreciar en conjunto los múltiples talentos del *Mentor* Lafinur, quien se mostró como actor, como educacionista y como poeta y músico de feliz inspiración.

Todos estos éxitos no hacían nada más que despertar la envidia y redoblar la malquerencia de los *pelucones*, quienes no teniendo motivos justificables y buenas

razones para combatirlo, insertaban en su periódico estas líneas, fruto de su impotencia y su despecho:

“Detestad fieles a esos hombres que os enseñan que la autoridad del soberano no viene de Dios, que ellos no son sus representantes en la tierra y que por sus extravíos se les puede trastornar; guardaos de creerles esta moral corrompida; ellos son unos ateístas, libertinos, francmasones y jansenistas, que todo es una misma cosa; ellos quieren sorprendernos con unas máquinas que han traído e introducir así con el placer todo el veneno de sus errores”.

Y el *Verdadero Amigo del Pueblo* les contestaba en los mejores términos que Lafinur ni ninguno de los miembros de la Sociedad Lancasteriana, que sostenía el colegio y la reforma de la enseñanza, estaban muy lejos de ser ateístas y libertinos y que en cuanto a las infernales máquinas que le causaba tanta alarma eran una linterna mágica y una máquina eléctrica.

Parece increíble que hasta el año 22 se sostuviera en nuestro país las absurdas teorías del derecho divino de los monarcas, cuando ya el verdadero soberano era el pueblo, sin que nadie interviniese para reprimir esa tenacidad de algún cura de aldea, tan ignorantes de sus deberes de ciudadano como de todo lo que se relacionaba con la obra civilizadora del colegio mendocino. Pero ellos contaban con la complicidad de los retrógrados adueñados de la situación quienes habían formado mayoría en el Cabildo para seguir su inicuo propósito de destruir aquella obra y de alejar violentamente a sus apóstoles fervorosos.

He aquí en qué términos *El Argos* exponía los sucesos y reseñaba la situación creada al colegio de Mendoza.

Por el siguiente artículo de la *Gaceta Extraordinaria* de Mendoza, de 18 de julio, parece que no eran infundadas las noticias publicadas en el número anterior sobre la persecución declarada en aquel punto, por algunos pocos a los nuevos principios de la más sana filosofía. Nosotros, sin constituirnos jueces en la materia que se contrae el dicho artículo deseamos, en favor de la ilustración del pueblo de Mendoza, que no se proscriba en su colegio las doctrinas de Bacón, Locke, Condillac, De Tracy, Cabanis y otros célebres filósofos reputados en las mejores academias del mundo como fieles intérpretes de la naturaleza en cuanto han escrito acerca del entendimiento humano. El 17 del corriente la I. Municipalidad ha expulsado del colegio de esta provincia a los señores encargados de la educación de los jóvenes, prebendado doctor don Lorenzo Guiraldes y catedrático de filosofía, economía y elocuencia doctor don Juan C. Lafinur, nombrando para sustituirles al presbítero don Diego Lemos, etc.

Este suceso se ha hecho tanto más extraño, cuando el público se hallaba ya satisfecho de los adelantamientos que prometía la juventud mendocina bajo la dirección de esos señores, que con el mayor esmero propendían a hacer de esas masas informes el armamento brillante del país que les dio la luz; y también porque el público se lisonjeara de tener en el colegio un *Mentor* del crédito, aplicación y talento del caballero doctor Lafinur. Es de presumirse que la I. C. Municipal interesada como lo debe estar en la ilustración de este pueblo y en darle el crédito y esplendor que se merece, haya tenido poderosos motivos para privarnos de un bien que con dificultad se nos proporcionará otra vez, y que no habrían obrado en esta determinación las sospechas que por la *perfidia* y las *aspiraciones*, se habían hecho concebir siniestramente de impiedad en las doctrinas, pues

que ya esos temores se hallaban desvanecidos no sólo por el examen de los cuadernos en que aprendían los jóvenes, sino también por el informe satisfactorio que dieron a la misma Municipalidad los comisionados para revisarlos, doctor don José Godoy, cura y vicario franco de esta ciudad, don José Clemente Godoy y el doctor don Remigio Castellanos, juez de alzada de esta provincia.

El decano de este I. Ayuntamiento parece que pide, en las circunstancias, una manifestación de las causas que han podido determinarla a procedimiento de tanta trascendencia, no sólo por la muy simple pérdida que va a experimentar este pueblo con la expulsión del actual rector a quien se debe los adelantamientos que ha hecho en *cuatro años* el Colegio en lo físico y moral; y con la de un catedrático²³ que ha merecido los elogios de los primeros sabios del país; que ha dado jóvenes en el de la Unión de Buenos Aires que han arrebatado la administración de los hombres ilustrados de aquel pueblo; y que con el mayor desinterés ha consagrado sus tareas sólo a la ilustración de este país, sino también al ejecutarse el paso de su expulsión no se han guardado las fórmulas y trámites indispensables que se hallan establecidos para evitar que sean atropellados los más preciosos derechos del hombre en sociedad, que son *la seguridad, la libertad y la propiedad*, que aparecen en esta vez atacados por un acto el más estrepitoso y sin figura de juicio. Cuando el severo tribunal de la opinión pública se halla afianzado en la justa libertad de la imprenta, y cuando las acciones, el decoro y el deber de la I. Municipalidad exigen una satisfacción que tranquilice los ánimos de todos los ciudadanos que, celosos de sus respetables derechos, no olvidan la máxima de gobierno que “aquel pueblo es el mejor donde los hombres miran la ofensa que se hace como ejecutadas en sí mismos”.

Algunos miembros de la I. Municipalidad y de los que concurrieron a aquel acto en que sólo *hubieron siete*, sabemos que se disponen a manifestar al público las protestas que hicieron y las causas que los motivaron a negarse al sufragio de cuatro de los capitulares por quienes quedó sancionado este importantísimo asunto: esto mismo nos hace esperar que serán atendidas las indicaciones que hacemos.

En este momento se han acercado cuatro capitulares que dan ante la opinión pública un grito el más esforzado de *nulidad* sobre el procedimiento anterior, y ellos cargan en su firma la responsabilidad de esta enérgica demostración.

PEDRO LEON SOLOAGA
Regidor, juez de Paz

RAMÓN OYARDO
Defensor de Menores

PEDRO VELASCO
Regidor Decano

DOMINGO CORREA
Fiel Ejecutor

Carta de Mendoza. Señor Director: “Más de una vez ha dado Vd. pruebas de la particular atención que le merecen las víctimas de la filosofía que se sacrifican en el desgraciado pueblo de Mendoza. Aún no cesa de sufrir la juventud los resultados de la guerra que han declarado a las luces las pelucas y las coronas.

23 Doctor Lafinur.

Aún sigue la persecución. Con fecha 18 del pasado septiembre, se dice en una carta particular, que al día siguiente deberá salir desterrado para San Juan el caballero Lafinur, habiendo sido separado del Colegio como Guiraldes, su rector. Por la representación adjunta conocerá Vd. el estado a que se ha reducido aquel importante establecimiento y en consecuencia la causa común del siglo en un pueblo que ha hecho tantos esfuerzos por la ilustración”.

Mendoza, 18 septiembre 1822. “El colegio de la Santísima Trinidad de Mendoza, digno objeto de los cuidados de V.S. y de las esperanzas del país, se halla abandonado de sus nuevos superiores desde el día de ayer y destinado a una destrucción deshonrosa, ha llegado el caso extremo de que no ha tenido anoche cómo alimentarse y juzga que menos lo habrá hoy y mucho menos después. Este resultado tan necesario por los acontecimientos anteriores, ofrecerá para siempre al mundo entero una prueba luminosa de que aquel colegio conserva hasta hoy día aquella moralidad, decencia y buenos sentimientos que se le inspiraron desde antes. El colegio comenzó a restituirse desde que se le anunció su reposición. Contrastes nuevos renovaron los antiguos y el colegio es quien ha sufrido los embates y odios de los que han podido contar el triste tiempo de destruirlo; pero consecuente a su dignidad, ha mantenido inmóvil su decoro y el deseo de adelantar y conservarse. Pero ahora... ahora señor, es ya preciso echar el fallo decisivo sobre nuestra suerte; más tiempo de lecciones, de catástrofes, quizá no lo sufriríamos ni lo sufrirán nuestros padres. Ya está probado, señor, hasta la evidencia, que si Mendoza ha de tener una casa de educación digna de sus anhelos, uno solo es el hombre indicado para dirigirla y este destino no es de tan poca importancia para creerse digno del turno del primero que se presente. Ésta es, señor, la situación amarga del colegio. Los alumnos no perderán jamás (porque es ya muy tarde para este propósito), el amor a las luces que han alcanzado, y ciertos en el patriotismo de V. E. y en el Tribunal que a V. E. eleve nuestros clamores, no dudamos creer que V. E. si no ha de consentir que perezca uno de los establecimientos que ha marcado los días de su digno gobierno; si son puestos, no deben cerrarse (y quizá con un poco de esperanza de abrirse después), debe dar a su autoridad, a su justicia y a su ternura la última extensión y no consentir que consuman tan de lleno su triunfo los enemigos de la ilustración de la patria”. Siguen las firmas.

Después de estos hechos que demuestran a las claras la imposibilidad de continuar su misión, debió decidirse Lafinur a abandonar el campo no obstante la satisfacción que obtuvo, tanto él como el padre Guiraldes, de ser rehabilitados por el gobierno a quien los elementos más cultos de aquella sociedad le habían impuesto ese acto de merecida reparación. Debió alejarse con el alma amargada por infinitas decepciones, abandonando la patria de sus amores y de sus ensueños y a la que había dedicado sus entusiasmos juveniles y los frutos sazonados de su mentalidad privilegiada. Sin embargo, su nombre fue recordado con respeto por los buenos patriotas y su espíritu perduró en aquella brillante juventud de entonces, los Zapata, Correa, Estrella, Castellanos, Gutiérrez, Sánchez, Rosas, Ortiz, Calle y tantos otros que actuaron más tarde honrosamente en su provincia y en el vasto escenario de la vida nacional.

Con su destierro se cerró al poco tiempo el colegio perdiéndose por mucho tiempo para Mendoza aquella tradición de cultura que había irradiado desde las aulas de ese ya famoso establecimiento de educación, el primero en su género que contaba entonces el país.

Así fue como la cobardía y las bajas pasiones dominantes sancionaran esa iniquidad, malográndose la hermosa obra del virtuoso padre Guiraldes, del general San Martín, Godoy Cruz y Luzuriaga que le prestaron su decidida protección. Luego desaparecía con él su columna principal, la benéfica Sociedad Lancasteriana, los ilustrados periódicos que se editaban por su imprenta; la biblioteca que contaba con la enciclopedia francesa y otras obras de gran mérito fue completamente descuidada; los aparatos de física, dice Hudson, los vio acumulados en cualquier parte.

Se perdieron los ecos de sabios como Lozier y Guillez, de profesores como el P. Espinosa, matemático y latinista, como los del doctor González, erudito catedrático de leyes y tantos otros que se distinguieron en sus aulas como educadores.

Ésta fue la obra demoledora de los retrógrados, enemigos de toda reforma tendiente a implantar prácticas e instituciones modernas, del mismo modo que obstaculizaban la unión nacional cuyos representantes debían reunirse en Córdoba y dieron por tierra con la progresista administración de Molina.

Mendoza está en el deber de reparar aquellas irritantes injusticias levantando un colegio o un monumento en que se inscriban con letras de oro el nombre de los benefactores de su cultura, entre los que deben figurar en primer término el P. doctor Guiraldes y el *Mentor* Lafinur.



XVIII

A fines de septiembre tomó Lafinur el camino de Chile y fue a establecerse en Santiago, donde ya lo esperaban su antiguo camarada Camilo Henríquez y sus distinguidos compatriotas doctor Bernardo Vera y Gabriel Ocampo.

Los prestigios de que iba rodeado y su don de gentes le permitieron vincularse muy pronto a los elementos más intelectuales y representativos de la culta sociedad santiagueña.

En aquel hospitalario país le fue relativamente fácil encontrar los medios de existencia y dar una aplicación más positiva a sus dotes mentales. Entró como colaborador en los principales periódicos de la época y comenzó a estudiar derecho para obtener el título de abogado. Era necesario un esfuerzo extraordinario para resolver la situación difícil y a ese propósito dedicóse con el empeño con que acometía toda empresa.

En cuatro meses se preparó para dar examen en la Universidad de San Felipe, consiguiendo doctorarse en cánones y leyes en enero de 1823. Fue padrino en aquel acto el doctor Vera. Esta hazaña de Lafinur, dice Amunátegui, era mencionada por sus amigos para manifestar lo asombroso de su inteligencia.

Desde luego se asoció al estudio del doctor Vera, vinculándose estrechamente a él por la doble comunidad de ideales y de intereses.

No está de más decir en pocas palabras quién era el doctor Vera y Pintado, para popularizar los honrosos antecedentes de un argentino que tuvo en Chile tan prominente figuración.

Había nacido en Santa Fe en 1780 y descendía del adelantado Torres de Vera y Aragón. Comenzó sus estudios en Córdoba y en 1799 pasó a la Universidad de Santiago, en circunstancia de haber sido nombrado su tío político, don Joaquín del Pino, presidente gobernador de Chile.

Graduado en la Universidad de San Felipe y con vastas relaciones, entró a figurar desde muy joven distinguiéndose por sus ideas liberales; fue de los precursores de la independencia, debido a lo cual en 1810 fue preso y deportado a Valparaíso con los patriotas Ovalle y Rojas. Sin embargo su alejamiento fue pasajero y su regreso a Santiago dio motivo a una verdadera demostración popular. Desde entonces no cesó de atacar el régimen colonial y fue de los que protestaron del tratado de Lircay por reconocerse la soberanía de Fernando VII Después del desastre de Rancagua pasó con O'Higgins a Mendoza, siendo nombrado por San Martín, auditor del ejército, en cuyo carácter hizo la campaña de los Andes hasta Chacabuco. Encargado en 1819 de escribir la Canción Nacional de Chile, que se cantó al principio con la música del himno argentino; diputado y presidente del congreso chileno, profesor de derecho y periodista avanzado, su nombre está vinculado a todos los acontecimientos políticos y sociales de la época y lo rodea una legítima aureola de virtudes privadas y cívicas.

Cuando llegó Lafinur estaba empeñado el doctor Vera en una ardiente polémica contra los fanáticos que atribuían los terremotos a los pecados del pueblo y que invitaban a las turbas ignorantes a las más bárbaras disciplinas para aplacar la cólera divina. En esta propaganda lo acompañaba el sacerdote liberal Camilo Henríquez, debido a lo cual fue el blanco de todos los ataques. Los *pelucones* lo acusaban de querer implantar en Chile la tolerancia religiosa y la reforma eclesiástica adoptada por la autoridad secular de Buenos Aires que, según ellos, había aniquilado las órdenes religiosas. Otro motivo de esa malquerencia era porque no vestía el hábito seglar “por una bula de secularización que le había concedido el director O'Higgins con la autoridad de los santísimos apóstoles Voltiare, Rousseau y Montesquieu”.²⁴

Principalmente Fray Tadeo Silva fue el que le salió más decididamente al encuentro haciendo varias publicaciones con el título “Los Apóstoles del Diablo”.

Henríquez fundó *El Nuevo Corresponsal* y se defendió con altura y dignidad. En esta lucha pudo contar con la acerada pluma de Lafinur, quien salió valientemente en su defensa, escribiendo a diario artículos cáusticos y algunas sátiras en verso que produjeron el efecto deseado.

En la oda “A la libertad de imprenta”, que publica en el *Despertador Araucano*, dice:

Hasta el *Diablo* se cuela como gente;
sus *Apóstoles* mete el muy maldito;
y a fe que le falta un lugarcito
Más ¡qué picaro el *Diablol* ¡qué travieso!

²⁴ Se refieren a una carta de O'Higgins dirigida a Henríquez, entonces en Buenos Aires, en la que le llama a Chile y le dice: “No le arredre a Vd. la preocupación ni el fanatismo. Vd me ha de ayudar a desarmarlo con tino y oportunidad. Incluyo a Vd. el título de capellán para que no se vea en la necesidad de vestir hábito de religioso”.

de inquisidor asoma (que es en traje
que más le gusta) y levanta un peso
al pobre *Mercurista*. Oh! el pasaje
hubiera sido tierno,
porque el inquisidor hasta el infierno
con el triste no para;
pero ¡gracias a Dios! quién lo pensara!
Un *Corresponsal Nuevo* se presenta
con un tren de famosa artillería;
con él viene la gran Filosofía;
la tolerancia su escuadrón ostenta
aquella a quien la Europa
debe su elevación y su renombre,
aquella que le dio grandeza al hombre.
El escuadrón valiente presto acude,
toma al inquisidor entre sus brazos,
lo araña, lo sacude,
y lo hace novecientos mil pedazos.
Así escapó la víctima infelice,
y se abrió para siempre un paso franco.
Sí no es eso, ¡la Virgen nos asista!
no le dejan al pobre *Mercurista*²⁵
ni siquiera el *calzón* ni el *chupín* blanco.

A esta producción siguióle la aparecida en *El Tizón Republicano* con el título “Los Pelucones”, y luego otra “El Fanatismo”. Henríquez, hastiado de lucha tan estéril le dedica estas estrofas, invitándole a predicar la tolerancia y la concordia.

Sonó tu blanca y regalada lira,
delicia de las Gracias, lira de oro
que dulces esperanzas nos inspira.

¡Cuánta delicadeza! ¡Cuál decoro!
Jamás, jamás oyeron
tan melodiosos sonos,
los caduces serviles,
los lechuzos, Farnoltos y Arerones;
y como insectos viles
en su inmundo capullo se escondieron.
Sigán, noble cantor, tus suaves tonos,
graciazuelos, festivos y mononos,

²⁵ Así lo llaman a Henríquez por alusión al *Mercurio* que él redactaba.

dignos de entretener a un Federico.
Aun el cantor de Henrico
su cítara prestara a tus cantores.
Lloren, lloren a mares
los fatutos incultos de Cibeles
al golpe varonil de tus pinceles.
Canta la tolerancia y la concordia
y la útil ley de olvido.
Que quede lo perdido por perdido.
¡Harto perdido ya por la discordia!
Huyan los duros e inciviles nombres
protestante, papista, o o'higinista,
fraile, brujo, masón y carrerista.
Somos todos hermanos, somos hombres
ilusos e infelices.
Trabajemos, en fin, por ser felices.

Lafinur escribió durante esa época en *El Mercurio de Chile* con Henríquez; en *El Liberal* con Benavente, Gandarillas y Campiño; en *El Interrogante y Responderte* con el doctor Vera; en *El Tizón Republicano* dirigido por Bezanilla, especie de aprendiz de Jacobino; en *El Observador Chileno* y en *El Despertador Araucano*, vale decir en toda la prensa más avanzada de su tiempo, propiciando las ideas y las instituciones democrático-liberales.

Así, pues, su laboriosidad fue extraordinaria si se tiene en cuenta además las atenciones de un estudio de abogado al que daba prestigio el nombre del doctor Vera y que él se esforzaba por consolidar, pues independientemente de su amor propio profesional era por entonces el medio único de subsistencia.

La obra del polemista y del propagandista es la labor improvisada del momento y de las circunstancias, motivo por el cual no debemos reseñarla aquí, bastando a nuestro propósito dejar constancia de ella como prueba de su actividad mental, durante los dos últimos años de su existencia pasada en el seno de la sociabilidad chilena que tan gentilmente alentara los ideales de su espíritu selecto.

XIX

Dijimos que el doctor Lafinur alternaba las serias tareas del estudio con las gratas expansiones de la vida social.

Al poco tiempo de establecerse en Santiago se sintió subyugado por las amables seducciones de una belleza chilena. A ella dedicó los tiernos acordes de su lira, y los vínculos de un amor correspondido hicieronle augurar días de ventura. El doctor Vera solicitó y obtuvo para su digno amigo la mano de la interesante señorita Eulogia Nieto, celebrándose las bodas a mediados de 1823. Los halagos de su hogar modelo y las comodidades que le proporcionaba su estudio de abogado comenzaban a hacerle olvidar recuerdos de una existencia agitada y las infinitas decepciones que amargaron los mejores días de su juventud. Ahora el porvenir le pertenecía.

Era joven, inteligente, con una profesión desempeñada con honra y provecho, bien considerado y hasta mimado por la sociedad a la que tantos ratos amenos había dado su ingenio agudo y chispeante y sus brillantes dotes musicales.

El distinguido músico chileno José Zapiola, en su libro “Recuerdos de 30 años -1810/40”, hace mención de Lafinur diciendo “que era un excelente pianista como aficionado y a pesar de que en su tiempo gozaba de gran popularidad el fecundo Gelinek con sus innumerables variaciones sobre todos los temas, le tenía cierto odio y no tocaba más que música clásica.

Sabía poco menos que de memoria todo lo que Haydn, Mozart y Dasek habían escrito para piano. Sin tener buena voz, cantaba bastante bien.

Cuando se sentaba al piano era inútil llamarle la atención a otra cosa; era sordo y mudo y se le hubiera tenido por una estatua sin los movimientos de la cabeza y la espalda que manifestaban sus impresiones.

Al oír por primera vez nuestra antigua canción nacional le desagradó, sobre todo por la poesía. Concibió la idea de hacer otra completa, es decir, música y poesía. Llevó a cabo este pensamiento con muy buen éxito, pues exceptuando la música del coro, algo trivial, la estrofa es muy buena. Se cantó en el teatro y fue muy aplaudida; pero en ese mismo instante cayó en cuenta de que quizá había herido la susceptibilidad, no sólo de Robles, autor de la música, sino también la del doctor Vera, autor de la poesía. La recogió esa misma noche y no se cantó más”.

Su nombre era ya popular y gozaba de prestigio en todas las clases sociales. Era casi feliz; pero pronto debían disiparse tan bellos mirajes.

En las vacaciones de 1824 su esposa había ido a pasar una temporada de campo a una finca al sur del Maipú, cerca de Santiago.

Lafinur se dirigía a visitarla y al vadear el río espantóse el caballo que montaba y lo arrojó sobre unas piedras del camino. El golpe fue recio, ocasionándole una grave lesión al hígado. Su naturaleza delicada por el exceso de trabajo no le permitió reaccionar de su mal y después de terribles padecimientos se apagó su existencia el 13 de agosto de 1824, a los 27 y medio años de edad. Su temprana desaparición, las generales simpatías que gozaba, así como sus múltiples talentos, hicieron más sensible su muerte, dando motivo a una imponente demostración de duelo. Desde el primer momento rodearon su lecho mortuorio sus amigos doctores Vera y Henríquez, el doctor Gabriel Tocornal, presidente poco después de la Corte de Apelaciones de Santiago, el ilustre congresal de Tucumán, Fray Justo de Santa María de Oro y otros caballeros representantes de la magistratura del foro, la prensa y de la sociabilidad santiagueña. Hasta sus enemigos se inclinaron respetuosos y justicieros sobre sus restos mortales por su órgano *El Observador Eclesiástico*, paladín de los pelucones, contra el cual había tenido más de un rudo combate en su ingrata misión de pensador liberal.

Lafinur no dejó hijos, y sí una viuda inconsolable que guardó su memoria como una sagrada reliquia.

Cuentan caballeros que frecuentaron el trato de la señora Nieto de Lafinur la ternura y la admiración con que esta infortunada dama recordaba a su esposo. En una ocasión se expresaba así: “Dicen que en Chile ha habido hombres inteligentes y hábiles; pero ninguno se ha parecido a Lafinur”.

Antes de casarse su instrucción había sido la que se daba a la mujer en aquellos tiempos, limitada a las pocas nociones de la lectura y escritura, la religión y los quehaceres domésticos. Lafinur amplió sus conocimientos y fomentó su gusto por la lectura. Otro día, para ella memorable, imitaba, sin saberlo, a la tierna y fiel viuda de Michelet cuando decía: “Hace tantos años que murió mi esposo. Solemnizo en mi corazón el cincuentenario de nuestro matrimonio, porque yo no soy su viuda, soy su alma que se ha retardado un poco sobre la tierra”.

La señora Nieto de Lafinur falleció en Santiago en 1894 a la avanzada edad de 90 años, habiendo conservado hasta poco antes de morir bastante agilidad y el pleno dominio de sus facultades.

Era necesario que rindiésemos este merecido homenaje a la memoria de la ilustre

dama digna compañera de aquel espíritu selecto y fuerte, malgrado en el comienzo de una carrera que le hubiera llevado a altos destinos.

Nos queda aún algo que decir relacionado con los últimos momentos de Lafinur. Se ha dicho que poco antes de morir entregó a Fray Justo de Santa María, que le prestó los auxilios de la religión, una retractación de sus ideas en lo que pudieran contrariar los dogmas y creencias de la religión católica, apostólica, romana, retractación que lleva la fecha del 26 de julio, 18 días antes de fallecer y que el doctor Castro Barros, su antiguo maestro, publicó en Santiago en 1844.²⁶ Tal protestación hay que ponerla en duda y vamos a fundar nuestro temor de que se trate de una superchería. Lafinur nunca atacó dogma, ni creencia, ni práctica alguna de la religión cristiana. Ni en sus palabras ni en sus escritos jamás llegó a los extremos de su sucesor en la cátedra de filosofía, presbítero doctor Juan M. Fernández de Agüero, quien bajó del altar a Jesucristo para colocarlo entre los grandes filósofos y reformadores, puso en duda la autenticidad de los evangelios y declaró inútiles e insultantes a la divinidad las ceremonias ordinarias del culto externo.

Lafinur fue siempre un sincero creyente porque así fue educado en el seno de su familia. En su juventud fue estudiante de teología, sochantre de la Catedral de Córdoba; como militar tuvo que someterse a la disciplina monástica que introdujo Belgrano en el ejército del Norte, en momentos en que decaía rápidamente su naturaleza minada por mortal enfermedad. En su cátedra, si su enseñanza produjo escándalo entre el clero y la gente ignorante, cuando hizo sus aclaraciones refutando el eclecticismo del doctor Villegas o contestando al doctor Argerich, mereció la reconciliación del ilustrado y altivo franciscano P. Castañeda.

En Mendoza dirigió el colegio de la Santísima Trinidad con el celoso sacerdote Sr. Guiraldes, y en Chile, unido al “fraile de la buena muerte”, doctor Henríquez y al doctor Vera, sinceros católicos combatieron no la religión sino el fanatismo, la intolerancia, la rutina y la ignorancia de los retrógrados que se oponían, sin detenerse a meditar, al advenimiento de las ideas y de las instituciones modernas.

En caso dudoso de que existiera la tal retractación, ello no sería más que la complacencia de un moribundo, en momentos en que todas las energías se debilitan y hacen fácil presa de su espíritu las hábiles sugerencias interesadas.

No tiene, pues, ese documento ningún valor. Lafinur, hay que repetirlo, no tenía ninguna deuda de conciencia que saldar, habiendo sido toda su vida un creyente, un convencido y un hombre sincero. Una prueba más: allí está su curso filosófico en que habla de Dios como fuente de toda verdad y justicia, cree en la inmortalidad del alma y en la divinidad de Cristo. Discípulo de la escuela sensualista del abate Condillac, fue en la práctica, aunque parezca ilógica, un espiritualista a lo Lamennais.

Me explico pues, que no fuera comprendido, porque antes como ahora había fanáticos que anatematizan todo lo que no cabe dentro de su mentalidad estrecha de sectario militante. No se ocupó de religión, sino de enseñar la verdad por los métodos más racionales y de propiciar el triunfo definitivo del credo democrático-liberal de Mayo.

²⁶ Después la hizo reproducir en Córdoba, la insertó en sus columnas La Religión de Buenos Aires el año 57 y la ha editado nuevamente el P. Ríos en su biografía del doctor Castro Barros.



XX

Era el doctor Lafinur alto de estatura, delgado, bien proporcionado; pero musculoso y algo rígido. Su cabeza mediana, bien formada, cubrirla un pelo negro, lacio y abundante que peinaba con cierto estudiado descuido, dejando caer sus guedejas sobre la alta y espaciosa frente de pensador. Ojos azules, grandes, rasgados, vivos, escudriñadores, sombreados por largas pestañas; nariz bien perfilada aunque algo larga, boca pequeña y labios delgados y francos. El color de su rostro muy blanco, aunque ligeramente pálido. Usaba el bigote afeitado según la moda de la época y patillas a lo San Martín, tal como lo ha retractado el pintor Gil después de Chacabuco. En fin, el conjunto era hermoso a la vez que varonil.

Mis estudios sobre su fisonomía han sido hechos en presencia de su retrato y combinando datos y referencias de los que lo conocieron o que tenían informes de las mejores fuentes entre ellos que figuran caracterizados miembros de su familia, como su sobrino carnal doctor Luis Melián Lafinur, distinguido literato y político de la República Oriental del Uruguay, quien en carta que tengo a la vista dice:

“Montevideo, abril 26 de 1898. Señor don Juan W. Gez. Dolores. Muy estimado señor: Me ha dado Vd. la más agradable de las sorpresas con el retrato fotográfico de mi tío doctor Juan Crisóstomo Lafinur que se ha servido Vd. adjuntarme con su carta del 15 del corriente. Presumo que sea copia de la miniatura a que se refería siempre mi madre. Según ella y mi tía Carmen, era Juan Crisóstomo al alto de talle, de pelo negro y ojos azules.

Espero que Vd. en su libro confirme o rectifique esos datos para que un pintor amigo me haga una copia al óleo de la fotografía que ha tenido Vd. la fina intención de enviarme. Con la coincidencia de que ambas hermanas (mi madre y mi tía) tenían los ojos azules y negro el cabello, presumo que puedan ser rasgos fisonómicos característicos de la familia”.

Cuando el doctor Lafinur era catedrático de filosofía en Buenos Aires, vivía con él su hermana Carmen y al alejarse aquél para Mendoza, dejóle como recuerdo una excelente miniatura en marfil, el único retrato que poseía. Con posterioridad a su muerte acaecida en Chile, su viuda solicitó y obtuvo en préstamo dicha miniatura para hacer una copia; pero según parece, resolvió quedarse con el original, pues jamás la devolvió. De ese retrato habla el doctor Juan María Gutiérrez durante su estadía en Santiago, donde frecuentó la casa de la señora Nieto de Lafinur.

Actualmente es poseedor de la miniatura el señor Luis Montt, director de la Biblioteca Nacional de la capital chilena, de quien he obtenido una copia por intermedio de nuestro ex ministro plenipotenciario en aquel país doctor Norberto Piñero, la que me fue remitida junto con varias composiciones poéticas del ilustre puntano, también cedidas generosamente por el nombrado caballero señor Montt.

De esta copia son las reproducciones que he destinado al Museo Histórico y al Salón de Sesiones de la Legislatura de la Provincia de San Luis, la misma que ha servido al insigne pintor Giudice para producir la figura de Lafinur en su notable cuadro histórico *Presentación del General San Martín por el Director Pueyrredón al Soberano Congreso Argentino*.

Considerado bajo otra faz, era el doctor Lafinur de ordinario muy reservado, reflexivo y hasta frío por naturaleza; pero en la intimidad o en la cátedra y sobre todo cuando un asunto le interesaba, daba franca expansión a sus ideas y sentimientos, tornándose comunicativo, insinuante y hasta locuaz, siendo de admirar entonces su palabra fácil y los ademanes enérgicos con que acentuaba sus razonamientos.

Al choque de las ideas y al calor de las pasiones que agitaban su alma, adquiría el temple de los luchadores y de los apóstoles. Era la improvisación la característica de su oratoria feliz.

Naturaleza impresionable y corazón entusiasta se lanza de cuerpo entero en las empresas que acomete, cuidándose poco de sí mismo y sacrificándolo todo a sus convicciones. Tiene mucho del espíritu de Rousseau cuando éste dice que sus ideas son sus sentimientos y que primero ha sentido las cosas y luego ha pensado. En efecto, no bien se produce el movimiento revolucionario se siente profundamente conmovido y espera abandonar cuanto antes las aulas para ir a formar en los ejércitos de la patria; pero cuando ha pasado el peligro y carece de los estímulos de la gloria soñada por el soldado, busca otro destino igualmente noble en la milicia de los pensadores.

Si la independencia política era un hecho indiscutible, faltaba aún por emancipar los espíritus. Era relativamente fácil acuchillar “godos” y llevar triunfante a la América toda el credo revolucionario de Mayo, comparado con la tarea de luchar con el fanatismo y la rutina, encastillados en la ignorancia colonial.

Al lado de Várela, de Rojas, de Luca y de otros ilustres obreros de la nacionalidad, inicia su labor de redención: escribe para la prensa, fija nuevos rumbos desde la cátedra y desciende a la arena de la pública controversia en que disputa con bríos el advenimiento de las tendencias liberales. Seculariza el aula de filosofía y luego reforma los métodos de enseñanza; opone al escolasticismo estéril, los hechos de la vida real y encamina a la acción fecunda. Quiere, pues, formar hombres libres y ciudadanos conscientes y útiles.

En su activa propaganda no descuida ninguna cuestión fundamental: administración, problemas económicos y sociales. Para convencerse de esta verdad, basta recorrer los artículos con que nutrió las hojas periódicas de su tiempo.

No se resignaba a esperar la lenta evolución de las ideas; quiere precipitarlas y por eso encontró obstáculos ante los cuales debía necesariamente detenerse. Privado en Buenos Aires de los elementos para continuar su misión, sin ambiente y sin estímulos, busca otro lugar más propicio y entonces peregrina a Mendoza, donde reabre su curso filosófico, funda periódicos, populariza el sistema de enseñanza Lancasteriano, fomenta el teatro y la biblioteca pública y aun se da tiempo para cultivar y difundir el gusto por las bellas artes.

Sin embargo le esperaban nuevos sin sabores porque sus ideas la arrastraron otra vez a la polémica vehemente, suscitando tempestades que debían arrojarlo fuera de las fronteras del país, pero dejando la huella de su vigorosa mentalidad y los ecos de su propaganda fervorosa, de su fe inquebrantable en el poder de la idea.

Aun cuando la cobardía de sus contemporáneos permitiera su inmerecido destierro, todavía conservó la fe en el porvenir y se aleja sin protesta y se resiga y espera. Sólo las naturalezas superiores pueden calcular las decepciones infinitas de esos espíritus privilegiados que se anticipan a su época y que, no obstante su altruismo, están condenados a fracasar con la causa de la verdad y de la luz. Los dolores físicos, las privaciones y los infortunios de la existencia no pueden compararse al martirio del que se ve obligado a replegarse sobre sí mismo, a anonadarse y a quedarse en la sombra con sus altos ideales, sin vislumbrar siquiera un rayo de esperanza. ¿Se comprenderá entonces el estado de ánimo de un Rivadavia que en el ostracismo se niega a recibir a dos argentinos, anunciado que había muerto para los americanos?

Mucho debió sufrir el joven proscrito Lafinur cuando se veía obligado a abandonar su patria por el pecado de haberle dedicado todos sus sinceros entusiasmos y todas las sanas inspiraciones de un ciudadano que declara amarla sobre su vida y máxime cuando los hechos lo comprueban de una manera indiscutible.

¿Qué más ha podido hacer a los 25 años?

Con sus amores nacionales, con sus principios, dejaba sus cantos dispersos en que encomió los sucesos gloriosos de nuestra epopeya o con los cuales tejió la corona cívica de los héroes que, como Belgrano, fueron la encarnación de la patria redimida. Algunas de esas producciones figuran en la "América poética" a la par de los primeros poetas argentinos y aunque la crítica fría de los tiempos que corren haya señalado lunares en su obra literaria, conviene no olvidar que la musa de la revolución fue, ante todo, instrumento de combate y de propaganda, a cuyo móvil subordinó a veces el concepto artístico de la forma y de la línea.

Para nosotros su mérito no está en la obra propia y original, para lo que no tuvo tiempo, sino en su talento de asimilación, en su propaganda sincera, en su acción decidida, en su constancia apostólica, serena y levantada, cuando propiciaba el advenimiento de las ideas adelantadas del siglo, cuando se afanaba por abrir el amplio camino a todas las fecundas iniciativas de la vida moderna y procuraba realizar el magno pensamiento de sus maestros: rehacer el espíritu.

Lafinur puede contarse entre los precursores de la obra de Rivadavia y tuvo, como éste, la pasión sublime de la cultura y de la grandeza nacional.

NOTA: En la versión original de este libro, Juan W. Gez, ubica en este lugar los poemas recolectados de Lafinur. En esta tercera edición, dichos poemas han sido ubicados al final del libro, conservando su título inicial: APENDICE, POESIAS DE LAFINUR.

DOCUMENTOS



FUNCIONES LITERARIAS AÑO 1819

(Resumen de las ideas)

IDEOLOGÍA

Demostramos la necesidad de recurrir a esta ciencia, para asegurar la certidumbre de nuestros conocimientos. Si la Lógica es el arte de conocer la verdad, ella, como todo arte, debe reposar en una base científica. De donde deducimos que la parte técnica del discurso, que hasta ahora se le ha llamado lógica, ó más bien el estudio de las fórmulas, no es más que un arte de sacar consecuencias de principios desconocidos o no bien averiguados.

Examínese ¿qué cosa es pensar? Esta palabra explica todo para nosotros: es decir, todos los actos del entendimiento y de la voluntad. La naturaleza enseña a los hombres el arte de pensar. Nosotros no hacemos más que observarla para reglar nuestros actos intelectuales. Establécese el método analítico para proceder. Aplicando el análisis al pensamiento observamos que todas nuestras ideas fueron adquiridas por impresiones, ya externas, de los objetos puestos fuera de nosotros, ya internas, de la acción y reacción de los órganos interiores los unos sobre los otros, o de los movimientos obrados en el seno mismo del sistema nervioso o central, cerebral.

Pertenecen a las impresiones internas, las determinaciones que se manifiestan en el infante en el momento de su nacimiento, las pasiones que pinta su fisonomía, las que tienden al desenvolvimiento de los órganos de la generación, las que son relativas en ciertas especies a órganos que no existen aún; en una palabra, todo aquello que se llama instinto material por oposición a lo que se llama determinación racional.

También pertenecen a nuestras impresiones internas, las maneras de ser que tienen el nombre común de sentimientos o afecciones del alma, tales como el gozo y la tristeza, la confianza y el temor, la debilidad y la fuerza, la actividad y la languidez, etc. Éstos son actos simples; esto es, modos simples de nuestra virtud sensitiva, como el hambre, la sed o un dolor cólico. Este descubrimiento nos demuestra que no hay en el alma ideas o principios innatos, ya teóricos ya prácticos.

Para entender la manera de obrar de nuestro espíritu, lo descomponemos en sus facultades y manifestamos a la sensibilidad transformada en los subsecuentes atributos de recordar, juzgar y querer.

Los recuerdos son percepciones actuales probadas por el efecto de sensaciones pasadas, cuya causa no está presente.

El juicio se forma entreviendo una idea en otra: por consiguiente el ser sensitivo ha debido antes de juzgar, sentir y recordar. La atención es una sensación que se prueba como exclusiva: ella es producida por la fuerza del objeto, y de ella nace la conciencia, que consiste en la advertencia del alma sobre sus observaciones.

La voluntad es la última de las cuatro facultades que nos manifiesta el análisis del ser sensitivo. Por ella, él se hace capaz de sufrimiento y de gozo, de pasión con relación a él y de acción con relación a los demás seres, cuando no es impedido exteriormente por alguna causa extranjera, es decir, cuando el ser volitivo es libre. Ella es una extensión de la facultad de sentir. De la facultad de querer nacen las ideas de personalidad y propiedad, pues que el ser sensitivo no conocería un solo objeto de la naturaleza concibiéndolo despojado de la voluntad, sus facultades estarían en una gran estagnación, sin agente ni estímulo para ejercitarse, él no se conocería a sí mismo, tomada esta palabra en cuanto dice circunscripción y especialidad. Aunque pueden darse necesidades (en el sentido más extenso de la voz) sin que el ser sensitivo las perciba, y de consiguiente sin que haya un deseo de su parte, como todo deseo es una necesidad, deducimos que de la facultad de querer nacen nuestras necesidades y nuestros medios.

De la misma facultad nacen las ideas de riqueza y de privación, las de derechos y deberes, las de libertad y opresión.

DE LA SOCIEDAD CONSIDERADA BAJO SU RELACIÓN ECONÓMICA

La sociedad no es otra cosa, desde su estado el más informe hasta el de su mayor perfección, que una serie continua de cambios.

Un cambio es una transacción recíprocamente ventajosa a los contratantes. Las ideas de derechos y deberes no son correlativas y correspondientes, sino después que el hombre ha celebrado convenciones con sus semejantes: si él no hubiera tenido medios para comunicarse, hubiera permanecido con relación a ellos en el estado, no de una guerra, sí de una extranjería perfecta. Tal es el que nos hallamos con los animales inferiores, que por la necesidad de simpatizar con la naturaleza sensible nos ocasiona una pena cualquiera de sus sufrimientos. Es inexacta la aserción que sostiene que el hombre entrando en sociedad, renunció una porción de su libertad por asegurarse el resto. En nuestro trabajo consideramos dos valores, uno intrínseco y necesario que consiste en los sacrificios que nos cuesta; otro contingente y de convención que tiende a la utilidad que produce.

La razón del valor convencional es la medida de nuestra riqueza. El comercio y la sociedad son una sola y misma cosa.

La industria comerciante sigue la misma marcha de la industria fabricante, la teoría de ambas es la de su aplicación y ejecución.

Redúcense a tres las ventajas de la sociedad perfeccionada: unión de fuerzas y acrecentamiento y conservación de las luces y división del trabajo.

DE LA SOCIEDAD BAJO SU RELACIÓN MORAL

Descomponemos las virtudes para observarlas según su orden y dignidad. Si nosotros fuéramos capaces de poseer una virtud en toda su perfección, no tendríamos que investigar cual es la primera de todas; más reducidos a implorar la que nos es más necesaria en el estado en que nos hallamos, sostenemos ser la prudencia en el sentido del Ab. Mably, a la que siguen la justicia, templanza y fortaleza.

Después de estas cuatro virtudes primordiales observamos en lugar subsecuente a la clemencia, gratitud, paciencia, amor de la gloria y de la patria.

PRINCIPIOS LÓGICOS

No hay percepción alguna que sea falsa.

No hay juicio que lo sea aisladamente considerado y sin relación a otros juicios. No hay juicio negativo.

Dase por seguro un plan hipotético de sensaciones que, describiendo la historia del hombre intelectual, descubre ser, en definitiva, la causa de nuestros errores, la imperfección de nuestros recuerdos: nosotros, no pudiendo remitirnos a los primeros hechos de nuestra sensibilidad, tenemos por él la certidumbre de lo que somos moralmente, como tenemos la de los fenómenos del universo explicados por las leyes de la atracción constante de las masas. (Destutt de Tracy).

Es falsa e inexplicable la teoría del Sr. Condillac sobre la resolución de las cuestiones en problemas algebraicos. En un juicio cualquiera el mayor término es la idea primera, que llamamos sujeto: el atributo no puede recibirse en toda la extensión de la idea; por consiguiente, es inútil y viciosa la fórmula del silogismo para investigar la verdad. Puesto que el modo de proceder del entendimiento humano es entrever una idea con otra, que es lo que se llama deducir, todo silogismo puede reducirse a un *sorites* que es el único género seguro de argumentación. Para conciliar la certidumbre de nuestras impresiones con la existencia de los seres de donde proceden, comparemos nuestros juicios con otros que ya hemos hecho y de cuya conformidad estamos ciertos. Éste es el primer juicio que podemos pronunciar con seguridad: nosotros estamos seguros de sentir.

PNEUMÁTICA

Pruébese en el sistema que es permitido a la filosofía, la existencia de un Dios Creador, primera causa de todo lo que existe.

Aplicando el análisis a la idea de Dios, se prueban su bondad, sabiduría, providencia y simplicidad. La simplicidad de Dios se deduce de la existencia de los seres pensantes, donde por ocasión se manifiesta que la materia no puede producir la inteligencia.

FISIOLOGÍA

Establécese en la naturaleza sensible la existencia de las dos vidas, animal y orgánica.

Demuéstrase la diferencia general de las vidas con relación a las formas exteriores de sus órganos respectivos; esto es, simetría de las formas exteriores en la primera e irregularidad de las formas exteriores en la segunda. El hábito de la vida animal embota el sentimiento y perfecciona el juicio. Los nervios son los órganos peculiares de la sensibilidad.

Los movimientos voluntarios no se ejecutan sino en virtud de las percepciones.

Los órganos motores están sometidos a los sensitivos y no son animados y dirigidos sino por ellos. La palabra instinto, tiene para nosotros la significación que deducimos de su etimología (impulsión interior), así explicamos con el senador Cabanis porqué es superior en las especies donde es menos turbado por el raciocinio.

AÑO 1820

Así como el hombre es imagen de Dios,
la palabra es imagen del hombre.

LOCKE

Expónense a un examen público los elementos de la segunda parte del curso filosófico de estos estudios públicos, que comprenden los principios del arte oratorio, con aplicación a la elocuencia del púlpito, de la barra y del foro. Puestos sobre la escena los alumnos don Luis Belgrano, don Ignacio Martínez y don Manuel Belgrano, pronunciará cada uno un discurso cuyo manuscrito será entregado al señor Cancelario y replicantes para hacerles el examen debido acerca de su estructura, figuras cometidas, etc. Los señores replicantes pueden, además, presentar un trozo cualquiera de escritor ya antiguo o moderno, y pedir un análisis de sus bellezas.

MATERIA DEL EXAMEN

Lugares comunes de la elocuencia	Del estilo oratorio	Tropos de sentencia	Figura de sentencia
Definiciones. Por las causas. Por los efectos. Por las cualidades. Por los contrarios. Por la etimología. Por símiles. Por metáforas. Por alegorías símiles. Emblemas. Geroglíficos. Símbolos. Comparaciones. De mayor a menor. De menor a mayor. De paridad. De disparidad.	Considerado en sus tres géneros. Estilo sencillo, sublime. En imágenes, en efecto. Estilo módico o templado. Del estilo figurado. Tropos. Usos y vicios de los tropos. Tropos de dirección. Metáfora. Sinécdoque. Metonimia. Metalepsis. Antonomasia. Onomatopeya. Catacrexis.	Alegoría. Ironía. Perífrasis. Sitóte. Hipérbole. Silepsis. Figuras de dirección. Repetición. Conversión. Compleción. Conduplicación. Traducción. Gradación. Conjunción. Disolución. Relación. Final semejante.	Sujeción. Anticipación. Invocación. Conversión. Exclamación. Imprecación. Diustación. Sustentación. Comunicación. Descripción. Brevedad. Distribución. Dialogismo. Conmoración. Aglomeración. Prosopopeya. Epopeya. CAPMANI

Estructura de un discurso	Conducta de un discurso	De la poesía
De las sílabas, incisos, miembros y sentencias. Estructura de la sentencia. Claridad, unidad y armonía de las sentencias.	Introducción, división, narración y conclusión. Parte argumentativa y patética de un discurso.	Poesía lírica. Poesía didáctica. Poesía descriptiva. Poesía épica. Poesía dramática. DR. BRAIR

ASUNTOS DE LOS DISCURSOS

El primero demostrará con razones filosóficas la divinidad de la religión cristiana. El segundo hará una breve historia del hombre físico y moral. El tercero hará otra elocuencia. Se concluirá la función con un discurso que pronunciará el profesor en impugnación al de Juan Jacobo Rousseau, premiado por la Academia de Dijon, que pretende que las ciencias han corrompido las costumbres y empeorado al hombre.

En el templo de San Ignacio a las 4 de la tarde del día 31.

Dado en el aula de filosofía, 16 de agosto de 1820.

LAFINUR

DISPOSICIÓN MINISTERIAL SOBRE LA RETRIBUCIÓN DEL PROFESOR DE FILOSOFÍA 1819

A consulta que hicieron los ministros generales en 23 de junio último sobre cuál era la dotación del catedrático de filosofía de los estudios públicos de esta capital D. Juan Crisóstomo Lafinur, se les contestó, en 5 de julio siguiente, que la de 700 pesos anuales, en lo que procedió con la equivocación de suponer que se había llamado a oposición de otra cátedra ofreciendo 500 pesos anuales y 20 de cada alumno y habiéndose suprimido, por acuerdo supremo, la contribución de los 20 pesos, dispuso que se indemnizase al catedrático con 200 pesos de aumento sobre los 500 que por ser la antigua dotación se creyó era la nuevamente ofrecida a los catedráticos de dicha facultad; pero habiéndose hecho presente por el mismo interesado que su dotación anual era de 800 pesos, ha acordado S. E. que se le haga el abono a razón de 1000 pesos anuales incluso los 200 pesos de aumento que se consideró para indemnizarle de la rebaja de los 20 de cada alumno, y que se recomendó a V.S. para que cuide de que se le acuda con el dicho sueldo puntualmente en consideración a su público desempeño a la necesidad de fomentar el progreso de las luces, distinguiendo a los que tienen el noble oficio de propagarlas .

Lo que de orden suprema comunico a V. S. para los expresados afectos. Dios guarde a V. S. muchos años.

Buenos Aires, 18 de Octubre de 1819.

Señor Secretario de Estado en el Departamento de Hacienda.

EL CURIOSO

PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO, ECONÓMICO.

PROSPECTO

Onme tulit punctun, qui miscuit
utile dulci, lectorem delectando,
pariter que monendo.

Hablar al público por la prensa es, sin duda, en las circunstancias obra tan grande, como ofrecer a la Patria toda entera su reputación un ciudadano, que quizá la ama sobre su vida. Sabemos por una infausta experiencia que predicar la verdad es alarmar el vicio, y señalar los vicios poner en motín las pasiones de sus autores. En una revolución tan empeñada como la nuestra, las enfermedades públicas tienen el carácter de algunas enfermedades físicas que el médico hábil desatiende, porque aún no es tiempo de curar. Pero esto no es clamar en favor del silencio y de la prisión del espíritu; de ningún modo. Nosotros en la publicación del periódico que tenemos la honra de ofrecer, queremos ver si puede realizarse un medio entre hablar al público, y ofender algún particular: entre ilustrarlo e indicar la buena o mala política de los gobiernos; para lo que hemos concertado que el periódico llene tan sólo los objetos siguientes:

Expondremos en abstracto, y sin menudos detalles, las noticias políticas que nos fueren comunicadas por los conductos más seguros; y consecuentes al título, y primer objeto de nuestro papel, las de ciencias y literaturas. La agricultura, el comercio y la industria llenarán nuestras páginas y la filosofía rectificará nuestros juicios. Al tratar las ciencias (v. gr. La medicina) prescindiremos de su forma didáctica y polémica; y las tocaremos puramente por aquella parte que tiene aplicación a nuestra utilidad. Sobre las artes, y especialmente sobre las que pueden ser practicables entre nosotros, daremos los secretos más importantes al auxilio de la química y el análisis físico. Observamos la geografía y la estadística del país, y señalaremos, según nos permita el estudio de conocimientos que poseemos en este punto, algunas observaciones sobre los fenómenos principales. No tendrán menor lugar en nuestras páginas los rasgos que se llaman de fino genio e imaginación.

En un país en que la naturaleza derrama su hermosura y su gala sin economía, la imaginación es hinchada de ideas grandes, que saben el pincel, el buril y la pluma hacer sensibles hasta verse con los ojos. Nosotros provocamos la dichosa emulación de nuestros jóvenes a este talento encantador que tantas veces ha dispuesto de la suerte de los humanos; y verán la luz pública los trozos más regulares del parnaso americano, y se verá por ello su grado de comunicación con las musas. Daremos en extracto lo más sagrado y rico de las ideas extranjeras en ciencia y literatura, y la educación tendrá en nuestros renglones los elementos con que debe presentar al hombre algún día.

Nuestra empresa es magnífica e interesante y por serla es preciso que sepa el público que no es obra nuestra sino de él; es preciso que sepa que nadie es editor de este periódico, sino él mismo. Una sociedad de hombres sensibles al bien de su país dan a luz este papel como un vehículo público de las ideas de todos. Él será como un termómetro del estado de ilustración en que se halla el país: así es que sus empresarios nada esperan de sí mismos, siempre que el público no manifieste todo el interés de que puede penetrarse por sus designios. El será la muestra inequívoca de que tenemos aptitud o no para vengarnos de nuestros opresores y manifestar al mundo entero que la empresa de la revolución es una reacción de la naturaleza misma.

Dejemos a la justicia y a la fortuna decidir de nuestros últimos destinos; y que los políticos acierten con la mejora de los medios, desatendiéndonos de la política ministerial, deseando vivamente que la virtud y sabiduría presidan sus consejos: nosotros vamos a tomar el árbol de la raíz, ya que se han secado las ramas.

Genios ilustres, a quienes la naturaleza hace asomar a la orilla del golfo proceloso de las pasiones; sabios que habéis meditado en la soledad los elementos de los sistemas grandes de la naturaleza; jóvenes amigos de la sabiduría, que os sentís ardiendo por el deseo de presentar una mano bienhechora a la desgracias de nuestra Patria; honestos artistas que henchís vuestra imaginación con las ideas que hacen las riquezas de las naciones: vosotros nos socorreréis; vosotros avaloraréis nuestros trabajos.

EL CURIOSO

Nº 1.-14 de Julio.

A la muerte del Gral. M. Belgrano. Canto fúnebre.

Nota sobre las enfermedades que se producen en Buenos Aires, por Cayo Horacio (Henríquez).

Suceso de este periódico. Espíritu de los periódicos ingleses. Pide el contingente literatos, etc., para los temas siguientes:

Materia médica americana.

Economía rural.

Química y medicina.

Historia Natural y geología.

Poesías.

Economía rural y materia médica.

Nº 2.-19 de Julio.

Artes e industrias.

Continuación del artículo de C. H.

Astr. y geogr. física.
Botánica, química.
Poesía. (Distintos géneros).
Agricultura.

Nº 3.- 26 de Julio.

Fábula.
Botánica y Medicina, por C.H.
Agricultura.
Barnices (industrias).

Nº 4.- 2 de Agosto.

A la oración fúnebre que en la Iglesia Catedral de esta ciudad fué pronunciada por su prebendado Dr. D. V. Gómez, en las exequias del Gral. D. Manuel Belgrano.

Continuación de las enfermedades.

Botánica.

Remitido. (¿Cuál es el método más fácil, menos costoso y más seguro para que en el menos tiempo posible se levante una carta geográfica de nuestra Provincia?).- Un aficionado. Industrias.

SUCESO DE ESTE PERIÓDICO

Al leer las animantes expresiones con que nos favorece *El Argos*, creímos que la musa de Virgilio nos decía:

Donate; et vosmet rebus sérvate vocundis.

Tened noble constancia;

Guardaos para días más felices.

Su opinión, el interés de los literatos, y la singular benignidad con que nos ha acogido el público, nos han alentado e inspirado confianza. Si nuestra sociedad no puede por ahora ser tan numerosa como se requiere para llenar los objetos que nos hemos propuesto, será disculpada nuestra noble temeridad con la grandeza misma de la empresa.

Contamos, además, con la cooperación de todas las gentes de letras y de los aficionados. Las sociedades de Europa más célebres se elevaron de débiles principios. Tal vez, por circunstancias difíciles, entregaremos la decorosa empresa a mejores manos, a más floridos ingenios, de más recursos y más venturosos! A veces el poder, las facultades, las corporaciones sostienen con una mirada las empresas útiles. Tal vez *El Curioso* interesará a todas las clases. Tal vez cuando él contenga composiciones delicadas del género erótico, el sexo amable, que vive el sentimiento, lo favorecerá con una sonrisa y entonces

¿qué recompensa puede haber más dulce
que una blanda expresión de sentimiento?

Si se frustran todas nuestras esperanzas, guardaremos silencio, y nos recordaremos de que hay un libro cuyo título es: *De literatum infelicitate*.

APERTURA DEL COLEGIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD (MENDOZA)

“Ciudadanos: Entre los imponderables esfuerzos de la inmortal provincia de Cuyo, será siempre laudable en sus fastos, el empeño de la muy Ilustre Municipalidad de esta capital, el establecimiento de un colegio público, cuya apertura indica para el diez y siete en la proclama que tengo el honor de ofreceros”.

“Con demasiada elocuencia manifiesta las trabas hostiles del gabinete español, tan contrarias a la fecundidad de las artes como a las primeras bases de la sociedad”.

“Un plan seguido y completo de degradación que se extendía a la prohibición exclusiva de las escuelas más necesarias, son unos hechos de que se han lamentado muchas provincias de ambas Américas”.

“Por fortuna no tendréis ya que buscar el tesoro de las letras a la distancia. En nuestro propio suelo se erigen cátedras de humanidades en que se enseñarán los sagrados derechos y deberes del hombre en la sociedad, las facultades mayores, un curso de física, matemáticas, geografía, historia y dibujo. Ilustrados en ellas labraréis vuestra felicidad y abriréis las puertas de la abundancia, poder, valor, heroísmo y cuanto puede sublimar el hombre sobre los demás seres que, como sabéis bien, es inspirado, fomentado y promovido por la ilustración. La naturaleza, según el emblema del elocuente Julio, nos ha repartido con larga mano todas las semillas de las ciencias”.

“Su rocío y cultivo es el don más relevante con que los magistrados podemos servir a la patria. Felizmente el ingenio americano en general, goza de infinita ventaja sobre los europeos, según la declaración de los sabios más despreocupados de aquel hemisferio. Se han cumplido ya los vaticinios de los eruditos sobre que las ciencias del Asia habían de fijar su dominio y anidarse en nuestro alcázar”.

“La Universidad de Salamanca en la pompa funeral de Felipe III, llegó a expresarse que, entre las riquezas que tributaba a España el Nuevo Mundo, la mayor era la felicidad de los ingenieros que empezaban, no ya a aprender, sino a ilustrarse y a servir. Pascual, Puffendorf y otros, no acababan de ponderar la sabiduría de los Incas, cuyas leyes (más célebres que las de Solón) hicieron felices por el espacio de quince años, muchos más hombres que los que nos precedieron desde la creación del orbe. Sudamericanos! La patria os convida con las luces. El templo de Minerva se abre ya para todos sin exclusión”.

“Forman la felicidad de un Estrado el hombre de armas y letras, el hombre de gobierno, el hombre de religión y el de agricultura, artes y ciencias. La instrucción científica no es tan solamente adorno, más también prenda necesaria al militar. El general empuña

la espada más para mandar que para pelear con ella. Esto es efecto de la fuerza y aquello de la instrucción mental”.

“Julio César no debió menos a su espada que a su pluma. Ésta y aquella, juntas, lo hicieron ilustre y perfecto general”.

“Honorable padres de familia! Inspirad a vuestros hijos generosos deseos de aventajarse en las ciencias; inflamad sus corazones para que consagren sus talentos a la patria. Así podréis gloriaros como Cornelia cuando presentando sus hijos, los Gracos, al volver de la escuela, dijo a la heroína Campania: *Éstos son, amiga mía, mis collares, mis perlas, mis diamantes, mis adornos y todo el ajuar de mi casa.* El gobierno empeña su palabra de proteger, auxiliar y fomentar a los jóvenes estudiosos, y que se perpetúe tan útil establecimiento, para que Cuyo sea feliz y pueda llevar sus glorias hasta las últimas extremidades. Si no lo lograre, me quedará al menos la complacencia de haberlo deseado”.

“Publíquese por bando en la forma ordinaria, con la proclama del muy ilustre ayuntamiento, fíjense copias y circulares a los pueblos de San Juan y San Luis.

Mendoza, 9 de noviembre de 1817.

TORIBIO DE LUZURIAGA.

“Por mandado de S. S. -Cristóbal Barcala, Escribano de Cabildo y Gobierno. Se publicó y fijó el precedente bando en el mismo día de su fecha. Mendoza, fecha ut supra.- BARCALA”.

EL CABILDO

“¡Ciudadanos!”

“Llegó el momento feliz en que la luz había de sustituir a las tinieblas. Abatidos más de trescientos años por la ignorancia a que nos había sometido el despotismo español, privándonos de todos los conocimientos que podían ilustrarnos en nuestros derechos, continuábamos existiendo sin conocer lo que es el hombre. Un encadenamiento de sucesos felices, forma al presente nuestra más gloriosa época. Sacudido ya el yugo, y sin temores de sucumbir, se proporciona la oportunidad de ilustrar a nuestros hijos para que sepan conservar el fruto que en ocho años, a costa de inmensos sacrificios, hemos sabido adquirir. Si el guerrero ha sido el instrumento necesario para salvar la nación en las crisis peligrosas, el sabio debe serlo para constituir la estable y brillante en la delicia de la tranquilidad. Demos a la patria hombres útiles en todos ramos y su prosperidad será indudable y permanente”.

“Padres de familia! La educación es el mejor patrimonio que en herencia podéis dejar a vuestros hijos. La apertura del Colegio es el lunes 17 del corriente. Los que quieran inscribir a sus hijos, los dispondrán dentro de este término. El Rector a quien se encarga su dirección, es el doctor don Diego Estanislao Zabaleta. Su aptitud para desempeñarla es

demasiado conocida por su fama. El alto destino que ocupa en la soberanía de la Nación, no le permite, por ahora, desprenderse de Buenos Aires”.

“Entre tanto, don José Lorenzo Guiráldez ejercerá sus funciones. Éste está prevenido de dar el diseño del vestido que deben usar los colegiales. La Municipalidad tiene la satisfacción de anunciar la erección tan deseada de este templo que se consagra a Minerva y se promete que, no despreciando su invitación, os apresuraréis a llenarlos de alumnos. Sala Capitular de Mendoza, Noviembre 9 de 1817.- Pedro Molina, José Vicente Zapata, Andrés Godoy, José Domingo Aberastain, Ignacio Bombal, Pedro Nolasco Rosas, Nicolás Santander, Juan Antonio Mayorga, Manuel Calle, Juan Melchor Videla, Juan Jurado, José Calero, Cristóbal Barcala, secretario de Cabildo.-Es copia de los originales según contexto.-

Mendoza, Noviembre 10 de 1817.

En testimonio de verdad: Cristóbal Barcala, Escribano de Cabildo y Gobierno.

ESCUELA LAFINUR

San Luis, Agosto 23 de 1888.

Siendo un deber patrio honrar la memoria de los grandes ciudadanos hijos de la patria, que por uno u otro concepto puedan presentarse como modelo digno de imitar, el Consejo de Educación.

ACUERDA:

Art. 1º Dar el nombre de “Escuela Lafinur” a la “Escuela Graduada Superior de Varones”; y el de “Escuela Pringles”, a la “Escuela Elemental de Niñas del Norte”.

Art. 2º Los nombres expresados deberán ser fijados sobre tableros que se colocarán al frente del edificio donde funcione la escuela y debajo del escudo de la Provincia.

Art. 3º Comuníquese a quienes corresponda, publíquese y archívese.

S.C. AGUILERA.
Secretario. Presidente.

VALENTIN PEREZ

NOTA:- El periodista y poeta puritano Emeterio Pérez lanzó la idea en El Oasis del 4 de Mayo de 1888 para que a una de las escuelas principales se le pusiera el nombre de Lafinur.

San Luis, Agosto 23 de 1888.

*Señor Director de la Escuela Graduada Superior de Varones,
D. Dalmiro S- Adaro²⁷*

Por el acuerdo adjunto se instruirá Vd. de la resolución del Consejo de Educación dando el nombre de “Escuela Lafinur” a la que funciona bajo su dirección y de las razones que lo asisten para ello.

En tal virtud se ha creído conveniente recomendar al Sr. Director que dé una conferencia al personal y alumnos sobre la vida del ilustre puntano, quedando autorizado para suspender las clases diurnas el día que deba tener lugar.

Dios guarde a Vd.

S. C. AGUILERA.
Secretario

VALENTIN PEREZ.
Presidente

²⁷ Ha sido Presidente del Consejo Escolar, inspector y ahora es profesor de ciencias de la Escuela Normal de Niñas. Es un educacionista práctico y de fecundas iniciativas a quien buenos servicios le debe la Provincia.

CENTRO LAFINUR.

PRIMERA SESIÓN PREPARATORIA DE 27 DE MAYO DE 1889

Reinaldo Pastor.
Ricardo Melián.
Salustiano C. Aguilera.
Juan W. Gez.
Nicolás Jotré.
Jacinto Lucero.
Enrique M. Jurado.
Ramón J. Quiroga.
Genaro Pereira.
Juan Tello. Custodio Espinosa.
Antonio M. Gómez.
José L. Parellada.
Zoilo Concha.
Dalmiro S. Adaro.

Reunidos los señores cuyo nombre al margen se expresan, el señor Nicolás Jotré manifestó que se había permitido invitar a una reunión, con el objeto de cambiar ideas relativas a la formación de un centro que tuviera por fin la unión de la juventud, propendiendo a su perfeccionamiento moral e intelectual. Que la juventud en este pueblo no desempeñaba el papel que le estaba encomendado en toda sociedad y que en tal virtud invitaba a los que quisieran asociarse a este pensamiento, para que uniendo el entusiasmo al patriotismo, pudieran salir del marasmo intelectual en que se hallan. Que los centros de reunión con que aquí se contaba no llenaban las aspiraciones de una sociedad culta y progresista, y que era de gran necesidad levantar el espíritu de la juventud naciente y estimularse mutuamente.

Los señores Gez, Pastor, Jurado y otros, manifestaron a la vez que eran los jóvenes la palanca poderosa que estaba llamada en todas las sociedades a proclamar las grandes ideas y marcar una ruta a las generaciones y que en este sentido apoyaban calurosamente la idea. Agrega el señor Gez, que hasta este momento las letras argentinas presentan un ancho campo a la explotación intelectual y que hasta hoy no son conocidos ni vulgarizados tantos hombres de las letras en este país, entre los que hasta San Luis tiene algunos que merecerían una estatua.

Al efecto se determinó nombrar una comisión compuesta de cinco miembros para presentar las bases de la organización y proponer el nombre de la sociedad.

SEGUNDA SESIÓN DEL 9 DE JULIO DE 1889.

Reunidos los señores socios que asistieron en la anterior sesión y más los nuevamente presentados señores V. Domínguez, M. Orozco, V. Pérez, J. Campi, D. Quiroga y F. Mígués, el señor Gez, miembro informante de la comisión, expuso ligeramente los propósitos que debían servir de base a esta asociación, dándole el carácter de literaria y de estímulo al estudio. Expuso que de todos los nombres que habían cruzado para bautizar este centro intelectual, ninguno era más simpático ni se imponía con mayor fuerza de

patriotismo que el de “Lafinur”, que simbolizaba una gloria de las letras argentinas y una recordación de la juventud puntana al nombre esclarecido de este egregio poeta. Que la personalidad de Juan Crisóstomo Lafinur aún no había sido estudiada bajo sus múltiples fases ni como poeta, ni como luchador de la escuela liberal; terminó diciendo que esperaba que el lema que se ponía al frente de nuestra asociación, sería por sí solo un estímulo y un llamamiento para examinar las reliquias olvidadas.

Una manifestación unánime y espontánea de todos los presentes, aclamó y proclamó el nombre propuesto, agregando el señor Jofré que en Córdoba, en Buenos Aires, en Mendoza y aún afuera de la patria, en Chile, se hallarían muchas joyas literarias debidas a la pluma de Lafinur y que desde ya insinuaba la idea de investigar la existencia de esos documentos hasta formar un volumen recopilado de esos trabajos, que perduren la memoria del poeta y filósofo a la vez que la reivindicación de sus restos en país extranjero.

Después de un cambio de ideas patrióticas y entusiastas, quedó organizado el centro bajo la presidencia del señor Nicolás Jofré.

NOTA:-Se fundó una Revista con el mismo nombre que apareció el 1º de Enero de 1890 y terminó el 13 de Julio con el N° 75.

El funcionamiento de este centro duró casi dos años, habiéndose extinguido con motivo de las agitaciones políticas de aquel año.

TRASLACIÓN DE SUS RESTOS

San Luis, Octubre 29 de 1895.

Considerando:

Que es un deber del Gobierno honrar la memoria de los próceres de nuestra emancipación política cumpliendo con un deber de gratitud impuesta por los eminentes servicios prestados por aquéllos al país.

Que los patricios general Juan Esteban Pedernera y D. Juan Crisóstomo Lafinur, son acreedores al reconocimiento póstumo de esta Provincia que les sirvió de cuna, a la cual prestarán más tarde el contingente benemérito de sus servicios eminentes.

Que, dados estos acontecimientos, es un deber del Gobierno trasladar sus restos a la Provincia de sus nacimiento; el P. E.

DECRETA:

Art. 1º- Precédase en el término más breve posible a hacer la traslación de los restos del benemérito general de la Independencia D. Juan Esteban Pedernera y del esclarecido patriota D. Crisóstomo Lafinur del lugar donde se encuentren.

Art. 2º- Comisionese para este fin al Dr. Adolfo P. Carranza a quien se le remitirán las instrucciones necesarias por el Ministerio de Gobierno.

Art. 3º- Comuníquese; publíquese y dése al R. O.

QUIROGA J. Olivero

Es copia:

B. SARMIENTO (HIJO)
Oficial Mayor

DEPARTAMENTO LAFINUR

La H. Cámara de Representantes de la provincia sanciona con fuerza de

LEY:

Art. 1º- Créase un nuevo Departamento que llevará el nombre de “Lafinur” y se formará de los Partidos de Luján, Quines, Candelaria y Cantana hasta la Sierra que separa La Lomita por el Norte y Este.

Art. 2º- Desígnese la Villa de Quines como Capital del nuevo Departamento, debiendo como tal ser el asiento de las autoridades principales y gozar de las prerrogativas que en ese carácter le corresponde.

Art. 3º- La presente ley empezará a regir el 1º de Enero de 1897 y la representación que corresponda al nuevo Departamento será fijada oportunamente por la ley especial.

Art. 4º- Comuníquese, etc.

Sala de Sesiones, San Luis, Septiembre 24 de 1896.

EDUARDO BARBEITO
J. Borrás,
Secretarios.

San Luis, Septiembre 28 de 1906.

Téngase por Ley de la Provincia, cúmplase, publíquese y dése al R. O.

QUIROGA
GABRIEL ARCE.

NOTA:- Durante el gobierno de Adeodato J. Berrondo esta ley justiciera fué derogada con fecha 10 de Enero de 1898. Ignoramos cuáles han sido los fundamentos. De todos modos esperamos que la justicia póstuma restablecerá el Departamento Lafinur.

SU CENTENARIO

OFICIAL- San Luis, Febrero 24 de 1897.²⁸

Cumpliendo cien años el 27 del corriente desde el día del nacimiento del esclarecido hijo de esta Provincia D. Juan Crisóstomo Lafinur; y siendo un deber del Gobierno honrar la memoria de los hombres ilustres como justo homenaje a sus virtudes, a la vez que como noble estímulo de las generaciones del porvenir, y no disponiéndose en la actualidad de los recursos indispensables para festejar dignamente el centenario de su natalicio.

El gobernador de la Provincia.

DECRETA:

Art. 1º- Declárase feriado para las reparticiones del gobierno el día 27 del presente mes, debiendo en este día enarbolarse la bandera nacional en los edificios públicos e invitándose a hacer lo mismo a los particulares.

Art. 2º- La Comisión de Educación impartirá las órdenes necesarias a los directores de los Establecimientos de Enseñanza en toda la Provincia, para que en ese día organicen fiestas escolares, convoquen los alumnos de sus respectivas escuelas y les den una conferencia patriótica comprendiendo en ella los rasgos biográficos más prominentes de tan preclaro ciudadano.

Art. 3º - Comuníquese, publíquese y dése al Registro Oficial.

BERRONDO.
Víctor S. Guiñazú.

ACTOS DE JUSTICIA PÓSTUMA

DE “LA PRENSA” DEL 15 DE JULIO DE 1897.

La iniciativa que partiera de las columnas de *La Prensa* para repatriar los restos de los argentinos ilustres, depositados en cementerios extranjeros, y en particular los que reposan en suelo chileno, ha tenido, como era de esperarse, una vasta repercusión en la República, y cada una de las Provincias que cuenta entre sus hijos alguna de aquellas glorias, se ha apresurado a producir actos populares tendientes a realizar la justiciera reparación.

.....

²⁸ S.E. equivocó la fecha, pues Lafinur nació el 27 de Enero.

Una nueva comunicación, provista de verdadero interés histórico, hemos recibido escrita en Dolores, por el Director de la Escuela Normal de esa ciudad, señor J.W.Geiz, respecto a la justicia que habría en agregar a los nombres ya publicados, el del doctor Juan Crisóstomo Lafinur, hijo de San Luis, “filósofo, educador, publicista, músico y militar” y a quien se le llamaba, según él, “El hijo de la Carolina” por el lugar de su nacimiento. En seguida reseña su vida en estos términos:

.....

EN BUSCA DE SUS RESTOS

LEGACIÓN ARGENTINA

Santiago de Chile, Agosto 28 de 1897.

Señor D. Juan W. Gez.

Muy señor mío:

Hasta este instante me ha sido imposible contestar la carta que con fecha 1º de julio pasado, se sirvió Vd. dirigirme.

He preguntado a algunas de las personas que, por sus aficiones y su dedicación a la Historia podrían saberlo, el sitio donde se hallan los restos del doctor Lafinur; pero no he logrado aún una respuesta satisfactoria; todas ignoran el lugar donde fueron inhumados aquellos restos. Si ulteriormente consigo un dato seguro, me será grato transmitirlo a Vd.

El Sr. Luis Montt, Director de la Biblioteca Nacional de Chile, me ha manifestado que él tiene varias composiciones poéticas importantes que Lafinur escribió aquí y me ha agregado que, si se tratara de hacer una edición de escritos de ese personaje, le sería muy agradable comunicar al editor los trabajos que tiene en su poder. Como es probable que a Vd. interese esta noticia, se la trasmito.

Aprovecho esta ocasión para saludar a Vd. y ofrecerle las seguridades de mi más respetuosa y distinguida consideración.

N. PIÑERO

Santiago, 5 de Enero de 1895.

Señor D. Adolfo L. Carranza.

Buenos Aires.

Distinguido amigo:

Adjuntas encontrará Vd. dos cartas que le darán a conocer las gestiones hechas hasta ahora para atender a la recomendación de Vd.

Por mi parte, me he ocupado de buscar en la Biblioteca Nacional, entre los periódicos de la época, alguno en que pudiese encontrar la noticia del sitio de la sepultura de Lafinur, pero mis

pesquisas no me han dado luz alguna sobre el particular, ni siquiera la fecha de la muerte, ocurrida según sé por otras fuentes, el 13 de Agosto de 1824.

He hablado también con otras personas, además de las indicadas por Guerrero, pero ninguna sabe nada sobre el particular. A mi modo de ver, el cadáver debe haber sido sepultado en alguna iglesia, y en este caso, sería de todo punto imposible dar con los restos, pues de algunos años a esta parte ha sido removido el pavimento de todas ellas sin dejar constancia de las inscripciones y aun extrayendo cuantos huesos aparecieron.

Me inclino, por lo tanto, a creer que nuestras futuras investigaciones han de resultar también infructuosas. Cuidaré, en todo caso, si algo resulta, de avisarlo a Vd.

Ojalá, sin embargo, que esto no sea motivo para que Vd. deje de venir por acá y favorecernos con su visita, a cuyo respecto repito a Vd. lo que ya tuve el gusto de significar a Vd. antes, que esta casa se halla a disposición de Vd.

Ayer recibí entregas del Museo Histórico, que mucho le agradezco.

En la esperanza de ver a Vd. y Carmen nuevamente por acá, saluda a Vds.

Afectuosamente.

J. T. MEDINA

Santiago de Chile, 26 de Diciembre de 1895.

Señor D. J. T. Medina

Presente.

Mi querido Toribio:

En el acto de recibir tu cartita de ayer, me he dirigido al señor Aniarán, Administrador del Cementerio general, rogándole se tome la molestia de hacer revisar los libros de la antigua "Colecturía del Panteón Cjeneral", a fin de averiguar la fecha exacta de la muerte de Lafinur y saber en que tumba fué inhumado. Conocidos estos dos antecedentes, que no existen en mi oficina y que sólo pueden hallarse en el Cementerio, es fácil averiguar el estado en que se encuentran los restos.

Si hubiere alguna dificultad para llegar a resultado feliz, puedo todavía dirigirme a Don Ramón Vial, quien, según me lo ha asegurado hoy Don Osvaldo Rengifo, tiene datos de familia sobre el particular.

Tan luego como el señor Aniarán me conteste, volveré a escribirte. Mientras tanto, ponme a las órdenes de tu señora y manda como gustes a tu afmo. amigo.

M. GUERRERO BASCUÑÁN

Santiago, 4 de Enero de 1896.

Señor D. J. T. Medina.

Presente.

Mi querido Toribio:

Como te dije en mi anterior, el mismo día que recibí tu esquelita del 25 del mes último, escribí al señor Aniarán pidiéndole me hiciera el servicio de hacer registrar los libros de la antigua Colecturía General del Panteón de Santiago y poder, de esta manera, averiguar en qué tumba había

sido inhumado el cadáver de D. Juan Crisóstomo Lafinur. Desgraciadamente nuestras gestiones han sido infructuosas.

El 19 de Agosto de 1824 se paralizó en el Cementerio General la inhumación de las personas pudientes, continuando en ese lugar hasta 1832, el entierro de los cadáveres de los pobres. Me imagino que el señor Lafinur falleciera después del 13 de Agosto de aquel año, porque ni el señor Aniarán ni yo, que hemos revisado personalmente el libro de sepelios, hemos encontrado su nombre.

Sólo me resta por averiguar en dónde se hicieron las inhumaciones de las personas pudientes desde el 13 de Agosto de 1824 hasta junio, más o menos, de 1832.

No sería difícil encontrar la partida de defunción en el archivo de la parroquia del Sagrario; pero temo que en ella no se indique el cementerio en donde debía practicarse la inhumación.

La señora Nieto, viuda de Lafinur, murió hace dos o tres años y nada he podido obtener del señor D. Ramón Vial, quien, no obstante sus relaciones de amistad con la señora Nieto, no recuerda haberle oído hablar de la tumba en que fuese enterrado.

Me imagino, por lo demás, que aunque llegáremos a obtener ese dato, sería ya muy difícil encontrar restos del cadáver. En aquella época los entierros se hacían en la tierra y no en nichos como hoy; el cadáver se colocaba dentro de un cajón de madera ordinaria y no como hoy en urnas metálicas que van dentro de otro cajón de madera fina. En aquellas condiciones el cajón y las partes blandas del cadáver quedaban deshechos antes de dos años, pues aun las osamentas no subsistían más allá de diez o quince años.

Sin embargo, continuaré en mis investigaciones y si llegase a obtener algún dato te lo comunicaré en el acto.

Con el aprecio y cariño de siempre te saluda tu afmo. amigo.

M. GUERRERO BASCUÑÁN.

EL HIJO DE LA CAROLINA

SU NACIMIENTO Y SU RETRATO.

Dolores, Mayo 12 de 1899

Señor D. Adolfo P. Carranza, Director del Museo Histórico Nacional

Buenos Aires.

Tengo el honor de enviar a Vd. para el Establecimiento de su digna dirección, una copia del retrato del ilustre argentino doctor don Juan Crisóstomo Lafinur, militar, poeta, músico, filósofo, educacionista y publicista distinguido.

Algunos historiadores y conocedores de nuestro pasado han negado la existencia del preclaro puntano, "Hijo de la Carolina" como cariñosamente le ha llamado un compatriota eminente, a causa de su corta, pero proficua existencia, no ha sido aun estudiada debidamente para fijar con precisión la influencia de sus ideas y el rol importante que desempeña en la labor fecunda de encaminar el espíritu nuevo que surgió con la colonia emancipada.

El único trabajo digno de mención que se ha publicado sobre Lafinur es apenas un ensayo de crítica literaria, debida a la pluma galana del publicista Dr. D. Arturo Reynal O'Connor, con

sobrado talento y erudición para haber afrontado la grata tarea de presentar de cuerpo entero tan brillante personalidad. Pero no es mi propósito hacer aquí una biografía ni siquiera un bosquejo, sino simplemente referir someramente los antecedentes sobre el retrato del Dr. Lafinur. Al mismo tiempo debo fijar la época precisa de su nacimiento y las circunstancias en que acaeció, obligado por un error histórico, que consigna un decreto del Gobierno de la Pcia. de San Luis dictado en un momento solemne, antes que el error cunda y se fije en distintas formas, si como espero se honra debidamente algún día allí la memoria de ese comprovinciano ilustre.

.....

Según los papeles y tradiciones de familia que poseo, nació nuestro compatriota el día de San Juan Crisóstomo, que corresponde a la fecha del 27 de enero, en el lugar de los Cerros o Valle de la Carolina, famoso por sus minas de oro. Era costumbre en aquellos tiempos, y aun hoy lo es generalizada, la de poner al recién nacido el nombre del santo del día inscripto y celebrado por la Iglesia en su calendario. Los conquistadores españoles usaban bastante la misma práctica al fundar las ciudades. Además, es digno de advertir, todos los que han escrito sobre Lafinur fijan esta misma fecha y para no citar otros me basta referirme al eminente publicista D. Juan María Gutiérrez, quien tuvo ocasión de saberlo de buena fuente durante su estadía en Chile, de boca misma de la viuda del malogrado poeta puntano, a la que trató con frecuencia, siendo, además, una autoridad indiscutible en materia histórica.

.....

El relato del Dr. Lafinur que dedicó al Museo Histórico y al Gobierno de San Luis, es copia de una miniatura que conserva el Sr. Luis Montt, director de la Biblioteca de Santiago de Chile. Esta copia ha llagado a mi poder en una ocasión preciosa y de la cual mucho me facilito como puntano y amante de las glorias de mi patria.

Mi excelente amigo José Juan Biedma, autor de la biografía de Pringles y de otros muchos trabajos históricos, que le han dado justo renombre como escritor, aconsejó al insigne artista pintor argentino Sr. Giudice hiciera figurar a Lafinur, utilizando dicho retrato, en un cuadro monumental que está pintando para conmemorar la presentación de San Martín por Pueyrredón al Soberano Congreso Argentino, después de la victoria de Chacabuco, obra de gran aliento, inspirada por nuestro eminente historiador doctor Angel J. Carranza y que debe figurar en el Palacio del Congreso en construcción. Allí se destaca la gallarda figura de Lafinur en primer término, de entre un grupo en que figuran López, Luca, Fray Cayetano Rodríguez, Juan C. Varela y otros inspirados cantores del triunfo de Maipú, que, al liberar a Chile del poder español, abrió el camino al Perú y de Ayacucho, última batalla de la libertad americana.

Nuestros comunes amigos Sres. Giudice y Biedma se han hecho una vez más acreedores a la gratitud de los hijos de la Pcia. de San Luis que no son indiferentes a la apoteosis de sus preclaros comprovincianos, pláceme, pues, felicitarlos de la justicia que a nuestros anhelos patrióticos comienza a hacerse a un argentino notable por su talento y sus virtudes cívicas. Está dado el primer paso, el segundo sería reimpatriar sus restos y guardarlos en San Luis en un monumento digno de sus relevantes cualidades.

Se que Vd. fue encargado por el gobernador Quiroga con fecha 29 de Octubre de 1895, de averiguar el lugar en que yacen los restos del hijo preclaro de la Carolina para trasladarlos a la tierra de sus afanes y de sus amores, constándome sus empeños para satisfacer esa noble aspiración que

también halaga sus sentimientos de patriota probado.

No pierdo la esperanza, estimado amigo, que algún día se han de realizar los votos de otro puntano de talento, el malogrado Emeterio Pérez, autor de un canto a Lafinur.

.....

Dejando así dilucidadas las dos cuestiones que me he propuesto en esta nota, ínter el tiempo y los recursos me asistan para publicar la vida y escritos del Dr. Lafinur, me es grato reiterarle las seguridades de mi más respetuosa y distinguida consideración.

J. W. QEZ.

De la Revista Nacional Oct. y Nov. de 1899.

CONTESTACIÓN

Buenos Aires, Mayo 28 de 1899.

Señor Juan W. Gez.

Distinguido amigo:

Incansable Vd. en remover cuanto es simpático al patriotismo y exhumar méritos olvidados, no se ha detenido en su labor para conseguir el retrato del doctor Lafinur, ese distinguido compatriota cuyos restos perdidos hacen más sensible su memoria.

En la interesante nota que tengo a la vista, me avisa Vd. el envío de una copia de aquél, tomada del original que esta en Chile y que destina al Establecimiento a mi cargo. Al agradecer la donación cúmpleme que será colocado entre los de los próceres y beneficiarios de nuestro país, para lo cual tiene títulos conquistados en su corta pero lúcida existencia.

Es curioso realmente que el gobierno de San Luis se equivocara en la fecha del nacimiento. Vd. hace bien en impedir que prospere un error asentado en documentos oficiales.

Como me lo recuerda, fue honrado por el gobierno de la provincia de San Luis para repatriar los restos del Hijo de la Carolina, pasó a sus manos las noticias que sobre ellos recogía, sin desesperar que nuevas investigaciones den mejor resultado y celebraría tocarse a Vd. la fortuna de hallarlos.²⁹

Lo saluda con estimación a sus esfuerzos y sinceros sentimientos de amistad, su atento y S.S.

ADOLFO P. CARRANZA

29 Cartas de los señores J. T. Medina y M. Guerrero Bascañán.

EL RETRATO EN SAN LUIS

MINISTERIO DE GOBIERNO Y JUSTICIA

San Luis, Diciembre 18 de 1899

AL Señor Don Juan W. Gez.

S. E. el señor gobernador de la Provincia ha recibido su nota fecha 15 del corriente, así como a la copia a que se refiere, del retrato de nuestro ilustre compatriota el Dr. D. Juan Crisóstomo Lafinur, y me encarga manifieste a Vd. su agradecimiento por tan valioso obsequio, inspirados en sus sentimientos patrióticos que tantas veces ha demostrado.

El señor gobernador deplora no haber podido realizar alguna fiesta como motivo de la recepción y colocación del retrato y confía en que habrá una oportunidad de llenar sus deseos a este respecto, que son también los del P. Ejecutivo.

Dios guarde a Vd.

FRANCISCO F. SARMIENTO

BIBLIOTECA LAFINUR

San Luis, Febrero 8 de 1906

Siendo la lectura de los libros uno de los medios más poderosos para la civilización contemporánea, las bibliotecas populares deben ser propiciadas siempre como los gobiernos que anhelan el progreso intelectual y moral de las sociedades; y no existiendo una institución de esta especie en San Luis.

El gobernador de la provincia.

Decreta:

Art. 1º- Créase una biblioteca popular denominada "Biblioteca Lafinur" que prestará sus servicios al público bajo la dirección y administración del Consejo de Educación.

Art. 2º- La factura de libros que el P. E. ha recibido, donados por la Nación, será entregada para la fundación de la biblioteca.

Art. 3º- El P. E. gestionará del Club Social la donación de los restos que posee para entregarlos a la nueva institución.

Art. 4º- El Consejo de Educación arbitrará algunos medios para acrecentar el número de volúmenes de la biblioteca.

Art. 5º- Oportunamente el P. E. solicitará de la Legislatura autorización para invertir en beneficios de la "Biblioteca Lafinur" los dineros que tiene en depósito el Consejo de Educación,

provenientes del 2% de los sueldos de maestros que se hizo hasta el 31 de Diciembre de 1904.

Art. 6º- El Consejo de Educación, a la mayor brevedad, instalará y reglamentará el servicio de la "Biblioteca Lafinur".

Art. 7º- Comuníquese, publíquese y dése el Registro Oficial.

RODRÍGUEZ JURADO
JUAN T. ZAVALA.

San Luis, Febrero 14 de 1905

Al Sr. Presidente del Consejo de Educación, Dr. Juan Darnet.

Me dirijo al Sr. presidente, acompañándole un decreto de fecha 8 del corriente por el cual el P. E. resuelve fundar, bajo los auspicios del Consejo de Educación, una biblioteca popular.

Quizá sea esa repartición la más indicada, por la misión que la ley fija, para dirigir y administrar una institución del significado de la mencionada.

Hoy mismo le serán remitidos los libros que han sido destinados a la "Biblioteca Lafinur".

Saludo con distinguida consideración al Sr. Presidente.

J T. ZAVALA.

PARTIDO LAFINUR³⁰

San Luis, Abril 24 de 1907.

Vista la solicitud hecha por los vecinos de Tras la Loma, del partido de Lomita, para que se le cambie de nombre y se declare cabecera de dicho partido, y atentos los informes producidos, que encuentran conforme y justa la petición, por la importancia de la población y de las ventajas para el desarrollo de la agricultura.

El gobernador de la provincia.

DECRETA:

Art. 1º- El paraje o vecindario llamado "Tras la Loma" del Departamento Junín, partido de "Lomita", se denominará en lo sucesivo "Lafinur".

30 El progresista gobierno del doctor B. Rodríguez Jurado ha querido honrar especialmente la memoria de Lafinur, pues independientemente de la biblioteca y partido a que ha dado su nombre, se me informa que se piensa adquirir un busto o un buen retrato para colocarlo en la "Escuela Lafinur". Finalmente ha estimulado este trabajo, obra modesta pero de verdadera reparación.

Art. 2º - Designase cabecera del Partido de "La Lomita".

Art. 3º - Hágase saber a las autoridades, publíquese; e insértese en el Boletín Oficial.

*RODRIGUEZ JURADO
FRANCISCO F. SARMIENTO.*

Es copia.

*R. Arancibia Rodríguez
Oficial N° 1*



APÉNDICE
POESÍAS DE LAFINUR



CANTO ELEGÍACO

A LA MUERTE DEL GENERAL DON MANUEL BELGRANO

¿Por qué tiembla el sepulcro, y desquiciadas
Sus sempiternas losas de repente,
Al pálido brillar de las antorchas
Los justos y la tierra se conmueven?
El luto se derrama por el suelo
Al ángel entregado de la muerte,
Que a la virtud persigue: ella medrosa
Al túmulo volóse para siempre.
Que el campeón ya no muestra el rostro altivo
Fatal a los tiranos; ni la hueste
Repite de la Patria el sacro nombre,
Decreto de victoria tantas veces.

Hoy, enlutado su pendón, y al eco
Del clarín angustiado, el paso tiende,
Y lo embarga el dolor: ¡dolor terrible,
Que el llanto asoma so la faz del héroe!...
Y el lamento responde pavoroso
«Murió Belgrano» ¡Oh, Dios! así sucede
La tumba al carro, el *ay* doliente al *viva*,
La pálida azucena a los laureles!
¡Hoja efímera cae! tal resististe
Al noto embravecido y sus vaivenes!
La tierra fría cobra sus despojos,
Que abarcará por siempre; mas no pude
Campeón ilustre! atleta esclarecido!

La mano que te roba, hollar las leyes
Que el corazón conoce; el jaspe eterno
Tu nombre mostrará a los descendientes
De la generación que te lamenta.
La patria desolada el cuello tiende
Al puñal parricida que le amaga
En anárquico horror; la ambición prende
En los ánimos grandes, y la copa
Da la venganza al miedo diligente.
Aun de Temis el ínclito santuario
Profanado y sin brillo; el inocente,
El inocente pueblo, ilustre un día,
A la angustia entregado; el combatiente,
Sus heridas inútiles llorando,
Escapa al atambor; el país se enciende
En guerra asoladora que lo ayerma;
Asoma la miseria, pues que cede
La espiga al pie feroz que la quebranta,
Y, ¿ora faltas, Belgrano?... ¡Así la muerte,
Y el crimen, y el destino de consumo
Deshacen la obra santa, que torrentes
Vale de sangre, y siglos mil de gloria,
Y diez años de afán!... Todo se pierde!
Su celo, tu virtud, tu arte, tu genio,
Tu nombre, en fin, que todo lo comprende,
Flores fueron un día, marchitólas
La nieve del sepulcro. Así os lamente
La legión que a la gloria condujiste:
Con tu ejemplo inmortal probó el deleite,
La magia del honor, y con destreza
Amar le hiciste el tesón perenne,
El hambre angustiadora, el frío agudo...
Suspende, ¡oh, musa! y al dolor concede
Una mísera tregua. Yo lo he visto
Al soldado acorrer que desfallece,
Y abrazarlo, cubrirlo y consolarlo,
Ora rayo de Marte se desprende,
Y al combate amenaza, y triunfa y luego...
¿Qué más hacer?... El desairar la suerte,
Y ser grande por sí; ésta no es gloria
Del común de los héroes; él la ofrece
En pro de los rendidos, que perdona.
Ora al genio se presta, y lo engrandece:
Corre la juventud y a la Natura

Espía en sus arcanos, la sorprende,
Y en sus almas revienta de antemano
El germen de las glorias¹. ¡Oh! ¡quién puede
Describir su piedad inmaculada,
Su corazón de fuego, su ferviente
Anhelo por el bien? Sólo a ti es dado,
Historia de los hombres: a ti que eres
La maestra de los tiempos; la arca de oro
De los hechos ilustres de mi héroe,
En ti se deposita: recogedla,
Y al mundo dadla en signos indelebles.
Y vos, sombras preciosas de Balcarce,
De Olivera, Cabot, Martínez, Vélez,
Ved vuestro general, ya es con vosotros;
Abridle el templo que os mostró valiente.
Tucumán! Salta! pueblos generosos!
Al héroe de Febrero y de Setiembre,
Alzad el postrer himno; mas vosotras,
Vírgenes tiernas, que otra vez sus sienes
Coronasteis de flores, id a la urna,
Y deponed con ansia reverente
El apenado lirio; émulo hacedlo
De los mármoles, bronces y cipreses.

¹ La Academia de Matemáticas establecida en Tucumán para instrucción de los caballeros cadetes, y a la que el autor tiene el honor de haber pertenecido. A este propósito, hubiera dicho más en detalle alguno de los hechos que han marcado su vida con caracteres eternos de filantropía y humanidad: tal como el de la fundación, a sus expensas, de escuelas de primeras letras en varios pueblos; pero esto no ha sido posible, atendida la brevedad del canto y la premura del tiempo.

CANTO FÚNEBRE

A LA MUERTE DEL GENERAL DON MANUEL BELGRANO

Obruit audentem rerum gravitas que, nitorque,
Nec potui coepti pondera ferré mei.

Ovid ex Pont.

Adonde alzaste fugitiva el vuelo,
Robándote al inmortal infortunado,
Virtud, hija del Cielo?
¿Quién ayermó tu templo inmaculado,
Y tu antorcha apagó? Dinos ¿adónde
El voto te hallará del varón justo?
Un eco pavoroso ¡ay! nos responde:
*"Olvidó para siempre al mundo injusto;
Al túmulo volóse, allí se esconde"*
Y el justo lo sintió; que en su alta mente
Vió las desgracias que la Patria llora,
Y antes que ella lloró, vió de repente
Gemir los bronces, do el buril pronuncia
Los nombres de los hijos de la gloria;
De luto el estandarte que antes fuera
Prenda de la victoria;
Ronco el tambor glorioso
Que predicó el combate y las venganzas;
Y al héroe que animoso
Vió su sangre correr en mil matanzas,
Y viólo en faz serena,
Hoy postrarse al dolor, darse a la pena.
Aun sintió más: en bárbara alegría

Los abismos hervir, y las pasiones
Del mundo apoderarse con fiereza;
De la guerra fatal la chispa impía
Avivar es su afán, y con presteza
La copa tiende el miedo a la venganza
Traidora e impotente;
Mientras que la ambición más insolente
Avanza hasta el terrible tabernáculo;
El velo despedaza, escupe el ara;
Truena la guerra, y mil desastres para,
Y mil sepulcros abre. La cuadriga
En carro de serpientes arrastrada
La densidad rompiendo
De una nube de crímenes preñada,
El paso se abre, y en los aires zumba,
Un grito pavoroso, a que responden
Los Huecos de la tumba;
Grito fatal con que ella se recobra:
Murió BELGRANO; consumada es la obra.
¿Y es verdad? ¿El oráculo espantoso
Terminaría aquí? ¡Bárbara suerte!
¡Acabó la virtud! ¡Polvo y ceniza
Caen en el rostro que la misma muerte
No logró conturbar! La tumba triste
Por una ley precisa
Es el ultimó carro de los héroes!
Sea: ¡y qué resta, muerte, al triunfo impío,
Si el valor es difunto;
Qué resta ya, sino cambiar al punto
En sepulcro la Tierra, divorciando
Al tiempo y a la vida para siempre!!!
Sol, que ves nuestro luto; ilustre padre
De la Patria y la luz; tú, que reinando
En las regiones de sus lindes puso
La inmensa creación, viste las glorias
Del héroe que a tu causa reservaste:
¿Testigo del contraste,
Que lo ahoga y lo devora:
Cárdeno el labio, trabajosa el habla,
Al cielo alzando las deshechas manos,
Se rindió a un paroxismo... Americanos,
Un cuadro tan terrible, y tan sublime
Os faltó ver; entonces clamaríais:
Nuestra PATRIA no vuelve a los tiranos;

Que por su amarga pérdida lloramos,
Serás? mil veces para sus victorias
Fué escasa tu luz pura;
Hasta aquella región donde natura
Escondió sus tesoros, y algún día
Aras de oro se alzaron a tu frente...
Hasta allá fue su espada; y su energía
Vengó su templo y redimió tu gente.
Pero ¡a qué describir sus altos triunfos!
¡A qué rumiar laureles marchitados
De la tumba en el hielo!
Contemplemos por único consuelo
A Belgrano inmortal en nuestras almas,
Y su alma contemplemos,
Su religión ¡oh, Dios! ¡quién como él supo
Rendir al ara el estandarte altivo,
Y al Dios de los combates acatarse?
Su pecho compasivo.
Cuando estaba la gloria fermentando
Sus soberbias semillas,
Y en el furor del triunfo, él las ahogara
Por mejor heroísmo,
Y a la hueste rendida le declara
La vida y libertad. Su patriotismo,
Su celo por el bien, su porte justo,
Su generosidad... gritadlo a voces,
Legiones que a la gloria condujera;
Vosotros que a su ejemplo fuisteis siempre
Pródigos de las almas;
La miseria espantosa, la hambre fiera,
la estación penetrante ¡ay! combatisteis
Con vuestro General: ¡oh! vos sentisteis
De su pecho las tiernas emociones;
Vos le visteis mil veces
Primera que la luz, volar en torno
De vuestras pesadumbres. ¡Cuántas veces
No os consoló su ejemplo poderoso!
Y cuando la fortuna en sus reveses
Falló ciega por vos, en sus abrazos
Cogisteis con usura
El precio a tanta pena acerba y dura.
Rodead también el negro monumento,
Jóvenes tiernos que al santuario ilustre
De la hermosa virtud habréis llegado

A merced de su amor. Quería el hado
Perpetuar en vosotros sus caprichos,
Y ciegos a la luz parar el día
En que fuerais esclavos;
BELGRANO combatió su tiranía,
Y con piedad heroica y sin ejemplo,
De la alma educación os abrió el templo,
¡Qué más quiere la tierra! No, no es ella
Para quien tanto se hizo:
La virtud quiere su obra y se querella
Contra el tiempo y el crimen;
La eternidad a unirse con el hombre
Anhela ávida y torva
Y ella y la muerte con furor oprimen
La muralla de bronce que lo estorba;
¡Ay! que el dolor, la enfermedad acerba
Legados de la Parca.
Desplomán su existencia, y Esculapio
Jamás, jamás, tan crudo.
En sus altares lágrimas ver pudo,
Y lágrimas tan justas!!
Iba a rayar el día en que la Patria
Recuerda de su cuna la hermosura;
Triste era esta alba, no cual la alba pura
En que el mundo la vio libre y señora:
El bronce en truenos su llegada anuncia,
Y BELGRANO lo siente; y en esta hora
Desasirse pretende de la muerte
Que lo ahoga y lo devora:
Cárdeno el labio, trabajosa el habla,
Al cielo alzando las deshechas manos,
Se rindió a un paroxismo... Americanos,
Un cuadro tan terrible, y tan sublime
Os faltó ver; entonces clamaríais:
Nuestra PATRIA no vuelve a los tiranos;
Vuela el tiempo sus alas empapando
Del excelso vivir en las corrientes,
Hasta secarlas todas;
BELGRANO ya no alienta; ¡oh! qué elocuentes
Son sus miradas lánguidas, sus formas
Escuálidas y tristes!
Así descansa el ave hermosa y pura
Sus plumas y matices recogiendo,
Pronta a volar a la suprema altura

Y mostrarnos sus alas derramadas,
De oro y azul celeste salpicada.
Héroes de nuestro suelo,
Que habéis volado de la gloria al templo,
A la tierra dejando
Sangre, gloria, virtud, fama y ejemplo;
Ved vuestro General: corred el velo
A las doradas puertas, mientras tanto
Nosotros, con desvelo
Visitaremos la urna para darle
Tributo eterno de amargura y llanto.

ODA

**A LA ORACIÓN FÚNEBRE PRONUNCIADA EN LA IGLESIA CATEDRAL DE
BUENOS AIRES, POR SU PREBENDADO DR. D. VALENTÍN GÓMEZ, EN LAS
EXEQUIAS DEL GENERAL D. MANUEL BELGRANO.**

No tiene poco de héroe el que
sabe alabar dignamente a los que lo son.

Un escritor americano.

Era la hora: el coro majestuoso
Dió a la endecha una tregua, y el silencio,
Antiguo amigo de la tumba triste,
Sucedió a la armonía amarga y dulce;
La urna solitaria presidía
La escena que canta hoy, la musa mía.

Que las virtudes que en su torno andaban
Velando su tesoro, y dando al cielo
Su llanto, su esperanza, y sus amores,
Al púlpito volaron: sus acentos
Dulcísimos sonaron; los oyeron
Los hombres... y de serlo se dolieron.

¿Cuándo más dulce la verdad fue oída?
¿Cuándo sus rayos más apetecidos?
Y ¿cuándo más acerba nuestra pena?
Y ¿cuándo nuestra pena menos dura?
Milagros tuyos, ¡orador divino!
Del corazón tu lengua halló el camino.

El pueblo suspiraba, hasta tu frente,
Un canal misterioso se veía
Desde tu boca hasta él. Avara el alma
Se guarda tus palabras, cual si fuesen
Las reliquias del héroe que encarecen.

Un cuadro de virtudes delineado
Por quien sabe sentirlas; de virtudes
Por quienes Clío aún no ensayó su trompa,
Ni la historia sus páginas, fue dado
A tu expresión feliz, dechado entero
De lo bello, lo tierno y verdadero.

No a la mísera Safo retrataste
Herida de un ingrato, ni de Ariadna
Los suspiros; ni lágrimas de Dido
Tu pincel esfumara regalado;
Si al mausoleo penetraste triste,
Con mayor causa que Artemisa fuiste.

Aquí a la Patria en su desdicha hundida,
Mostraste, señalando la urna avara,
Y ¿quién no fue el primero a apresurarse
Para tenderle el brazo?... el patriotismo
Dijo a la Fama: "*Un héroe se ha acabado,
Y en su pérdida mil han asomado*"

Momentos fugitivos! ¡oh! que vuelva
El dolor que nos diste! torna a vernos
Evanecidos de glorioso llanto.
Heríate el dolor; tú nos herías
Con su espada y la tuya; que fue entonces
Mengua de tu poder no herir los bronces.

Centellas que despide el entusiasmo
que apaga el sollozo... reticencias
Más elocuentes que la lengua misma...
Tiernas interjecciones, usurpadas
Del sentimiento a la dialecta grave,
Leyes son con que el arte triunfar sabe.

Mas te bastó tu causa; sus prodigios
El cielo sólo los obró en tu boca;
Si la sombra del héroe fue presente
A tu dolor sublime, ¡qué contento
Diciendo a su silencio tornaría:
Os Vivo AÚN, QUERIDA PATRIA MÍA!

Pero el tiempo... ¡cruel! y ¡cuál se engaña
El hombre en su consuelo! Vuela el tiempo...
¡Nuestra dulce ilusión, nuestra esperanza
Se han acabado ya! Despierta el alma
A su afán anterior, y se estremece,
Y la verdad apura, que aborrece.

Tú nos dejaste al fin, pero dejando
En nuestras almas la virtud hermosa;
Así oscurece el sol, porque a otros climas
Vaya el torrente de su lumbre pura;
Así la rosa cuando dulce expira,
Descarga su fragancia en quien la mira.

Viva en nosotros tu *Oración Sagrada*
Como el fuego de Vesta; orgullo sea
De las divinas letras; pesadumbre
De los tiranos; ornamento digno
De la Patria; que al HÉROE honra mil veces
Más que mármoles, bronces y cipreses.

LA CAIDA DE LAS HOJAS

Et ecce ego. morior

ELEGIA DE M. MERVILLE

El otoño cubría
Con los tristes despojos
De las selvas la tierra.
No era ya misterioso
El bosque, ni se oía
Al ruiseñor quejoso.
Un joven desgraciado
(Mas antes venturoso)
Corría estos lugares,
Amigos deliciosos
De sus primeros años,
Y ahogado en tierno lloro
Exclamó desolado
Tras un suspiro ronco:
 «Adiós, bosque querido,
 «Yo muero; lo conozco;
 «Vuestro luto es mi luto;
 «Que en cada hoja que al soplo
 «Del viento cae, yo miro
 «El presagio horroroso
 «De mi temprana muerte,
 «¡Oráculo espantoso
 «De Epidauro! hasta ora
 «Retruena aquí en mis oídos:
 «Las hojas de los bosques,
 «Me dijo pavoroso,
 «Amarillarán una...

«Una vez a tus ojos,
«Y esta vez es postrera.
«El ciprés tenebroso
«Cubre, y más temprano
«Que el fugitivo otoño
«Te abarcará la tumba.
«Tu juventud bien pronto
«Va a disiparse; aun antes
«Que del prado orgulloso
«La flor expire, y antes
«Que los cerros fragosos
«Den cristal a la tierra,
«Yo muero. Es cierto todo:
«Lo he visto disiparse
«Cual rayo presuroso
«Mi bella primavera,
«Mis días venturosos;
«Cae, ¡hoja débil! cae,
«Y oculta ahora a mis ojos
«Este horrible camino:
«Oculta, yo os lo imploro
«A mi angustiada madre
«El sitio lastimoso
«Do pasará mañana;
«Pero si la que adoro
«Viniese desolada
«Cual suele a estos contornos,
«Y en el sitio echa menos
«Al que su amor hermoso
«Le hizo en tiempos más dulces
«El mortal más dichoso,
«Entonces, bosque amigo,
«Te conmoverás todo
«Para que yo despierte;
«Mas si no»... Aquí el copioso
Llanto el habla le sella
Vió el bosque, remirólo,
enhiesto de pena
Bajo un roble hizo un hoyo,
Y robado a la tierra
Esperó congojoso
Cayera la última hoja,
Cayó... un clamor sonoro
Avisó su silencio.

Eterno y espantoso.
Su amante en este día
No visitó, cual otros
La piedra solitaria,
Y nadie, sino solo
El pastor inocente
Turbó con gratos tonos
Del pobre mausoleo
El eternal reposo.

LA AMISTAD

SONETO

Amistad es amor; pero su llama
Arde sin consumirse. Esta luz pura,
Soplo de la virtud, mientras más dura
Más el alma sostiene, más la inflama.
En el llagado corazón derrama
El bálsamo dichoso con que cura
De un amor insensato y sin ventura
Cuando en su auxilio la razón le llama.
Es fina, pero libre de ansias crueles;
Celosa sin rivales, está exenta
Del desamor probar las duras hieles;
La virtud ha tomado por su cuenta
Perpetuar la fe, las ansias caras
Que dos almas juraron en sus aras.

EL AMOR

Es llorar y gozar; rabia y ternura;
Delirio que a prudencia se parece;
Una hoguera encendida que más crece
Mientras más se resiste a la bravura.
Un amante es enfermo que no cura,
Pero con sus mismas llagas se envanece;
La soledad le agrada y le entristece;
El tiempo es corto y largo, tarda y dura.
Se halla solo en la estancia concurrida;
Si se le habla responde fastidiado;
No hay cosa que no vea parecida
Al objeto que causa su cuidado.
¿Qué es amor, se pregunta? Yo concluyo:
Vivir un alma en cuerpo que no es suyo.

LAS VIOLETAS

LETRILLA

Celoso fui a Lise
ayer tarde, mas ella
jamás tan apacible
la vi, ni más serena;
su calma hacía insulto
a mi fatal tormenta;
me habla... no le respondo,
me replica... se queja,
vaya! no pude más,
al cabo dile cuenta
del furor que me ahogaba,
de mis ansias funestas,
y ella con una risa
(de aquéllas que usan ellas)
la mitad picardía,
la otra mitad terneza,
me dijo: *vaya lorito,*
déxame, no lo creas;
su mano llegó al pecho
y me dio unas violetas
que las había tomado
en esa misma siesta;
¡qué marchitas! ¡qué tristes
estaban! presumiera,
que las pobres floritas
estaban medio muertas;
mas qué engaño! borrachas
habían estado apenas

de sorber tanto tiempo
de su pecho la esencia;
probélo yo en mi daño,
pues, al querer olerlas,
también quedé borracho,
y más borracho que ellas.

FABULA

QUE TIENE MUCHAS APARIENCIAS DE VERDAD, SOBRE EL NUMERO 2°
DEL CURIOSO: EN QUE HABLAN UNA SEÑORA VIEJA, UNA NIÑA
Y UN VIEJO.

Vieja.-Niña, ¿qué estás leyendo?

Niña -Es el *Curioso*.

¡Qué cosas tan bonitas! ¡Tía mía!

Vieja -Algún versito tierno y amoroso!

¡Oh, tiempos! ¡Dios me valga! Oh, picardía!
sin duda algún ocioso majadero
escribe semejante bobería.

Dexa, muchacha, ese papel: no quiero
que leas esas cosas. Véte al punto
al aposento y toma el costurero.

¡Esto se da a la prensa! ¡Bello asunto
para ocupar el tiempo y la inocencia!

Niña -Pero, mi madre, ¿acaso (yo pregunto)

¿De lo que aquí he leído hay diferencia
a lo que se nos dice todo el día?

¿Los hombres no nos muelen la paciencia
diciéndonos en prosa *vida mía*,

qué garvo! qué primor! Y qué hermosura!

Y todo lo demás que es letanía?

Un bello verso nuestro genio apura,
y acaso por hallar lo que gustamos

preceptos encontramos de finura,
De genio y de moral, Si discordamos
en el particular, es solamente

porque si a buena ley no examinamos
mi interés es del suyo diferente;

á cambiarse del todo está sujeta
nuestra pobre razón...

- Vieja** -Oh, qué insolente
estás niña esta vez! Dime, indiscreta,
¿en qué eres diferente de tu Tía?
- Niña** -En tanto que mi amor a Vd. respeta,
también Vd. mostrarse debería
indulgente conmigo; mi hermosura;
mis años, mis placeres, mi alegría
pasaron por Vd.; y estoy segura
que Vd. sintió lo mismo que yo siento.
En un tiempo también se me asegura
que *curiosos* hubieron más de ciento,
que Vd. no dexaría de la mano;
yo a éste leo con gusto, y me contento
(Pues nuestro corazón es siempre vano)
en los triunfos que obtiene la belleza;
lo demás no me importa, ni me afano
del aire en observar la ligereza;
ni los demás secretos investigo
que avara reservó naturaleza.
Estas cosas, mi tía, como digo,
no son de mi interés: mas me persuado
de que muchos lo son. Lo que es conmigo.
De mi solo interés y mi cuidado
son ciertos secretitos de hermosura,
que el Curioso galán nos ha apuntado.
¡Quién creyera! mi tía: hay una untura
que causa un blanqui-rojo primoroso.
- Vieja** -Calla, muchacha: ésa es una locura:
¡Vaya, que es un bribón el tal Curioso!
- Niña** -Si lo ha hecho, Tía mía, la Anastasia;
¿no la vió Vd. ayer? de tan hermoso
rostro jamás ha sido; aunque su gracia
de toda la tertulia es aplaudida.
Una opiata de célebre eficacia:
Para los dientes. La agua encarecida
De virginal belleza... ¡Soberanas
cosas! Yo estoy con ellas aturdida;
Secreto para hacer negras las canas!!!
pero esto de saber no solicito;
que es para las matronas ancianas...
- Vieja** -Haber, hijita, léeme ese puntito...
- Niña** -Hay otro más sublime, Tía mía,
mucho más importante y exquisito,
Que promete limpiar a toda Tía

el arrugado rostro, aunque sea yesca
o nuez resecada en pulpería.

Vieja -Que no sea agua fuerte, y que aparezca
mi pelo como choclo! Niña: de esos
secretos, Dios me libre! Buena pesca
hacen los quinquilleros de los pesos
haciendo cerda el pelo...

Niña -No, señora.

Vd. lleva el temor a los excesos:
El remedio citado sin demora,
apenas que lo supo doña Cata,
lo ha hecho con buen suceso y tiene ahora,
el pelo, que antes era hoja de lata,
blando azabache, terciopelo suave.
Ello le habrá costado poca plata,
Porque ella es una pobre (Vd. lo sabe).

Vieja -¡Oh, bendito sea Dios! Quién lo creyera!
mientras una más vive... lo que cabe
En el saber del hombre... presumiera
de que me hacías burla, a no haber visto
a mi comadre ayer. No como quiera,
fué que yo lo extrañé... no, no resisto.

Viejo -Ni yo puedo sufriros, ¡charlatana!
¡quién puede tolerar, por Jesucristo,
que lo que aborreciste, torpe y vana,
aplaudas ahora sin discernimiento!
Así es vuestra moral, ciega y tirana;
Queréis hacer un grande documento
de virtud, lo que place a vuestro gusto,
Así es el mundo bárbaro: entre ciento
Apenas hallarás un hombre justo,
que imparcial examine lo que vea:
Quien se erige hoy en un censor adusto,
Y una obra condena; o porque sea
contraria a su placer, o porque la halla
superior a su alcance, y a su idea.
Yo soy viejo, pero a esta triste valla
no llegué todavía. El Dios piadoso
me libre por favor de esta canalla...
Haber, chica, léeme el tal Curioso,
quizá algo nos dirá del reumatismo!!!
¡Oh, qué sabio, qué cuerdo y cauteloso
es aquel escritor que al tiempo mismo
que al sabio le complace, al necio instruye;

y que para sacarlo del abismo,
toca sus intereses, y lo imbuye,
quizá, alhagando su fatal torpeza,
Así con mano igual da y distribuye
placer y utilidad en una pieza;
y si sabe enseñar austero y grave,
deleitar dulce y blando también sabe.

LOS OJOS

Perdona, Delia, al punto
Que vi tus ojos lindos,
Casi me resolviera
A castigar los míos.
No sé qué de crueles
Les encontré, y esquivos
De veras: por si acierto,
Declárase el motivo.
Yo miré mi esperanza
Menor que mi delirio;
Mi corazón turbado
Pero mis ojos fixos
¿Se hablaban con los tuyos?
Oh! qué bien prevenidos
Los míos estarían,
Para decir cariños!
¡Qué cosas se dirían!
Ya me lo he presumido,
Estando mi alma en unos,
Y en otros mi destino,
Volaba la esperanza
En alas de un suspiro,
Hasta perderse altiva
En tus encantos mismos:
Tornaba a envanecerme
Si acaso por descuido
E indeciso me vieras
¡Momentos de delirio!
¡Qué fue de mí! ¿te acuerdas

Del día en que solitos
¡Oh cielos! nos miramos?
Menos que de continuo
Brillar sentí tus ojos,
Mas su fuego era el mismo.
¡Languidez misteriosa
Robada al albedrío!
Embarazo elocuente!
¡Quién copia tus hechizos!
Baja la vista al suelo
En ademán de sumiso
El cuerpo en una inercia
Parecida al fastidio;
Las rosas en su frente
Subidas de improviso
Y el pecho que se ondea
Con primeros latidos:
Un suspiro que empieza
Por otro interrumpido;
Un mirar casi ciego,
Nubloso y encendido...
Amor! véme en tu trono;
Placeres, sed conmigo;
Fortuna! Que mi nombre
Se borre de tu libro;
Feliz! por siempre exento
De tus ciegos caprichos,
En los ojos de Delia
Tengo yo mi destino.

A ELLA

LETRILLA

Divinidad amable
de toda alma sensible!
A ti sola es posible
sobre libres reinar.
Mas entre tantas gracias,
delicada hermosura!
te falta la blandura:
cosa bien singular!
Tu semblante es divino,
primoroso tu ingenio,
pero tienes un genio
que no puedo sufrir.
Mira así a los serviles
enojado, te ruego,
de tus ojos el fuego
no podrán resistir.
Si los rusos te vieses,
nieves no les valieran,
ni confundido hubieran
al pobre Napoleón.
Y si el patrio estandarte
Tu mano tremolara,
triumfante se paseara
del Sud al Septentrión.
Ojos como los tuyos
trastornan batallones;
ni sirven los cañones,

el sable, ni el fusil.
¿Mas por qué desdeñosa
eres también conmigo?
Soy acaso enemigo?
Soy acaso servil?.

A LA LIBERTAD DE LIMA

ODA

Hasta allá donde llega el himno patrio
Quiere alzarse mi voz: valedla, cielos!
¡Dios del verso y de Delos,
Dios de la Patria! En tu fulgor divino
Arda por siempre irrefrenable el alma;
Prenda en mi sien tu rayo, y el destino
Y las glorias diré del Mundo Nuevo,
Salud, hijos de Febo!
La virtud hoy las rosas amontona,
Do posará por siempre vuestra lira;
Que ya os señala el genio que os inspira
De laureles sin sangre una corona.
Cantad la Patria y la virtud amada,
Cantad la salvación, que ya aherrojada
En el Averno la crueldad se mira;
La libertad alzada
En trovas de oro, la virtud vengada
De tres siglos de oprobio! ¡Oh, ved cuál frena
Sus estragos el bronce! Cuál resuena
El himno augusto de la paz querida;
Con el heroísmo aprisionó la guerra
Que candados de hierro, y para siempre
Tendió su brazo al hombre, y de la tierra
Se encargó la virtud: ved que la fama
Al romper su clarín omnipotente,
No hay más que un héroe solo,
Gritando va de un polo al otro polo,

Pueblo araucano, las hermosas naves
De redención cargadas. ¡Cuán ligeras
Róbanse al puerto con felice planta!
La aura diólas favor en soplos suave,
Y la hija de Nereo
Sus ninfas convocando,
Vióse en el mar mil héroes sustentando,
En nuestra salvación. ¡Oh, venturoso
Pueblo peruano! que las aguas llevan;
Venganza del afán ignominioso
Que os costó vuestra vida. ¡Oh, cuál renueva
Su gloria escarnecida vuestros lares!
Cuál hierve humeante en el sepulcro ilustre,
La antigua tierra y sombras empapando,
La regia sangre! Cerros mil bramando,
Vomitando huracán se dan la nueva,
Desde el gran Potosí a los Amaucaes.
La tiranía atónita asomando
Desde su asilo la espantosa frente,
Mil rayos que ha hieren ve asombrada,
Y no los visteis cuando el genio dijo:
Fue la salud de Lima. ¡Qué impotentes
Sus hebras dirigiera
La discordia tenaz! La vista fiera
Arrojó alrededor, miróse sola
Y llamó a la venganza, concitóla,
Hizo el postrer ensayo y disipóse,
Y el abismo cubrióla.
La América su rastro lagrimoso
Al cielo alzando registró en sus luces
Su destino glorioso;
Que en letreros de estrellas miró escrito
De San Martín el nombre: vio allí mismo
Su antiguo poderío, su heroísmo,
Virtud, leyes, riqueza... todo viólo
En el augusto manto del olimpo
No fue esta una ilusión, sombra mentida
Que engañara su afán. ¡Héroes del mundo
Que sois soles del cielo!
Vos nos mirasteis dulces, fué este suelo
Bendecido por vos, por vos fecundo
De bienes, de virtud. ¡Oh! sois los mismos
Que en Chacabuco y Maipú encadenasteis
La ambición orgullosa; en los abismos

Do muerde inútil sus pesados hierros,
De vos y San Martín los almos nombres
Escándalo serán. Parad guerreros,
Ya se esconde impotente.
Y sus víboras pisa; ensangrentada
Por dentro de cadáveres se avanza
La guerra impía y su consejo oferta
Que es la última salud. ¡Oh! cuál despierta
El rayo que dormía! ¡Ah! que se afila
La rencorosa espada con las hieles
Del despecho mortal!... Tened crueles.
¿Hasta dónde el odioso poderío
Queréis llevar y la injusticia antigua?
¡Esclavos de un tirano! El don impío
De servirle mostráis cuando a la suerte
La clave de dos mundos ha arrojado.
Iberia os lo persuade; ensangretado
Os mostrará su trono
De nuestra sangre y vuestra; una vez cedan
La ambición y el encono
Al clamor de la tierra, al ¡ay! vehemente
De la virtud hollada;
Paz os grita el Perú; dad a mi frente
De hermosuras híbleas coronada
La dulce oliva, Pachacama os grita...
El despotismo convirtió a sí solo
Su torva vista, contemplóse atento,
Dió un silbo pavoroso y al momento
Que las furias juntó, la tierra abrióse;
Una mirada atroz al noble pueblo
Lanzó precipitóse.
Y el Cacito abarcólo para siempre.
Salud, ínclita Heliópolis!
El rostro Gozosa alzado al Héroe esclarecido
Que asoma en vuestras calles, noblecido
El laurel se le ofrece generoso;
Al escuadrón glorioso.
Limeños, contemplad; ved esos pechos
Usados al trabajo y a la gloria,
Y en ellos hallaréis el precio justo
De vuestra suerte venturosa y grande.
¡Oh fausto día de eternal memoria!
¡Oh, júbilo inefable! «*En acabado*,
Dijo el Rimac frenando su corriente,

*Mi presagio feliz; no será dado
Mientras mis aguas dore el sol ardiente,
Hollar a los tiranos mis arenas».*
Y alzando sus espadas, pudo apenas
Al héroe saludar y retiróse.
La fama entonces tras el astro hermoso
Que la nueva llenaba al Occidente
Voló, y fué más allá y resonoroso
Dió el grito: es libre el Sud e independiente.
¡Cuánta mudanza! Qué universo nuevo
Llena mi fantasía! Arrebatado
A una Nación contemplo hermosa y grande,
Que al rol de las antiguas se coloca,
Y ellas blandas la miran.
Sierras alzadas con el dedo toca
en oro se convierte; les señala
Países inmensos do natura había
Arcanos aun ignotos, desgarrada
La cortina eternal que los cubría.
¡Cuánta gente reposa infatigosa,
La inhabilitada tierra! Cuál resuenan
Los hondos valles que antes silenciosa
La augusta Ceres visitar solía.
La industria es exaltada; al alto solio
Presentes son sus nobles pensamientos.
Se reproduce el nombre
Bajo un clima feliz; sus sentimientos
La dulce religión, las sabias leyes,
Reglar supieron elevando el alma;
Las luces se derraman y revienta
La virtud en los blandos corazones.
¡Cuántos Régulos! ¡Oh! cuántos Solones,
Ilustres van creciendo!
Y al par de los Ulises cual asoman
Los Horneros divinos!
Vos lo seréis, oh! genios peregrinos
Que con verso de luz, cítara de oro
Cantasteis de la Patria los destinos,
Vivid, vivid; y mientras se amontonan
Los bronces que han de dar a la memoria
Los nombres imborrables
De los héroes del Sud, cantad su gloria;
Cantad su gloria que será la nuestra,
Cuando una misma estatua muestre al hombre
Que aún no nació, su nombre y vuestro nombre.

HIMNO PATRIÓTICO

CANTADO POR EL COLEGIO DE MENDOZA, LA NOCHE DE SU
FUNCIÓN DRAMÁTICA CELEBRANDO EL ANIVERSARIO DE MAYO
(1822)

Coro

Viva el ilustre día,
Viva la hermosa edad,
Que tras la tiranía
Nos dió la libertad.

La Patria a las naciones
Muestra hoy el rostro hermoso,
Y el genio poderoso
Les traza un mismo rol:
«Sed libres» las Naciones,
Le dicen, más remotas:
«Tus cadenas son rotas,
Ilustre hija del Sol».

Coro

Entre afanes y penas.
Dispuso la fortuna
Que tuviera su cuna
La libertad del sud;
Por romper las cadenas
Sufrimos sus reveses;
Ella nos faltó a veces
Mas nunca la virtud.

Coro

Cuando Chile oprimido
Sin libertad zozobra,
Cuyo prepara la obra
De su restauración;
Atenta a su gemido
No hay riesgos que sean grandes
Que aún se abrían los Andes
Al «ya es» de la legión.

Coro

Pero el caudillo al frente
De las legiones fieles
Desprecia estos laureles
Buscando nuevo afán;
Resuelve, en su alta mente
Los cuidados que anima.
Tus genios: ¡Oh gran Lima!
Su sien coronarán.

Coro

A los héroes que fueron
¡Oh Lima! entre venganza,
Cuyo les dió su lanza,
Y su inmortalidad;
Si tus grillos rompieron
Con virtud y fortuna,
En Cuyo ved la cuna
De tu felicidad.

Coro

Del saber la alta lumbre
Ilumina hoy al mundo
Y con grito el más profundo
Se oye que dice así:
No haya más servidumbre,
Hombres son los colonos
Dice, y mil altos tronos
Desplómanse por sí.

REIMPRESION

A UNA SEÑORITA

(Del *Mercurio de Chile*, 13 de Septiembre de 1822)

Leyendo dulces novelas
Que están respirando amores,
Aprended a hacer favores
Puesto que tan hábil sois.

Bella, pulida, elegante,
Y como Venus graciosa,
Aprended de aquella diosa
A tener buen corazón.

Por ser de genio piadoso
Y por su blanda ternura,
Fue adorada la hermosura
En la culta antigüedad.

Tuvierais en Grecia altares
Como en mi pecho, señora,
Demostrando al que os adora
Dulce sensibilidad.

Si madre naturaleza
Os dió tantos atractivos,
Mirar con ojos esquivos
No es natural, ni es razón,

Guardad del sistema antiguo,
Os pido entre amargas penas,
Solamente las cadenas
Con que atéis mi corazón,

Para dominar nacieron
Las bellezas araucanas,

Pero no han de ser tiranas
Pues aman la libertad.
Dejad la dureza odiosa
Para despóticos reyes;
Imponed, señora, leyes,
Leyes de amabilidad.

LENGUAJE DE CIERTOS PATRIOTAS DEL DÍA

(De *El Depertador Araucano*, de 3 de Mayo de 1823)

Que ruede la bola
Sea tuerto o derecho,
¡A mí qué me importa!
Yo en nada me meto.

- «Diz que no hay hacienda»

¿Qué me importa a mí eso,
Cuando a mí el Estado
No me debe medio?

-«Que el comercio gime
De enormes impuestos»

Eso a mí me alegra,
Que el guarda es mi yerno.

-«Que el país está pobre».

-Para eso yo tengo.

-«Que expira, que muere»

-Dios lo haya en su reino.

Qué llueva, qué truene;

Tranquilito y quieto,

¡A mí qué me importa!

Yo en nada me meto.

- « Diz que de *reformas*
Trata el Ministerio».

-Si a mí me dan algo
Muy pronto estoy a ello.

-« Diz que la justicia
se ha subido al cielo».

¡Lesos! No hay justicia
Mejor que un empeño.

-« Diz que los ladrones
Nos dejan en cueros».

-No andar en la calle
Y se acabó el riesgo.

A mí no me roban
Mis verdes talegos;

¡A fe que la tierra
Sólo sabe de ellos!

Lo demás, señores,
Para mí es de menos,

¡A mí qué me importa!
Yo en nada me meto.

- «Diz que los Ministros,

Diz que los Gobiernos
Mataron, robaron,

Y se quedó en eso.

Que la *residencia*¹

Se quedó en *veremos*

Unos por... *¡quién sabe!*

Otros por... *dar tiempo;*

Unos que... *engañados;*

Otros que... *inexpertos;*

EL TIZÓN... *qué malos;*

EL CLAMOR... *qué buenos;*

¡A mí qué me importa!

Yo en nada me meto.

-«Diz que ciertos mozos

Dicen de los viejos

Que son ignorantes,

Fanáticos recios,

Y que ellos la culpa

Tienen de este enredo,

Y de que la Patria

Valga real y medio.

-Aquí sí me enojo,

Porque no hay remedio.

¡Bribones! ¿Qué saben

los mocosos necios?

¹ La residencia que se decretó contra el ex director O'Higgins y los que fueron ministros durante su gobierno.

¿Acaso estudiaron
En aquellos tiempos
En que se lucía
El latín y el griego!
¡Canallas! ¿Qué saben?
Tres o cuatro términos
Sacados de libros
Prohibidos y obscenos;
Pero han aprendido
La *esencia del cuerpo*,
La *sustancia media*,
El *mutuo comercio*,
El *conceptus ad*,
El *in, ab interno*,
Las Recopiladas,
El Vinnio, El Digesto?
¿Gastaron acaso
Seis años y medio
En la Teología
Buscando misterios,
Entendiendo autores,
Cotejando textos?
¡Charlatanes! Ahora
Nos sacan los sesos
Con Economía,
Derechos del pueblo,
Ilustración nueva,
Formas de gobierno,
Reformas de todo,
Ciencia de comercio,
De leyes, de rentas,
Y otros mil enredos;
Y los picarones,
Cierto! van cundiendo.
Pues, amigo, a la obra,
Nosotros tenemos
Una contramina
Para esos perversos.
Desacreditarlos
Será nuestro intento,
Corramos la fama
Por todos los pueblos
De que son herejes
Que son hechiceros,

Que son fracmasones,
Que son esto... aquello...
Demos este paso;
Si no surte efecto
Entonces, amigo,
No hay otro remedio
Que entrarse en la casa
Como un recoleto,
Y decir como antes,
Con cierto misterio:
¡A mí qué me importa!
Yo en nada me meto.

LOS PELUCONES

(Del *Tizón Republicano* de 19 de mayo de 1823)

No ya la horizontal y gorda rosca
Que robaba el derecho a la guedeja,
Ni aquella bolsa cuadrilonga y tosca
Que la tiesa madeja
Del Pelucón cogía
Y en coludo chicote convertía,
Formando con los bucles, polvo y sebo
La más bella argamasa...;
Ni tampoco la airosa y linda traza
Del fidalgo, ya viejo, ya mancebo,
con el ancho volante de gualdrapas,
Y las doradas chapas
Del chupín, y manguillas
Que iban a conversar a las rodillas;
Ni el zapato angular de terciopelo
Con aquel pico que amagaba al cielo,
Y a los tres picos del sombrero armado
Y de plumas rodeado,
Daba un cuarteto hermoso
Para cerrar la pieza
Desde pies a cabeza.
Bajo de plan más bello y armonioso
No es ésta la figura
Del Pelucón del día;
Ni el libro de la gran genealogía
Cuelga hoy de la cintura
Cual en tiempos felices
En que más nobles cuando más narices.

Hoy más sencilla y familiar se ostenta
La Peluconería;
El herraje del día
Fuera para los rancios una afrenta.
Vestido negro en líneas diagonales,
Por un lado de ojales,
Y por el otro de botón de seda;
Un *cutó* que se enreda
De cadenas colgado,
Y en media luna el espadín trocado;
Calzón corto, zapatos a la inglesa,
Y siempre en la cabeza
Elástico a dos vientos;
He aquí los ornamentos,
Ainda mais la medalla y los bastones
De nuestros Pelucones,
Que han dado ya en la treta
De no gastar cajeta,
Porque, en vez de polvillo, se aficianan
A los ricos fetores
De corrupción, y a todos los horrores
Que a Santiago inficionan
Con tan cruda edentina,
Que merece el despacho¹ de letrina
Universal del mundo².
El mismo Pelucón siempre anda inmundo,
Porque lavarse en ellos es pecado,
Como es en cualquier otro andar aseado.
Cual en común desgracia los rivales
Se buscan los amigos
Y contra los comunes enemigos
Se construyen tales,
Así los Pelucones
Que antes se disputaban los blasones
en guerra continuada
Sobre sus ascendencias
con terrible etiqueta y competencias
Ocupaban su vida sosegada,
Y el caudal que heredaron
En Madrid malgastaron

1 Es decir, *ser llamado, tener el título*.

2 Alusión, como se verá adelante, al desaseo en que se hallaba Santiago por culpa de los municipales, que entonces eran vecinos de calidad, es decir, pelucones.

Por conseguir ejecutorias bellas
Que los hagan bajar de las estrellas,
Y que los autoricen
Para arruinar una familia entera,
Y con mano severa
A pobres inquilinos esclavicen;
Hoy que la ley iguala
Al noble y al plebeyo,
Y que Mario y Pompeyo
Deben subir por una misma escala
De mérito y virtudes,
Según sus aptitudes,
Al premio suspirado,
Y que en ambos el vicio castigado
Será del mismo modo;
Ya todo Pelucón quiere ser godo.
¡Godos! Pero no es éste aquel godismo
Que abiertamente nuestra causa ataca:
Es la sorda matraca
De un necio fanatismo
Para contradecir todo lo nuevo,
Calificarlo de libertinaje
Y derramar la rabia y el coraje
Donde sus rayos no penetra Febo
Sobre cualquiera plan e instituciones
Que no sea el sostén de Pelucones.
Así es que ellos desechan la lectura
De todos los periódicos del día,
Que tachan de herejía
O de frivolidad y travesura;
Mas saben colocar en un retablo
Al *Rancio*³ y *Los Apóstoles del Diablo*⁴
Que algunos monasterios
Ya en la baja de dotes, depositan,
Y con ciertas visitas se ejercitan

3 El filósofo Rancio fue el seudónimo que tomó D. Bernardo Vera para contestar en un folleto al padre Fray Tadeo Silva que lo atacó por haber escrito en el *Mercurio de Chile*, que las causas del gran temblor de 1822 no habían sido sobrenaturales, y que las penitencias que se hacían no producirían otro efecto que aumentar la aflicción general y enfermaría la gente, etc.

4 Título del opúsculo que el padre Silva escribió contra Vera por la causa ya dicha, y contra Camilo Henríquez, por haber llamado en algún artículo del *Mercurio de Chile* apóstoles de la razón a Voltaire y Rousseau.

En los altos misterios
De leyenda tan santa y provechosa,
Ella sola es capaz de que ya en Chile
La maldita basura aniquile,
Y se extinga la peste contagiosa
De erisipela negra, que lo acaba,
Desde que la empeñosa policía,
Que en el sistema antiguo no campeaba.
Nos ha sumido en tanta porquería.
Tal es la policía en esas manos,
Aptas sólo a calarse la peluca,
Y ajustarla a la nuca
Que jamás calentaron los arcanos
De las útiles ciencias,
Y a la cual sofocaban las pependencias
Graves e interesantes
De cuatro cabildantes
Que el primero de enero
Empeñaban las fuerzas de su esmero
Por sacar un alcalde
Que las chinganas persiguiese en balde.
¡Qué cosa tan benéfica al Estado!
¡Viva el Ayuntamiento!
Con que él exista, Chile está contento,
Comercio y artes todo reanimado,
Y los campos brotando cosas raras.
Son varas de virtud aquellas varas
Vueltas hoy en bastones
Creadores de las grandes producciones
Que traen tantas ventajas al tesoro;
Arreglan el erario.
Y sin más que rezar un buen rosario,
Vierten sobre la Patria el siglo de oro.
¿Para qué sirven los economistas
Ni eso de leer las reglas de gobierno?
Las pelucas harán al país eterno,
Lo harán más rico que los alquimistas.

BRINDIS EN UN CONVITE

EN CELEBRACION DEL 9 DE JULIO¹

(Del *Observador Chileno* del 16 de julio de 1823)

Como Amor se sentó en Amatonte,
Prefiriéndolo a todo lugar,
En el opimo y plácido Chile
Se asentó la feliz libertad.

Fue Natura quien le hizo su templo
Circundado de sierras y mar,
Derramaron semillas los dioses,
Flora quiso su clima soplar.

Son alfombra los valles floridos,
Son los Andes el trono y altar,
Es la lámpara el sol, y el incienso
De sus hijos el voto inmortal.

¹ En Chile se dio un gran banquete el 9 de Julio de 1823 para celebrar el glorioso 7º aniversario de la declaración de la independencia Argentina. Asistieron los ministros de Estado, miembros del Congreso, del ejército, del clero y respetables vecinos de Santiago. El Sr. Vera, que presidía la mesa, declamó una Oda y Lafinur dos entusiastas brindis, que fueron como el canto del cisne.

OTRO BRINDIS EN EL MISMO BANQUETE

Cuatro constelaciones en el cielo
Hoy aparecen de figura extraña:
Al mediodía corre el astro hermano
Y por el norte se atraviesa al águila.
De fenómeno tal nadie adivina
Los efectos, los modos y las causas;
Se aturde el necio, el sabio es el que dice
Colombia y el Perú, Chile y Bonaria.

EL FANATISMO

¿Cuál es ese monstruo fiero
que ha devastado la tierra,
declarando al justo guerra,
y ensalzando al embustero?
¿Quién el que al hombre sincero
le calumnia de ateísmo?
El fanatismo.

¿Cuál es la causa fatal
de la falta de instrucción,
de haber tanto motilón
y de propagarse el mal?
¿Quién el de que un animal
nos elogie el servilismo?
El fanatismo.

¿Cuál es el que a los tiranos
protege en sus agresiones,
y fomenta disensiones
entre amigos y entre hermanos?
¿Quién el que a los ciudadanos
les extingue el patriotismo?
El fanatismo.

¿Cuál, el que a la libertad
la mira siempre con ceño,
y en destruirla hizo empeño
con una falsa piedad?

¿Quién hizo que iniquidad
sustituyese al civismo?

El fanatismo.

¿Cuál ha sido el instrumento
para oprimir al virtuoso
y para que el poderoso
le cause al débil tormento?

¿Quién formó tanto convento,
escuela de barbarismo?

El fanatismo.

¿Cuál hace que las esposas
abandonen sus hijuelos,
y los dejen por los suelos
por ser devotas ociosas?

¿Quién patrañas horrorosas
forjó para el terrorismo?

El fanatismo.

¿Cuál tiene al país desierto,
destruye la agricultura,
hace triunfar la impostura,
y negar aún lo más cierto?

¿Quién a tanto brazo muerto,
da vida al egoísmo?

El fanatismo.

¿Cuál es el que a los chilenos
sus glorias quiere eclipsar,
y pretende fascinar
para arruinar a los buenos?

¿Quién amortigua en sus senos
el odio al cruel despotismo?

El fanatismo.

Y ¿quién a este fanatismo
le da tal preponderancia?

La malicia de los unos,
de los otros la ignorancia

JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR

UNA CÁTEDRA DE FILOSOFÍA
TESIS DOCTORAL
(AÑO 1933)

DELFINA VARELA DOMÍNGUEZ
DE GHIOLDI



ACTA

En Buenos Aires, a los veinte y dos días del mes de diciembre de mil novecientos treinta y tres, reunida la comisión que suscribe para tomar examen de tesis del Doctorado en Filosofía y Letras a la Señora Delfina Varela Domínguez de Ghioldi, resolvió: considerar como suficiente a los efectos del examen oral el trabajo escrito titulado “Juan Crisóstomo Lafinur (Una cátedra de filosofía)”, reconociendo el esfuerzo realizado por la autora para acentuar el carácter filosófico de su trabajo, pero dejando constancia de que predominan en él los elementos históricos sobre los especulativos. Al propio tiempo el Jurado señala con complacencia la preocupación por la historia de las ideas en el país, que este estudio pone de manifiesto.

La inteligencia, claridad, convicción y severa elocuencia con que la autora ha definido su trabajo en la prueba oral, determinan al Jurado a calificar dicha prueba como sobresaliente.

Con lo que terminó el acto.

*(Firmados): Lidia Peradotto - T. D. Casares
- Francisco Romero - Jacinto J.
Cuccaro-Alfredo Franceschi.*



PALABRAS QUE PUEDEN SERVIR DE PRÓLOGO

Al visitar algunas escuelas de mi provincia he podido comprobar la involuntaria indiferencia para con Lafinur, no obstante haber cabida en los programas de enseñanza -nacionales y provinciales- para que se lo recuerde en forma seria y documentada.

Sacar a nuestro prócer de ese olvido; ofrecer a San Luis elementos de juicio que andan dispersos en torno a Lafinur para que su personalidad interesante sea aquilatada en mérito al “año 20”, y presentar su inquietud filosófica en la línea de nuestra evolución mental, ha sido el propósito que me ha movido al tema de esta tesis y que he expresado al hacer la defensa oral de ella.

Que San Luis recuerde a su prócer en la historia de nuestras ideas literarias y en la historia de nuestras ideas filosóficas, es un anhelo que no he dejado de manifestar.

No resulta tarea fácil sostener una tesis filosófica en torno a la cátedra de Lafinur. No es un filósofo que nos haya dejado su sistema de ideas propias, pero ello no nos ha desanimado.

Es el expositor de una corriente de ideas que por primera vez se introducían en el país desde una cátedra oficial de filosofía, en forma no vergonzante. Y esta actitud es en nuestro medio intelectual, muy valedera. De allí he partido.

Se me ha dicho que en esta “tesis de Filosofía” exceden los antecedentes históricos.

Tratándose de nuestra evolución mental, en que casi todo anda por hacerse, es indispensable espigar más y más en los senderos de las páginas históricas. Y esta obligación se hace aún más imperiosa, si hemos de referirnos a Lafinur que no dejó obra escrita.

No olvidemos, por otra parte, que es un hombre en quien convivieron dos épocas: la colonial y la revolucionaria. Por fuerza debí, pues, referir dos culturas; dos corrientes de ideas opuestas.

Situado Lafinur entre ambas, puedo impregnar su espíritu en los principios renovadores del siglo XVIII, sin abandonar por ello los viejos moldes del escolasticismo colonial en que iniciara su cultura filosófica. Mitad tradición, mitad renovación, llegó Lafinur a ser el más claro precursor del movimiento filosófico que alzó su voz desde las cátedras que Rivadavia instituyera, con espíritu laico, en la Universidad de Buenos Aires.

Nos inició en la Ideología, filosofía liberal que habría de mantenerse firme en el país por espacio de treinta años y que habría de dejar enseñanza madre para la penetración de la corriente positivista, reconstructora y organizadora tras Caseros. Al perseguir la evolución mental de Lafinur he querido desprender un esquema de nuestras ideas filosóficas: escolástica colonial, enciclopedismo revolucionario, ideología, positivismo. Con ello hago un llamado a la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires para que nos ofrezca cuanto antes -desde una cátedra y desde sus publicaciones- una historia de nuestras ideas filosóficas. Bien sé que no hemos sido creadores. Pero, tenemos hecha nuestra historia y ello supone un esfuerzo de asimilación digno de tenerlo consignado.

Es que todavía hay en nuestro ambiente nacional el temor de confesar que los argentinos han tenido y tienen sus ideas filosóficas. Es la Facultad de Filosofía y Letras la encargada, en especial, de decirnos constantemente cuál ha sido y es el contenido filosófico de nuestra cultura. Es nuestra querida casa de estudios la que debe enseñar los antecedentes y el desenvolvimiento mental del pueblo argentino, para que nadie crea que nuestra historia pudo hacerse al margen de la Filosofía.

No deseo que donde se habla de Aristóteles, de Platón, de Santo Tomás, de Descartes, de Kant, de Hegel, de Bergson, de Husserl..., no haya cabida para los nuestros, no obstante la "distancia" que nos separe de aquéllos.

Los argentinos, de todos los tiempos, han contribuido en grande o en pequeño a llenar el cuadro de la cultura universal. Hoy, no se puede hablar de cultura y echar en el olvido a nuestro país. Empecemos, pues, por llenar nuestros vacíos.

DELFINA VARELA DOMÍNGUEZ DE GHIOLDI.

Agosto, 1934

CAPÍTULO PRIMERO

LA ESCOLÁSTICA COLONIAL

I. Decadencia de España durante la conquista y colonización de América.

II. El Medioevo Argentino: la Universidad Católica de Córdoba.

III. Lafinur en Córdoba.

IV. Lafinur en la Academia Militar de Tucumán.

I. DECADENCIA DE ESPAÑA DURANTE LA CONQUISTA Y COLONIZACIÓN DE AMÉRICA

No habrá de comprenderse suficientemente el movimiento liberal de las ideas en el Plata, si no se estudia a fondo el estado de cultura que inspiró a España la conquista de América y le dictó la fórmula de su colonización.

La historia tiene su trabajo hecho al respecto. Resta sólo hacer nuevas conjeturas para una definitiva valoración subjetiva, que comienza ya a hacerse.

Descubierta fue América en 1492, vale decir cuando la decadencia de la Iglesia Latina se manifiesta bajo el peso del renacimiento intelectual que asoma y busca dominar a Europa toda.

Por un lado, han sido los árabes que al restaurar en España la autoridad de Aristóteles enseñan a los espíritus a consolarse en la naturaleza; por otro, son los judíos que buscando renovar el acervo mental de Europa levantan sus interrogantes ante la autoridad de la Iglesia y sus pretensiones; y por fin, es la Iglesia Católica misma que con el estandarte de la intolerancia y de la persecución inquisitorial contra herejes, anticipa su desintegración y debilita su poder.

Es que las fórmulas escolásticas no constituyen la única dirección espiritual de la Edad Media. Contra el reinado de Santo Tomás (1225-74) se levanta por el Norte de Europa la voz vigorosa de Rogeho Bacon (1214-94) en Oxford.

Sus escritos, dice Wells, son como un relámpago de luz en medio de una profunda oscuridad. Busca promover los conocimientos humanos por la investigación experimental.

“-¡No te dejes gobernar por los dogmas y las autoridades! ¡Contempla el mundo!”

Pasarán muchos años para que las invectivas de Bacon se conviertan en hechos. Marcan, sin embargo, una nueva dirección y una etapa en el conflicto entre la razón y la fe. La primera, al divorciarse de la segunda, buscará acercarse a la vida. La antigüedad pagana adquirirá un sentido nuevo para estas mentes fatigadas de silogismo y de razones teológicas. Hasta entonces, dice Messer, los representantes de la más alta formación espiritual fueron los clérigos; ahora tendrán su cabida los laicos y la dirección de las

conciencias pasará a manos de Vinci, de Miguel Ángel, Copérnico, Keplero, Galileo...

El papel y la imprenta; la brújula, los viajes y el movimiento económico nuevo, harán el resto.

La Iglesia no mandará autocráticamente a la cristiandad: ha perdido influencia en los espíritus y en los asuntos públicos. La insurrección arreciará contra ella hasta sistematizarse en el movimiento separatista que con el nombre de Reforma ganó los países nórdicos.

¿Qué fue de España en este movimiento?

Renacentista en lo literario, contrarreformista en lo religioso y en lo filosófico.

Fiel a Roma, España se preparará para conservar en la fe a las clases dirigentes de la sociedad. Volverá su mirada a la Edad Media y buscará inspiración en sus pensadores.

Será Santo Tomás de Aquino que preste a Francisco Suárez la “suma” de su saber. Con San Ignacio de Loyola se hará España de nuevos caballeros andantes, que cruzando los mares caerán con la cruz y el evangelio sobre los pueblos que el descubrimiento de América le ha brindado. Y es esta España de la Segunda Escolástica, quien emprende la magna obra de la conquista y evangelización del indio americano, por sus sociedades de enseñanza: las misiones.

Vicente Quesada, al ocuparse de la vida intelectual de la América Española durante la época colonial, nos habla de la decadente situación de España al emprender la conquista del Nuevo Mundo.

Llevada por su fanatismo racial, expulsó a moros y judíos, las dos capas sociales de su población entregadas precisamente al comercio y a la industria. Despoblada y empobrecida, emprende España el camino de América. En el oro y la plata de sus minas espera la salvación. Política equivocada, subraya Quesada, que la hace pensar en que la riqueza consiste tan sólo en la plata y el oro amonedados. Si a la equivocada política económica y de gobierno se agrega la intolerancia religiosa con que también se expidió en América, tendremos el cuadro completo de su conquista y colonización.

La empresa de la colonización -dice Ruiz Guiñazú, siguiendo a Riva Agüero- trajo a América una extraordinaria cantidad de hidalgos auténticos y representantes de la clase media convertidos en caballeros por la fuerza de la espada y movidos todos por el ensueño de la fortuna inmediata de que les hablaba la leyenda del Famatina y Potosí. Es un momento, dice, de tinte medioeval, en que tras casi dos siglos de luchas y conflictos se busca terminar con la civilización aborigen e implantar la que manda Dios y el Rey. Absolutismo político y religioso imperará por doquiera. Instituciones despóticas y fanáticas. Y no podrá ocurrir de otra manera. España daba no lo peor que tenía; sí, lo único que poseía ella misma. Trasplantó a América, y eso con algún retardo, las instituciones que constituían su acervo peninsular. Procedió con indios y criollos, como habría procedido con árabes, judíos y cristianos herejes. Tras el catecismo, llegó también la Inquisición.

Ricardo Rojas ha trazado un cuadro que estimo completo, sobre las dos conquistas de España: 1º la guerrera, militar y un tanto bárbara, destinada a asegurar la posesión de tierras y de gentes a la Corona. 2º la espiritual, para asegurar el dominio de los espíritus y creencias a la Iglesia. De la primera nos han quedado las crónicas y las biografías sin mayor valor literario o filosófico. Las preocupaciones de la ocupación militar o de la conquista del indio no dejaban mayor tiempo para la meditación. Se tomaban apuntes, se redactaba la crónica o la biografía con un fin exclusivamente práctico: informar a la Corona de lo hecho o por hacer.

Pero allí han quedado los caracteres de esas primeras sociedades en que todo es violencia e instinto. Ambiciones de mando arriba; desobediencia o rebeldía abajo... Buscaríamos en vano una honda vida espiritual y una producción mental especulativa. A América llegó más de un soldado bribón que no podía traer las luces del “siglo de oro” de su literatura. Aldeanos ignorantes los más, dados a la vida en toldería. De sus aficiones a lo sumo saldría una literatura precaria, de prosa casera. Eso sí, una abrumadora literatura administrativa. Del expediente de los primeros siglos de la conquista, son testigos los archivos provinciales o municipales. A esta primera centuria de cariz aventurero, seguirá la de las órdenes religiosas.

Era cultural, que se iniciará para evangelizar al indio, morigerar al encomendero y mantener en la sumisión al chollo. Se fundará colegios, se publicará libros, se apelará a la imprenta. Veremos más adelante, con qué espíritu se hace todo ello.

Venimos apuntando que la colonización española se hizo en América bajo la preocupación religiosa. El Estado sirviendo a la Iglesia y viceversa. En la península misma, se habrá cortado las alas al pensamiento bajo el ojo temible y avizor de la Santa Inquisición. Se legisló minuciosamente, para herir de muerte a las ciencias profanas; se mató así toda indagación y curiosidad científica. En América, las cosas no andarán mejor. Sobre la inteligencia -dice Quesada- cae el rigor tiránico de dos censuras: la eclesiástica y la civil. El Altar y la Corona son los jueces en todo.

El monopolio comercial creó por otra parte un insoportable aislamiento mental de modo que las tareas intelectuales no son estimuladas en manera alguna, así como se carece del público para justipreciarlas. Leer y coleccionar libros, supone actos heroicos. La Recopilación de Indias contiene la legislación del caso. Nada deberá publicarse sobre las Indias ni por españoles ni por americanos, sin consentirlo la Corte. Equivalía esto, a una absoluta prohibición dada la distancia y la molestia de los trámites. Difícil era leer, más aún escribir, pero peor era imprimir. Y eso que España introdujo pronto la imprenta en sus colonias. Pero la puso al servicio exclusivo de la Iglesia. La imprenta llegó al público entre nosotros, con la Revolución. (En Córdoba teocrática, en 1852: dice Garro).

¿Qué hizo la imprenta en América? Penetró por donde es de imaginar: Méjico y Perú. Era el camino del comercio legal.

Por allí trajo España las instituciones políticas y religiosas que trasplantó a América. El Plata era la vía del comercio ilegal, del contrabando de mercancía, o ideas. La imprenta llegaría muy tardíamente a estas playas: cuando los hombres libres la ponen al servicio del público para propagar el credo de Mayo.

La imprenta penetró en América como instrumento de evangelización. Así penetró también en nuestro país.

Ruiz Guiñazú señala tres etapas en el desenvolvimiento de estos hitos simbólicos:

- a) Las que evangelizan: Imprenta de las misiones jesuíticas.
- b) Las que al servicio de la Universidad, fomentan la cultura: Imprenta de la Universidad de Córdoba.
- c) Las que sirven a un fin político y cultural: Imprenta del Virreinato (luego de la Revolución). Nace el periodismo.

No tardó España en comprender que para adelantar su conquista espiritual en América

era indispensable conceder la imprenta. Méjico la tuvo en 1534; Perú en 1584. (Norte América en 1638; Brasil en 1747).

Hasta entonces leyóse en la América española, lo que llegaba impreso de la metrópoli y eso, después de haber pasado por el expurgatorio.

Si el libro no fue puesto en manos del indio o del criollo con absoluta libertad, tampoco lo fue la imprenta. La Iglesia sabrá administrarla, legisló la Corona. Nunca como entonces se entregó la vida intelectual a la teocracia católica.

De esas primeras imprentas, salieron catecismos, confesionarios, cartillas, silabarios que luego traducidos al quichua, aymará y guaraní ayudaron a los evangelizadores en su prédica.

Preguntemos ahora: ¿Cuál fue el ambiente intelectual de las colonias? ¿Qué se pensaba? ¿Qué se leía? ¿Qué inquietaba a los espíritus?

Nuestros viejos informadores nos responden: Quesada, analizando la legislación española sobre imprenta y comercio de libros encuentra la explicación del atraso mental de la Colonia.

Carlos I^o en 1543 prohibió la libre circulación de novelas y obras de imaginación; “que ningún español o indio -dice- lea libros de romances que traten de materias profanas y fabulosas e historias fingidas”. Precisamente eran las horas predilectas del público de América, pero llegaban por vía del contrabando como lo dejamos expresado ya.

El Estado -dice Korn- no reconoce límites para intervenir en la vida pública o privada de la Colonia; el fin, era imponer a toda costa la unidad política por un lado y la religiosa por otra. “El vasallo de la corona sabe por imperio de la ley qué días ha de oír misa, qué libro le es lícito leer, qué traje conviene a su estado social, cuál asiento ocupará en los actos públicos, a qué precio venderá o comprará...” No caben los actos espontáneos y el pensamiento libre. Felizmente los hechos vencerán los rigores de la ley. Se leerá, se escribirá y lo que es peor: ¡se pensará!

Claro que no con ricos matices, pues el indio primero y el criollo luego, no podrán alzar mucho su mente ni contra el Rey ni contra Dios. El Santo Oficio organizará sus policías, se oficializará el espionaje y la delación. Pero todo ello, pese a la aparatosidad con que se juzgó, condenó y quemó, trajo una exaltación tan grande de los ánimos que se buscó el medio de defensa. Éste fue el contrabando; de él se hizo una contrainstitución, dice Rojas.

Contrabando económico a veces, intelectual otra y ayudándose a menudo. Juan P. Ramos nos habla de las rutas comerciales que sirvieron de canaleta en la propagación de las ideas y de la incipiente cultura colonial. Por esas rutas penetra, con no poca lentitud, es cierto, el pan espiritual para las inteligencias un tanto vírgenes ante el “bloqueo intelectual del coloniaje”.

Cuyo..., en camino de Buenos Aires a Chile. Córdoba, en camino de Buenos Aires al Tucumán y Lima. Por esas líneas, las lentas caravanas llevaban junto con los escasos productos de la exportación, hombres y alguna vida intelectual de la periferia a los centros. En este intercambio, el comerciante sin saberlo, sin sospecharlo siquiera se convertía en agente de ideas y sentimientos. Por su intermedio, más de un libro o diario prohibido entró en las capitales interiores. Buenos Aires quedaba más cerca del Brasil que de Lima, y es Brasil el país del contrabando y refugios de judíos y judaizantes. España no lo ignoraba

y trabajó aún más la inteligencia. Por eso es que el movimiento cultural de la Colonia no va a ofrecer matices: se resuelve en la aspiración tranquila al sacerdocio. Es que no habrá siquiera la posibilidad de elegir, dice Rojas.

Para no quedarse en la ignorancia, habrá que aceptar el ser cura. La vocación no era patrimonio de aquellos siglos.

En tales circunstancias, la inquietud intelectual no dejó el claustro o la sacristía. De allí procedería toda manifestación del pensamiento. Este pudo enriquecerse en las magníficas bibliotecas curiales. Hubo quienes pudieron -por amistad- traspasar sus umbrales y encontrar más de un libro prohibido. En todo caso, la buena lectura alcanzó sólo a los escogidos. La masa popular permaneció ignorante, aparte de debatirse en la miseria y el vicio.

II. EL MEDIOEVO ARGENTINO: LA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CÓRDOBA

Hemos recalado en párrafos anteriores que las opiniones son unánimes en la apreciación que se hace sobre las formas de conquista española en América. Primero, la conquista militar que culminó con la fundación de ciudades y luego, la conquista espiritual que si bien coexiste con aquélla desde un comienzo, empieza en forma sistemática con la llegada de congregaciones religiosas y culmina con la fundación de universidades católicas.

Y el cuadro que en esta centuria se ofrece a nuestra vista, es nuevo desde el punto de vista de la cultura.

No se trata ya, de indios y españoles. El contacto entre vencedor y vencido ha dado sus frutos y una nueva capa social aparecerá en escena: el grupo mestizo. Para España se plantea un nuevo problema. No es ya de catecismo, como lo fue en las primeras centurias; es el problema de las primeras letras, resuelto en la cartilla, y el de la enseñanza que convendrá proporcionar al criollo para mantenerlo en la fe y en la sumisión política. España tiene a quien confiar la solución y es la Iglesia, nuevamente, quien aparecerá dominando en las Colonias, rehecha, casi diríamos, en un sistema -vigoroso por muchos conceptos- que ha ocupado la historia de largos siglos, con el nombre de Misiones. Su programa expreso consistía en impedir el proceso del libre desenvolvimiento de la inteligencia en aquellas juventudes que asoma. Y no es un cargo; constatamos un hecho. España no pudo dotar a América de instituciones liberales de que ella misma carecía. No había de tener una filosofía liberal para sus colonias y otra reaccionaría para la península.

España dotará al criollo de escuelas, para su cultura. Pero la escuela será la sacristía; el maestro, será el cura; la carrera, el sacerdocio.

Iniciase con este propósito la era de las congregaciones religiosas que se disputan la posesión de la cultura en el Plata.

Cuatro fueron las más importantes: franciscanos, dominicos, mercedarios y jesuitas. La Compañía de Jesús es quien se vincula de más cerca con nuestro tema. Fundada en 1534

por un ex-soldado español no tardó en extenderse por el mundo entero. Según Vicente Fidel López, las misiones jesuíticas de la Guayra, donde se establecieron para repartirse luego por el territorio actual argentino, constituían una especie de aldea de campaña con su plaza, con su iglesia y colegio en que habitaban los padres de la Compañía. Las chacras de labranza estuvieron en manos de padres de familia encargados de sembrar y realizar otras actividades para la comunidad religiosa. Por sistema, no debían recurrir para nada a nadie. Así crearon las enseñanzas profesionales como carpintería, hilado, herrería, curtiembre, etc. Se buscó sujetar al indio por el trabajo y la oración.

El sistema se propagó y la Compañía de Loyola llegó a adquirir tal poder económico y político que la Corona no dejó de tener sus sobresaltos y sus conflictos por y con ella.

Radicadas las congregaciones, comienzan su organización local y, con ésta, la creación de templos, conventos, colegios y su escasa literatura. Rojas pinta el cuadro de un país desierto, sin minas, sin ingenios indígenas, sin corte virreinal, sin escuelas superiores, sin academias, sin opinión y sin prensa. Y es de admirarse, -dice refiriéndose a Luis de Tejada, natural de la ciudad de Córdoba-, que haya quien pudiera dedicarse a las musas sin haber salido de su patria y dejando una obra no inferior a la de otros poetas coloniales y superior a su ambiente y a su época. (Para Rojas es Tejada el poeta representativo de la sociedad teocrática del siglo XVII, cuya metrópoli era Córdoba).

Las dos congregaciones religiosas que se disputaron el dominio de la cultura y de las conciencias en nuestro país, fueron la de franciscanos y jesuitas. Rojas dice de ellas: más humilde, abnegada y sentimental la de San Francisco de Asís, tuvo dos prestigiosos representantes: Luis de Bolaños, que evangelizó en el litoral guaraní, y Francisco Solano en el Noroeste quichua.

De la congregación franciscana partieron verdaderos apóstoles que enseñaron a los niños de aldeas las primeras letras o adoctrinaron a los indios entre las penurias del desierto o la selva. La milicia ignaciana fue en cambio más militar, más mundana, más lógica. De su caballería salieron los apóstoles que enseñaron en las aulas universitarias, teología y latín o adoctrinaron en sus misiones, donde nunca se empobrecían en su evangelio como lo demostraron los inventarios de sus bienes. La historia de los apóstoles y evangelizadores ha sido escrita por los cronistas oficiales de cada congregación y por cierto que asigna a ellos más de una cualidad que no poseyeron y más de un milagro que no realizaron. Pero no hemos de detenernos en ello.

No quiero, sin embargo, silenciar la admiración que ha despertado en todos los pueblos, la labor paciente de esas congregaciones que debieron luchar con obstáculos tan poderosos como eran la raza, el idioma y la religión de los aborígenes dispersos en tantas tribus y poseyendo tantos dialectos y supercherías. En la imposibilidad de acercarse al indio al latín o al castellano, se pensó en acercarse a él y penetrar su vida y sus costumbres, aprendiendo sus propias lenguas y predicando luego en ellas. De allí la riqueza lingüística que la conquista espiritual nos ha dejado en sus gramáticas, vocabularios, léxicos y catálogos razonados, escritos en quichua, aymará y guaraní principalmente, sin que dejárase de publicarlos también en dialectos regionales.

Las congregaciones fueron poco a poco aumentando el acervo mental del indio con la enseñanza de la música, pintura, escultura y artes decorativas de que han dejado testimonios. Sirvió esa enseñanza para las representaciones litúrgicas que hicieron y

que han quedado como antecedentes de nuestro arte escénico. El cuadro de esta vida y costumbres reproduce en el Plata el que ofreció la sociedad medieval. Tampoco faltaron -dice Rojas- los violentos capitanes; los conventos con sus casas de estudio, con sus luchas por la difusión del evangelio entre los indios como los otros entre los bárbaros y hasta con cierta especie de teatro cristiano para los indios que recuerda los auto, las moralidades y misterios de la Edad Media.

Los jesuitas, más que ninguna congregación, acentuaron esa tendencia sensual de la Iglesia, no sólo en las reducciones de indios, sino también en sus catedrales y escuelas. Fruto de esa tendencia es el ruido y oropel con que se realizaron las graduaciones universitarias en Córdoba.

No sólo este aspecto, nos recuerda la sociedad medieval.

Con el conquistador -afirma Ruiz Guiñazú- llegó una conciencia medieval que no repitió, es cierto, el sistema de la caballería dominante en la Europa cristiana, porque el ambiente mismo de América no permitió el transplante total, pero sí, típicas expresiones del alma caballeresca del medioevo. Y es más; a los conquistadores -dice- tocóles revivir instituciones medievales, remozadas por ambientes y costumbres nuevas. La repartija de la tierra, nos puso ante verdaderas contiendas feudales. Feudalismo sui generis -agregación con investidura pero sin simbolismos. El sistema se agudizó con las encomiendas que constituyeron un tipo de feudo territorial y personal. Así pagó la Corona, los servicios prestados. Por la merced otorgada, España nos legó una herencia de que aún no hemos podido deshacernos: la antojadiza repartición de la tierra pública.

Por el sistema feudal que permitió en sus dominios, tejió su propia caída. Allí germinaron rebeldías rebeliones que son verdaderos prolegómenos de revolución y libertad.

En nuestra historia como la de toda América, empieza con insurrección de indios contra encomenderos, lo que terminará en revolución de criollos contra el trono.

Incipiente al menos, hemos tenido una sociedad medioeval.

Los caracteres de la época, quedaron fielmente reflejados en la sociedad teocrática de Córdoba. Ciudad de abolengo, aunque de pobreza, no puede ofrecer una gran sociabilidad como las ciudades de corte peninsular: Méjico y Lima. Es, sin embargo, la gran ciudad nuestra, no obstante su enclavamiento en las sierras interiores. Por entonces, Buenos Aires es sólo la ciudad indiana del comercio y del contrabando, cerrada legalmente porque así convenía a los monopolistas de Porto Bello. Cuando los jesuitas empezaron a echar las raíces de su obra cultural en Córdoba, Buenos Aires no pasaba de aldea sin muros: con una fuerte porción de tierra dominando al río y una población de 4.000 almas a lo sumo. Vivía del comercio de sus cueros, vinos, trigo o yerba; todo en contrabando y rebeldía ante la violenta represión monopolista.

Ciudad sin privilegios nobiliarios y con un concepto de nivel social que no imperaba en Córdoba. Carecía de los servicios públicos más elementales. Cuenta Ruiz Guiñazú, a quien vamos siguiendo, que el encumbrado Don Pedro de Rojas y Luna falleció sin cuidados, pues se carecía de médicos y de farmacias. Ciudad afanosa que se bastaba a sí misma, debió hacerse de un concepto de la vida que no tuvieron las ciudades interiores. De allí el carácter independiente de sus hombres formados en el trabajo empeñoso y diario. Córdoba y Buenos Aires eran la expresión de dos sociedades distintas. Peruana la

primera, rioplatense la segunda. Sociedades antagónicas, marca Ingenieros, porque sus intereses e ideales eran muy otros. Las ciudades del Plata sin montañas y desde luego sin metales, fueron despreciables para los buscadores de oro que se quedaban en la montaña, reservadora de ansiada sorpresa.

Floreceían así en nuestro país dos corrientes de ideas: teológicas las de Córdoba; liberales las de Buenos Aires. Centro de cultura religiosa fue Córdoba; de cultura laica Buenos Aires.

He sugerido como se hizo la enseñanza de las primeras letras en América y la República Argentina. Motivo de mi exposición es la cultura superior, que comenzó en verdad con la llegada de los jesuitas. Fundaron su convento en Córdoba, en 1607 y hasta 1767 en que fueron expulsados, gobernaron la cultura pública del país. A ellos se acercó la juventud Argentina, y la filosofía y letras latinas los tuvieron desde entonces como expositores en estas tierras. Cuando hubo que dotar al país de Universidad, no pudo ser sino Córdoba la elegida para tenerla. Se convirtió en único centro de altos estudios que sirvió a las sociedades del Plata, de Cuyo y del Tucumán. Es de imaginar la propaganda que los jesuitas harían en sus contornos para atraer alumnos y ¡cuánto alentarían su vocación al sacerdocio una vez conseguidos! Los peninsulares del Plata no vacilaban en enviar sus hijos criollos a este centro de cultura, que si a veces no satisfacía sus ansias un tanto liberales, al menos los dotaba de la única carrera posible en esos tiempos, como los subrayamos antes. Los más pudientes salvaban el obstáculo enviándolos a Europa; pero fueron los menos. Los restantes -si no querían quedar en la ignorancia- debían elegir entre Córdoba, Charcas, Lima y más tarde Santiago de Chile. Como Buenos Aires sólo poseía por entonces colegios elementales, fue Córdoba por largos años el centro obligado de nuestra cultura colonial: primero, con su Colegio de Monserrat y luego, con su Universidad Católica.

“Los padres de la Compañía -dice Rojas- multiplicaron sus escuelas y templos; cultivaban su hacienda de Caroya, aconsejaban en los hogares, fomentaban la vocación de novicias en las Catalinas y las Teresas, acogían a la juventud en el colegio secundario de Monserrat, formaban maestros o doctores en las aulas universitarias, meditaban problemas humanos y divinos en la silenciosa biblioteca, escribían en su archivo los anales de esta sociedad mestiza que ellos habían visto nacer y que tal vez soñaban gobernar un día desde esa misma urbe con cuerpo de piedra y alma sacerdotal.”

Como lo consignan sus crónicas, la Compañía tenía minuciosamente repartido el trabajo entre los padres de ella, según la especialidad que dominaran. Unos en el Archivo, otros en la Biblioteca, los más en el Aula de enseñanza.

Con el nombre de Techo, Lozano y Guevara sintetizamos la labor de aquellas crónicas.

Juan M. Garro, eminente comprovinciano de nuestro prócer, dejó bosquejado el plan de estudios de la Universidad de Córdoba. Reconoce que los propósitos de la fundación de la Universidad no fueron ni pudieron ser liberales. Trejo deseaba ver establecidos en estas regiones los estudios del latín, artes y teología para bien espiritual y eterno de españoles e indios y para descargo de sus conciencias. Según Garro, sirvió de plantel a la Universidad el Convictorio de San Francisco Javier y según otros, el Colegio Máximo de Santiago de Chile que fuera llevado allá, desde Córdoba misma.

Entró a regirse por las llamadas Constituciones; Garro consigna en su apéndice de documentos las del padre Rada. Se da en ellas, a San Ignacio de Loyola como el patrón de esta Universidad que debía ser ante todo, teológica. Sus estudios estaban divididos en dos facultades: la de Artes (Filosofía) y la de Teología. En la primera se estudiaba -durante tres años y dos de pasantía-Lógica, Física y Metafísica Aristotélica. En la segunda, Teología tomista, Moral y Cánones por espacio de cuatro años y dos de pasantía. Ambas facultades conferían tres grados: bachiller, licenciado y maestro la de Artes; bachiller, licenciado y doctor la de Teología.

El último, es el grado más alto que concederá la casa. Para obtenerlo había que pasar por cinco exámenes: cuatro de parténicas (la primera de las cuales versaba sobre la "Summa" de Santo Tomás) y una ignaciana. (Dedicada a San Ignacio).

La concesión de grados permitía a la Universidad, por lo pomposo de sus fiestas, reunir no sólo a los graduados, sino a toda la población culta. Así se deleitaban al menos con el lujo del ornato, cuando no con la cómica aparatosidad escénica. Si con ello no se ganaba fieles, se buscaba conservar el alumnado.

La Universidad era un reflejo de la sociedad, en lo que a clases se refiere. A ella llegaron los linajudos mas no los indios, la gente de color ni los hijos ilegítimos. Por otra parte, se vestía desde el ingreso el traje clerical ¡Cuántos alegatos se hicieron para que el laico obtuviera su grado civil! ¡Y cuántos años pasaron para que el beneficio se obtuviera!

El maestro en el aula, no señalaba texto; sus lecciones eran compuestas en forma de tratados que luego leía a los alumnos y éstos a su vez las recibían apuntándolas a medida que las oían. En Filosofía se siguió a Aristóteles, a través del granadino Francisco Suárez que llegó a ser jefe de la escuela filosófica de los primeros jesuitas. En teología se siguió a Santo Tomás, que ejerció en Córdoba una verdadera dictadura mental. La "Summa" fue, según Garro, la enciclopedia suprema en Córdoba. El método de su adquisición y de las discusiones fue el silogístico y dialéctico. El idioma fue el latín.

Maestros representativos de la primera época son: Gaspar Juárez (santiagueño, maestro del Deán Funes), Domingo Muriel y Peramás. El último, maestro de retórica, vinculó su nombre a la primera imprenta que los jesuitas introdujeron en Córdoba en 1766 y que con la expulsión al año siguiente, quedara abandonada hasta que Vértiz la trajo a Buenos Aires. Juárez y Muriel dictaron Filosofía y Teología. Sus lecciones no son conocidas, pero creemos que no salieron de la época, no obstante el liberalismo que Muriel acusa en sus publicaciones desde el destierro y que pueden hacer pensar en una prédica suya, prerrevolucionaria. Su filosofía jurídica pudo quizá matizarse con un vuelo poético-liberal que no habrá pasado de afición literaria o que se habrá perdido en el dogmatismo de la época.

Si es cierto que cita a los enciclopedistas, no estamos autorizados a pensar que en su cátedra de la Universidad de Córdoba sirviera a la corriente de ideas que formaron el credo de Mayo. Así lo hace entender Rojas y me complazco en recordarlo. El liberalismo de Muriel pertenece a su época de destierro, cuando recién en España pudo recoger los ecos de la Revolución Francesa y la doctrina de la Enciclopedia. Lo normal en la Universidad Católica era seguir el plan a que nos hemos referido.

Nadie podía apartarse del credo y de la enseñanza teológica. Hasta en la península misma, -dice Ramos-, se sigue la dogmática. En Salamanca por ejemplo “se discute en 1773 sobre la lengua hablada por los ángeles de Dios; si los cielos eran de bronce o de gases...” Eso, cuando trasponiendo los Pirineos se daba en el siglo XVIII con una Francia que iluminaba las mentes para la conquista de los derechos del hombre y de los pueblos ¡Qué no se enseñaría en América!

Nos lo dicen quienes han tratado de cerca a esta enseñanza o quienes la han seguido por la historia. Eso sí, los juicios son contradictorios. La Universidad de Córdoba -dice Garro- llevó una vida más ficticia que real durante medio siglo; para Frías es, sin embargo, la Sorbona Argentina; para Sarmiento, semillero de ideas medievales y para Ingenieros no pasó de un seminario clerical.

Decretada la expulsión de los jesuitas en 1767, se inició la decadencia de nuestra Universidad Católica que con los Franciscanos a la cabeza buscó salvarse, incorporando al plan de estudios la jurisprudencia en 1791; concediendo grado en derecho civil en 1795 e introduciendo las matemáticas en 1807. Queríase, visiblemente, evitarse quedara la Universidad sin alumnos, pues una gran cantidad de ellos la dejaba por Charcas o Santiago de Chile, de ideas más concordantes con la época.

Precisamente por no saber adaptarse a las modalidades nuevas de la población y por querer restaurar un régimen caído, languideció ella misma. La Universidad colonial -dice Ingenieros- fue apagándose lentamente sin que lograran detener su ruina ni el esfuerzo de los franciscanos, ni el plan de reformas propuesto por el Deán Funes en 1813. De sus escombros nacerá la nueva Universidad Nacional de Córdoba gracias al esfuerzo de Urquiza que le prestó el amparo administrativo, y de Sarmiento que procuró infundirle el espíritu del siglo XIX.

III. LAFINUR EN CÓRDOBA

Nació nuestro procer al finalizar el siglo XVIII (27 de Enero de 1797) cuando una mentalidad nueva asomaba en el Plata y cuando una serie de acontecimientos que estudiaremos en el capítulo siguiente han concurrido a paralizar la actividad teocrática de Córdoba y a cerrar el ciclo dogmático de su enseñanza patrística.

El padre de Lafinur, español de origen, aparece por el Plata -con el grado de militar- en la expedición de don Pedro de Cevallos. Según Gez, tocóle luchar con los indígenas de Tupac Amarú en el Alto Perú, con los portugueses en la Banda Oriental y con los ingleses en Buenos Aires. En tiempo de Sobremonde se radicó como empresario de minas en San Luis, en cuyo valle de la Carolina nació don Juan Crisóstomo.

Lafinur adquirió las primeras letras en la aldea natal y pasó, como tantos jóvenes de Cuyo, a buscar en Córdoba el entonces ansiado título de doctor en Teología. Martínez Villada nos lo presenta inscribiéndose en la Universidad el 22 de Mayo de 1810, vale decir a los 13 años de edad.

¡Cuán lejos estaría el Deán Funes -vicerrector- de pensar que 9 años después alzaría su cátedra contra los dogmas, quien acababa de jurar por su obediencia!

¡Y cuán lejos estaban de la mente del joven estudiante, los acontecimientos que bullían en el Cabildo de Buenos Aires en esa misma fecha!

La ideología que animaba a los jóvenes de Mayo llegaría a Lafinur con algún retardo, y por vía que trataremos de fijar.

Por igual época aparece en Córdoba Juan Cruz Várela, enviado como Lafinur a estudiar Teología. Se hicieron de una amistad estrecha, que se prolongó después en Buenos Aires. En 1811 aparece Lafinur, inscripto en 2º año de Filosofía. En 1812 en 1º de Teología y en 1813 entre los teólogos que han estudiado los Lugares Teológicos. En 1814 se inscribió en tercer año de Teología. No debió abundarle el dinero por cuanto en Diciembre de 1813 se trató en la Universidad su pedido de Bedelato, para poder atender los gastos que le demandaría el grado a obtener. Se le nombró Bedel, probablemente porque inspiró un poco de compasión y también porque se habría reconocido en él algún mérito.

Obtuvo el grado de maestro de artes, pero tuvo que interrumpir sus estudios por un juicio que se siguió a su conducta. Acusado de “frecuentes faltas, omisiones y descuidos con el ajuar y rico decoro de la Universidad”; observado en su cargo de Bedel, en el que a menudo olvida sus funciones, y sindicado de corromper a la juventud con sus salidas de la casa sin permiso de sus superiores, nuestro joven de “educación oscura y melancólica” fue expulsado para que “con sus acciones degradantes y groseras no corrompiera a las tiernas masas de jóvenes que se habían confiado a su educación”.

No se quedó por ello, sin camino. Como tantos muchachos de su generación, encuentra de más positivo mérito luchar por la independencia política del país que bregar por el reinado de Santo Tomás.

Por la época, llegó Belgrano a Córdoba en viaje al Norte y es probable que el joven puntano se alistara como soldado en su ejército, pues en 1814 aparece por la Academia de Matemáticas que el general fundara en Tucumán, para instrucción de cadetes y oficiales, a semejanza de la que se mantuvo en Buenos Aires con Sentenach y luego con Senillosa.

¿Cuál fue la orientación mental con que Lafinur salió de Córdoba?

No pudo ser muy grande ni el caudal de sus conocimientos, ni el de sus ideas.

Con la expulsión de los jesuitas la enseñanza decayó y si bien es cierto que el Deán Funes redactó un plan de enseñanza en 1813, él no llegó a Lafinur. A éste tocó el viejo dogmatismo de las pasadas épocas; esa Dialéctica vaga y de términos insignificantes de que se queja el Deán Funes, usada para llevar al sofisma no al acierto. Metafísica de fantasmas que pretendían derechos de entes verdaderos; Física que habla de cualidades ocultas y que explica en forma sentenciosa fenómenos misteriosos. Se hacía el estudiante -dice Funes- del gusto por sofismas engañosos y cuestiones frívolas. Se cae en disputas inútiles, mientras se eluden las dificultades. El caso es que no obstante la crítica, el Deán Funes tampoco supo sobreponerse a la época, que sigue fiel a Aristóteles, a Santo Tomás y *sobre* todo a Francisco Suárez, quienes como en otra hora continúan ejerciendo una verdadera dictadura mental. Se reconoce que el microscopio, el barómetro y la máquina neumática enseñan mejor que el silogismo, pero éste continúa siendo la fórmula de expresión en el ambiente culto.

Lafinur fue discípulo del Deán Funes y de Castro Barros, a quienes Rojas ha lapidado así: “... el terco fanatismo de Castro Barros...” y “la docta intriga del Deán Funes”. No menos expresivo es Sarmiento, al referir el espíritu que anima la enseñanza

de Castro Barros: filosofía vacía de ciencia y de verdad. No conoce la filosofía de la libre especulación del espíritu; enseña el arte de divagar, no de razonar. Agréguese a esto, el fanatismo político y religioso, que lo hace enemigo decidido de toda institución liberal ya se llame libertad de culto o libertad de imprenta. En todo caso, pudo Lafinur inclinarse más a las enseñanzas del Deán Funes, que revelaba siquiera un contacto con los renacentistas más celebrados en la España Reformista: Jovellanos y Floridablanca.

No deja Groussac de dar sus pinceladas sobre la ciudad y el estado de su cultura en época que alberga a su don Santiago de Liniers. En la ciudad -dice- reinaba un bienestar relativo fundado más que en la abundancia de los medios, en la modestia de sus gastos. Del catolicismo intolerante que de arriba a abajo imperaba, daban aviso al viajero las numerosas torres de iglesias, capillas y beateríos. No se olvida de marcar como pleitista a esta ciudad que se “fundó pleiteando” como dice Quesada, al recordar su condición de argumentadora incansable. Si hasta en la vida diaria se notaba la inevitable inclinación al silogismo y a la dialéctica. No podemos admitir que de este ambiente saturado de Teología en lo alto y de chisme aldeano en lo bajo, saliera la inclinación al pensamiento especulativo que denotará Lafinur años después.

Es un ambiente que ni conquista ni cohibe al joven puntano. Lo prueban sus escapatorias sentimentales por un lado y sus sátiras estudiantiles por otro. Se complacía en discutir con su amigo Varela, en odas y anagramas a manera de los áticos, mas no en silogismos. Temperamento sensible y romántico andará bien alejado de los incienso claustrales, de los que como Bebel se olvidaba tan a menudo. Se trata, a no dudarlo, de un interesante espíritu juvenil libre ya de prejuicios y dispuesto a alzarse contra el fanatismo en la primera oportunidad propicia.

Es improbable que haya recibido en Córdoba la información ideológica que en su cátedra de filosofía pondrá en evidencia. En Córdoba no tuvo maestros que le proporcionaran el programa de la Enciclopedia de que derivará su enseñanza, ni tuvo edad ni quietud para adquirirlo. Podemos asegurar, sin temor a equivocarnos, que pasó en 1814 al ejército de Belgrano con la preparación teológica que Córdoba supo proporcionarle y que es en la escuela de matemáticas fundada por aquél para instrucción de cadetes y oficiales, donde adquirió en parte el bagaje de conocimientos con que se nos presentará más tarde en Buenos Aires, en su cátedra de filosofía sensualista.

Quienes han tocado la vida de Lafinur, han dejado este vacío por llenar con respecto a las fuentes de su preparación filosófica. Su orientación laica, preñada de liberalismo francés de la Enciclopedia no pudo llegarle desde Buenos Aires, puesto que el drama de Mayo ni lo inquieta siquiera; lo sorprende inscribiéndose en Córdoba como alumno de Teología y cuando en 1813 recibe su grado de maestro de artes, su espíritu entregado a amoríos pasajeros (de que da cuenta a un discípulo, en una poesía que le dirige desde el Ejército del Norte), ni supone un significado ultraliberal para esa Asamblea Revolucionaria que en Buenos Aires asumía -dice Ingenieros- la soberanía del pueblo; adoptaba la bandera propia; proclamaba un himno contra la metrópoli; acuñaba moneda; declaraba la libertad de vientres y la de esclavos y superponía la soberanía civil a la eclesiástica.

Estos hechos, habría de interpretarlos años después, cuando apareciera en Buenos Aires con un credo hecho y sirviendo a él desde su cátedra.

Es igualmente improbable que sea a Juan Cruz Várela a quien deba una influencia filosófica; tuvo con aquél algún contacto por las musas y en todo caso le enseñaría a no hacer tan malos versos como los que hemos leído de él, mientras era estudiante en Córdoba. Pues los mejores parten del llanto, que le provoca la muerte del general querido: Belgrano. Y hasta en ellos hemos encontrado al pensador que busca salvar la Idea aunque la forma caiga. Sus versos de dolor nos suenan a argumento con que quiere convencer a su auditorio de la pena que dejara en su espíritu una muerte tan sentida por toda la época.

Juan Cruz Várela, andaba por otra senda: literaria, mas no filosófica. Lafinur es en cambio un pensador; no se nos antoja poeta, pese a sus versos de ocasión.

Su espíritu maduró para la enseñanza filosófica precisamente después de abandonar la Academia de Matemáticas a que nos hemos referido.

En busca del dato he recurrido a Korn -llamado el patriarca de la filosofía argentina- y es él quien me ha acercado a esta Academia Militar de la que tenía conocimiento por Juan María Gutiérrez, diarios de la época y publicaciones varias que la citan sólo al pasar.

IV. LAFINUR EN LA ACADEMIA MILITAR DE TUCUMÁN

La estada de Belgrano en Córdoba en el preciso instante en que Lafinur era expulsado de la Universidad, habría sido la tabla de salvación de nuestro joven. A los 17 años emprende una ruta nueva: la carrera de las armas. No sería ella la vocación de su vida, pero es el caso que encontró la oportunidad para no abandonar sus lecturas predilectas y para servir a la patria en momentos en que más necesitaba poner a prueba el temple de sus jóvenes.

Lafinur había estudiado matemáticas con Odonell en Córdoba. He leído el plan de estos estudios en la Gaceta de Buenos Aires y no obstante ser tan elementales, marcan una novedad en el fatigoso dogmatismo de la época. Es seguro que los jóvenes del temperamento de Lafinur encontrarían un verdadero desahogo en estas clases que se alejaban del siglo XIII y que tenían más perfume de vida y de naturaleza que las clases sermones de otras asignaturas.

No conocemos el plan de estudios de la Academia Militar de Tucumán, donde, según el mismo Lafinur, “se agolpaba la juventud a sorprender a la naturaleza en sus misterios y a fecundar desde temprano el germen de la gloria”.

Creemos que animó a su enseñanza igual espíritu que el que campea por las demás academias inspiradas por Belgrano: Academia Náutica, Academia de Dibujo y Academia de Matemáticas.

A toda costa quería el joven general, que los soldados adquirieran conocimientos que los hicieran útiles a sí mismos y al Estado. Se inició con este motivo en el país, la docencia de maestros extranjeros de méritos muy reconocidos: Cerviño, Alsina, Senillosa..., que contribuyen al feliz ensayo que luego aprovecharía Rivadavia para hacer llegar hasta la cátedra, a hombres como Carta y Mossotti. Se buscaba activamente emancipar a los

jóvenes de aquella vieja enseñanza claustral y ponerlos en contacto con el pensamiento moderno que a través de los franceses, sobre todo, ganaba terreno en el Plata.

Extranjero fue también el director de la Academia de Tucumán: el francés Juan José Dauxión Lavaysse. El dato nos ha llegado por una publicación que hiciera en “La Prensa” su descendiente don Pedro Lavaysse. Dice éste, que de aquella Academia partieron muchos oficiales que llegaron a ser célebres: José María Paz, José Segundo Roca (padre del general).

Lavaysse, según su pariente, sirvió a Francia bajo el Imperio de Napoleón; desempeñó funciones diplomáticas en América y a la caída del Imperio emigró a Norte América, donde conoció a José Miguel Carrera, que, vencido en Rancagua, se aprestaba a formar un ejército y reconquistar a Chile. En estos trámites Carrera contrató a dos generales que pertenecieron al ejército de Napoleón: Brayer y Lavaysse. Así llegó éste a Buenos Aires. Haber servido a las órdenes de Napoleón, era por entonces un título muy honroso y la recomendación más aceptable para ser llamado hacia los ejércitos de la patria. Entendemos la facilidad con que Lavaysse consiguió en grado de coronel mayor.

Radicado y casado en Santiago del Estero, extendió su fama periodística por Tucumán, donde según su pariente publicó en 1812, bajo el anónimo, un opúsculo con las “Opiniones de los publicistas más célebres sobre las diversas formas de gobierno libre” y que parece ser simple extracto de un tratado inédito que según Rojas apareciera impreso en 1821.

Parecería que como defensor de la libertad de cultos se trabó en polémicas con el Deán Funes por los años 1819 y 1820.

Llegaría a publicar “Del federalismo y la anarquía”, y su posición de combate le valió el destierro. Dejó sin embargo su prédica en la Constitución santiagueña, que según Rojas contiene algunos principios de derecho federal. Perseguido en Santiago del Estero pasó a Chile, donde se dedicó al periodismo y llegó a ocupar altos puestos.

Barros Arana, al tratar la vida y obras de don Claudio Gay en Chile nos habla de este “aventurero francés”, que aparece ensalzando la ciencia de Francia e Inglaterra y deprimiendo a España. Consiguió hacerse nombrar miembro de una comisión de explotación del suelo de Chile, pues él se jactaba de su preparación en ciencias naturales y ciencias políticas.

Según Barros Arana, fue un fracaso su expedición. Y no podía ocurrir otra cosa, dice, a quien hospedándose donde le daban buena mesa anotaba en su libreta de sabio los datos que recibía en conversaciones casi particulares. No llevaba siquiera instrumentos de observación geodésica o topográfica; hasta las distancias eran medidas por mera suposición.

Sigue en su agrio juicio para agregarle: era un hablador insustancial, pero como había leído mucho, viajado tanto y poseía un cierto ingenio, resultaba un conversador entretenido entre la sociedad poco ilustrada de nuestra América.

Esto le creó una reputación de sabio que, unida a su condición de ex militar napoleónico, le permitía pasar por entendido.

Así comprendemos que Belgrano pensara en él, al crearse la Academia que instruiría a su ejército. Sería interesante saber en qué grado eran amigos Belgrano, Lavaysse y Lafinur para aseverar que de este contacto partió la información que el maestro del Carolino tuvo sobre la filosofía francesa.

Leyendo los apuntes sobre el curso de Lafinur uno queda con la impresión de que se trata en verdad de conocimientos de segunda mano. ¿No vendrían acaso de aquellas conversaciones amenas con Lavaysse? Su pariente asegura que era un maestro muy querido por oficiales y soldados de la Academia. El futuro maestro de filosofía, ¿no leería a su gusto -ya no a hurtadillas- a Condillac, a Rousseau y a Voltaire en los labios del infatigable conversador?

Ciencia, libertad de conciencia, libertad de cultos, formas de gobierno libre, ¿serían los temas en discusión?

El dolor que la muerte de Belgrano produce a Lafinur, nos suena a admiración y a amistad. Pensemos que Belgrano se educó en Europa; que en 1876 aparece en Salamanca; que se inclinó -de llegada- hacia las ciencias políticas y económicas que le permitirían ocuparse del comercio libre que por entonces inquietaba las conciencias en su patria. Las ideas de Montesquieu y Rousseau debieron serle familiares, pues en esa época sobrevinieron los acontecimientos de la Revolución Francesa y penetraron aún con dificultad en España.

Este general a la moderna, amante de las matemáticas y de la ilustración del soldado y del pueblo, debió trabar algún conocimiento con nuestro espiritual joven puntano y mantener con él largas pláticas para sacudir el polvillo de la guerra.

Si la Academia de Tucumán no proporcionó a Lafinur la oportunidad de orientar su espíritu en sentido de la filosofía, lo dirán nuevas investigaciones. A ellas apelaremos para afirmarnos o para rectificarnos.

CAPÍTULO SEGUNDO

EL ENCICLOPEDISMO REVOLUCIONARIO

I. El contenido filosófico de La Revolución de Mayo.

II. Los estudios superiores en Buenos Aires: El Colegio de San Carlos.

I. EL CONTENIDO FILOSÓFICO DE LA REVOLUCIÓN DE MAYO

Hemos subrayado en el capítulo anterior que la vida espiritual estuvo avasallada por la Iglesia durante la Edad Media. El pensamiento filosófico gravitaba entorno a las disciplinas eclesiásticas. Fue ésa la orientación que primó en nuestra Colonia, con las modificaciones consiguientes de acuerdo a razas nuevas, a costumbres nuevas, a ambiente geográfico nuevo, a grandes distancias de los centros europeos irradiadores de aquel criterio, como a la cultura de los propagandistas en estas tierras. Por ello hemos llamado a aquel período de nuestra evolución mental “Escolástica Colonial” y no simplemente Escolástica. Este rincón americano tuvo la suya, aunque no desvinculada del pensamiento escolástico europeo.

La filosofía moderna fue una réplica a la Iglesia, una viva oposición al pensamiento de la Edad Media. Buscaba que la concepción del mundo y de la vida se defendiera con independencia de la autoridad eclesiástica.

Su rasgo característico fue mantenerse en íntimo contacto con las ciencias. Por otra parte, dijimos que la más alta formación espiritual estaba entregada al clero. Con la filosofía nueva, esa formación se hizo accesible a los laicos, permitiéndose con ello la secularización de las ideas.

La renovación no dejó de tocar las instituciones políticas en que empieza a respetarse la personalidad libre y a justificarse el individualismo que las caracterizará por largos años. Es así cómo Renacimiento y Reforma son los prolegómenos de la revolución que se operará en el pensamiento durante la Edad Moderna. Tratábase de un movimiento universal de liberación de los espíritus.

¿Qué fue de nosotros ante él?

No rechazarlo. Pero... lo recibimos de contrabando y con algún retardo. Dominados políticamente por una España contrarreformista, eminentemente teocrática y teológica, estábamos condenados a prolongar la Edad Media, no a dar libre entrada al pensamiento emancipado.

Pero, pese al prohibicionismo intelectual y al trabajo subterráneo de las policías espirituales y temporales, el libro penetró y con él la Idea.

El derrumbe de la Colonia se hacía visible hacia fines del siglo XVIII. El factor económico precipitaba los hechos, acercando los espíritus hacia la prédica liberal que penetraba y amenazaba ahogar las instituciones de la España vetusta.

Y la penetración de las nuevas ideas no podía hacerse difícil -no obstante la censura y el espionaje- en tierras agobiadas por el peso de instituciones despóticas e intolerantes. Los ánimos estaban más inclinados a resistirse que a continuar en la obediencia. En las conversaciones del convento, a la sombra de los claustros -dice Juan Agustín García- los argentinos daban la razón a Santo Tomás, a San Agustín, a Tertuliano..., pero de regreso a sus hogares debían reflexionar sobre el hecho concreto: el trigo, los cueros, la carne, las pérdidas económicas que no habían sabido prevenir con la "Summa" y esa ciencia Teológica toda, que para nada les servía al final de cuentas. Y a pesar de Bobadilla y de Solórzano se hicieron -por observación directa del fenómeno económico- de algunos conceptos basados en la libertad. La Enciclopedia, resultaba a estos argentinos todo un programa de acción.

Fue el contenido ideológico de su prédica revolucionaria, y constituye uno de los capítulos más interesantes en la evolución de nuestras ideas filosóficas.

Para su mejor comprensión, recordemos que el pensamiento filosófico moderno se orientó en dos direcciones principales: empirismo y racionalismo.

El primero se desenvuelve con Bacon a la cabeza; el segundo con Descartes.

El empirismo, de que deriva la filosofía que Lafinur enseñará en Buenos Aires y Mendoza, busca "hechos" que amplíen el horizonte del hombre para su mayor felicidad.

Este movimiento continuado y fortalecido por Locke, llegó a Francia y ganó el espíritu de los jóvenes Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Diderot, con quienes recorre el mundo entero. La prédica no habría de perderse en el vacío. Para trabajar estaban ellos; para reunir el saber nuevo, las nuevas experiencias, las nuevas doctrinas, el nuevo ideal: experiencia, razón, libertad.

Su ilustración llenó los treinta y cinco tomos de su Enciclopedia. De ésta tomaron el nombre con que llegaron a todas partes: los enciclopedistas.

Se fundan principalmente en la psicología sensualista, en que el abate Condillac sobresale y según la cual, el alma no tenía vida propia característica y activa sino que todo lo recibe de afuera, por los sentidos. Extreman esta dirección Destutt de Tracy y Cabanis, que la continúan bajo el nombre de la Ideología.

Son ellos quienes inspiran directamente el plan de Lafinur. Volveremos, después, sobre este punto.

Ingenieros ha trazado magistralmente el cuadro del trasplante de estas ideas al Plata y Alejandro Korn a deducido sus influencias sobre nuestra evolución nacional. No hemos de repetirlos.

La expulsión de los jesuitas y la creación del Virreinato del Plata son dos acontecimientos históricos previos a la comprensión del credo de Mayo. Ellos mismos son la consecuencia de un cambio fundamental en la política y en el criterio de España de fines del siglo XVIII.

Es la subida al trono de los Borbones, de un rey liberal imbuido de la ideología de los franceses y divorciado en absoluto de la ortodoxia contrarreformista de sus antecesores, así como del absolutismo teocrático que arruinó tantos tronos en España y precipitó la caída de sus colonias en América.

Carlos III emprendió una verdadera renovación de valores e inició un nuevo ciclo de cultura: el que dictará el espíritu liberal de la Revolución Francesa. Allá como acá, fue lo mismo. Carlos III y su corte intelectual son simples portavoces, como lo son acá Moreno en un orden, Belgrano en otro, Lafinur en otro. Algunos tomarán de aquellas ideas las que más convengan al nuevo ideario político; otros, las que convengan al plan educativo que aspiran implantar. Todas se volcarán, en definitiva, en la reforma rivadaviana. El movimiento emancipador del siglo XVIII tuvo que llegar forzosamente a España -dice Altamira- porque así lo impuso el cambio de dinastía primero, la influencia francesa en el gobierno luego, y las imposiciones de los países protestantes al final. Y la penetración tocó principalmente a las clases nobles que podían viajar, reunir libros, pagarse buenos profesores y vivir en contacto con la corte francesa.

Rousseau y Locke hicieron renacer los estudios y en toda España se difundió una preocupación profunda por la cultura pública y principalmente de la mujer.

Se aspira a fundar establecimientos de enseñanza, de origen secular; a quitar en los estudios la dirección clerical; a neutralizar la escuela en el orden religioso. Ése fue el laicismo de Carlos III y por cumplirse se buscó disminuir el poder absorbente de la Iglesia. Para ello la expulsión de los jesuitas.

Salamanca resiste y prepara la reacción. Pero los principios reformistas se practicarán -dice Altamira- extrauniversitariamente con profesores extranjeros o con profesores españoles que hayan seguido sus cursos en el extranjero. En esta España aprendieron los jóvenes argentinos enviados a Europa a hacerse de una profesión liberal. Belgrano tomó de este contacto los principios que sostuvo en el Consulado y en sus Academias. Alvear y San Martín aprendieron el arte de las Logias Secretas.

De esta España partió para América la creación del Virreinato del Plata. Expresa esta institución la política de Carlos III y busca realizar en estas tierras del trono, el plan cultural que se trazó para mantenerlas fieles a la Corona.

El americano Vértiz sería su mejor ejecutor.

Piénsese que por muy liberal, Carlos III no buscó la emancipación política de las colonias; orientó la política colonial española en otro sentido, porque precisamente temía una sublevación provocada por la pasada opresión de los Austrias. Porque consideró errada la política de éstos, intenta por otra vía la salvación de estas queridas tierras. Pero era ya demasiado tarde. Todo llegaba para ayudar a la emancipación, no a la perpetuidad de la esclavitud.

El cuadro que el Virreinato ofrece es nuevo: organiza la administración, la sociedad y la cultura. Hasta el mapa se modifica -dice Rojas-. Se quita territorio al Perú y a Chile y desde Tucumán al Estrecho; desde los Andes al Atlántico, todo es inquietud. El espíritu de aquellas gentes no es ya el de la Colonia. Posee armas poderosísimas que lo mantiene en constante dinamismo. Se mueve en la obscuridad y en la luz. Sociedades secretas las hay, como las hay públicamente literarias. Está el teatro, que sirve de órgano de publicidad más que de marco de belleza; no falta la hoja periodística ni se carece ya de colegio

superior. Pasa a Buenos Aires -dice Rojas- la hegemonía intelectual que Córdoba perdió con la expulsión de los jesuitas. Buenos Aires comienza a cerrar la Edad Media Colonial. Retorna a ella la muchachada estudiosa dispersa por las universidades del viejo mundo; llegan también a ella los jóvenes que han buscado en Chuquisaca lo que Córdoba no supo darles: el doctorado civil. Todo está preparado para resistir a la contrarreforma que se operará con la caída de los Borbones liberales y que encabezará el último patrón de estas colonias: Fernando VII. Cuando éste subiera al trono, tendría el pleito perdido.

Las Invasiones Inglesas hicieron de árbitro. La Historia nos cuenta sus consecuencias y nos lleva hasta el drama de Mayo. Arturo Capdevila lo evoca en cuadro admirable: Al tiempo de la Revolución de Mayo era muy difícil mantenerse fiel a España. Todo conspiraba en contra suya; había llegado al límite de la desorganización y decadencia. De señora que fue, rebajándose a sierva sumisa de Napoleón. Un virrey cobarde, un rey burlado, una reina que andaba en coplas, un favorito burlador y un avieso príncipe de Asturias no eran parte a mantener, océano de por medio, el prestigio de la metrópoli en ciudad como Buenos Aires. Acababa de probar por dos veces -en las Invasiones Inglesas- el saber bastarse a sí misma. El pueblo de Buenos Aires -dice Capdevila- tuvo una clara visión: ni defendería a Fernando VII, ni se aliaría a Napoleón. Se declararían independientes. Así terminarían, por otra parte, las pretensiones de tres naciones: Inglaterra, Francia y Portugal.

II. LOS ESTUDIOS SUPERIORES EN BUENOS AIRES: EL COLEGIO DE SAN CARLOS

España luchó por retardar la enseñanza superior en Buenos Aires.

Convenía a su política económica un ambiente de obscurantismo. De allí que toda manifestación superior del espíritu pasara de contrabando, como el resto de las mercancías.

Quienes deseaban sobrepasar las primeras letras debían hacer los caminos marcados: Córdoba, Perú, España, Chuquisaca, Chile. Fue necesario esperar el advenimiento de una política liberal, para que Buenos Aires tuviera su centro de altos estudios.

Las más justas reclamaciones del vecindario cayeron siempre en el vacío.

Tocóle a Vértiz iniciar los estudios superiores en Buenos Aires, siguiendo la política liberal de Carlos III que no vaciló en acceder a las aspiraciones culturales de sus colonias, por causas que hemos esbozado ya. La Real Orden de 1772 creaba un Colegio Convictorio y una Universidad Pública, pero ésta debió abrir sus puertas 50 años después, cuando bajo un nuevo régimen político se buscara con el plan rivadaviano echar las bases civiles de una fuerte organización democrática.

Buenos Aires tuvo que conformarse por entonces con el Real Colegio de San Carlos, creado con los bienes de los jesuitas expulsos. La administración de las Temporalidades, -dice Luis María Torres- respondía a una meditada política de gobierno. Por ello todo fue hábilmente previsto y minuciosamente reglamentado. Los cuantiosos bienes de los expulsos, debían servir a España para cumplir su nueva política cultural.

El Colegio Carolino entró a servir a la cultura pública bajos los mejores auspicios. Del informe presentado a Vértiz por los Cabildos Eclesiástico y Secular, se desprende -a través del padre Maciel- una preocupación seria por sacar los estudios de los recetarios escolásticos.

No tendrían obligación los maestros -dice el informe- de seguir sistema alguno determinado, especialmente en la física, en que se podrán apartar de Aristóteles y enseñar o por los principios de Descartes, o de Gassendi o de Newton o alguno de los otros sistemáticos, o arrojando todo sistema para la explicación de los hechos naturales, seguir sólo la luz de la experiencia por las observaciones y experimentos en que tal útilmente trabajan las academias modernas.

Después de leer esto, nos parecerá asombroso que Buenos Aires persiguiera más tarde a Lafinur por enseñar la filosofía al amparo de estas academias modernas.

Es que en los hechos, las cosas ocurrían de muy otra manera. El Colegio Real de San Carlos, se inició con un plan de estudios que muy poco se aleja del que conocíamos en Córdoba. Sigue el interés principal en torno a la Teología y su dirección no sale de manos de prelados. Nos hemos enterado por Ravignani de las Constituciones de este colegio. ¡En verdad que no distan tanto de las que Rada redactara casi un siglo antes para Córdoba jesuita! Casi diríamos que acá también impera un régimen dictatorial, no obstante la ausencia de los expulsos. Es que nos legaron de herencia un sistema educacional difícil de extirpar, aun a los 100 años de su expulsión. Pensemos que el ciclo de cultura colonial en definitiva, se cierra con el movimiento laico de la generación positiva del 80.

Intentos, grandes intentos contra ella los hubo a partir del virreinato, pero fueron alternativamente anulados por la reacción que por momentos parecía vencer. A Lafinur, tocóle vivir uno de aquellos momentos desde su cátedra de filosofía del Calorino, llamado entonces de la Unión del Sud.

Esto prueba hasta la evidencia que el espíritu teocrático que dejaron los jesuitas luchaba por conservar posiciones y que la enseñanza veía muy poco las fórmulas escolásticas, pese a la buena intención de Maciel y de otros que lucharían quizá por encauzarla según las corrientes del siglo nuevo.

Seguimos dando la razón a Manuel Moreno y pensando cuán poco ganaría el espíritu de iniciativa, en una casa de estudios en que se omitía la enseñanza de la aritmética y geometría y donde la física enseñada como capítulo de la filosofía -en forma mnemónica y en latín- temía a los hechos, a las máquinas neumáticas y a los aparatos para disolver gases.

Así podemos, pues, entender la violenta discusión que provocó Lafinur con su curso sensualista. Y en esto estriba, más que en nada, el valor del joven maestro; en su posición de combate, más que en el valor filosófico de su enseñanza en la que no supo ser ni original ni buen imitador.

La enseñanza pública de la filosofía comenzó en Buenos Aires en el año 1773 bajo la dirección del Dr. Don Carlos José Montero. Es de imaginar la satisfacción que las enseñanzas del Carolino provocaría en la población de la gran aldea, que con este centro de estudio acabaría por independizarse un tanto de Córdoba, de Chuquisaca o Lima a donde, sin embargo, habría de acudir para los grados de doctor, que Buenos Aires pudo conferir relativamente tarde.

La muchachada inscripta en los diversos cursos, es citada por Gutiérrez desde 1773 hasta 1818.

Constituye el grueso de aquella fila gloriosa que se estrenará políticamente el 25 de mayo de 1810 y que culminará en las posiciones públicas en los años siguientes.

Entresacamos el nombre de Cornelio Saavedra, Luis Chorroarín, Luis Tagle, Mariano Zavaleta, Hipólito Vieytes, Juan José Castelli, Manuel Belgrano, Dámaso Larrañaga, Pedro Agrelo, Julián Agüero, Mariano Moreno, Saturnino Segurola, Domingo Achega, Manuel Moreno, Bernardino Rivadavia, Vicente López, Bernardo Vélez, Tomás Guido, Esteban Luca, Manuel Dorrego, etc.

Muchos de ellos aparecieron luego por las universidades vecinas en busca del doctorado y otros fueron arrancados del aula por las Invasiones Inglesas primero, por la Revolución de Mayo después.

Los acontecimientos públicos de principios del siglo llamaban a los jóvenes por otros caminos y la vieja filosofía del aula quedó poco menos que olvidada o relegada de nuevo al claustro.

Una nueva filosofía se impuso extracátedra y la legión avanzada de Moreno, Castelli, Belgrano, Monteagudo, Rivadavia, etc., la aceptaron; el resto la resistió.

En manos de los jóvenes del Carolino, anduvieron los destinos de la patria: a veces a la derecha, a veces a la izquierda.

Por un lado andarán los que avanzan en el siglo nuevo, y son los menos; por otro, los que tiran en retroceso hacia la mentalidad colonial, y son los más.

No ha sido otro el proceso de nuestras ideas.

Dos filosofías antagónicas mueven a los espíritus desde la creación del virreinato o antes de él: la Escolástica Colonial que busca restaurar sus instituciones y creencias y la Ideología Revolucionaria que quiere implantar las suyas. La síntesis de los opuestos se iniciará tras Caseros y se expresará en la organización nacional con instituciones democráticas laicas. Allí maduró la Revolución y con ello se evidenció que no fue vana la prédica de aquellos “jovencitos” que si digirieron a medias el pensamiento liberal europeo fue por que lo recibieron también a medias -dados los apurones en que los ponía la censura- o porque la Patria no estaba como para esperar y los acontecimientos exigían vida apresurada. Las campañas militares y políticas que siguieron a 1810 tenían absortos los ánimos y la enseñanza marchó con el ritmo que tuvo en la Colonia. Nadie acertaba a mejorar la situación, pese a los programas de Mayos, del Triunvirato y de la Asamblea del año 13.

Instalada la Junta de Gobierno, se preocupó con Moreno y Belgrano por la enseñanza pública y surgió así la escuela de matemáticas de Sentenach, continuadora de la Academia Náutica de Cerviño. Pero, porque así lo exigían los acontecimientos, esa enseñanza buscaba ser útil para la guerra y el soldado. Así lo dice su plan, así su inspirador y así el informe del director.

Fue necesario llegar al Triunvirato para encontrar una inspiración hacia la enseñanza laica y de aplicación civil. Rivadavia dijo en esa oportunidad lo que consiguió realizar años después. Apareció el maestro don Rufino Sánchez iniciando la escuelita laica que tanto buscaron implantar y dignificar Rivadavia y Sarmiento. Este primer Triunvirato terminó, por otra parte, la vida de Sentenach -conspirador con Alzaga- y concibió un vasto plan de

estudios públicos que consignó en la “Gaceta” del 7 de Agosto de 1812. Los padres verán a sus hijos convertirse en químicos, naturalistas, geómetras, militares, políticos. El gobierno ha decidido -se anunciaba- establecer estudios en que se enseñe el derecho público, la economía pública, la agricultura, las ciencias exactas, la geografía, la mineralogía, etc.

Todo ello debía hacerse con profesores extranjeros que se contratarían para el caso. Ese fue el plan educacional que el Triunvirato ofrecía como blanco a las críticas. Que empezaban a amenazar y que parecían encaminadas a hacerlo caer. Y así ocurrió, sin que las reformas llegaran a la práctica. Pasaron a mejor oportunidad, para que el puño de Rivadavia las impusiera cuando el ambiente político fuera otro, no sin tener que vencer resistencias mejor organizadas aún.

Pasó a la Asamblea del año 13 toda una preocupación por el problema de la cultura. La Revolución triunfaría con escuelas, academias y centros de altos estudios, voceaban hombres y periódicos de la época. Pero poco o nada se haría.

Los estudios seguirían a merced de los acontecimientos políticos: progresando a veces, estacionándose otras. Eran los vaivenes de la Revolución y nadie habría de impedirlo. Por otra parte, nuestros hombres públicos de entonces carecieron de ideas concretas sobre el problema educacional, que no pasó de preocupación y de honda meditación hasta que se resolvió la Independencia política de la joven nación. ¡Este Fernando VII, hasta allí nos había perturbado!

Tras el Congreso de Tucumán vuélvese en concreto a la reorganización de los estudios públicos en Buenos Aires. Se piensa de nuevo en la Academia de Matemáticas -que se entregó a Senillosa- en la de Dibujo, en la Escuela de Medicina según el plan Argerich, en el teatro -con la Sociedad del Buen Gusto-en la cultura de la mujer -con internado para señoritas- y en la reorganización del viejo Colegio de San Carlos. Todos estos hechos se relacionan íntimamente con la posición que daremos a Lafinur, ya en su cátedra de filosofía, ya en la Sociedad Secreta “Valeper” o en su actitud polémica con el púlpito y con los acontecimientos históricos que se avecinaban.

Con fecha 2 de junio de 1817 apareció un decreto del Director Pueyrredón -acompaña la firma de Gregorio Tagle- señalando medidas que deberán tomarse para establecer los estudios públicos del viejo Colegio de San Carlos que pasarían, desde entonces, a llamarse Colegio de la Unión del Sud. Y en verdad que -en cierto aspecto- resultó de la unión: allí llegaron por sus propios medios o bajo el amparo oficial, jóvenes de todas las provincias que buscaban mejorar la cultura que recibieron de los empobrecidos colegios del terruño, cuando no de esforzados autodidactas que felizmente no escasearon en el medio intelectual de aquellas épocas.

Hemos seguido los documentos y la prensa oficial marcada por Gutiérrez. Allí ha quedado la “Gaceta” del 22 de julio de 1818 con su artículo redactado por Don Julián Alvarez y el discurso de apertura del Colegio, pronunciado por su rector, el Dr. Don Domingo Victorio Achega, a quien encontramos como discípulo de filosofía por los años 1795-1797 y luego como profesor dogmático en 1814-1816.

La apertura del Colegio tuvo lugar en la Iglesia de San Ignacio el jueves 16 de Julio de 1818. Así quiso el gobierno celebrar el aniversario de la declaración de la Independencia, que no pudo hacer el 9 por las copiosas lluvias.

Predicó, dice la “Gaceta”, el doctor Don Diego Estanislao Zavaleta, deán de la

Catedral de Buenos Aires. Subrayamos este nombre, porque precisamente fue el profesor de filosofía del Dr. Achega en aquellos años 1795-1797 que ya señalamos. Conocemos su tratado de física, capítulo de dogmática.

Por un oficio que Tagle envía al Director Pueyrredón, sabemos que el Colegio entraría a funcionar gracias a legados y a herencias transversales que hicieron un efectivo de 20.000 pesos para atender el sueldo de los maestros. Habla el oficio, de la “esperanza de establecer en esta capital un plan de estudios montado sobre el pie de los más acreditados de la Europa”. Veremos más adelante en qué quedaron tales esperanzas, cuando aparezca Lafinur como la más acabada expresión del pensar europeo en una cátedra oficial del Plata.

Del discurso del Dr. Achega, hemos tenido que subrayar -porque así lo exige nuestra tesis- lo siguiente: hemos de coronar la obra, formando el hombre religioso y el hombre público. Basándose en el capítulo 6º -artículo 7º- de la constitución del nuevo Colegio, el rector asegura ante los padres reunidos, que vigilará porque la vida cristiana y virtuosa sea la base en que descansa el establecimiento. Cuidará de que los alumnos cumplan con las obligaciones de cristianos porque “adornando los jóvenes su entendimiento con la ciencia y fortificando su corazón con todas las virtudes, se entreguen en manos de la religión para aprender el uso que deben hacer de sus luces”. No necesitamos insistir más sobre esto, para marcar la orientación de los estudios del nuevo colegio. No podrá ser otra, ya que el gobierno sabía porque entregaba al clero aquellos estudios.

El Directorio de Pueyrredón constituyó el gobierno de concentración conservadora en que epilogó el Congreso de Tucumán y cuyo eje -dice Ingenieros- fue su ministro Don Gregorio Tagle, que luego veremos conspirar contra el plan reformista de Rivadavia. El gobierno estaba dispuesto a jugarse íntegro para evitar que los destinos del país cayeran en manos de los monteagudistas, de los alvearistas o dorreguistas ultraliberales que encarnaban con su europeísmo agudo un peligro para la sociedad y su orden.

Era la reacción contrarrevolucionaria que de nuevo se expresa desde el gobierno y así entenderemos que un colegio de altos estudios en que se deseaba formar a la juventud en sistema de ideas, no había de confiarse sino a quienes los secundaran. Por eso vemos a Zavaleta, a Achega y a Tagle en el plan educacional del Directorio Pueyrredón. A este Colegio llegaría Lafinur en 1819, cuando la constitución unitaria empezara a levantar la montonera. ¡Qué momento histórico haría marco a su prédica culta y sentenciosa! El torbellino que se precipitaba contra Buenos Aires, haría percibir bien equivocadamente sus palabras e intenciones.

Su curso habría cabido mejor en la época rivadaviana. Pero el destino lo anticipó y si el catedrático cayó, la siembra fue para que el plan laico rivadaviano no pereciera en 24 horas. Quienes han tocado la vida de Lafinur, han descuidado un tanto estos nubarrones históricos, preocupado por el punto filosófico. Para valorizar a éste por dentro, es que insistiremos sobre ellos a cada paso. Lafinur no es un “raro” en su época. Está bien impregnado de ella, y el fenómeno histórico no puede desvincularse un ápice de su ideología.

CAPÍTULO TERCERO

LA IDEOLOGÍA EN EL PLATA

I. La escolástica tradicional.

II. El espíritu de la Filosofía Moderna.

III. Lafinur en su cátedra de Filosofía.

IV. El sentido de su prédica en nuestra evolución nacional.

I. LA ESCOLÁSTICA TRADICIONAL

Antes de entrar en el curso filosófico de Lafinur hemos de revisar primero, los principios de la filosofía cristiana que animaron el plan cultural que él tanto combatió y luego, el espíritu de la filosofía moderna cuyos principios siguió en sus enseñanzas. Se nos hace indispensable tratar bien de cerca direcciones tan antitéticas -escolástica y moderna- si queremos señalar la posición que Lafinur ocupa en la evolución de nuestras ideas. Por otra parte, hemos sostenido en nuestros precedentes capítulos que la ética agustiniana, la física aristotélica y la teología tomista han constituido el programa en que formó su mente una larga generación de argentinos ilustres y que la filosofía moderna determinó a su vez la corriente ideológica opuesta, en que militara otra larga generación de argentinos no menos ilustres. Por lo uno y por lo otro hemos de volver, sin pretensiones de ser originales, sobre ambas direcciones filosóficas. Seguiremos para ello el balance que ya está hecho, por comentaristas bien autorizados.

A) El Cristianismo había caído con su credo sobre pueblos bien diferentes los unos de los otros. Buscaba unir a los hombres bajo una misma doctrina piadosa: el Amor. Predicaba el amor entre los hombres y el amor a un solo Dios verdadero. El sacrificio de la Cruz tenía ese significado. Murió Cristo por amor a los hombres, por su redención, por su reconciliación con el Altísimo. Fundóse la Iglesia Católica para transmitir estas enseñanzas y para asegurar la existencia histórica de Jesús por las Profecías del antiguo testamento y por los Misterios y Milagros contenidos en el nuevo. Sólo en el seno de la Santa Madre Iglesia estaba la salvación. Las almas purificadas en la penitencia y en la oración, alcanzaban en ella su perdón. Indudablemente que se magnificaba así, la vida del más allá. Este mundo vale sólo como medio y oportunidad para prepararse para la vida celestial. La tarea no era sencilla. La Iglesia debía recorrer un camino áspero y había de luchar por largos siglos para afianzarse. El espíritu pagano se alzaba por doquiera. Se hizo, sin embargo, de una posición ante él: apeló a las autoridades paganas para imponer sus dogmas. De tal fusión salió la filosofía cristiana dispuesta a racionalizar el dogma y a fundamentar científicamente la revelación.

No faltaron opiniones adversas a tal fusión, pero ésta terminó por imponerse. El camino fue largo y supone buenos siglos de disputas y controversias entre los representantes de la Teología y los pensadores paganos.

Los momentos más interesantes y decisivos los señalan San Agustín (354-430) y Santo Tomás de Aquino (1225-74).

B) San Agustín impone con su interesantísima personalidad la filosofía platónica a través de estoicos y neoplatónicos.

En ellos encontró muchos puntos de contacto con el pensamiento cristiano y su mística espiritualidad supo orientar la dogmática con acentos tan peculiares, que su eco no se ha perdido ni aun después de 15 siglos. En nuestra filosofía del día nos encontramos con que posiciones bien opuestas a la suya, se expresan en términos por demás parecidos cuando nos piden una mayor aproximación a las cosas y una captación de esencias basada en intuiciones originarias. Por el camino del nuevo empirismo del siglo, nos saturamos hoy de lo que fueron exclusivas enseñanzas del gran místico.

Indudablemente que San Agustín da tono al pensamiento de la Edad Media tan ávido de vida interior -de subjetividad- en abierta contraposición al pensamiento pagano objetivo, subordinado de la naturaleza más no del sujeto.

Si San Agustín no llegó a crear un sistema filosófico propio, planteó en cambio los viejos problemas en términos tan nuevos y por un método de interioridad tan cautivadora, que afianzó la autoridad de la Iglesia.

Mientras llega Santo Tomás, es San Agustín el único faro que ilumina en la Edad Media, nos dice Alejandro Korn.

“Confesiones”, “De trinitate”, “De civitate Dei” y sus trabajos menores dieron a la Iglesia la más seria argumentación para solucionar los problemas acerca de la existencia de Dios, del mundo, de la inmortalidad del alma, del Estado.

Se propuso airadamente dar una solución al problema de la verdad arrancándolo de las corrientes sensualistas y escépticas en que había caído y en una literatura personalísima supo fundamentar el conocimiento por un método nuevo: apartarse de los sentidos y encaminar la visión hacia la propia intimidad. Por el camino de la duda sistemática -el mismo que habría de preconizar Descartes para proclamar la ruina del pensamiento del medioevo- había de llegarse a verdades últimas, intuitivamente perceptibles.

El hombre puede encontrar en su intimidad -dice San Agustín- por el camino de la duda y de la crítica, pensamientos que son fuerzas reales, verdades últimas, verdades sobre las cuales la duda no puede hacer mella. Si la verdad permanece oculta es porque se carece de un método adecuado para encontrarla. Se ha buscado encontrarla por vía de los sentidos -empíricamente- pero se ha descuidado la intimidad del yo, la propia conciencia. Hay que acercarse a ésta metódicamente, sistemáticamente, y por contemplación -por intuición espiritual- se descubrirá la certeza de los hechos de conciencia.

Recordemos lo que apunta Baumgarner, al seguirlo en el problema de la verdad: en medio del torbellino de la duda, hay algo que permanece cierto y exento de duda y “es la duda misma”, “el ser tú un ser que duda”. “Y quien duda, vive. Quien duda, recuerda aquello de que ha dudado. Quien duda, quiere tener certeza. Quien duda, piensa. Quien duda, sabe que no sabe. Quien duda, juzga que no debe permanecer sin recapacitar. Quien duda, pues, de algún modo, no puede dudar de nada de esto. Porque si nada de esto existiere,

no podría dudar de nada”.

Por igual forma axiomática salva de la duda a la existencia del yo que duda. “Si yo me engaño, soy; el que no es, no puede engañarse”.

Pero por encima de estas verdades de conciencia de validez puramente individual, es necesario buscar así mismo verdades que sean eternas, inmutables; verdades que lleven en sí una validez invariable e intemporal. Los sentidos no pueden, desde luego, darnos la certeza. Son fuentes de conocimiento relativo, mas no absoluto. A éste no hemos de llegar por vía empírica, sino por intuición inmediata. El conocimiento absoluto es conocimiento de la verdad pura, del ser; es conocimiento de esencias.

Pero el conocimiento sensible ¿es, pues, despreciable? De manera alguna, contestaría San Agustín. Los sentidos nos dan, es cierto, una imagen del mundo, pero es una imagen segura y fiel. Por los sentidos el intelecto sabe afirmar un mundo objetivo que fluye fuera del yo. Los sentidos sólo pueden alcanzar lo que varía constantemente, lo que fluye. Lo inmutable, constituye un mundo inteligible del que el mundo sensible no es sino su imagen. A este mundo inteligible, morada del verdadero ser, de la verdadera realidad, llegamos sólo por el pensamiento puro y de allí parten las verdades eternas, limpias de todo elemento empírico. Se nos imponen con un carácter apriorístico. Son normas, reglas, patrones que enjuician tanto nuestro espíritu como las cosas corpóreas. Tienen validez universal. Las máximas éticas, por ejemplo, nos sirven para juzgar lo bueno y lo malo de cada cosa y del mundo.

Para San Agustín no hay, pues, un abismo infranqueable entre el mundo inteligible y el sensible. Las verdades eternas se aplican al material de los sentidos para darnos un conocimiento científico del mundo empírico. Los sentidos se subsumen -conservamos la exposición de Baumgartner- bajo los dictados eternos e invariables de la razón. Los datos que parten de los sentidos tienen según San Agustín (¡y esto lo acerca tanto al pensamiento contemporáneo! Recordamos a Husserl) un gran valor sugestivo sobre el intelecto: incitan al espíritu a volverse hacia su interior para buscar los conceptos y leyes que guarda y que debe utilizar para el conocimiento de las cosas.

Esta actitud crítica lleva a San Agustín a distinguir claramente entre el sujeto que conoce, que contempla y el objeto conocido, contemplado. El acto de conocer está ligado al sujeto individual (cada cual contempla la verdad con su propio espíritu) pero en lo contemplado no hay el menor asomo de subjetividad. Lo contemplado está por sobre lo individual, por sobre lo temporal; por encima de lo empírico y de cada sujeto. La verdad única -porque invariable e igual para todos- es una verdad trascendente. A ella llegamos sólo por “iluminación”, por intuición. Con lo que se aclara que el alma no ha podido crear las verdades eternas. Sólo las descubre. El creador está más allá de cada espíritu: es Dios, razón de todo lo existente, legislador del ser y del pensar. Las verdades eternas que descubrimos en nuestro espíritu -dice San Agustín- están en el espíritu pero no son engendrados por él. Exigen una causa proporcionada.

(Que la causa no contenga ni menos, ni lo mismo, sino más que el efecto).

El espíritu es variable y las verdades que sean eternas -por serlo- no pueden ser creadas sino por lo eterno e inmutable: Dios. Pero San Agustín encuentra otra prueba de la existencia de Dios: la armonía que las cosas ofrecen. Armonía y belleza nos están pidiendo una causa proporcionada, una causa que tiene que actuar teleológicamente. La creación

divina responde a un fin, a un plan indudablemente artístico. Mas, San Agustín no se detiene en el camino. Debe aún responder a otras exigencias de su rico temperamento.

¿Y la esencia de Dios? Hasta allí, el papel de la Razón, dice, Dios es incomprendible; a Dios me liga mi voluntad, mi querer, mi amar. De él, nada sé por las categorías intelectuales. Lo tengo por presencia; lo contemplo y en él descanso.

¿Qué dejó expresado San Agustín en la historia de la Cristiandad? La conciliación de la fe y de la razón. La fe no debe quedarse en la pasiva. Debe llamar a la razón y elevarse hasta el saber. A Dios lo siento, lo conozco y lo comprendo.

(“Credo ut intelligam”)

Hijo de la fe cristiana y de la filosofía griega -dice Korn- no vio traicionado su espíritu por sus doctrinas. El centro de ellas son la Religión. En San Agustín ocupa la Filosofía un alto puesto, pero su fin es servir al “Credo”. Teología por encima de Filosofía.

Una pregunta nos parece oír: ¿Qué es del hombre, en la filosofía de este hombre de tan vigorosa personalidad?

¿Qué puede ser el hombre ante un Dios todopoderoso, omnipotente, omnisapiente! Ser sumiso, ser subordinado. Lo que tiene que ser ante todo mecanicismo.

Pero San Agustín era demasiado inteligente para proclamar el encadenamiento -esclavitud- del hombre. Lo proclama libre; por eso su hombre es culpable. El hombre cae en el Mal, dice, por apartarse del Bien, por olvidar la ley del Amor. Y si Dios tolera el Mal es para demostrarse Bueno, perdonando. ¿Que la razón no entiende esta afirmación conjunta de la necesidad causal y de la voluntad libre? Peor para la razón -diría San Agustín-pues la fe, sí la entiende. En el mundo de la fe, nada queda sin respuesta. Allí se da cuenta también de la inmaterialidad del alma, de su inmortalidad, de su modo de estar en el cuerpo y en sus relaciones mutuas.

Su clara comprensión de los procesos anímicos a los que gusta analizar y describir -pero sin dejar de entrever su unidad y su interdependencia- lo acercan como hemos dicho ya, a direcciones psicológicas recientes que reniegan de toda reducción atomizante y proclaman la necesidad de guiarse por “complejos estructurales”.

Hay en verdad en la filosofía agustiniana, temas y soluciones que difícilmente podremos echar en el olvido.

C) Entre San Agustín y Santo Tomás de Aquino median ocho siglos. En el largo compás de espera, el interés filosófico aparece un tanto anulado por las preocupaciones de la Invasión Bárbara, por las interminables disputas entre el Papado y el Imperio y por la organización de las Cruzadas. La filosofía casi oculta en los monasterios y catedrales no acierta a buscar direcciones nuevas y se mueve por las sendas ya recorridas.

Si alguna sacudida se experimenta es debido al inquietante movimiento cultural promovido por los árabes. Llegaron a España (siglo VIII) por el camino de Alejandría trayendo un vasto saber acumulado en sus andanzas por el mundo oriental. Poseían en alto grado la filosofía griega que Alejandro sembró en sus conquistas y en contacto con los judíos promovieron en España un verdadero renacimiento intelectual que se tradujo en el progreso de la medicina, de las matemáticas y de las ciencias físicas. En materia filosófica impusieron a Aristóteles provocando discusiones en torno a sus ideas. Averroes (1126-1198) buscó conciliar a Aristóteles con la dogmática del Islam y Maimónides (1135-1204) con su credo judío.

Indudablemente que en contacto con estos comentaristas árabes y judíos el pensamiento cristiano buscó cuanto antes una fusión con la filosofía aristotélica, para arrancarla de manos de los herejes. Pero imponer a Aristóteles en el mundo cristiano, no era tarea fácil. Se trataba de un ambiente acostumbrado a la tradición platónico-agustiniana.

Se acusaba a Aristóteles de revestir un carácter por demás naturalista y racionalista.

Al principio se lo toma fragmentariamente y se lo lleva de acá para allá en largas controversias. El problema de los “universales” que divide las opiniones en nominalistas y realistas, llena la historia de la escolástica. Pero no faltaron espíritus que se elevaran por sobre la disputa estéril y proclamarán la necesidad de orientarse por un sistema completo. Esta tarea estaba reservada a Santo Tomás y se la había señalado su maestro Alberto Magno. (1206-1280).

D) Santo Tomás de Aquino (1225-1274) domina en la escolástica como San Agustín en la patrística. Nadie llegó como él a satisfacer las pretensiones de la Iglesia Cristiana: mantenerse en la fe de los dogmas; dar una fundamentación racional de su contenido y hacer una sistematización científica de ellos. La fe, como postulado del conocimiento filosófico. La labor de Santo Tomás se vio ayudada por la creación de universidades así como por la traducción latina de las obras aristotélicas que empiezan a ser leídas directamente del griego.

Dos órdenes religiosos -franciscanos y dominicos- eran los portavoces del pensamiento filosófico de las escuelas. Los franciscanos -con San Buenaventura- se aferraban a la antigua dirección platónico-agustiniana, mientras que los dominicos -con Alberto Magno- eran los renovadores que buscaban un nuevo criterio para la filosofía cristiana: el de la investigación y observación de hechos según la Lógica de Aristóteles.

Tocóle, pues, a Santo Tomás -dominico- una obra bien penosa. No se trataba sólo de vincular a Aristóteles con la fe cristiana, sino que al someter a examen crítico sus doctrinas debía realizarse una verdadera obra de depuración. Aristóteles era mal conocido. Había que presentarlo desligado de todo aquel material cargado de fantasía y de utopías que los neoplatónicos le habían agregado; había, así mismo, que borrar de él, los aditamentos de herejes de árabes y judíos. Contra todos se expidió en su “Summa contra gentiles”. Su creación máxima -”Summa theológica”- vendría después, aunque inconclusa. Con ella selló su triunfo, contra propios y extraños. Impuso definitivamente a Aristóteles. Baumgarner ha dicho que si San Agustín platonizó la ciencia del occidente cristiano, Santo Tomás la aristotelizó. Ése es su mérito y ésa su obra dentro de la escolástica. Tampoco fue un creador; manejó -bajo el criterio de autoridad- todo un material dado. Pero lo manejó con tal vigor y personalidad que con razón ha quedado como uno de los más serios sistematizadores en la historia del pensamiento humano.

Santo Tomás de Aquino es, antes que nada, hombre de su Religión. Se ha propuesto servirla y divulgarla. Sus enseñanzas -a través de varias universidades- no buscan otro fin. Su doctrina es, sobre todo, Teología; la filosofía está a su servicio. Es, por otra parte, la fórmula cristiana que se ha propuesto sostener.

En torno a Dios, giran todos los problemas.

El hombre ha buscado en vano su felicidad, haciendo reino en este mundo. La Iglesia Cristiana se ha propuesto abrir la mente y el corazón humano para que la mirada

se dirija hacia arriba. En el reino de Dios encontrará la ansiada felicidad. Hace base al sistema tomista, la doctrina del ser. Su ontología es, como la de Aristóteles, una doctrina de la "potencia". Potencia es un principio subordinado: su determinación la debe al "acto". Sólo el "ser actual" es acabadamente perfecto. El "ser potencial" es ser en posibilidad de perfección, de formación. De esta doctrina de la potencia deriva el concepto tomista de "materia" y de "forma": la materia es un ser en potencia. Como tal, es pasiva; está sujeta a cambios, a determinación; es configurada y definida por la "forma". Ésta es activa; es quien actualiza a la materia, y quien le da su ser. La materia carece de existencia independiente y como tal, es creada y no puede ser creadora.

Dentro de este criterio cabe entender todo devenir -todo proceso- como un paso de la potencia al acto. De acá deriva el resto.

En un plan que es todo orden y armonía asistimos -con Santo Tomás- a un desfile gradual de entequeias: formas elementales, formas inorgánicas, formas orgánicas (alma de plantas y animales) y por encima -como el más alto grado en las formas terrenas- está el hombre con su alma intelectual.

No termina allí la cadena. Vienen luego las formas supraterras (angelicales y Divinidad) donde en Dios hace culminar todo el sistema.

Hay otra dificultad que Santo Tomás ha sabido zanjar sin salirse del campo aristotélico: la espiritualidad del alma y su inmortalidad a partir del hombre.

El alma es inmaterial y activa; es forma y, como tal, no ha podido ser creada por la materia. Ésta le obedece. El alma de plantas y animales es una forma inherente y, como tal, es perecedera. Las "formas inherentes" son inseparable de la materia en su ser y en su actividad. Pero el alma humana que es "subsistente", con existencia propia dentro de la materia, recobra su libertad cuando el cuerpo muere.

Interesa a Santo Tomás el alma libre de toda traba material, porque sólo en el más allá puede producirse la plena contemplación de Dios y de sus atributos. A Dios llegan los elegidos. En él encuentran la justa recompensa a la vida digna que han llevado en la tierra. Santo Tomás en su acentuado intelectualismo se inclina -como Aristóteles- por la vida teórica. Es la vida que Dios sabrá recompensar.

Su Dios está dotado de sabiduría e inteligencia. Ha entregado al hombre un mundo en que todo está armónica y ordenadamente encaminado a fines. Apartarse de este plan preestablecido -romper su armonía- es querer apartarse de la Buena senda y encaminarse por la Mala. Dios ha puesto en el hombre la potencia de adquirir siempre la virtud. Si así no lo hace es porque su voluntad no se decide por ella. Si el hombre ha caído en el mal, es porque libremente ha contrariado la voluntad divina. Es que en Santo Tomás no es incompatible -como no lo era en San Agustín- la más absoluta necesidad con la más perfecta libertad. La oposición es de este mundo; al transponerlo, todos los opuestos se desvanecen. Allí se realiza la conciliación de los opuestos.

En su doctrina del conocimiento está toda la novedad que Aquino pudo aportar al mundo de la cristiandad.

Todo lo que en San Agustín era subjetivismo pasa hacer objetivismo en Santo Tomás. Aquél hacía un llamado hacia el yo, hacia los procesos de conciencia, guardadores de verdades eternas. Santo Tomás, partiendo del empirismo aristotélico, hace un llamado hacia las cosas corpóreas. El primer paso hacia el conocimiento de la verdad es ponernos

en contacto con las cosas. Por ese camino hay que llegar a Dios. El conocimiento de Dios debe partir de los sentidos y seguir según la ley de causalidad. No olvidemos que Dios es para Santo Tomás, lo que para Aristóteles: algo absolutamente necesario como principio en la serie causal. Algo incausado que es principio de todo lo existente.

Así entenderemos que nos pida reglar el pensamiento humano por las cosas; conformar la mente a ellas. Por vía de los sentidos captaremos lo que haya de individual en ellas. Lo general -esencias- sólo es aprehensible por el intelecto.

Pero ¿qué poder tiene el intelecto para cumplir esta función?

No es un poder extraño a la humana naturaleza, contesta Santo Tomás. Rechaza la doctrina de las ideas innatas. Y nos habla del intelecto activo que abstrae de los datos de los sentidos (“fantasmas”) las esencias que contienen en potencia.

Los resultados de la abstracción - “species intelligibilis”- constituyen el material por el cual el “intellectus possibilis” alcanza el conocimiento y elabora el concepto. En una palabra: quiso Santo Tomás que no se busque el origen de los conceptos fuera del campo de la inteligencia humana y despreciando el mundo empírico.

El conocimiento abstracto depende de los sentidos. Nos ha dicho que no hay conocimiento abstracto sin “fantasmas”. Indudablemente que su posición filosófica pudo marcar un derrotero, pero era la filosofía moderna quien había de sacar provecho de ella.

Y de Dios, ¿qué conocimiento poseemos?

Santo Tomás no podía responder sino desde su punto de vista teológico: de Dios poseemos un conocimiento racionalmente incompleto.

El conocimiento conceptual no penetra su esencia. Ésta escapa a toda razón. Apelemos, pues, a la creencia y marquemos límites a la humana razón. Y filosofía y teología precisan sus posiciones: la primera, con las “verdades de razón”; la segunda, con las “verdades de fe”.

II. EL ESPÍRITU DE LA FILOSOFÍA MODERNA

La escolástica había dejado trazado un camino: la deducción silogística, como método del conocer. Por vía dialéctica (en sentido aristotélico) habrá de hacerse la interpretación de la realidad.

Para entender a la naturaleza bastaba el criterio de autoridad, los libros consagrados y la discusión de opiniones. De abstracción en abstracción llegábase a un mundo de “entes de razón” que había de sostenerse, luego, como de existencia real.

No faltaron los rebeldes dentro de la escolástica misma, pero es fuera de la Iglesia y sus dominios donde el ataque y la crítica se sistematizaron libres del dogma.

Se proclama la vuelta a la naturaleza para interpretarla por el camino de la observación directa.

Con el mejor conocimiento de la naturaleza, en que había iniciado indudablemente Copérnico, se inicia una época de acusación al criterio escolástico. Se le enrostra el haber creado esa especie de “sueño intelectual” que rechaza toda experiencia del mundo y pide desatenderse de la naturaleza. Se pide volver desde el más “allá”, para elaborar “acá”

una doctrina de la felicidad del hombre por el camino de la ciencia y de la filosofía. Se pide así mismo independizarlas del servilismo en que la Religión las ha colocado. Y la prédica no cae en vano: Giordano Bruno va a la hoguera, pero la escolástica no acierta a rehacerse. Keplero y Galileo darán -en nombre de la ciencia natural-el golpe definitivo y el pensamiento nuevo se abrirá un camino tan seguro, que ha de concluir por imponerse en sistemas incommovibles ante todo ataque dogmático. Dos grandes direcciones se perciben: el empirismo inglés y el racionalismo continental.

Bacon (1561-1626) había señalado el punto de partida del empirismo. Lo siguieron Hobbes, Locke, Hume como los más representativos.

Proclamaron el método inductivo, de las ciencias naturales, como el método filosófico por excelencia. Respetando las diferencias que separan a cada posición, percibimos lo que de común hay en ellas: el anhelo de emancipar las mentes del saber tradicional, desarraigando prejuicios y explorando la naturaleza (incluso el entendimiento humano) por vía analítica.

Descartes (1596-1650) inició -paralelamente- la dirección racionalista que había de culminar con Spinoza y Leibniz.

Atacan también a la estéril escolástica que dejándose llevar por la fe y el criterio de autoridad ha perdido de vista a la realidad. Acercarse a ésta por el método del conocimiento matemático, es la aspiración manifiesta de los racionalistas. Investigar la naturaleza y el hombre para hacer una formulación matemática de lo que nos muestran los sentidos. Sólo por el camino de la exactitud -de la validez universal- se alcanzaría la certeza.

La idea de matematizar la realidad para abarcarla de un modo total, según una ordenación racional continua, fue ganando por igual el espíritu de racionalistas y empiristas. Con ayuda de Newton -los últimos- y con Leibniz -los primeros- llegaron en el siglo XVIII a la más inquietante ansiedad por una concepción unívoca, que hace olvidar los antagonismos pasajeros que separan a unos filósofos de otros. Empiristas y racionalistas se mueven por un ideal común: una mecánica universal que resuelva todos los enigmas.

Ella sería la llave prometedora que llevaría al hombre a penetrar en todos los secretos del mundo, así físico como moral.

Fue ésa la posición que adoptaron los revolucionarios franceses que bajo la influencia tan directa de Locke habrían de proclamar -bajo un inusitado liberalismo- la doctrina de los derechos del hombre que tanta influencia ejerció sobre nuestro credo de Mayo, como lo hemos expresado ya.

Enciclopedistas e Ideologistas extremean -bajo la dirección espiritual de Condillac- las conclusiones del racionalismo naturalista que venimos siguiendo. Por el camino soberano de la Razón esperaban poner orden en el mundo. Ya no necesitaría el hombre apelar a fuerzas sobrenaturales -todopoderosas- para explicarse los problemas que lo acosan. La Razón, libre del dogma, todo lo alcanzaría. Con el uso adecuado de ella, el hombre debía proceder a ordenar el mundo que lo rodea por fuera y por dentro. La consecuencia inmediata sería una nueva ordenación social, con nuevo criterio sobre deberes y derechos.

Sobre esta base natural racionalista se proclamó una nueva ética, un nuevo derecho y una nueva religión.

Separar la Iglesia del Estado, tolerar todos los cultos... Así desaparecerán los males de la tierra y el hombre podrá elaborar en ella su propia felicidad sin temor a castigos y sin

esperanza en recompensas del más allá. Acá, en este mundo, debe dar cuenta de sus *actos* y ante su propia conciencia -no ante tribunales divinos- responsabilizarse de ellos.

Sobrevino la crítica más ardiente. Los espíritus de fines del siglo XVIII parecían fatigados de tan agudo intelectualismo. Pero es un momento pasajero. Pasado el fervor sentimental que trajo consigo el romanticismo de la primera mitad del siglo XIX, con el movimiento positivista -que se inicia sobre el éxito de las ciencias físico-naturales- sobrevinieron los mejores días para el racionalismo filosófico. Allí culminó esta dirección del pensamiento moderno. El profesor Francisco Romero que nos ha familiarizado tanto con el espíritu de esta corriente filosófica que hace crisis a fines del siglo pasado, nos lo expresa en la dirección psicológica que desde Hume a Wundt se mueve sobre el concepto de “átomo”.

Partiendo de la atomística tradicional se habla de “elementos” psíquicos irreductibles -simples- que desempeñan en la vida psicológica el papel que los “átomos” en el mundo de las cosas empíricas. Por este camino hemos asistido a los progresos de una psicología analítica que descompone los procesos psicológicos como la química descompone la materia. Psicología que ha buscado darnos para el mundo psíquico, leyes tan exactas como las que alcanzamos en el mundo de la materia.

Los rudos golpes que desde fines del siglo pasado ha debido soportar el racionalismo han alcanzado, desde luego, a su psicología.

Un método “comprensivo” de vivencias -de complejos psicológicos- busca substituir la vieja atomística de los elementos irreductibles, por la dirección estructural a que nos vamos acostumbrando con Koehler y Koffka.

Los conjuntos “figura y su fondo”, “niño y su ambiente” ya animan a nuestra pedagogía y los maestros argentinos nos dejamos llevar -aunque en forma todavía vergonzante- por tan sugestiva novedad.

El ataque no ha venido sólo por este lado. En general -desde las más opuestas direcciones- se acusa al racionalismo naturalista de ser filosofía de “ficción”, “reductora” de la realidad, de la que sólo puede darnos esquemas lejanamente aproximativos.

Filosofía, diría Bergson, que se ha interesado sólo por la razón, descuidando el substratum humano que es la vida. Vida siempre creadora, que en su fluir incesante escapa a la razón, quien por seguir a la materia ha perdido la capacidad de penetrarla y captarla. Esto queda sólo para la Intuición.

Filosofía que ha resbalado sobre las cosas -dice el fenomenologismo de Husserl- alejándose cada vez más de sus esencias. Filosofía, en fin -dirán los defensores de la cultura- que no ha sabido penetrar en los valores creados por el hombre en su incesante lucha contra la naturaleza.

En la Argentina, donde el positivismo ha tenido tan hondo arraigo, la polémica recobra un profundo interés. No nos hemos quedado si participar en ella. No he de recorrer todo el largo camino, pero no quiero olvidar la “Libertad Creadora” de Alejandro Korn, ni la “Teoría del Conocimiento” de Alfredo Franceschi.

Korn, en nombre de su idealismo -y con el vigor mental que todos reconocemos- nos hace un llamado hacia una nueva sistematización donde Ciencia, Filosofía y Metafísica precisen sus posiciones. Así es posible que recobre vida la personalidad humana -creadora de valores subjetivos- tan abatida por el rígido mecanismo y tan aprisionada por las categorías de cantidad, causalidad y necesidad. Su hombre -sujeto activo en la evolución cultural- es

un constante rebelde, una interesante personalidad que jamás se resignará a ser espectador pasivo ante los mundos -el de afuera y el de adentro- que le toca dominar. Hombre movido por altas finalidades y por la conquista de la libertad que debe afirmar en cada acción, ha de quedar como una de las creaciones más altas que muevan el desenvolvimiento cultural argentino.

Franceschi, en nombre del más firme realismo, nos ofrece la dirección opuesta. Revisa cuidadosamente el concepto de causa y la crítica del idealismo a través de la historia de la filosofía para asegurarnos, con sinceridad y convicción, que no ve un absurdo en la aniquilación de la personalidad humana. Será algo muy doloroso, muy trágico quizá, pero es un hecho que a menudo se presenta en nuestro espíritu.

Puede uno situarse en la posición de la conciencia -epifenómeno- nos dice, aunque ello contraría nuestros más caros anhelos.

* * *

No creemos habernos alejado de nuestro tema, al ofrecer el balance que del racionalismo naturalista ha hecho la crítica contemporánea, por cuanto al referirnos a la Ideología -en que Lafinur nos ha iniciado con tanto fervor laico- debemos forzosamente situarnos en el cuadro general del pensamiento moderno, así como sentir la crítica que sobre él ha caído.

La Ideología sirvió en nuestro país de portada al pensamiento positivista tan reconstructivo y de una tan fructífera obra práctica y doctrinaria que se busca hoy superar.

Superar no supone negar. Las nuevas generaciones entrevén un horizonte que no puede ser el que movió a los fundadores de nuestra nacionalidad. Otros son los tiempos, otras han de ser, pues, las teorías. Superar el patrimonio que se nos ha legado -en una obra de cultura respetable- no ha de ser echarle en olvido, sino incorporarlo a la ideología presente para que responda a las necesidades de hoy, en vista a las aspiraciones de mañana.

Soportamos una profunda crisis de ideas pero ha de ser ella pasajera. Quizá salgamos fortalecidos de la lucha. Se trata de un país lleno de posibilidades y no hemos de ser los propios argentinos quienes retrocedamos ante las dificultades. Ahondemos en nuestra evolución mental y reconozcamos que nuestra tradición es liberal y democrática. Remontarnos hasta las raíces del movimiento y detener nuestra visión en uno de sus precursores -en el campo de la filosofía- ha sido nuestro propósito. Quizá pongamos un profundo cariño por el procer, pero hemos de movernos -entre las fuentes de información- con criterio desapasionado y con espíritu abierto a la crítica, como corresponde cuando se defiende una tesis ante la tesis de los demás.

III. LAFINUR EN SU CÁTEDRA DE FILOSOFÍA

Lafinur permaneció tres años en el Ejército del Norte. El 4 de septiembre de 1817 fue dado de baja, a pedido suyo, pero no sabemos si inmediatamente pasó a Buenos Aires.

Con el traslado del Congreso desde Tucumán, muchos jóvenes -ex combatientes- bajaron hasta la sociedad porteña en busca de horizontes nuevos y más prometedores: la “constitución política” y la “forma definitiva de gobierno” que debían salir cuanto antes de aquel Congreso, eran indudablemente una promesa para la joven nación.

Quizá llegó Lafinur entre aquella “mozada”, pues fotografías de mediados de 1818 lo presentan, ya, entre el elemento intelectual de la sociedad del Plata.

Vinculado a Juan Cruz Varela -que acababa de llegar de Córdoba- pronto se hizo de merecido ambiente entre los poetas de “La Lira Argentina”, que por tanto tiempo figurarían como los intelectuales más representativos de la “Nueva Nación”. Con Varela, Juan Ramón Rojas, Bernardo Vera y Pintado, Camilo Henríquez -con estos dos últimos hizo su carrera periodística acá y en Chile- aparecería, en la “Sociedad para el fomento del Buen Gusto en el Teatro”, como el elemento liberal, no obstante moverse en los moldes del pasado clasicismo en que había formado su cultura literaria.

Álvaro Melián Lafinur (pariente cercano del prócer) nos recuerda el anticipado romanticismo de don Juan Crisóstomo en aquel período clásico de las letras nacionales. Refiriéndose a los poetas de la Revolución -entre los que figura Lafinur- nos dice: “son autores que ofrecen una contradicción en cierto modo curiosa, pues siendo naturalmente subversivos en sus sentimientos e ideas, resultan conservadores y tradicionalistas en cuanto a sus peculiares formas de expresión. Rompen furiosamente en lo político con el yugo colonial, pero al mismo tiempo permanecen fieles al gusto limitado y a las normas rígidas del pasado clasicismo.”

Esto mismo hemos de anotar con respecto a sus enseñanzas filosóficas. Inicia una reforma en cuanto al contenido filosófico de su prédica, pero no alcanza a romper con los moldes de la filosofía escolástica. Quisiera emanciparse de ella en el fondo y en la forma, pero el peso de la tradición no se lo permite. Es algo que no podemos olvidar, si queremos señalar la posición que el joven maestro ocupa en el paso de la escolástica colonial, al pensamiento moderno.

Lafinur ocupó su cátedra de filosofía en 1819. Llegó a ella por concurso, en contienda intelectual con don Bernardo Vélez y don Luis de la Peña, de méritos muy reconocidos.

Buenos Aires no carecía de tradición filosófica. A Lafinur precedieron profesores del mérito de Juan José Paso, Luis Chorroarín, Diego Estanislao Zavaleta, Valentín Gómez, Francisco Planes, Domingo Víctorio Achega, Alejo Villegas...

Sobre la orientación filosófica de ellos nos hemos expresado ya: quiénes más, quiénes menos, todos siguen los principios dogmáticos de la escolástica. A la cátedra de filosofía del Carolino no llegó la prédica liberal de Enciclopedistas e Ideologistas, pese a las citas que de ellos se hicieron a veces. En todo caso se los nombra para anatematizarlos, no para seguirlos.

Pero no todos siguieron la filosofía de la cátedra. Hemos sostenido que el movimiento

liberal de las ideas fue ganando los espíritus extra cátedra. Moreno impuso a Rousseau en lo político, y Belgrano a Quesnay en lo económico. Faltaba remover el ambiente en la cátedra de filosofía.

En el aula, eran sacerdotes quienes expresaban en latín los principios de la Lógica, de la Física, de la Metafísica y de la Ética. En Buenos Aires como en Córdoba las autoridades filosóficas habían sido Aristóteles, Aquino y San Agustín. Si el nombre de Descartes -o de Newton- aparecía, era para polemizar contra sus principios.

En este ambiente levantaría Lafinur sus enseñanzas, intentando introducir el pensamiento nuevo como medio de terminar con el prejuicio y el dogma.

El material conservado por la prensa de la época es escaso, pero expresivo. Por otra parte, hemos leído con detención los fragmentos inéditos de su curso ofrecido por Gutiérrez. Se trata indudablemente de apuntes de un discípulo, pero no lo creemos muy alejado de la mente de su maestro. Ligado éste al caudal filosófico del siglo XVIII parecería -a primera vista- moverse entre Locke y Condillac. Del primero hasta se creería que lo repite textualmente en algunos pasajes sobre el origen de las ideas. Así lo ve Pessolano. Por nuestra parte, no creemos en lecturas directas del “Ensayo sobre el entendimiento humano” de Locke ni del “Tratado de las Sensaciones” de Condillac. Su plan nos parece calcado sobre las ideas de Cabanis y de Destutt de Tracy que pasaban por los oráculos del pensamiento liberal porteño de entonces. Notamos, así mismo, rastros muy visibles del “Discurso preliminar de la Enciclopedia” de D’Alambert, que Lafinur debió conocer ya en Tucumán, así como del “Bosquejo de los progresos del espíritu humano” de Condorcet. Con este material -digerido quizá a la carrera- se nos sitúa Lafinur en la dirección empiriorracionalista del siglo XVIII. El anhelo de sus inspiradores le toca muy de cerca. Como ellos, espera resolver por el camino de la razón -y del libre examen- los problemas que agobian el alma nacional. También espera, en la continuidad racional la salvación. Con razones y por vía de la razón han de entenderse los hombres, lo dice en un momento en que las mentes de sus compatriotas parecen perderse en los extravíos de las más fuertes pasiones: el año 20. A pocos meses de iniciada su enseñanza, debió el joven maestro hacer exposición pública de ella.

Puestos los alumnos en la escena -así reza el programa- deben dar cuenta de la primera parte del curso filosófico que comprende: “la ciencia del hombre físico y moral y sus medios de sentir y conocer”.

Se sostendrán en el idioma del país -no en latín- los asertos que se enuncian, recorriendo las observaciones ideológicas, fisiológicas, lógicas y político-económicas en que se fundan.

La base científica de su exposición filosófica la toma, Lafinur, de Cabanis. De su libro “Relaciones entre lo físico y moral del hombre” debieron partir las nociones fisiopsicológicas que campean por sus apuntes. Con Cabanis se sostendrá que el hombre es un animal como los demás, pero dotado de razón. No es el hombre un “ser divino” ni sobrenatural.

Es eslabón en la cadena natural y eslabón interesantísimo que sirve de intermediario entre Naturaleza y Dios. Por su entendimiento y voluntad llega el hombre a “ser moral”. Con este “hombre físico y moral” quiere enseñarse que el pensamiento no se forma como

función aislada -ajena- a los fenómenos vitales. Por el camino de la naturaleza -en vía analítica- llegaremos al “hombre físico” -de “existencia animal”, dominio de los instintos- y por el camino del hombre físico alcanzaremos el “ser moral”, -esfera de “la determinación racional-camino legítimo para situarnos en la “existencia de Dios”. Vale decir que a la “ciencia sagrada”, se llega por el camino de la “ciencia natural”. Otro camino será el del prejuicio y del dogma -dice- que han servido sólo para introducir la discordia en la familia humana.

Mantener ligado el hombre a la Naturaleza por su “ser sensitivo” y a Dios por su “ser racional”, es lo que Lafinur se propone enseñar en Buenos Aires con la terminología de los pensadores del siglo XVIII y con un profundo fervor partidario por Descartes a veces, por Locke y Condillac siempre, por Tracy y Cabanis como maestros inmediatos.

Siguiendo los “Elementos de Ideología” de Tracy, Lafinur divide su curso en dos partes: Ideología y Arte Oratoria.

Para Tracy, la ciencia de las ideas es “una”. Lógica y Gramática, dice, deben marchar inseparables. Todo orador debe conocer cómo nacen las ideas que expresa. “Sólo conociendo lo que nace en nuestro espíritu, podrá comprenderse los fundamentos de la Gramática”.

Lafinur, que quiere enseñar en su patria los “principios del arte oratorio” para que se apliquen “a la elocuencia del púlpito, de la barra y del foro”, se aferra al plan de Tracy, aunque siga los moldes de la “Filosofía de la Elocuencia” de Capmany y las “Lecciones sobre retórica y las bellas artes” de Hugo Blair, los dos viejos maestros de la oratoria nacional.

Quisiéramos recordar que el esquema de los conocimientos humanos que guía a los Ideologistas es el de Bacon que, con no pocas podas, habían hecho suyo los Enciclopedistas. Lafinur no va a salirse del cuadro que recibe hecho y no debe, pues, asombrarnos que las posiciones no se deslinden y que anden confundidas las nociones lógicas con las psicológicas y éstas con las fisiológicas. Para Cabanis, por ejemplo, la Ideología es sólo un capítulo de la Zoología; y como hemos sostenido antes, lucha insistentemente porque el “arte de pensar” no se lo desvincule de la “vida animal”.

Las ideas filosóficas que Lafinur exponga deben, pues, mantenerse dentro de aquel esquema y ser juzgadas desde aquel punto de vista, pues las ciencias particulares -Biología, Psicología, Lógica, Sociología, etc.- han de tomar sentido como tales, recién en los esquemas del pensamiento positivista de la segunda mitad del siglo XIX.

Dejemos, pues, a la Ideología fuera de ellos.

* * *

Resolvamos previamente “qué cosa es pensar”, -dice también Lafinur-. El hombre como ser sensitivo -sostienen sus alumnos- se afianzará, en contacto con la naturaleza, de su propia existencia. “Siento, luego existo”, debe ser su axioma.

(“Intelligo, ergo sum”, lo era para Descartes.)

Sentir, es todo para nosotros, sostendrán con Condillac. Nuestro sentir es el primer hecho de que estamos ciertos. Del sentir, deriva todo lo demás: “Siento, percibo, juzgo, me expreso”. Todo en una continuidad que no debemos romper.

“Pensar es siempre sentir”, responderán los discípulos de Lafinur. Pero no confundirán el sentir con el pensar. Producto del sentir son las sensaciones; el pensar comienza con percepciones (“percibir es el primero y el menor grado del pensamiento”).

Se admite que el sentir “es una propiedad pasiva por la cual el ser sensitivo se siente él mismo y por la cual él está asegurado de su existencia cuando es afectado de sensaciones”. Con el percibir comienza la verdadera actividad intelectual. “Reducir a sus elementos esta actividad”, es la preocupación que del siglo XVIII ha recibido nuestro joven maestro.

Todo se reduce a sensaciones, nos dice con Condillac, al referirse al “ser sensitivo”, y todo se reduce a ideas simples -nos dice con Locke- al referirse al “ser racional”. Sigamos a éste por el camino del análisis y “descompondremos” su alma en las facultades respectivas: memoria, raciocinio y voluntad. Es la ya marcada posición de la psicología “reductora”, “atomizante”, que con Romero habíamos seguido desde Hume a Wundt en línea a veces interrumpida. Es la marca característica del empirio-racionalismo, que se mueve desde el mundo físico hasta el mundo moral, ilusionado por una sola categoría: “átomo” en el mundo físico, “elemento” irreductible en psicología, “individuo” en sociedad, “palabra” en gramática, “niño” en pedagogía.

La evidente inquietud de nuestro profesor de filosofía es llegar también al mundo moral. Lo acompaña la esperanza de una ciencia en que la conducta de los hombres se rija por principios tan precisos, tan exactos como los que han de regir el mundo físico. Por eso insiste con Cabanis en la continuidad del hombre físico y moral y en las estrechas relaciones que los unen, como base para esa ética y derecho natural que reclama para la felicidad de su pueblo esclavizado, dice, en las fórmulas metafísicas de una ética y de un derecho divino.

En la tradicional polémica entre empiristas y racionalistas se inclina con los primeros a negar la existencia de “ideas, principios innatos, ya teóricos, ya prácticos”.

Proviendo toda abstracción de las sensaciones -ya externas, ya internas- reclama el origen natural para las ideas de “virtud”, “vicio”, “deber”, “derecho”, “libertad”, “bien público”.

El hombre se ha visto necesitado a vivir en sociedad y “ha contratado” hacerlo. De ese trato natural deduzcamos, dice, “las leyes morales”, a que debe ajustar su conducta.

La conducta humana -sostiene Cabanis- debe regirse por el ambiente en que se forma. Lafinur parece aceptarlo cuando sostiene que las necesidades de los pueblos han dictado los deberes y los derechos de una sociedad.

Es el reflejo en nuestro ambiente colonial, del pensamiento filosófico europeo del siglo XVIII que se afana por “naturalizarlo” todo: entendimiento, religión, moral, derecho.

Es la naturaleza moldeando al hombre, marcándole rumbos en su pensar y en su querer.

El dominio de la naturaleza por el hombre, la personalidad autonómica que se subleva, no perturban al hombre del siglo XVIII. Son problemas que quedan para después.

IV. EL SENTIDO DE SU PRÉDICA EN NUESTRA EVOLUCIÓN NACIONAL

La enseñanza de Lafinur debió inevitablemente levantar una crítica acerba. Sobre él cayó la misma borrasca que sobre sus inspiradores en Europa, aunque allá el ambiente intelectual era otro: de mayor preparación y cultura filosóficas.

Tan difícil se hacía por aquellos años nuestros sostener los principios que llenaban la mente del profesor, que sus palabras tuvieron que sonar a temeridad y herejía. “Ateo, materialista, corruptor de la juventud” se le decía desde el púlpito. De allí partió sistematizada la campaña que llevaría a Lafinur a abandonar el teatro de las disputas. Sin embargo, resistió con valiente serenidad cuanto pudo, enalteciendo y espiritualizando la polémica. Pero los tiempos no daban para tanto y había que ceder. Pudo, eso sí, retirarse con un poco de optimismo: quedaba la escuela hecha.

Nos damos cuenta de la prédica adversa. Había que defender los principios -al fin se trataba de viejos sacerdotes formados en su credo y con una labor educacional realizada- y había que defender posiciones. Con la prédica laica de Lafinur caía una amenaza sobre ese clero hecho para la enseñanza pública. Se sentía, ya, despojado de puestos que por largos años habíanle pertenecido con exclusividad. Ceder la enseñanza a los laicos no podía constituir una fiesta para el clero, en momentos en que, hasta los jesuitas reclamaban su restauración en estas tierras.

El clero había de atacar, resistir y ganar terreno.

Nada de esto era ajeno a Lafinur. Pero se había propuesto remover el ambiente mental de su patria, por medio de “las luces, el saber y el progreso”. Por eso levanta refutación contra Rousseau para sostener con D’Alambert y Condorcet que “las ciencias no han podido corromper las costumbres ni empeorar al hombre”. Por el contrario, dirá, el peor de los males es la ignorancia. Éste es su punto de partida. No es “snobismo” lo que mueve su enseñanza liberal. Es el ansia profunda de servir a la patria por una nueva vía. Su actuación en la Sociedad Secreta “Valeper” -posterior a su enseñanza filosófica- y su prédica periodística nos ponen ante un plan deliberadamente concebido. Se ha propuesto enseñar a sus discípulos -hombres de mañana- a manejar los acontecimientos que ocurran en el país por el “análisis crítico” y por el “libre examen” de ellos, prescindiendo de la teoría teológica a que se los quería someter.

Se ha propuesto hacer de las “luces, del saber natural y de la razón”, instrumentos de acción ciudadana.

Promover los progresos materiales y culturales de su patria, estremecida por intereses mezquinos, es su doctrina confesada públicamente; “terminar con las discordias nacidas de la ignorancia, del prejuicio, de la rutina y de la intolerancia”.

Son los cuatro fantasmas nacionales que constituyen el “leit-motiv” de su prédica periodística en Buenos Aires, en Mendoza y en Chile.

Que no es un filósofo, que es un expositor, ni siquiera original, lo aceptamos. Pero sus enseñanzas tienen un profundo valor pragmático en nuestra evolución nacional. Quiere poner la filosofía al servicio de las necesidades culturales de la joven nación; quiere provocar una reacción intelectual que la salve; quiere ofrecer el camino del pensamiento

nuevo, la senda liberal laica, porque un país que busca ser libre -postula- debe comenzar por la emancipación mental de su pueblo.

Para ello, nada mejor que promover el movimiento desde los altos estudios. Así vincula al público con su cátedra; y sus enseñanzas, sobrepasando el aula, ganan la calle, el púlpito, la tertulia, la prensa diaria.

Indudablemente que su cátedra de filosofía promovió una viva agitación intelectual. La polémica más apasionada giró exclusivamente en torno a sus ideas.

Aparece el padre Castañeda para atacar y los poetas liberales para defender. (Capdevila acaba de evocar magistralmente aquella época de furia, de “santa furia”).

Allá cuchichea el padre Achega, acá fustiga el púlpito... hasta que el Dr. Cosme Argerich -patriarca de la ciencia médica argentina- toma seriamente la defensa del joven profesor.

¿Por qué tanta agitación? Hace once años -dice Argerich- que vengo enseñando lo mismo en mi cátedra de Fisiología, ayudado por Cabanis y Destutt de Tracy. Es exacto que “no poseemos ninguna prueba a posteriori sobre la inmortalidad del alma”, pero nadie ha sostenido que no haya un ser que perciba las ideas una vez formadas y este ser, no puede ser material. Y apelando a su prestigio de médico tan reputado, abunda Argerich en citas y ejemplos para dejar sentado que “en la formación de ideas hay que reconocer dos procesos: uno material que da principio a la idea, y otro inmaterial (alma) que la concluye”.

¿Cómo se espiritualizan las ideas? La filosofía no nos aclara el punto y hay que confesarlo, dice Argerich. Es lo que Lafinur y sus discípulos han dicho: “recurramos en lo que queda por saberse, a la ciencia sagrada”.

Lafinur hace suyas las ideas del eminente médico y reafirma su posición “ante las notas de impiedad con que la ignorancia ha querido calificar sus opiniones”.

Insiste en haber sostenido en sus enseñanzas que “la inmortalidad del alma no puede demostrarse sino haciéndola partir de la existencia de un Dios, de sus atributos, de la libertad del hombre y de la necesidad de una justicia distributiva”.

Hemos sostenido y sostengo -dice- que la sensibilidad no podía ser obra de la materia. “La inteligencia será independiente de la inercia y de sus leyes”. Casi nos faltaron pulmones -agrega- para explicar que el ser sensitivo no puede menos que sentir cuando es afectado y él por virtud de operaciones espirituales puede variar, modificar y aún aniquilar las impresiones. “Tal es la fuerza del espíritu y el poder que obtiene sobre sus medios”. (“¿Por esto se nos llama materialistas?”)

Veamos porqué se nos llama ateos: “hemos sostenido que si Dios no existiera, tendríamos que inventarlo porque se lo necesita como creador, como motor eterno de todo movimiento, como causa primera de todo lo que existe”. Si hasta hemos llamado a la “Ciencia Sagrada, en ayuda de la Ciencia Profana”.

Es lo más expresivo que sobre la época de apasionada discusión nos ha dejado Lafinur. Allí está su pensamiento, expresado por él mismo, sin defensores o comentaristas.

No acepta que se le llame ateo, porque se siente un profundo creyente. Eso sí, es el creyente de una religión sin dogmas. De aquella religión que se quiere ver fundada sobre los dictados de la razón. Religión racional, dice con Ideologistas y Enciclopedistas, que ha de traer la paz a los corazones. Él también proclama su culto, pero un culto racional. Tiene también sus apóstoles, pero “apóstoles de la Razón”. Por ese camino no había de

entenderse con la Iglesia y su público, aunque quisieran los alumnos del Colegio de la Unión del Sud “demostrar con razones filosóficas la divinidad de la religión cristiana”.

¡Herejía, nada más que herejía! Ésa era la respuesta que el curso de filosofía moderna había de recibir, por el año 20, en nuestro país.

Al situar a Lafinur en Buenos Aires, dijimos que era indispensable juzgar sus enseñanzas dentro del marco histórico en que se desarrollaron. Sólo así, recobrarán su verdadero sentido.

En momentos muy aciagos para el pensamiento abstracto, Lafinur lucha por “argentinizar” ideas que quisiera tomaran arraigo inmediato, como única salvación posible ante el caos que se avecinaba. Profesor y alumnos “se expresarán en idioma del país” -dice- para que se los comprenda mejor. Con el entusiasmo de un vidente, desenvuelve su credo en Buenos Aires y en Mendoza. En pleno “año 20” -cuando las pasiones se agitan bajo la Constitución Unitaria que mueve la montonera contra Buenos Aires- su figura se agiganta. Es el intelectual, de aquel año que los argentinos debieran marcar con carbón, como dice Capdevila.

En medio de la “sobre-excitación mental” de aquel año (Ramos Mejía) y de la “angustia colectiva en que los episodios dramáticos se suceden como visiones de pesadilla” (Levene), Lafinur se mantiene en equilibrio y da tono intelectual a la borrasca política del año. Abrió verdaderos claros entre sus negros nubarrones.

Ya no está solo. Ha muerto, es cierto, su amigo el general Belgrano; a fines del año 20 ha de perder, también, a su defensor el Dr. Argerich, pero ha formado ambiente mental en torno a su cátedra y ha hecho escuela con alumnos tan fervorosos como él.

Con los Belgrano, con Ruperto Godoy y con Diego Alcorta, podrá estar seguro de ganar la batalla en un futuro no lejano.

Sus discípulos formaron el plantel con que -en la Universidad rivadaviana-las “atrevidas” enseñanzas de Fernández de Agüero harían eco a la reforma educacional del gran estadista.

Pudo el dogmático converso sacar a Jesucristo de los altares y traerlo hasta el aula para analizar sus pensamientos -como se analizaba el de los filósofos- porque las aulas habían quedado, con la prédica de Lafinur, un tanto emancipadas del escolasticismo y el público más o menos formado en las doctrinas liberales del siglo XVIII.

Caído Fernández de Agüero, ocupó la cátedra de Ideología Don Diego Alcorta (discípulo dilecto de Lafinur), que se mantuvo hasta 1839, a fuerza de discreción y de prudencia. Con Alcorta llegaron hasta las mismas puertas de la restauración rosista, los principios que Lafinur defendía en el Plata.

Lafinur, Fernández de Agüero y Diego Alcorta, señalan el ciclo de la Ideología en nuestro país.

Ellos prepararon -con esfuerzo sin igual- la mente de las generaciones que habían de asimilar, después, las doctrinas de los nuevos maestros: Comte, Spencer. Con Fernández de Agüero aprendió filosofía Echeverría; con Diego Alcorta la aprendió Alberdi. De la Escolástica Colonial a la Enciclopedia e Ideología, de ésta al Positivismo...

Es el cuadro que Alejandro Korn nos ha trazado -y que Ingenieros no alcanzara a terminar- en el movimiento de nuestras ideas filosóficas.

En él hemos situado a Lafinur preocupándonos de los antecedentes de su cultura y

de su influencia en las épocas siguientes.

Lo hemos seguido en su actuación romántica de la sociedad secreta “Valeper”, lo hemos visto levantar su cátedra de filosofía en Mendoza y lo hemos seguido en el destierro (Chile). En todas partes es el mismo: precursor de ideas que sus discípulos se encargarían de hacer cumplir.

Ruperto Godoy (con él actuó en la sociedad “Valeper”) y Delgado (su discípulo en Mendoza) al lado de del Carril y del sacerdote Lavaysse (hijo de su ex-director de Tucumán) levantarían su voz entre los Constituyentes del 53 para hacer triunfar los principios laico-democráticos que recibieran del maestro siempre recordado. Así llegó Lafinur por otro lado, hasta la generación que tras Caseros echaría las “bases positivistas” de nuestra organización nacional.

Lo hemos visto, pues, como iniciador -en la enseñanza- del movimiento liberal laico que se afirmó en reforma educacional con Rivadavia y en conquista definitiva de nuestra “Educación Común” con la generación de Sarmiento.

* * *

Comprovincianos de Lafinur -diré con Capdevila- honremos la memoria de nuestro prócer no con cenotafios que resultan siempre vacíos, sino respetando las instituciones por que él tanto bregara.

Es lo mejor que puedo aspirar para mi provincia.

CONCLUSIONES

GENERALES.

- I.- El pensamiento filosófico argentino, producto del trasplante de ideas europeas, no ha podido ofrecer originalidad dadas las restricciones a que -desde sus comienzos- estuvo sometido. Pero, debido a su poder de asimilación posee rasgos tan peculiares, matices tan propios, que lo hacen digno de figurar en una “Historia de las Ideas Filosóficas en la República Argentina”.
A ella entregamos nuestra modestísima contribución.
- II.- La tradición nacional es pobre en enseñanzas filosóficas, pero no desesperemos de carecer de filosofía. Pobre o no, ella ha inspirado las más nobles aspiraciones de nuestro pasado, y sigue fortaleciéndonos -con matices nuevos- en nuestro lento, pero seguro progreso intelectual.
- III.- Es indispensable organizar seriamente los estudios filosóficos a fin de llegar cuanto antes a la reconstrucción de la vida mental argentina: formas propias de pensar, o adaptadas.

- IV.- Es posible echar las bases de una historia de la filosofía en nuestro país, creando en la Facultad de Filosofía y Letras la cátedra de Filosofía Argentina. No falta material para ello y sobran motivos para que se la inaugure cuanto antes.
- V.- La Academia de Filosofía, el Instituto de Investigaciones Filosóficas y la Cátedra de Filosofía Argentina, que propiciamos, son entidades suficientes para organizar archivos y publicaciones tendientes a reconstruir nuestro pasado filosófico y a sistematizar las ideas hasta el presente.

PARTICULARES.

- I. -En la evolución de las ideas filosóficas en nuestro país, hemos encontrado a Juan Crisóstomo Lafinur marcando rumbos nuevos al pensamiento nacional: hacia el movimiento liberal laico que determina su triunfo con la implantación de las más caras instituciones de la vida moderna.
- II. -Lafinur señala una excepción en nuestra vida nacional, entrelazada con proscripciones políticas: es el primer y único proscrito de las ideas abstractas.
- III. -Creemos que su orientación y documentación para la enseñanza de la filosofía, parte principalmente de la Academia Militar de Tucumán donde debió recibir las influencias de Juan José Dauxion Lavaysse y del general Manuel Belgrano. Por otra parte, a dicha Academia llegaron los ecos del movimiento liberal-filosófico de las enseñanzas de Charcas, donde se educara más de un oficial y soldado del Ejército del Norte. Con ellos convivió Lafinur por espacio de tres años.
- IV. -Ha quedado en nuestra historia educacional, como el iniciador de la enseñanza filosófica laica.
- V. -La oposición sistemática que lo combatió es producto, más que de la ignorancia de una época, del fanatismo religioso que buscaba para la Iglesia, conservar posiciones que se temía perder ante el avance creciente del Estado.
- VI. -Con la renovación intelectual que inició -desde su cátedra de filosofía- preparó en lo social, el advenimiento de la reforma rivadaviana. Antecedente valiosísimo es su prédica, ante la obra del gran estadista.
- VII. -La influencia de Lafinur alcanza, con sus discípulos y su generación, hasta el Congreso Constituyente del 53, y el movimiento filosófico que partió de su cátedra culmina, en materia educacional, con la ley laica de nuestra escuela única que alcanzara sus más ruidosos triunfos en los años 1882 y 1884.

ÍNDICE GENERAL

Prólogo.....	9
--------------	---

EL DOCTOR JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR JUAN W. GEZ

Dedicatoria.....	21
PRÓLOGO.....	23
I- Introducción	25
II- Misión Social de Lafinur	29
III- Nace en la Carolina. Su origen.....	33
IV- Sus estudios en Córdoba	37
V- Influencia de las ideas y reformas del Deán Funes	39
VI- La revolución de Mayo en Córdoba. Digna actitud de la juventud universitaria. Justificación del fusilamiento de Liniers.....	43
VII- Lafinur en el ejército de Belgrano. Abandona sus filas y se establece en Buenos Aires.....	47
VIII- El catedrático de filosofía.....	51
IX- Sus polémicas con Fray Castañeda	55
X- Carta del Dr. Argerich. Exposición que hace Lafinur de sus ideas	59
XI- Funciones Literarias	65
XII- Breve examen del curso filosófico de Lafinur.....	69
XIII- El poeta.....	71
XIV- Lafinur y Camilo Henríquez.....	75
XV- Lafinur en Mendoza. El Colegio de la Santísima Trinidad	79
XVI- El sistema Lancasteriano. Misión de Mr. Thompson	83
XVII- Lucha contra los retrógrados. Destierro de Lafinur.....	87
XVIII- Lafinur en Chile. Reaparece el polemista. Se gradúa de doctor en la Universidad de San Felipe.....	93
XIX- Recuerdos de Zapiola. Muerte de Lafinur.....	97
XX- Retraso físico y moral del Dr. Lafinur. Juicio póstumo.....	101

DOCUMENTOS

FUNCIONES LITERARIAS AÑO 1819	107
IDEOLOGÍA.....	107
DE LA SOCIEDAD CONSIDERADA BAJO SU RELACIÓN ECONÓMICA....	108
DE LA SOCIEDAD BAJO SU RELACIÓN MORAL	109
PRINCIPIOS LÓGICOS	109
PNEUMÁTICA.....	110
FISIOLOGÍA	110
AÑO 1820.....	110
MATERIA DEL EXAMEN	111
ASUNTOS DE LOS DISCURSOS	112
DISPOSICIÓN MINISTERIAL SOBRE LA RETRIBUCIÓN DEL PROFESOR DE FILOSOFÍA 1819	112
EL CURIOSO	
PERIÓDICO CIENTÍFICO, LITERARIO, ECONÓMICO.....	113
EL CURIOSO	114
SUCESO DE ESTE PERIÓDICO	115
APERTURA DEL COLEGIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD (MZA).....	116
EL CABILDO	117
ESCUELA LAFINUR	118
CENTRO LAFINUR	120
PRIMERA SESIÓN PREPARATORIA DE 27 DE MAYO DE 1889	120
SEGUNDA SESIÓN DEL 9 DE JULIO DE 1889	120
TRASLACION DE SUS RESTOS.....	121
DEPARTAMENTO LAFINUR.....	122
SU CENTENARIO	123
ACTOS DE JUSTICIA PÓSTUMA	123
EN BUSCA DE SUS RESTOS.....	124
EL HIJO DE LA CAROLINA, SU NACIMIENTO Y SU RETRATO	126
CONTESTACIÓN	128
EL RETRATO EN SAN LUIS.....	129
BIBLIOTECA LAFINUR.....	129
PARTIDO LAFINUR	130

APÉNDICE

INDICE DE LAS COMPOSICIONES POÉTICAS DE LAFINUR

Canto Elegíaco a la muerte del General Don Manuel Belgrano	135
Canto fúnebre a la muerte del General Manuel Belgrano.....	138
Oda a la oración fúnebre pronunciada en la Iglesia Catedral de Buenos Aires, por su prebendado Dr. Valentín Gómez, en las exequias del General D. Manuel Belgrano	143
La caída de las hojas. Elegía de Merville (traducción).....	146
La amistad (Soneto)	149
El amor	150
Las violetas (Letrilla).....	151
Fábula.....	153
Los ojos.....	157
A ella (Letrilla).....	159
A la libertad de Lima (Oda)	161
Himno patriótico	165
Reimpresión. A una señorita	167
Lenguaje de ciertos patriotas del día.....	169
Los pelucones.....	173
Brindis en un convite	177
Otro brindis en el mismo banquete	178
El fanatismo	179

JUAN CRISÓSTOMO LAFINUR
UNA CÁTEDRA DE FILOSOFÍA
(TESIS DOCTORAL - 1933)
DELFINA VARELA DOMÍNGUEZ DE GHIOLDI

ACTA.....	183
PALABRAS QUE PUEDEN SERVIR DE PRÓLOGO.....	185
CAPÍTULO PRIMERO.....	187
LA ESCOLÁSTICA COLONIAL.....	187
Decadencia de España durante la conquista y colonización de América.....	187
El Medioevo Argentino: la Universidad Católica de Córdoba.....	191
Lafinur en Córdoba.....	196
Lafinur en la Academia Militar de Tucumán.....	199
CAPÍTULO SEGUNDO.....	202
EL ENCICLOPEDIISMO REVOLUCIONARIO.....	202
El contenido filosófico de la Revolución de Mayo.....	202
Los estudios superiores en Buenos Aires: El Colegio de San Carlos.....	205
CAPÍTULO TERCERO.....	210
LA IDEOLOGÍA EN EL PLATA.....	210
La Escolástica Tradicional.....	210
El espíritu de la Filosofía moderna.....	216
Lafinur en su cátedra de Filosofía.....	220
El sentido de su prédica en nuestra evolución nacional.....	224
CONCLUSIONES.....	227
Generales.....	227
Particulares.....	228



Este libro se terminó de imprimir
en el mes de septiembre de 2011,
en los Talleres Gráficos de PAYNE S.A.,
Avda. Lafinur 924, D5700MFO San Luis.
Tel.: (02652) 422037 y líneas rotativas

